

II PREMIO MEMORIA *escolar* RURAL



Arsenio Dacosta, José Ignacio Monteagudo
y José Delgado (eds.)

II PREMIO MEMORIA *escolar* RURAL

II PREMIO MEMORIA
escolar RURAL

Arsenio Dacosta, José Ignacio Monteagudo
y José Delgado (eds.)

El II Premio Memoria Escolar Rural es una iniciativa de la Casa del Maestro – Museo Antonio Álvarez, de Ceadea, y ha sido convocado por el Ayuntamiento de Fonfría y el Observatorio Social de la Facultad de CC.SS. de la Universidad de Salamanca. Este proyecto ha contado con la colaboración de la Diputación Provincial de Zamora, la Fundación Fomento Hispania, y la UNED de Zamora.

El jurado ha estado compuesto por:

José Ignacio Monteagudo Robledo, Universidade Federal da Integração Latino-Americana (Brasil)

José Delgado, secretario de la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED

Alicia Álvarez Fernández, directora del CEIP Virgen de la Salud de Alcañices

Eva Belén Carro Carvajal, responsable del área de didáctica del Museo Etnográfico de Castilla y León

Gabriela Coco García y Ana Rodríguez Teixeira, del Círculo Literario Margarita Ferreras de Alcañices

Dolores Fidalgo Estévez, de la Asociación El Legado de las Mujeres

Carmen López San Segundo, de la Universidad de Salamanca

Pablo Pérez Sanabria, de la Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste

Suzana Ruano, de la Associação de Lhéngua i Cultura Mirandesa.

Edición:

Arsenio Dacosta, José Ignacio Monteagudo Robledo y José Delgado

Fotografía de la cubierta delantera tomada del relato de Fernando Jorge Gonçalves Afonso.

Fotografía de la cubierta trasera tomada del relato de Jovita Álvarez del Río.

© de los textos e imágenes, los autores.

© de la presente edición impresa y su versión digital, la Diputación Provincial de Zamora, el Ayuntamiento de Fonfría, el Observatorio Social de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Salamanca y la Cátedra de Población, Vinculación y Desarrollo de la UNED de Zamora.

ISBN: 978-84-09-75775-6

D.L. S 293-2025

Impresión: Nueva Graficesa, S.L.

Repositorio digital: www.laenciclopediaalvarez.com

ÍNDICE

Prefacio del Presidente de la Diputación de Zamora	11
Prefacio institucional del Ayuntamiento de Fonfría.....	13
MEMORIA Y TESTIMONIO: RELATOS DE LA EXPERIENCIA ESCOLAR EN EL ÁMBITO IBÉRICO	15
<i>José Ignacio Monteagudo Robledo y Arsenio Dacosta</i>	
A ESCOLA QUE ME SALVOU	21
<i>Fernando Jorge Gonçalves Afonso (Primer premio)</i>	
LOS ABUELOS DE LA ESCUELA	31
<i>Fulgencio Fernández (Segundo premio)</i>	
DE CASTA LE VIENE AL GALGO	35
<i>Miguel Ángel Carcelén Gandía (Tercer premio)</i>	
LOS MAESTROS DE UNA VIDA	45
<i>José Manuel del Barrio Aliste (Mención honorífica)</i>	
MI INFANCIA SON RECUERDOS	55
<i>Julia Carrasco Carrasco (Mención honorífica)</i>	
L MIU CADERNO DE QUARTA CLASSE	61
<i>Julanda Delgado (Mención honorífica)</i>	
LA ESCUELA DE MI PUEBLO	67
<i>Perla Díez Arcos (Mención honorífica)</i>	
ERA CUÉLLAR QUIEN LLAMABA	75
<i>Víctor Fuertes Melón (Mención honorífica)</i>	
NOS VEMOS EN LA ESCUELA	83
<i>Ana Yolanda Gómez Gutiérrez (Mención honorífica)</i>	
LA FRONTERA ENTRE MAESTRA Y MADRE	89
<i>Lara Magdaleno Huertas (Mención honorífica)</i>	
LA ESCUELA EN UN PUEBLO DE LAS HURDES	93
<i>Luis Mateos Azabal (Mención honorífica)</i>	
DE CHICA DE CIUDAD A MAESTRA DE PUEBLO	101
<i>Marta Muñoz Galilea (Mención honorífica)</i>	
MI INFANCIA SON RECUERDOS DE UN PATIO	107
<i>Laura Sánchez Lozano (Mención honorífica)</i>	
UNA VIDA DE ENSEÑANZA	117
<i>Isabel María Acosta Oller</i>	
EDUCACIÓN EN MI ESCUELA RURAL	121
<i>Lorenzo Almagro Díaz</i>	

EL PUEBLO DE DON ANTONIO Y LA ESCUELA	127
<i>Jovita Álvarez del Río</i>	
SENIRES DE LA SCOLA PURMAIRA	133
<i>Adelaide Monteiro Alves</i>	
LA ESCUELA COMO PASADO, PRESENTE Y FUTURO	135
<i>Raquel Ara Pérez</i>	
DONDE NACÍÓ EL AMOR	141
<i>Carmen Arroyo Rodríguez</i>	
MIS ESCUELAS	149
<i>Severino Calleja Pérez</i>	
PUEBLO PEQUEÑO, GRANDES LECCIONES.....	153
<i>Marta Calvo Espías</i>	
VIAGEM NO TEMPO AO TEMPO DE MENINO	155
<i>António Cangueiro</i>	
LA FUICE QUE ZAFIABA L TIEMPO	161
<i>Bina Cangueiro</i>	
MI EXPERIENCIA DOCENTE EN EL INSTITUTO RURAL DE BANDE	165
<i>María Castaño Martínez</i>	
LA VIDA DE LA ESCUELA EN LA ESCUELA DE LA VIDA EN MANZANAL DEL BARCO.....	169
<i>Eutimio Contra Galván</i>	
LA SCOLA DE MALHADAS. TEMPRA DE GERAÇONES.....	179
<i>Aníbal Fernandes</i>	
RECUERDOS ESCOLARES DE MI VIDA RURAL	181
<i>Manuel Fernández de la Cueva Villalba</i>	
DE MIS MEMORIAS. POR TIERRAS DE ALISTE.....	187
<i>Andrés García Mangas</i>	
DE LA RURALIDAD A LA INTERNACIONALIDAD	195
<i>Sebastián Gómez Monge</i>	
ABRAZANDO A MI NIÑO HERIDO	205
<i>Ana Belén Goyanes Vázquez</i>	
LA ESCUELA DE MI INFANCIA EN PAREDES DE NAVA.....	207
<i>María Gutiérrez Antolín</i>	
CRECIENDO COMO UN ALBARDÍN	215
<i>Carolina Lapeña Gállego</i>	
LECCIONES QUE DEJAN HUELLA	223
<i>Antonio Lorenzo Martín</i>	

EL VIAJE.....	225
<i>Antonio Marca Izquierdo</i>	
EL MAESTRO A QUIEN DEBO TODO LO QUE SOY Y LO QUE TENGO	231
<i>José Martín Barrigós</i>	
EL PUPITRE CON TINTERO Y MIS EXÁMENES DE LENGUA	235
<i>Moisés Martínez Quintana</i>	
LS GAMBUSINOS DE FURMINO.....	239
<i>Alcides Meirinhos</i>	
LA FRINCHA PAPA-RÉGUAS	241
<i>Júlio Meirinhos</i>	
DON TINO.....	243
<i>Juan Muñoz González</i>	
NUNCA ARRANCARÉ ESTAS RAÍCES	245
<i>María del Pilar Pérez Núñez</i>	
LA SEÑORITA.....	249
<i>Raquel de Prado García</i>	
MI QUERIDA ESCUELA	253
<i>Sara Rodríguez Vega</i>	
APRENDER ENSEÑANDO	257
<i>Pilar Ruiz Puente</i>	
O RESPIRAR JUVENIL NA ALDEIA DE FONTES BARROSAS, BRAGANÇA	261
<i>Mónica Salgado</i>	
PRIMERA SEPARACIÓN	263
<i>Lola Sanabria</i>	
TRADIÇÃO E MUDANÇA NUMA ESCOLA DOS ANOS 1990	265
<i>Marta Nunes Silva</i>	
NIEVE ETERNA	275
<i>Luis Uriarte Montero</i>	
MEMORIAS DE LA ESCUELA	279
<i>Luisa Vaquero Mateos</i>	

PREFACIO DEL PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZAMORA

Es para mí un honor dar la bienvenida a esta publicación que reúne los relatos presentados a la II edición del Premio Memoria Escolar Rural, convocado desde el corazón de la raya zamorana, en el Museo Antonio Álvarez de Ceadea, con la colaboración activa de numerosas entidades y personas comprometidas con la defensa del mundo rural.

Nos encontramos ante un certamen que va más allá de lo literario: es un ejercicio de memoria colectiva, de recuperación del alma de nuestros pueblos a través de las vivencias escolares de generaciones que crecieron entre pizarras de madera, cuadernos reciclados y enseñanzas tan fundamentales como humanas.

Desde la Diputación de Zamora compartimos plenamente el espíritu de este premio, que rescata del olvido la vida en las escuelas rurales, devolviéndonos con emoción la voz de nuestros mayores y ofreciendo a las nuevas generaciones un valioso testimonio del esfuerzo, la sencillez y el sentido de comunidad que definieron a la escuela en el medio rural.

Además, esta segunda edición ha dado un paso más en su dimensión ibérica, con la participación activa de autores portugueses, lo que enriquece el certamen y fortalece los lazos históricos, culturales y humanos entre España y Portugal. Que este año el relato ganador haya sido presentado por un autor portugués no solo es motivo de celebración, sino también un símbolo del hermanamiento natural entre ambos países y del papel que la cultura y la memoria compartida pueden desempeñar en la construcción de una identidad transfronteriza.

Ceadea, con su entrañable museo dedicado a la figura del maestro rural —promovido por el Ayuntamiento de Fonfría—, se convierte así en epicentro de un diálogo ibérico que aúna recuerdo, emoción y palabra escrita. Este tipo de iniciativas no solo tienen un profundo valor cultural y educativo, sino que también contribuyen a la promoción turística de la comarca, atrayendo visitantes, dinamizando el entorno rural y proyectando una imagen viva y auténtica de nuestra provincia.

Gracias a todas las personas que han participado con sus relatos, por su generosidad al compartir fragmentos de su vida. Y gracias, especialmente, a quienes hacen posible que esta iniciativa siga creciendo: al Museo Antonio Álvarez, a la Universidad de Salamanca, y a todas las instituciones y personas implicadas.

En cada página de esta obra late la dignidad de la escuela rural, la fuerza de la memoria y el valor de nuestras raíces.

Zamora y Portugal, juntos, escribiendo historia.

Javier Faúndez Domínguez

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN DE ZAMORA

PREFACIO INSTITUCIONAL DEL AYUNTAMIENTO DE FONFRÍA

Tenemos el orgullo de presentar a los vecinos del Ayuntamiento de Fonfría y, muy especialmente, a los de Ceadea, el resultado del II Premio Memoria Escolar Rural. También al resto de la ciudadanía de nuestro país y de Portugal. Nuestro municipio, fronterizo con nuestro país hermano, está marcado por una historia —y un presente— de contactos culturales y humanos, de intercambios (no siempre fáciles) entre aldeas vecinas separadas por una *raya* que hoy, en el marco de la Unión Europea, se va disolviendo.

Cuando para esta segunda edición el profesor Dacosta nos sugirió abrir el certamen a Portugal nos pareció una idea excelente, por encajar con una situación real no solo de nuestro municipio sino del conjunto de nuestros dos países. Cuando, además, propuso que pudieran participar relatos escritos en lenguas co-oficiales de ambos países creímos que era una idea arriesgada pero necesaria por varias razones: por reflejar la diversidad lingüística de la península Ibérica; Fonfría es un buen ejemplo, al estar en una zona de contacto en la que se hablan tres lenguas romances —castellano, portugués y mirandés—, además de múltiples acentos. Lo segundo, por poner en valor la diversidad cultural de nuestros países, donde de nuevo Fonfría ejemplifica la evolución de estos; la nuestra ha sido una tierra de emigrantes y hoy, aunque en menor volumen, es tierra de acogida de personas que proceden de muchos lugares e, incluso, tienen una fe distinta de la que es tradicional en estas tierras. Finalmente, por contribuir a consolidar un proyecto cultural con una marcada vertiente educativa, la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez, y darle una identidad particular. La apuesta, visto el resultado, tenía fundamento y sentido, en este volumen está la prueba.

Como señalábamos el año pasado, nunca quisimos que este museo fuera un contenedor cultural meramente dedicado al turismo, sino volcado en la comunidad, en sus aspiraciones y en su respeto por el pasado. Ese pasado, que en nuestro municipio hunde sus raíces en la Prehistoria y está definido después por la frontera política más antigua de Europa, *la Raya*, también es pasado reciente, el de las generaciones que, a través de la escuela pública, tuvieron la oportunidad de mejorar su formación y sus posibilidades de futuro. La cultura, como la educación, son inversiones de presente y de futuro que, en nuestro caso, contribuyen a la cohesión de la comunidad, al sentir —orgullosa— de nuestro pasado, y a dar valor a la educación como herramienta fundamental para la mejora de la sociedad. Nosotros, desde nuestro municipio, sabemos bien lo importante que es mantener y dotar de material y buenos profesionales escuelas como el Centro Rural Agrupado de Fonfría o, a mayor escala, los estudios de primaria, secundaria y bachillerato en los centros comarcales de Alcañices. Pero el presente se alimenta también del pasado, de la experiencia de nuestros mayores, de quienes sostuvieron nuestro territorio y de quienes contribuyeron, como los maestros y maestras de nuestras escuelas rurales, a preparar mejor a nuestros vecinos.

Nos contratamos de la consolidación de los Premios Memoria Escolar Rural que, además de cumplir sus fines específicos, contribuyen a visibilizar nuestro municipio, comarca y provincia. Estamos orgullosos de que, desde lo local, podamos tener voz en un mundo cada vez más conectado. Sin embargo, nada de esto hubiera sido

posible sin la inestimable ayuda de la Universidad de Salamanca a través del Observatorio Social de la Facultad de Ciencias Sociales, entidad coorganizadora de esta segunda edición. También destacamos la colaboración de la Diputación Provincial de Zamora, que costea esta edición, así como la de la Fundación Fomento Hispania, que ya habían contribuido a la puesta en marcha del museo y del I Premio Memoria Escolar Rural.

Un capítulo especial en este agradecimiento lo merecen los miembros del jurado, presidido por José Ignacio Monteagudo Robledo, investigador zamorano, muy ligado a la cultura tradicional de nuestra provincia, hoy profesor en una universidad brasileña. El resto de los miembros del jurado representan a distintas entidades públicas —la Universidad de Salamanca, la UNED de Zamora, el Museo Etnográfico de Castilla y León, el CEIP Virgen de la Salud— y también a asociaciones culturales de nuestro entorno —Círculo Literario Margarita Ferreras de Alcañices, Asociación El Legado de las Mujeres, Plataforma en Defensa de la Arquitectura Tradicional de Aliste y Asociación de Lhéngua i Cultura Mirandesa—. A todas estas instituciones y colectivos les estamos muy agradecidos pero, de forma especial, a las personas que las representan y se han involucrado de forma totalmente altruista en la dura tarea de valorar tantos relatos y de tanta calidad. Nos queremos terminar sin dejar de agradecer a todos los participantes sus contribuciones. Tal y como señala el jurado en su fallo, es difícil escoger cuál de estos testimonios es más representativo y emocionante pero, todos ellos, desde hoy, forman parte también de nuestro acervo cultural, forman parte del legado de la Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez, un proyecto que, como el maestro a quien homenajea, desde la modestia y el trabajo constante trata de abrirse a un mundo en el que debemos estar presentes.

Sergio López Vaquero
ALCALDE DE FONFRÍA

Martín del Río Lorenzo
CONCEJAL DE CEADEA

MEMORIA Y TESTIMONIO: RELATOS DE LA EXPERIENCIA ESCOLAR EN EL ÁMBITO IBÉRICO

José Ignacio Monteagudo¹
Arsenio Dacosta²

Uno de los objetos de atención de las Ciencias Sociales en la actualidad es la memoria, más concretamente, los discursos y prácticas que se entretajan en torno a ella. Concepto escurridizo y polémico, tensionado por algunos y deslegitimado por otros (Aróstegui, 2004), aquí nos referimos específicamente al concepto de *memoria social*, muy diferente del recuerdo individual o de los mecanismos psicobiológicos que organizan esa característica tan desarrollada entre nosotros, los humanos. La memoria social es un concepto teórico que está en construcción pero que se va afinando a partir de las obras clásicas de Maurice Halbwachs (Halbwachs, 1925, 1950). Los marcos sociales de la memoria social —o *colectiva*, como también la calificó el malogrado sociólogo francés—, viven hoy un segundo renacer. Ciertamente, la noción no está exenta de problemas teóricos y, sobre todo, metodológicos, y más cuando su soporte son los testimonios y escrituras personales, siempre bajo sospecha de confiabilidad y representatividad para gran parte de los historiadores, aunque otros destacan firmemente su valor (Núñez Seixas & Soutelo Vázquez, 2005; Sierra Blas, Martínez Martín, & Monteagudo Robledo, 2009). Sin embargo, cabe preguntarse si esas dificultades tangibles y aparentes son mayores que las que enfrenta el estudioso ante los testimonios escritos del pasado, por ejemplo, los datos que ofrece un cartulario medieval o los registros de inmigrantes europeos en el puerto de Buenos Aires, tan incompletos y plagados de errores. De hecho, la noción de “fuente documental” está en entredicho porque nos hace presuponer que el soporte escrito da un estatuto de veracidad a su contenido, cuando la escritura es una tecnología que se ha usado por las élites históricamente como herramienta de poder (Morsel, 2004). Serán las revoluciones liberales del siglo XIX las que democratizan esta tecnología y sus prácticas, aunque lo harán, precisamente, mediante la institucionalización de la enseñanza, a través de la escuela, uno de los mecanismos que más influencia ha tenido en la transformación de las sociedades rurales europeas en los dos últimos siglos.

Una de las certezas que hoy manejamos es que la memoria es una actividad discursiva —narrativa dice Connerton (1989, p. 40)—, que es previa a la escritura y, de hecho, se transmite por medios informales, fundamentalmente orales, antes de ser fijada por escrito, como es el caso de los relatos recogidos en este volumen. En ocasiones, esa narratividad es interior, como ocurre con los traumas que, solo tras ser elicitados y compartidos, se convierten en algo tangible y discursivo. Sobre ello también encontramos reveladores testimonios en este libro.

¹ Universidade Federal da Integração Latino-Americana. Instituto Latino-Americano de Artes, Cultura e História - Foz do Iguaçu (Brasil).

² Universidad de Salamanca. Área de Antropología Social.

La memoria es fundamentalmente reconstructiva; es “un proceso, un conjunto de prácticas de recuerdo —orales, visuales, rituales, corporales—” (Sobral, 2004, p. 141). En ámbitos sociales primarios se alimenta de dispositivos mnemónicos —el álbum familiar, las narraciones de los abuelos—, aunque también se articula desde el estado a través de lo que se han definido como “lugares de memoria” (Nora, 1997; Jelin & Langland, 2003). Paradójicamente, los productos de la memoria, como son los relatos que aquí editamos, se alimentan del olvido, al tener que reconstruir los espacios narrativos que aquel deja (Gross, 2000, pp. 140-142).

Sin embargo, nada de esto invalida a los productos de la memoria social como herramienta de comprensión del pasado; más aún, tienen el enorme valor de ofrecer directamente la versión de los protagonistas, por mucho que estén mediadas, como es nuestro caso, por dispositivos como un certamen de relatos de vida. De hecho, los mayores peligros que se achacan a la memoria social se conjuran cuando el volumen de testimonios se acumula; de esto eran bien conscientes los sociólogos polacos de entreguerras (Markiewicz-Lagneau, 1981), y es algo que conocemos bien desde la experiencia de los Premios Memoria de la Emigración: el valor testimonial del ya medio centenar de relatos de vida de emigrantes -fundamentalmente de castellanos y leoneses a América- aumenta con cada relato que se suma al *corpus* (Monteagudo Robledo, 2007; Dacosta, 2020). En el caso del Premio Memoria Escolar ya superamos el centenar de relatos de vida; no es poco en tan poco tiempo.

A esta segunda edición del Premio Memoria Escolar Rural se presentaron más de 50 relatos, aunque solo 48 de ellos pasaron a la fase de valoración. Las bases se han aplicado con todo rigor para evitar abusos —incluido algún intento de plagio— y, sobre todo, para respetar el esfuerzo de quienes —la mayoría— sí se ajustaron a aquellas.

El jurado, cuya relación expresa aparece en los créditos de este volumen, ha reconocido el esfuerzo realizado por todos los participantes en la cuidada elaboración de sus narraciones, no solo por el indudable interés de la información social que aportan, sino también por sus logros estéticos y su capacidad de conectar emocionalmente con todo tipo de lectores, hayan tenido o no experiencias semejantes. El jurado apreció asimismo la riqueza de las descripciones del contexto social de los núcleos rurales en aspectos poco conocidos, por ejemplo el papel de los abuelos en la educación de sus nietos, o en situaciones familiares afectadas por la emigración a la ciudad o al extranjero. No menos importante es el sentido crítico aplicado a la educación que se observa en varios de los relatos: se activa la denuncia de prácticas pedagógicas crueles, generalmente asociadas al periodo de las dictaduras ibéricas, y a la persistente violencia más o menos sutil del *bullying*. La mayoría de los miembros del jurado, docentes con muchos años de profesión, se ha sorprendido de que jóvenes profesores se comprometan hoy en la reivindicación de una escuela rural sobre principios renovados.

La valoración tan positiva se ha traducido en la concesión de diez menciones honoríficas, además de los tres premios previstos. La diversidad en la composición del jurado, con personas del mundo académico pero, sobre todo, del activismo social en la *Raya* zamorano-trasmontana, puede explicar, en parte, esta amplia concesión de galardones, aunque estos no tengan correspondencia crematística. Pero, sobre todo, el destaque de tantos relatos —sin desmerecer al resto— lo que refleja es la gran calidad del material presentado. Debemos señalar, una vez más, que por calidad no nos referimos principalmente al estilo literario (aunque hay narraciones muy meritorias en ese sentido), sino a la representatividad y expresividad de los testimonios. Al

fin y al cabo, este no es un certamen de virtuosismo escritural, sino de relatos de vida, de testimonios de una experiencia social pasada y, en algún caso, presente.

El primer premio se concedió a Fernando Afonso por relatar conmovedoramente su experiencia de retorno desde Burdeos a la aldea fronteriza de Bemposta, en el concejo de Mogadouro, y las vicisitudes de su escolarización en la villa de Sendim. Para este hijo de emigrantes portugueses a Francia, la escuela muestra su ambiguo papel de discriminación, por su condición de extranjero, y al mismo tiempo de vehículo de integración en la sociedad local. El segundo premio fue para “Los abuelos de la escuela”, de Fulgencio Fernández, por reflejar de forma ejemplar una experiencia pedagógica profundamente humanista y comunitaria: el cuidado de los ancianos más desamparados de la aldea, que la maestra encomienda a los alumnos como una tarea escolar de la mayor importancia. Se alzó con el tercer premio Miguel Ángel Carcelén (hijo, nieto, bisnieto, tataranieto, padre, yerno, cuñado, esposo y hermano de maestros), por su minucioso testimonio de un compromiso intergeneracional sustentado en fuentes documentales del archivo personal; los extractos del libro de actas y los diarios de su abuelo confieren rigor histórico a una reconstrucción de largo recorrido en la que pueden apreciarse rupturas y continuidades en las prácticas pedagógicas.

En cuanto a las menciones honoríficas, estas se han concedido a José Manuel del Barrio Aliste, Julia Carrasco, Perla Díez Arcos, Víctor Fuertes, Ana Yolanda Gómez, Luis Mateos Azabal, Marta Muñoz Galilea, Laura Sánchez Lozano y Lara Magdaleno por sus relatos ambientados, respectivamente, en distintas localidades rurales de Zamora, Cádiz, Guadalajara, Segovia, Cantabria, Cáceres, La Rioja, Madrid y Albacete. A ellas se suma la mención al relato de Julanda Delgado, de Val de Mira (Miranda do Douro), que en la edición referenciamos con el nombre mirandés de la localidad, lengua escogida por la autora para escribir su relato, titulado “L miu caderno de quarta classe”.

La selección honorífica apunta a la excelencia particular de estos relatos, lo que no implica que el resto carezca de calidad o que su valor sea menor; muy al contrario, el interés de este Premio Memoria Escolar Rural es poder conformar una suerte de mosaico de experiencias colectivas, que adquieren valor testimonial y científico cuando se presentan como lo que son: reflejo de los elementos significativos de la escolaridad rural dentro del marco de la diversidad de tan gran espacio —nuestra Iberia— y a lo largo de tantas décadas.

Así pues, en esta segunda edición del certamen se consolidan considerablemente las bases autobiográficas de una memoria de la escuela rural en permanente construcción. Con la ampliación de su ámbito, se postula una cultura escolar ibérica sobre un territorio común, fruto de una historia compartida de regímenes dictatoriales y democráticos, de marginación y despoblación, de relaciones transfronterizas. Al mismo tiempo se atiende una diversidad lingüística enormemente escurridiza, oculta por políticas estatales y prácticas educativas consagradoras de las lenguas nacionales. No es poco mérito el haber conseguido seis testimonios escritos en mirandés, lengua oficialmente reconocida en la República de Portugal, tan viva en los recuerdos como necesitada de registro escrito, y tan familiar para oídos asturianos, alistanos y de otros confines rayanos. Se amplían las perspectivas subjetivas, como no puede ser de otra manera en los testimonios memoriales, con narraciones autobiográficas de quienes fueron alumnos y, en muchos casos, también docentes en escuelas de pueblo. A través de cada una de esas historias podemos adentrarnos en una realidad vivida que, al narrarse y publicarse, se hace memoria compartida —genera “comunidad”—, se

sobrepone al estudio formalizado sobre datos estadísticos y fuentes oficiales, estableciendo tensiones que hacen reflexionar a los historiadores de la escuela (Viñao, 2011, p. 45 y ss.) y sirve de base para una historia cultural atenta a la producción de sentidos por los sujetos (Stephanu & Bastos, 2005, p. 418). Ninguno de estos relatos es prescindible en ese empeño de acercarnos a un conocimiento más profundo de lo que fue la educación rural en tiempos recientes (Gauthier et Luginbühl, 2012; Civera & Costa, 2018). En ese sentido, esta nueva hornada de relatos, lejos de ser repetitiva respecto a la anterior, viene a complementarla y enriquecerla con nuevos enfoques y asuntos, como bien han sabido apreciar los miembros del jurado en sus consideraciones.

Si en algo destaca este conjunto en particular es por el afloramiento de sentimientos profundos e intensas emociones. Estos textos autobiográficos hablan sin ambages del sufrimiento, del abandono —no solo por la necesidad, la pobreza o la precariedad—, del miedo, de la tristeza, de la frustración, de la rabia. También de la algarabía en los momentos dichosos, y de la indudable satisfacción de “poder contarle”. Las vivencias infantiles, en el pueblo y en la escuela, son recreadas en esta ocasión sin demasiadas concesiones a la nostalgia, consiguen transmitir muy eficazmente la complejidad de la cultura escolar, la sibilina violencia institucional y sus desdoblamientos en las figuras de autoridad, con los docentes a cargo de pesadas responsabilidades. Es además esta historia emocional de la escuela rural (Escolano, 2018, p. 399 y ss.) especialmente rica en percepciones y matices sensoriales: aquí y allá se evocan los aromas del pueblo y su entorno, se menciona el “olor a maestra”, el de la goma de borrar y el del humo de la estufa; se recuerda invariablemente el frío y sus consabidos efectos, como los sabañones; se trae al presente el sabor de la leche en polvo, el dolor de las palmetadas, y en las aulas cenicientas restallan los colores de los mapas y los “colorinchis” en los cuadernos.

Tanto las narraciones como las imágenes que los acompañan reconstruyen un paisaje profundamente incorporado desde la infancia. Un paisaje que entra por los sentidos y se fija para siempre, un paisaje lingüístico que marcará perennes jerarquías, un ambiente constreñido por la arquitectura escolar (Escolano y Viñao, 2001), con espacios propios y adyacentes (Viñao, 2021) minuciosamente descritos: las aulas desde la perspectiva del pupitre —frente a los retratos de Franco y José Antonio, en España, y de Salazar y Américo Tomás, en Portugal—, el patio o la calle como entornos desbordados de cuerpos en libertad. Y, sobre todo, un paisaje humano, con sus actores principales y subalternos. En primer plano los alumnos, con sus tipos: el empollón, el chulo, el acosado, el ridiculizado por saber menos o por saber más que los otros... Desde luego, los docentes, también convenientemente encuadrados, aun reconociendo las ambigüedades, son objeto de cuidadosos retratos. Por ventura, merecen también considerable atención los actores secundarios en el proceder educativo: bebedes, porteros, auxiliares, los benefactores, los mentores, las “fuerzas vivas” de las entidades locales, dispuestas siempre a aparecer en las fotografías institucionales. Y no pueden faltar los padres, o en su caso los abuelos, aliados con los maestros para lo bueno —el aprendizaje de la vida— y para lo malo, con los castigos físicos vivamente recordados.

La descripción del entorno en que se sitúan las escuelas rurales adquiere considerable consistencia en muchos de los relatos, no solo por la continuidad de las vivencias dentro y fuera de sus paredes, sino también por la habilidad de los participantes para dotarlas de un contexto de inteligibilidad *a posteriori*, una racionalización basada, a menudo, en conocimientos expertos. Aparece así estupendamente

descrito, por ejemplo, el fenómeno migratorio a Europa entre los años 50 y 80 del siglo pasado, la despoblación de las entidades rurales menores y su concentración comarcal, o la progresiva urbanización de las áreas metropolitanas. Para explicar los cambios en las prácticas escolares se invocan los efectos de las políticas educativas, y se concede un protagonismo significativo al papel emergente de equipamientos culturales como el teleclub o el bibliobús.

Gran parte del interés de las vivencias escolares se centra en la cultura escrita, experimentada en contraste con una infancia de juegos y tradiciones orales. El camino del analfabetismo se cerró definitivamente, por lo que la escuela fue ampliando su poderosa influencia. Algunos relatos rememoran claramente el deseo de aprender a leer, mezclado con el de ser aceptados por los ya escolarizados. Son precisamente las habilidades —saber escribir, hacer cuentas, comportarse—, y no los conocimientos, los que adquieren importancia en los recuerdos biográficos. Estos son vacilantes en los momentos iniciales, aunque permanecen imborrables los instrumentos de alfabetización, del pizarrín a la cartilla, y sus usos. Se mencionan por doquier, entre los participantes españoles que superan los sesenta años de edad, la *Enciclopedia Álvarez* y su extensión, *El Parvulito*, confirmando la hegemonía de los principios pedagógicos autoritarios —ideológicos, memorísticos—, criticados ahora como antimodelo por alumnos que fueron, o aún son, también profesores. La *Enciclopedia* también se muestra como uno de los escasos recursos educativos en el mundo rural, una accesible ventana a saberes normativos, incluso a pesar del contexto en el que surge y de ciertos mensajes políticos que transmite. Los libros escolares —también en el caso de los relatos llegados de Portugal— permanecen en la memoria en virtud de su accesibilidad: unos los han conservado, otros los han conseguido en ediciones facsimilares, pero todos reconocen su huella inmarcesible, extendida a las lecturas no escolares, como los tebeos o la literatura juvenil. Más raramente conservados, pero de un valor patrimonial indudable, los cuadernos constituyen el registro material de aquella marcante enculturación. Asimismo los diplomas y, por supuesto, las fotografías, registros ambos más propicios a su preservación.

Las remembranzas son especialmente vívidas en lo tocante a tiempos y ritos, empezando por el recibimiento en el primer día de clase, experiencia imborrable para la mayoría de los memorialistas aquí reunidos. Se iniciaba así una secuencia de actividades que se repetía año tras año, algunas cívicas (la visita del fotógrafo o del inspector), otras fijadas durante la dictadura por un prolijo calendario de conmemoraciones religiosas en el que no faltaban las flores de mayo o el día del Domund. Desde el punto de vista del docente se invocan también experiencias liminares muy marcantes: la llegada al pueblo, la acogida como pupilo o su primera clase.

En todo caso, ningún lector permanecerá inalterado tras adentrarse en estas historias personales. Muchos se sentirán identificados con una u otra vivencia, o sentirán sincera empatía por haber experimentado cosas parecidas, o simplemente entenderán el sentido de ordenar narrativamente los recuerdos escolares porque son los que nos han hecho como somos.

REFERENCIAS

- Aróstegui, J. (2004). Retos de la memoria y trabajos de la historia. *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, (3), 5-58.

- Civera Cerecedo, A. & Costa Rico, A. (2018). Desde la historia de la educación: educación y mundo rural. *Historia y Memoria de la Educación*, 7, 9-45.
- Connerton, P. (1989). *How societies remember*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Dacosta, A. (2020). *Castellanos y leoneses en América: Narración biográfica y prácticas de identificación*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Escolano Benito, A. (2018). El giro afectivo en la historia de la formación humana. Memoria de la escuela y emociones. *Historia y Memoria de la Educación*, 7, 391-422.
- Escolano, A. & Viñao, A. (2001). *Currículo, espaço e subjetividade: a arquitetura como programa*. 2.^a ed. Rio de Janeiro: DP&A.
- Gauthier, P.-L. & Luginbühl, O. (2012), L'éducation en milieu rural: perceptions et réalités, *Revue Internationale d'éducation de Sèvres*, 59, 35-42.
- Gross, D. (2000). *Time Lost: On Remembering and Forgetting in Late Modern Culture*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Halbwachs, M. (1925). *Les cadres sociaux de la mémoire*. París: Félix Alcan.
- Halbwachs, M. (1950). *La mémoire collective*. París: Presses Universitaires de France.
- Jelin, E., & Langland, V. (eds.). (2003). *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*. Madrid: Siglo XXI.
- Markiewicz-Lagneau, J. (1981). *La naissance d'une pensée sociologique. Le cas de la sociologie polonaise entre les deux guerres*. París: Editions de la Maison des Sciences de l'Homme / Cambridge University Press.
- Monteagudo Robledo, J. I. (2007). La memoria activada. En J. A. Blanco Rodríguez (ed.), *De Zamora a América. Memoria de la emigración zamorana I* (pp. 83-98). Zamora: Junta de Castilla y León / Diputación Provincial de Zamora / Caja España.
- Morsel, J. (2004). Les sources sont-elles 'le pain de l'historien'? En *Hypothèses 2003. Travaux de l'École doctorale d'histoire de l'Université Paris I Panthéon-Sorbonne* (pp. 273-286). París: Publications de la Sorbonne.
- Nora, P. (ed.). (1997). Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux. En *Les Lieux de mémoire, tome 1* (pp. 23-43). París: Gallimard.
- Núñez Seixas, X. M., & Soutelo Vázquez, R. (2005). *As cartas do destino: unha familia galega entre dous mundos, 1919-1971*. Vigo: Galaxia.
- Sierra Blas, V., Martínez Martín, L., & Monteagudo Robledo, J. I. (eds.). (2009). *Esos papeles tan llenos de vida... Materiales para el estudio y edición de documentos personales*. Gerona: CCG Edicions.
- Sobral, J. M. (2004). Memoria social, identidad, poder y conflicto. *Revista de Antropología Social*, (13), 137-159.
- Stephanou, M. ; Bastos, M. H. C. (2005). História, memória e história da educação. Em, Maria Stephanou & Maria Helena Camara Bastos (orgs.), *Histórias e memórias da educação no Brasil*, vol. 3. Século XX. (pp. 416-429). Rio de Janeiro: Vozes.
- Viñao Frago, A. (2011). Ayer y hoy de la educación en España, memorias y desmemorias. En Carlos Lomas García (coord.), *Lecciones contra el olvido: memoria de la educación y educación de la memoria* pp. 23-60. Barcelona: Octaedro.
- Viñao Frago, A. (2021). El espacio escolar como objeto histórico: una trayectoria intelectual, *Historia y Memoria de la Educación*, 13, 21-48.

A ESCOLA QUE ME SALVOU

(Primer premio)

Fernando Jorge Gonçalves Afonso
(Sendim, Miranda do Douro)

Nasci e cresci como filho de emigrantes na bela cidade de Bordéus, entre as vinhas e o oceano, no sudoeste da França. No verão de 1986, com quase 17 anos de idade, a minha vida sofre uma viragem radical e, num golpe de magia, as tradicionais férias em Portugal passam a “férias sem prazo para acabarem”. Com efeito, no ano anterior, os meus pais tinham recebido uma proposta tentadora e irrecusável: largar a cidade onde estavam radicados há duas décadas, as obras e as limpezas domésticas, e pegarem num estabelecimento comercial na aldeia raiana do meu pai, em Bemposta, no concelho de Mogadouro, encostada ao rio Douro e a Espanha.

Confesso que não via com grande embaraço essa mudança pois regressava a Portugal cerca de três vezes por ano – duas semanas no Natal e na Páscoa; quase dois meses no verão – falava e escrevia o português sem qualquer tipo de dificuldade, mas a minha vontade de estudar, lá em França, era praticamente nula e o futuro não se afigurava como risonho. Talvez em Portugal fosse diferente e se abrissem outras portas... Ainda me fizeram a pergunta que se impunha face à minha idade. Ficas ou vens? E, num impulso, virando costas à minha cidade, aos meus amigos, colegas e restantes familiares, decidi dar o salto de olhos vendados.

Naquela época, a aldeia era sinónimo de liberdade, um universo onde os horizontes abertos me recebiam num abraço quente, onde as pessoas, os animais e a terra formavam um todo, onde a simplicidade, a amizade, a bondade e a solidariedade se sobrepunham à opulência, ao egoísmo, à indiferença e ao faz de conta da cidade e de um país que não me considerava como seu filho. Eu sabia que nunca passaria de mais um “portugais” e que as minhas raízes estavam ancoradas em Bemposta e em Lamoso, pequeno casario onde viviam e labutavam os meus avós paternos. Não obstante essa visão idílica, direi quase hipnotizante, eu não conhecia Portugal na sua essência, não sabia como era viver cá o resto do ano, como era a escola, o que custava a vida, que dificuldades enfrentavam as crianças, os jovens, o português comum. Não sabia nada do que era realmente morar e tentar singrar numa aldeia remota, perdida num Trás-os-Montes escondido atrás de uma muralha chamada Marão, quase sem acessos e demasiado afastado dos grandes centros como o Porto ou Lisboa.

O primeiro obstáculo surgiu quando no início do mês de setembro de 1986 me dirigi à vila de Mogadouro, sede do meu concelho, para me inscrever no Liceu. Tinha completado o 9º ano em França, teria, portanto, de me matricular no 10º ano em Portugal. Naquela época, todos os emigrantes que regressavam à pátria com filhos confrontavam-se com o mesmo problema: as equivalências académicas. Eu trazia um documento oficial redigido, assinado e timbrado pelo consulado português em Bordéus, assim como o meu processo escolar entregue pela direção do colégio onde estudei. Passados poucos dias fui informado de que teria de iniciar e frequentar o 9º ano. Em suma, obrigavam-me a dar um passo atrás. De nada serviram os protestos por parte dos meus pais, as coisas funcionavam daquele jeito, era pegar ou largar. Contrafeitos, acatámos as orientações. Mas havia ainda outra surpresa... E não seria em Mogadouro que teria de me matricular,

mas sim na C+S de Sendim, uma aldeia que ficava a pouco mais de 10 km de Bemposta, no concelho vizinho de Miranda do Douro.

Confesso que fiquei bastante perplexo com a situação pois uma coisa seria estudar numa vila pequena, mas movimentada, como Mogadouro e outra totalmente diferente supunha ser frequentar uma escola de uma aldeia que eu desconhecia. Na minha cabeça de adolescente, as aldeias tinham apenas escolas primárias. Depois disso, o percurso escolar completava-se em vilas e cidades. Naquele momento, apesar do desalento, estava longe de imaginar que seria a minha salvação.

As aulas começaram no primeiro dia de outubro, já o outono trazia manhãs frescas, tardes ensolaradas e estranhamente quentes para um miúdo chegado de França. Em Bordéus, o mês de outubro reclamava já algumas camadas de roupa.

Cedo nessa manhã inesquecível, com dezenas de rapazes e raparigas que ainda não conhecia, saídos de todos os becos, ruelas e largos de Bemposta, subi para um autocarro da empresa Santos, conduzido por um indivíduo de meia idade, bigode fino, olhos mortiços e sotaque minhoto. Percorremos várias localidades para apanhar outros alunos, num trajeto repleto de solavancos, balanços acentuados, acelerações ruidosas, travagens bruscas e uma cacofonia ensurdecadora feita de gargalhadas e berros que brotavam dos assentos do fundo e se propagavam numa onda avassaladora até aos ouvidos sensíveis do pobre motorista. Fomos parando em Urrós, Travanca, Brunhosinho antes de, finalmente, apontarmos em sentido contrário, em direção a Sendim. Os meus olhos absorviam tudo o que viam. Novas caras, lugares onde nunca tinha estado, formas de estar que desconhecia, pidades, expressões transmontanas ou o linguajar da juventude do planalto, muitas palavras em espanhol, tudo era novidade e explodia-me na cara nesses primeiros instantes. A alegria era contagiante e sabia que naquele imenso grupo de galhofeiros faria bons amigos.

Sendim era de facto uma grande aldeia. Sendo muito maior do que Bemposta, superava a minha imaginação. E a sua influência estendia-se até algumas zonas importantes do concelho de Miranda do Douro, mas também fazia-se sentir nas áreas limítrofes com os concelhos de Mogadouro e Vimioso. A escola C+S aglutinava centenas de alunos, um número que provavelmente superava o do meu colégio em Bordéus. Ao chegarmos perto do estabelecimento escolar, vários autocarros vermelhos e brancos da dita empresa de camionagem já estavam estacionados numa extensa fila ao longo do perímetro do mesmo e vomitavam uma avalanche de crianças e jovens com idades compreendidas entre os 10 e os 15/16 anos. Eu seria com certeza dos mais velhos, sinónimo de que não devia ter grande coisa na cabeça. E, para embelezar o quadro, chegava de França e era, como se dizia naquele tempo, um “avec, franciú, espingardú!”

Deixei-me levar pela corrente e reparei que os portões estavam abertos de par em par como se aqueles braços metálicos me acolhiam sem segundas intenções. Ainda hoje não consigo explicar o que senti naquele preciso instante... Até então, a escola era o meu maior pesadelo, fonte das minhas angústias, o lugar de onde eu queria fugir e nunca mais voltar. No entanto, ao franquear aquele portão, a inquietude abandonou-me e regressou, a solo, para lá dos Pirenéus. Finalmente aligeirado, pude descobrir um mundo novo. Impregnado por reflexos e formas de observar ou de pensar próprias de quem cresceu noutra meio, reparei nos sorrisos, na alegria, na simplicidade e na camaradagem que reinava no seio daquela multidão. Reencontravam-se amigos, cúmplices de brincadeiras e traquinices após um período de férias que ultrapassava largamente os três meses. Em França, as aulas começavam no primeiro dia útil do mês de setembro. Por outro lado, as roupas eram sóbrias, discretas, com poucas variações de cores e sem logótipos de marcas conceituadas que rotulavam os adolescentes franceses. Ali, ninguém reparava nisso. E se

calçasse sapatilhas da Adidas ou da Nike, teria o mesmo impacto do que se tivesse nos pés uma botas de trabalho ou uns sapatos domingueiros.

As turmas e os horários, afixados em placares no átrio central do recreio coberto, atraíam todos os olhares. Havia urros de excitação, abraços, algumas decepções, mais gargalhadas, um misto de expetativas e de contentamento. Localizei o meu nome numa das duas listas dos alunos do 9º ano. Nada de incomum, Afonso era um apelido que aparecia imensas vezes nessa e nas restantes turmas. Não havia dúvidas, fazia parte daquele universo. Estava no sítio certo.

Rapazes e raparigas de Bemposta que vinham comigo no autocarro aproximaram-se. “És da nossa turma!”, anunciavam-me com um sorriso que me dava as boas-vindas e marcava os primeiros segundos de uma grande aventura. Rapidamente acabei por perceber que eles já sabiam o meu nome e que apesar de ainda serem uns desconhecidos, estavam prontos para me acolherem e me guiarem nesta descoberta. Ainda antes de entrarmos para a primeira aula, fui brindado com o resumo do que teria de fazer depois de sairmos: comprar a senha para o almoço, copiar o horário, encomendar os manuais na papelaria, conhecer os restantes colegas e dar uns chutos na bola durante o intervalo. O resto viria por acréscimo, grão a grão, como quem constrói uma casa empilhando pacientemente pequenos tijolos de barro que é necessário deixar bem secar antes de colocar outro por cima.

A turma do 9ºA era constituída por perto de trinta adolescentes oriundos de várias aldeias. Eu fazia parte dos três ou quatro de Bemposta e os de Sendim estavam em maioria. Outros vinham de Picote, do Barrocal, Palaçoulo, Prado Gatão, Travanca, Urrós, Brunhosinho e havia ainda algumas raparigas naturais de Lagoaça (concelho de Freixo de Espada à Cinta) que passavam a semana de aulas ao cuidado da Casa da Criança Mirandesa, dirigida por uma congregação religiosa, as Servas Franciscanas Reparadoras de Jesus, e regressavam a casa apenas ao fim de semana ou durante as interrupções letivas.

A diretora de turma era uma pessoa que já tinha visto circular na minha aldeia, uma “senhora professora” segundo a versão dos meus vizinhos. O que eu desconhecia era que ensinava na C+S de Sendim e que viria a ser seu aluno na disciplina de Contabilidade. Deu-me as boas vindas, apresentou-me à turma, sem omitir o facto de eu ser, tal como ela, “badano” (nome dado aos habitantes de Bemposta) e recém-chegado de França. Os olhares centraram-se naturalmente em mim. Interpretei aquilo como uma curiosidade natural ou uma interrogação que os consumia. “Será mais um francês emproado ou um gajo porreiro?” No momento, a minha timidez impediu-me de os tranquilizar, mas ao responder à professora com meia dúzia de palavras pronunciadas num português quase imaculado – apenas condimentado com uma brisa de sotaque afrancesado – os meus novos colegas sorriram de alívio. Alguém perguntou se eu lia e escrevia o português tão bem quanto o francês, ao que respondi que tivera a sorte de ser bilingue desde o berço e de estudar a língua dos meus pais desde a 2ª classe até ao 9º ano. No meu colégio de Bordéus, o português fazia parte do currículo a partir do 5º ano. O inglês surgia apenas no 8º. Um zunzum invadiu a sala e só percebi a causa durante o intervalo. Os cábulas e até os mais aplicados tinham agora uma boia de salvação durante as aulas e os testes do padre que lecionava a disciplina de Francês...

Usando uma forma de comunicar muito direta e objetiva como só os adolescentes o conseguem fazer, fui recolhendo informações que me permitiram desenhencilhar-me assim que se ouviu o toque estridente da campainha. Aprendi onde e como comprar a senha do almoço, onde era o refeitório, como funcionava o bufete, como pagar o passe do autocarro na secretaria e tratar lá de assuntos burocráticos e, finalmente, conheci todo o espaço exterior. A escola não tinha grandes infraestruturas. Estas resumiam-se a um

generoso edifício central em forma de quadrilátero onde, no seu centro, pontificava um grande pátio. Embora insuficientes, as salas de aulas distribuíam-se em redor desse mesmo espaço comum e para colmatar essa falha havia no exterior dois barracões de madeira, pré-fabricados, que serviam de apoio nos horários letivos mais concorridos. A área do recinto escolar era bastante importante e os espaços verdes abundavam. A grama crescia de forma desordenada em extensos tapetes esverdeados que serviam de zona de descanso durante os intervalos. Muitos alunos deitavam-se ou sentavam-se em pequenos grupos e punham a conversa em dia aproveitando ao máximo o sol e as temperaturas agradáveis desse início de outono. Não existia um pavilhão ou qualquer tipo de equipamento desportivo para as aulas de educação física. Explicaram-me que estas estavam reservadas para os mais novos, ali mesmo na grama ou no campo pelado, e que durante o inverno as zonas cobertas do edifício eram usadas para o efeito.

Campo pelado? As minhas orelhas arrebitaram, pois, naquela época, a bola era o meu credo, uma paixão que partilhava com grande parte dos miúdos que me rodeavam naquele instante. “Sabes dar uns chutos?”, perguntavam-me, a mim, o viciado em futebol, que jogava desde os oito anos num clube da periferia de Bordéus e cujo maior sonho era ser uma estrela.... Fizem-se as equipas em escasso segundos, dois grupos de adolescentes mais crescidos, um misto de alunos mais velhos, os pequenos ficavam a ver. As “hierarquias” tinham um peso incontestável naquela escola. Quando dei por mim, estava com os pés enfiados na terra, rodeado por uma nuvem de pó que me fez tossir após a primeira corrida. Eu nunca tinha jogado numa superfície tão desconcertante. Estava acostumado aos belos relvados desde tenra idade e nem imaginava que seria possível jogar à minha maneira sem me lesionar, rasgar a roupa ou destruir as sapatilhas. A bola não rolava. Chegava aos meus pés de forma atabalhoada, aos saltos, às piruetas, com mudanças de trajetória que me deixavam desnorteado. As primeiras gargalhadas picaram-me o orgulho. A bola voou na minha direção, amorteci a queda no peito e coleí-a debaixo do meu pé. Fui avançando decidido, fintando todos os que me apareciam à frente. Os que tentavam desequilibrar-me ou impedir-me de progredir eram afastados num sopro que os deixava surpreendidos. Com dezassete anos, tinha uma boa preparação física fruto de anos de treinos, jogos e correrias. A dez metros da baliza sem redes, rematei com violência. A bola saiu-me do pé direito com uma velocidade considerável, o guarda-redes atirou-se ao chão amedrontado e enrolou-se como um ouriço enquanto os olhares seguiam a trajetória interminável.

Ignorando os gritos de felicidade de alguns e as expressões (palavrões) de espanto de outros, continuei a corrida até ao gradeamento que delimitava o recinto para recuperar a bola. Estava a mais de 50 m do talude de terra batida onde decorria a partida de futebol. Reparei então que a escassos metros de mim passava a estrada nacional. As placas de sinalização anunciavam destinos tão variados como Picote, Fonte de Aldeia, Duas Igrejas, Miranda do Douro ou Espanha. Do outro lado da estrada, vários tratores com atrelados, carrinhas e pesados entravam e saíam de um edifício estranho, com várias construções em forma de cogumelos brancos. Reconheci as formas esféricas, existiam as mesmas em Bemposta. Era então a Adega Cooperativa de Sendim e a azáfama do final das vindimas. Os contentores colocados nos atrelados ou na caixa aberta das carrinhas eram içados por guindastes de correntes possantes e o conteúdo despejado nas ranhuras de uma plataforma sobrelevada que eu não conseguia ver corretamente. Uvas negras ou amarelas caíam em breves cascatas. Fiquei alguns segundos absorto com o rebuliço daqueles homens e mulheres antes de voltar à realidade, desperto pelos apelos incessantes dos meus colegas. “Francês?! Francês?! Traz a bola, pá! Anda! Está quase a tocar!”

Quando regresssei ao campo, todos olhavam para mim de uma forma totalmente diferente. Havia agora uma estranha multidão amontoada à volta do retângulo de jogo empoeirado. A cada corrida, finta ou remate potente e certo que eu fazia, um bruaá levantava-se no ar turvo. Os mais pequenos eram os mais entusiastas, batiam palmas e gritavam. Os meus colegas de equipa, abraçavam-me, davam-me palmadas nas costas, incentivavam-me... “Faz outra jogada como aquela! Vamos!” Eu achava que não fazia nada de especial, apenas corria e chutava como em Bordéus, mas para aqueles miúdos eram feitos aparentemente extraordinários.

Quando a campainha tocou e nos dirigimos todos para as nossas salas, o suor e o pó cobriam-me da cabeça aos pés. Olhei para os outros, estavam como eu. Felizes e excitados. Todos me davam os parabéns, queriam saber o meu nome, de que aldeia era, de que “planeta” vinha. Hoje, consigo perceber essa curiosidade: era um jovem que chegava de um meio diferente e essas nuances transpareciam até nos mais ínfimos pormenores. Era sempre assim quando chegava um novo aluno vindo do estrangeiro ou de um contexto mais desenvolvido. Naquela época, a nossa região estava mais fechada, enclausurada e isolada culturalmente. Tudo era novidade...

A partir daí fui aceite por todos os alunos. Sem exceções, dos pequenitos do 5º ano aos mais graúdos dos 8º e 9º anos, fiz em cada um deles um amigo. Nunca sofri daquilo a que hoje se poderia chamar de bullying por ter vindo de França com um ligeiro sotaque ou por ser tão crescido para um aluno de uma C+S. Media quase 1,80 m, cerca de 70 kg de muita vivacidade, começava a ter barba e o contraste com os meus restantes colegas era, por vezes, constrangedor. Os vigilantes, três homens feitos, tratavam-me com o máximo de respeito, falavam-me obviamente de uma maneira diferente, e mais pareciam meus companheiros com quem tinha longas conversas sobre futebol e raparigas.

Ao fim da primeira semana de aulas, estava perfeitamente ambientado e sincronizado com aquele microcosmo. E fui tão feliz...

Muito rapidamente, os professores aperceberam-se de que eu tinha um nível de conhecimentos idêntico aos dos meus colegas de turma. Havia disciplinas, como no Português, onde eu já tinha trabalhado determinados conceitos e a minha participação era muito bem-vinda. Em Bordéus analisara, a título de exemplo, o *Auto da Barca do Inferno* de Gil Vicente, os *Contos da Montanha* de Miguel Torga, muitos textos de Jorge Amado, algumas poesias de Fernando Pessoa ou os sonetos mais populares *d’Os Lusíadas* de Camões. Revelava uma boa cultura geral e as aulas de francês eram uma mera formalidade uma vez que o docente, um sacerdote com idade para estar reformado do ensino, apresentava um nível bastante rudimentar da pronúncia, do vocabulário e da gramática. O pobre do homem enervava-se quando eu pedia a palavra para o corrigir. Nos dias de teste, resolvia a prova em escassos minutos, fingia estar a pensar, fazia sarrabiscos na folha de rascunho enquanto as minhas respostas corriam a sala, de mesa em mesa. No final, o padre nem se dava de conta que 99,9% dos alunos obtinha resultados excelentes.

À medida que recebia os meus primeiros testes, a surpresa tomava conta de mim. Não estava habituado a ter boas notas. Em Bordéus, a minha média era francamente positiva apenas nas disciplinas de Português e de Educação Física. Nas restantes contentava-me com um 10, por vezes um 11, mas o meu desempenho era negativo – para não dizer catastrófico – a Francês, Matemática, Ciências Naturais e Físico-Química. Tinha capacidades, mas pouca ou nenhuma vontade de estudar. Contudo, este novo contexto fazia de mim um aluno com uma atitude diferente, nas antípodas daquilo que evidenciava no ano letivo anterior. Muitos pensarão que a isso se chama “maturidade”. Discordo categoricamente. A minha motivação era nula, nunca me passava pela cabeça fazer o mais pequeno esforço, mas a C+S de Sendim transfigurou-me. Tanto os meus colegas como os nossos

professores, assim como os restantes funcionários, tiveram um papel fundamental nessa mudança de paradigma. Felizmente, estava muito bem rodeado. O meu grupo de amigos mais chegados era constituído por rapazes e raparigas divertidos, autênticos foliões, sempre prontos para loucuras e travessuras, mas focados nos estudos. Sabiam como ninguém separar as águas e dar prioridade ao que realmente interessava. Ao observá-los, aprendi a ser ponderado, aplicado, esforçado, interessado, participativo. Compreendi que o futuro dependia apenas de nós, do nosso empenho, daquilo que seríamos capazes de retirar desse ambiente escolar fantástico. Na semana anterior aos testes, formávamos grupos de estudo e, quando nos sobrava tempo no final das aulas ou nalgum “furo”, revíamos a matéria, formulávamos dúvidas e os que sabiam mais desmontavam o bicho de sete cabeças e explicavam ao pormenor. Eu tinha uma certa facilidade na literatura, na história, na geografia, na geometria, outros dominavam as equações, a biologia, a física, a química, o inglês. Éramos uma equipa e tentávamos sempre equilibrar as nossas forças e fraquezas. De forma natural e desprendida, fizeram de mim um verdadeiro estudante.

Os nossos professores também eram de primeira água. Apesar do isolamento da região e da escola, o corpo docente tinha uma qualidade incrível. Muitos não ignoravam o contexto social e económico em que a grande maioria vivia. O acesso à informação era limitado, mas havia sempre forma de dar a volta ao texto e de atingirmos os objetivos pretendidos. Também eles se esforçavam e trabalhavam em prol do nosso futuro. Mesmo sem grandes condições materiais, com recursos limitados, posso hoje afiançar que o ensino era de excelência. À medida que as semanas, os meses e os trimestres passavam, éramos municiados com aptidões que nos preparavam para o salto que aí vinha. Nem todos frequentariam o liceu, o ensino obrigatório findava nesta etapa, mas os que prosseguiriam podiam ter a certeza de possuir uns alicerces firmes e duradouros. Com o tempo, os meus professores transformaram-se em verdadeiros amigos. Não havia entraves na comunicação e eles entendiam como ninguém a ânsia que nos invadia e nos levaria, muito provavelmente, para outras paragens. Como todos os transmontanos daquela época, estávamos a ser preparados para enfrentarmos outros universos e grandes desafios.

Apaixonei-me pela Contabilidade – houve um tempo em que pensei sinceramente seguir essa área – graças à minha diretora de turma. O docente de Português, natural de Sendim, fazia das aulas de literatura uma aventura inesquecível, uma viagem pelos meandros da idade média, dos Descobrimentos, dos clássicos intemporais e imortais com uma grande dose de crítica pessoal. Ensinou-nos a interpretar e questionar cada palavra, cada ideia expressa em prosas pouco acessíveis. Afinou a nossa capacidade de escrita, enriqueceu o nosso vocabulário, transmitiu-nos o respeito e o amor pela língua portuguesa. O professor de Matemática, também ele filho da terra, era um indivíduo com uma personalidade muito peculiar. Nunca tinha visto ninguém ser em simultâneo tão exigente e um brincalhão por vezes ainda mais imaturo do que nós próprios. As aulas eram naquela época um complemento à sua atividade de jovem agricultor e não raras vezes chegava à escola de trator, com as charruas aparelhadas, estacionava, saltava do assento e entrava a correr, uma mão a pegar na boina e a outra a segurar os livros. No seu encalce, as pedadas de terra denunciavam a sua passagem intempestiva e punham os cabelos em pé às pobres funcionárias. A minha relação com as equações e os restantes domínios da matemática era péssima. Em contrapartida, adorava a geometria e julgo que deve ter sido por causa disso que nunca me brindou com uma negativa. No final da aula, o mesmo despedia-se com uma anedota ou uma “bicada” a um aluno mais atrevido, acelerava o passo e regressava à lavoura. Os restantes docentes, alguns deslocados e naturais do litoral, envolvidos pela “política” da comunidade escolar, davam o corpo ao manifesto e rejubilavam de forma espontânea perante as nossas conquistas.

No entanto, umas nuvens negras pairaram sobre mim no decorrer do segundo período. Do Ministério da Educação e Cultura chegava à direção da escola uma missiva que retificava o processo de equivalência acadêmica apresentado pouco depois da minha chegada a Portugal e que me fazia compreender o porquê de se dizer que o nosso país sofria de um atraso crônico. Nem a recém-entrada na CEE parecia colocar o país nos eixos do desenvolvimento e do progresso. As notícias eram dramáticas... Lisboa decretava que eu teria de regressar e incorporar uma turma de 8º ano. Pensei que o mundo me caía em cima e que os fantasmas do passado regressavam quando finalmente eu me transformava num estudante exemplar.

A resposta dos meus colegas e professores foi incrível, pronta e eficaz. Muito rapidamente, a direção reuniu os docentes, o delegado de turma, e uma análise pormenorizada foi feita ao meu desempenho escolar. Todos eram unânimes: apesar de ter vindo do estrangeiro, não revelava qualquer tipo de dificuldade de aprendizagem e seguia os respetivos programas sem contratempos. Foi feito um relatório assinado por todos e anexaram-se pautas de avaliação.

A espera foi insuportável. Os meus professores diziam-me que tudo correria bem, que a decisão final nos seria favorável; os meus colegas ameaçavam fazer greve se Lisboa ignorasse os argumentos da direção e eu, arrasado, garantia-lhes que preferia desistir, dar um chuto nos livros, do que caminhar às arrecuas.

A resposta chegou passadas duas ou três semanas e, felizmente, face ao óbvio, o Ministério autorizava então a minha permanência no 9º ano e pude finalmente respirar de alívio. Confesso que foi a partir desse momento que compreendi melhor a expressão “centralismo exacerbado”. Nunca esquecerei a satisfação dos meus colegas, dos nossos professores, dos funcionários, da própria direção da escola e dos elementos da secretaria. Estavam todos comigo nessa luta.

Quem ler estas linhas julgará talvez estranho o meu testemunho incluir os funcionários. Naquela época eram os “contínuos”, hoje são os “assistentes operacionais”. Essas pessoas também foram muito importantes na minha adaptação e evolução. A C+S de Sendim tinha um conjunto de homens e mulheres que nunca poderei esquecer. Gente de uma bondade infinita, amiga de todas as crianças e adolescentes. Tratavam-nos com um carinho sincero, preocupados com o nosso bem-estar, o nosso conforto. Nada nos podia faltar. À hora do almoço, as cozinheiras que serviam as refeições perguntavam sempre se queríamos repetir o prato. “Come, filho! Não faças cerimónia!”. Eu que tinha um apetite voraz, agradecia e repunha as energias perdidas a correr atrás da bola.

Com a chegada da primavera e dos dias soalheiros, a grama voltava a crescer, despontavam papoilas, margaridas, tons de amarelo, branco, vermelho e verde que convidavam a uns minutos de preguiça ao sol. Faziam-se jogos, partidas de cartas, entabulavam-se conversas sem fim, anedotas, piadas, risadas descontroladas. Também se namoriscava. Foi em Bemposta que conheci aquela que viria a ser minha namorada durante uma década e depois minha esposa, mas foi na escola de Sendim que nos beijámos pela primeira vez e que a nossa relação se iniciou verdadeiramente.

Os portões da escola raramente estavam fechados. Os mais novos não ousavam sair e obedeciam às diretrizes dos vigilantes e diretores de turma. Nós os mais velhos tínhamos o “privilégio” de gozarmos de uma certa liberdade ponderada e responsável. Foi nessas saídas com tempo contado que tomei o pulso à grande aldeia, calcorreando, sempre acompanhado por cúmplices da terra, todos os becos e as ruas principais de Sendim. Quando as temperaturas disparavam em flecha e a ausência forçada de um ou vários professores nos presenteava com tardes livres, íamos a pé até ao Barreiro, uma poçada de água salobra, junto à estação ferroviária, para vermos os mergulhos acrobáticos dos mais atrevidos. O

edifício com os seus belos painéis de azulejos também era um local que nos fascinava e nos impelia a seguirmos os carris para poente, até ao apeadeiro de Urrós e, daí, apostar-nos numa boleia até Bemposta.

Entretanto, as semanas desfilavam no calendário e o ano letivo chegava ao seu término. Na última semana de aulas, participámos na viagem de finalistas. Uma jornada de três dias que nos levou à grande cidade do norte de Portugal e à folia do São João. Foi o meu primeiro contacto a sério com o Porto e as suas tradições festivas. Lembro-me de ficar em choque perante a vasta multidão que enchia a Ribeira, toda a baixa, e martelava sem dó nem piedade os mais incautos como eu. Entrámos no mar gelado da Póvoa depois de duas noites sem dormir, almoçámos um churrasco divinhal, visitámos Guimarães, o seu património histórico e pude finalmente abraçar a estátua do meu herói de porte altivo e espada pronta a travar os avanços intrépidos dos mouros. Regressei a casa com constelações nos olhos...

Depois desse ano letivo 1986/1987, frequentei mais dois estabelecimentos de ensino – o Liceu de Mogadouro e a Escola Superior de Educação da Guarda – mas em nenhuma destas ilustres instituições senti a magia e o feitiço que exerceu em mim a C+S de Sendim. Talvez fosse por ser a minha primeira experiência como aluno em Portugal, não sei... O certo é que nunca mais voltei a encontrar esse espírito de união, de família, de cuidado extremo, de bondade, de ternura, carinho. Ainda hoje sinto saudades daquela simplicidade. Não tínhamos nada, mas tínhamos tudo. O essencial nunca nos faltou. Formaram-nos, prepararam-nos, inculcaram-nos valores que nos guiaram e nos guiam no nosso caminho.

Se hoje sou professor e escapei a um destino que me queria tramar, devo-o essencialmente ao papel preponderante que teve a C+S de Sendim no meu percurso académico e no início da minha aventura como docente. Revisitei há poucos meses a minha querida escola. Há por lá um silêncio que se agiganta a cada ano que passa, pois, a desertificação e a quebra da natalidade vão apertando o garrote. Já não se vê a fila comprida de autocarros, os alunos são escassos assim como os docentes e funcionários. Um dos meus colegas e grande amigo daquele tempo é atualmente professor de mirandês. Redescobri o espaço a seu lado. Há finalmente um belo pavilhão desportivo, salas modernas e confortáveis, computadores, projetores multimédia...

Contudo, o seu olhar melancólico e cansado diz-me que o fim da instituição estará para breve e que provavelmente se perderá a alma que durante décadas alimentou e animou o coração da vila de Sendim.



O talude de terra que fazia de campo de futebol e a Adega Cooperativa de Sendim ao fundo. 1986-87.



O edifício central com as suas salas de aula e a minha “eterna” namorada, hoje a minha esposa. 1986-87.

LOS ABUELOS DE LA ESCUELA

(Segundo premio)

Fulgencio Fernández
(Almuzara, León)

Aquella mañana del 31 de octubre de 1967 había caído la primera nevada del año. Lo sabía nada más despertar, incluso con las ventanas cerradas, sin ver la nieve, pero mis ojos de niño de la montaña percibían que había otra luz, el resplandor de la luz de la nieve.

Y al abrir la contraventana... allí estaba la nevada. El horizonte era inmensamente blanco; no existe otro tan puro como el del amanecer de la primera nevada del año. En el mar blanco que se asomaba a la ventana solo se diferenciaba una pequeña mancha roja en el horizonte, era el pecho de un pequeño petirrojo que esperaba las migas de pan que siempre ponía la abuela en el alféizar de la ventana. Detrás de él vendrían decenas.

Pero mis pensamientos estaban en otro lugar. Concretamente en la casa de Beba y Prudencio, “los abuelos de la escuela”, como les había llamado la nueva señora maestra, doña Celina, cuando nos los asignó aquella mañana, en los primeros días de curso, en octubre, después de que pasaran las ferias de ganado de Cármenes, el día 4, y la del Pilar, en Boñar, no hace falta decir el día.

Llegó doña Celina en medio de la expectación que siempre despierta el anuncio de una maestra nueva. Nos extrañó lo alta que era, “igual mide dos metros”, dijo Lulo, aunque ella rebajó las expectativas con una carcajada: “No tanto, con veinte centímetros menos me conformo”.

El primer día de escuela —entonces nadie le llamaba clase—, después de hablar de nosotros, de nuestros nombres y edades, de nuestras familias, de preguntar a qué se dedicaban nuestros padres, que casi todos eran ganaderos, nos lo anunció: “Bueno, aunque es el primer día ya os voy a poner deberes. Tenéis que preguntar en vuestras casas, y apuntáis en el cuaderno, los nombres de aquellos vecinos más ancianos, los que viven solos, los que vive un matrimonio en una casa, los que están enfermos...”.

—¿Y nos va a poner nota?

—Por supuesto, un 10.

En los días siguientes reunió todos aquellos nombres que nos había pedido, todas las historias y los fuimos colocando en un lado del encerado, justo debajo de una frase que doña Celina había escrito con la cuidadosa letra de maestra: “Los abuelos de la escuela”. En la parte derecha del encerado había escrito los nombres de los diez alumnos de la escuela: Lulo, Paco, Tomasete, Fulgencio, Juli, Inesita, Aurita, Piedad, Socorro y Rosarín.

Eran casi justos, casi iguales las dos columnas. Once abuelos de la escuela y diez niños en la escuela. Como Lulo era el mayor le asignó dos, un matrimonio y una mujer que vivía sola. Y se llamaba Soledad.

Después nos explicó: “Estos que os he asignado son vuestros ‘abuelos de la escuela’. Yo iré hablando con ellos y cuando venga el mal tiempo, seguramente con la primera nevada, debéis acudir a sus casas, cada uno a la del abuelo que os haya tocado, para ver qué necesitan: leña para la cocina, carbón, abrir camino espalando hasta la carretera, ir a la tienda, hacerles los recados, lo que os pidan”.

—¿Venimos primero a la escuela y después ya vamos para las casas?

—No. Vais directos a las casas de vuestros abuelos de la escuela, hacéis lo que os pidan, todo, y después ya venís a la escuela y hablamos de ello.

Aquella primera nevada llegó el 31 de octubre, el día antes de Todos los Santos, de ahí mis nervios al verla. Se me ofrecía la posibilidad de ir a ayudar a los abuelos de la escuela, los míos eran Prudencio y Beba, dos hermanos, bastante mayores y, además, con problemas de salud. Prudencio tenía silicosis de haber trabajado en la mina y la empeoraba aún más pues fumaba sin parar unos grandes cigarrillos que él mismo liaba, sacando el tabaco de una petaca de cuero; y Beba tenía artrosis, del frío que cogió lavando en el río, decía ella, mientras reñía a su hermano “por esa fumaera, que te va a matar”.

Me recibieron muy agradecidos. Beba me dio un beso que no parecía tener fin mientras me decía. “¿Eres el nieto de Josefa? Yo fui con tu abuela a la escuela. Qué pena que se quedara viuda tan joven, aquella peste del 19 que se llevó a tu abuelo fue terrible”.

No acierto a describir la felicidad, más bien el orgullo, que sentía por cada ‘mandao’ que les hacía: llevarles la leña desde el leñero para que no se les apagara la lumbre, acercar un caldero de carbón de un cupo que les regalaba la empresa en la que había trabajado Prudencio, espalar una vereda hasta la carretera por si necesitaban salir, tirar la ceniza, echar de comer a las gallinas, bajar a por el pan, ir al bar a comprarle un paquete de Ideales a Prudencio, que él deshacía después los cigarros para echarlos en la petaca. Costaba 2,50 (pesetas) el paquete y siempre me daba 3 pesetas, los dos reales que sobraban eran para mí, aunque la señora maestra nos dijo que esas propinas las guardaríamos en un bote para cuando hicieran falta “para cosas importantes”.

—Señora maestra, ¿qué son cosas importantes?

—Cuando haya una desgracia o una necesidad las reunimos todas en un sobre y ponemos “de los niños de la escuela”.

Me fui tranquilizando ante la acogida de Beba y Prudencio, la ternura de ella, los consejos del viejo minero que me insistía en que no corriera ni cargara en exceso el caldero de carbón. Pasé casi toda la mañana con ellos. Al acabar los recados Beba me había hecho unas pastas de manteca y me dijo que me sentara a la mesa a comerlas con un vaso de leche. Cada poco me mandaban calentarme en en la cocina, me preguntaban cosas sobre la gente del pueblo pues salían poco de casa pero, sobre todo, me insistían en que estudiara, que fuera buen estudiante para “labrarme un futuro. Nos ha gustado mucho la señora maestra, ahí estuvo sentada en el escaño preguntándonos cosas. Será muy buena maestra, seguro”.

—¿Y tú eres buen estudiante?

—Sí. Ya voy por la segunda *Enciclopedia* de Álvarez.

Cuando subí para la escuela ya era casi la hora de salir. A la una se acababa la jornada de mañana y yo marché de la casa de los abuelos de la escuela ya pasadas las doce y media. Tenía miedo de que me riñera doña Celina, nos había dicho que fuéramos primero a las casas, hasta que hiciéramos todo lo que nos pidieran, pero igual había abusado.

No me riñó aunque llegué el último. Todo lo contrario. “Calientate un poco en la estufa y nos cuentas qué has hecho toda la mañana”.

—¿No me va a reñir?

—¿Porqué?

—Por no venir antes a la escuela.

—En la escuela has estado. La escuela no son las paredes, la escuela es aprender, y hoy has aprendido una de las lecciones más importantes: la solidaridad y el respeto a nuestros mayores.

—Pero eso no viene en la *Enciclopedia* de Álvarez.

—No hace falta. Después veremos que sí viene en la *Enciclopedia*, pero os voy a preguntar: ¿Os parece más importante saber qué es el acento prosódico o ayudar a unos vecinos, ancianos y enfermos?

La pregunta quedó en el aire. Pero además de dar por hecho que era más importante ir a ver a Beba y Prudencio, en mi caso y a los otros ‘abuelos’ en el de los otros niños de la escuela, todos fuimos a mirar en la enciclopedia para ver qué era eso del acento prosódico.

Jamás se fueron Beba y Prudencio de mi vida. Cuando abandoné la escuela de Almuzara para ir a estudiar, a León primero y a Oviedo después, cada vez que regresaba a casa iba a verlos y les pedía por favor que me dejaran hacerles algún recado, como cuando iba a la escuela. Beba siempre le preguntaba a mi madre cuándo iba a venir y me hacía pastas de manteca... Me recibía con el mismo beso eterno de aquel primer día y ya me sentaba en el escaño donde había estado doña Celina en la visita con la que empezó todo. Yo escuchaba sus achaques y les contaba mis cosas. Y respondía a la pregunta de siempre.

—¿Eres buen estudiante?

—Sí, tengo beca por serlo.

—¿Qué *Enciclopedia* estudias?

—Ya las acabé todas, ahora estoy en la Universidad.

—Allí se aprenderán cosas muy importantes.

—Nada más importante que aquella lección que nos dio doña Celina el día de la primera nevada, el 31 de octubre de 1967, aquel día que no fui a la escuela hasta la hora de salir para estar aquí con vosotros.

También fui a verlos el 22 de diciembre de 1974, nada más llegar al pueblo. Dejé las cosas en casa, marché corriendo y preocupado pues la abuela Josefa me dijo que Prudencio “cada día tose más. Se tiene que levantar por las noches para asomarse a la ventana y respirar el aire frío pues se ahoga. Pero no deja de fumar”. Y así era. Cuando Beba puso las pastas de manteca en la mesa me enseñó las marcas de los cigarros, que habían quemado el hule de flores que cubría la madera. “La fumaera”, repetía ella. Entre tos y tos él sonreía y musitaba: “La rezaera de mi hermana”.

Dos días después había nevado, estaba nevando con ganas, se estaba cerrando, caían esos copos enormes que llaman falamos. Estábamos en el bar, mucha gente, los del pueblo, los estudiantes, los hijos que viven afuera, las tradicionales reuniones de Nochebuena... En medio de aquel barullo entró el médico, don Avelino, que se dirigió al grupo más numeroso y les explicó: “Prudencio está mal. Se ahoga, hay que llevarlo al hospital pues aquí no tenemos oxígeno”.

—¿Tiene algún familiar? —preguntó el doctor.

—Sí, yo —dije sin dudar.

—Pues hay que sacarlo ya, se está cerrando y no se puede quedar aquí.

Nos apuntamos tres para sacarlo. Curiosamente los otros dos también eran del grupo de 10 que estábamos en aquella escuela de doña Celina: Lulo y Juli, eran los otros dos. Juli era hijo del panadero y ofreció el Land Rover de repartir el pan, que es lo mejor que existe para la nieve, porque la cosa se estaba poniendo fea.

El viaje fue una pequeña odisea, en las Hoces de Vegacervera había caído un gran alud de la peña y estuvimos cerca de dos horas para quitarlo. Prudencio, desde el coche, decía que regresáramos a casa, que no merecía la pena, e insistía en que le diéramos un cigarro y se moría tranquilo.

Pasamos la noche en el Hospital de León. Hasta la una de la mañana en urgencias. Una enfermera nos trajo turrón y sidra El Gaitero. Nos contó que Prudencio pidió un cigarro para celebrar que era Nochebuena.

Por la mañana regresamos con un equipo de oxígeno que debería tener Prudencio en su casa para cuando sintiera que se ahogaba. Beba contaba después que se quitaba los tubos para echar un cigarro.

Tengo muy pocas certezas en la vida. Pero hay una en la que jamás dudo si me lo preguntan: “Aquella fue la mejor Nochebuena de mi vida”, la que pasé ‘con el abuelo de la escuela’, primero entre la nieve y después en el hospital acompañando al ‘abuelo de la escuela’. Los tres pensamos lo mismo, que realmente quien había estado allí era doña Celinia o, cuando menos, las enseñanzas que nosotros creíamos que no estaban en la *Enciclopedia* de Álvarez pero ella nos demostró que sí.

—Medía casi dos metros —volvió a decir Lulo.

Cuando llegamos a casa Beba nos dio un beso a los tres y sacó las pastas de manteca.



Prudencio y Beba.
Los protagonistas, los abuelos,
en la cocina de su casa. Años 80.



El protagonista del relato,
Fulgencio Fernández,
y su hermano Juan,
en los años 60.

DE CASTA LE VIENE AL GALGO

(Tercer premio)

Miguel Ángel Carcelén Gandía

(Tarazona de La Mancha, Los Catalmerejos,
Paterna del Madera, Albacete, y Las Valeras, Cuenca)

Soy hijo, nieto, bisnieto, tataranieto, padre, yerno, cuñado, esposo y hermano de maestros de pueblo. En una época de mi vida también lo fui yo, por lo que puedo afirmar con suficiencia que mi vida, desde antiguo, ha estado ligada a la docencia en el medio rural. Como dato sobreabundante añado que el Magisterio ha estado presente tanto por la rama materna como por la paterna. La primera referencia de la que tengo constancia la hallé en un antiguo librito de tapas acartonadas con cenefas de trenes y en cuyo relieve puede leerse “Imprenta y Taller de Encuadernación Menor Hermanos. Toledo”, que mi madre guardaba, como si de una reliquia se tratara. Páginas amarillentas y rugosas muy bien aprovechadas que en su día sirvieron de acta oficial y que, con el tiempo, acabaron convirtiéndose en una especie de agenda de mi tatarabuela Cristina, la primera mujer de la familia con carrera, maestra nada menos, maestra y casada con un maestro, don Francisco Pérez Monteagudo. En la primera página se lee: “Partido judicial de La Almarcha. Pueblo de Valera de Abajo¹. Escuela pública elemental completa de niñas. Copia del inventario de muebles, libros y demás efectos que existen actualmente en la escuela que regenta, en propiedad, la maestra que suscribe y que acompaña al presupuesto formado para el año económico de 1886-1887”. Mis tatarabuelos maestros rurales, en un pueblo que un siglo después, en 1971, cambió de nombre, uniéndose a Valera de Arriba, para comenzar a llamarse Las Valeras. En el esmerado elenco se da cuenta de un crucifijo con un dosel (aquel nuevo y éste en mal estado); un cuadro de la Inmaculada Concepción con marco negro y dorado, en mediano estado; un retrato de S.M. Isabel II (q.D.g.) con marco negro y dorado, en buen estado; una mesa pintada con hule, para la profesora, aquella en buen y éste en mal estado... Llama la atención que, entre renglón y renglón, mi tatarabuela había ido insertando, por aprovechar el papel, anotaciones de tinta más oscura —lo que delataba su posterioridad— que nada tenían que ver con su trabajo. Así, entre “Una escribanía de metal dorado con una cartera de escritura, en buen estado” y “Un sillón que acompaña a la citada mesa en idénticas condiciones, había narrado su genealogía: Mi señora madre, Julia Osuna, por mor de la conjunción cabalística del momento de su nacimiento...” La lectura se interrumpía para dar paso a “Dos sillas de paja, un armario para depósito de libros, papel, etc., en buen estado, un cuaderno de la distribución del tiempo y del trabajo, con marco negro y dorado, en regular estado. Colección en once carteles de máximas morales en buen estado, otra de Historia Sagrada Iluminada y un tablero contador de enteros, en regular estado y dieciocho carteles, con marcos, destinados a la clase de lectura, en buen estado, más cinco encerados junto a un mapa de España y Portugal, en tela y medias cañas doradas. Una docena de pizarras de mano, veinticuatro tinteros de plomo, seis manos de papel pautado de todas reglas, un templador para las plumas, un palanganero con servicio para las niñas en buen estado, cuatro bastidores para las ventanas

¹ Valera de Abajo, localidad del municipio conquense de Las Valeras, que en 1886 contaba con una población de 1.090 habitantes.

del local, una botella con tinta, parte de un paquete de clarión y varias muestras de escritura en disposición de hacer uso de ellas; dos percheros para colocar bolsos de labor, nuevos..." Lo más destacable se lee al final: "Seis camisas y cuatro pares de enaguas conservadas para repartir como premio a niñas pobres aplicadas, nuevas".

Algunas décadas después, mi abuelo paterno, Eustaquio, escribía en su cuaderno de preparación de lecciones, papel áspero y pautado, tapas verdeoliva:

"Tomo posesión de la Escuela Nacional mixta de Catalmerejos² (Paterna del Madera) el día diecinueve de agosto de 1936, con carácter interino, por resolución verbal de la señora pedánea del lugar, doña Asunción Estébanez Aparicio.

En los días laborables siguientes al de hacerme cargo, por adelantar trabajo, voy examinando a los niños de ambos sexos, encontrándolos en las siguientes condiciones educativas:

Hay un niño (Evelio Nieto) que lee correctamente, pero escribe con muchas faltas de ortografía. De Doctrina sabe rutinariamente las principales oraciones del Catecismo. De los demás conocimientos le disuena casi todo, excepto de Aritmética, que está bien impuesto en problemas. Hay otras dos niñas (Adela y Lola) que están igualmente impuestas en Doctrina. De Aritmética hasta la división de números abstractos la primera y hasta la resta la segunda. De lectura han vencido ya la dificultad del aprendizaje, pero de escritura son ilegibles sus escritos al dictado. Hay otras dos niñas (María Josefa y Victoria) que empiezan a iniciarse en la lectura solamente y solo saben trazar algunas letras. De cálculo solo saben suma y resta de números abstractos, respectivamente. De Doctrina, igual que las otras, y de los demás conocimientos nada saben. Los demás niños y niñas de la escuela no saben nada, a excepción de mi chico que, para su edad, supera a los demás proporcionalmente en conocimientos generales de la escuela primaria.

La matrícula escolar no es abundante: unos veintidós niños, con un posible aumento de ocho o nueve más, procedentes de caseríos cercanos, pues no hay en la actualidad más en este término escolar.

La escuela se encuentra desprovista de material preciso diario para el trabajo, como son cuadernos, libros para aprender a leer, tinta y plumas, y por ello empezamos el trabajo con gran dificultad a pesar de nuestro buen deseo. Por eso seguidamente he formado el presupuesto de este año y lo he entregado a la señora pedánea para que sea remitido a la Sección Administrativa para su aprobación, y con ello poder hacer más fructífera nuestra labor escolar.

Ahora, entretanto voy formando un plan y horario escolar a mi arbitrio, trabajamos en la escuela de la siguiente forma: por la mañana, primeramente un saludo y la meditación de una frase de algún literato, pensador o eminencia reconocida, y seguidamente la entonación del Himno de Riego (que están aprendiendo ahora). Luego clase de Lenguaje, en sus formas de lectura y escritura, interviniendo los niños más en el encerado que en el papel, por la escasez del mismo. Luego salen al recreo, y a la entrada damos clase de Matemáticas en la forma de cálculo mental, operaciones abstractas y concretas, lectura y escritura de cantidades, etc. Otros días tenemos conocimientos de las figuras de geometría plana y de los cuerpos poliedros. Por último, lectura y meditación de otra frase de provecho y entonación del Himno.

Por la tarde se empieza en forma análoga a la de la mañana hasta terminar la clase del lenguaje. Luego Historia Natural. Después el recreo, y a la entrada explicación a los niños de diversas asignaturas envueltas en preguntas curiosas e interesantes a ellos. Por último, despedida con la recitación de alguna fábula de Samaniego que aprenderemos cada semana".

² Los Catalmerejos es una aldea de Paterna de Madera, población serrana de Albacete, situada a una altitud de 1.128 metros y de difícil acceso por carretera. En 1936 contaba con una población de 82 vecinos y en invierno solía quedar incomunicada durante semanas a causa de las nevadas.

Conservo este cuaderno con inmenso cariño y me admira la diligencia con la que mi abuelo, en la pedanía de una aldea perdida de la Sierra de Alcaraz, reseñaba día a día la actividad de la escuela. La última anotación, con fecha veintidós de enero de 1937, dice lo siguiente:

“No seguiré haciendo este cuaderno de Preparación de lecciones de manera diaria, sino que pasaré la periodicidad a quincenal, por tener suma necesidad de ir preparándome para las oposiciones libres, a ver si consigo la entrada en el Magisterio Nacional, y el entretener el tiempo después del trabajo escolar para preparar las lecciones del día siguiente a los niños me supone una pérdida de estudio en el programa de oposiciones, que la Inspección tendrá la bondad de dispensarme mientras me dure este periodo de sacrificio mental y de estudio hasta que pueda conseguir escuela en propiedad”.

Curiosamente este periodo de su vida no figura en su hoja de servicios del primer escalafón de maestros de escuelas nacionales, en el que hay un vacío que se extiende desde el año 1934 hasta el 1941, correspondiente a los convulsos prolegómenos y desarrollo de la Guerra Civil, así como al período de depuración posterior por haberse casado con una hermana de cenetistas. A partir de ese año, rehabilitado, pudo volver a la aldea de Catalmerejos, interino, donde sí pudo prepararse la oposición, que aprobó al año siguiente para pasar sus tres meses de prácticas —sin sueldo— en La Gineta, y obtener plaza en propiedad en Riomadera, aldea de la misma Sierra, con un sueldo de seis mil pesetas. Allí se crio mi padre, siendo hijo y discípulo a un tiempo de mi abuelo, del que heredó la vocación y aprendió el oficio pues, según contaban, cuando ya tuvo edad suficiente para manejarse solo por las aldeas más apartadas, los fines de semana las visitaba en bicicleta con el fin de instruir a quienes no podían asistir a las clases ordinarias. Lo hacía a cambio de cama y comida. De este modo contribuía a la economía doméstica y se preparaba para su futuro. Por la distancia de las aldeas en las que trabajó mi abuelo a ciudades con enseñanzas superiores regladas, mi padre tuvo que prepararse sus estudios por libre, logrando cursar la carrera de Magisterio con mucho sacrificio y pedaleando, a veces, más de treinta kilómetros, para coger líneas de autobuses que lo acercaran a Albacete, donde obtuvo el título de maestro nacional y aprobó la oposición en el año 1955.

Mis recuerdos infantiles van, indefectiblemente, ligados a la profesión de mi padre. Otró sí diré de nuestro álbum de fotos familiar, en el que abundan las fotografías de mi padre junto a los alumnos de sus clases en la puerta de sus escuelas rurales. Él de traje remendado y pose grave, ellos, ordenados de menor a mayor altura, un elenco de variopintas edades y pobres indumentarias de domingo vestidas para la ocasión de la fotografía anual.

Siguiendo la tradición familiar, mi padre anduvo destinado en puntos perdidos de la geografía albaceteña, a donde lo acompañaba mi madre y donde fuimos naciendo los hermanos. Yo, como penúltimo de siete, nací en una población ya relativamente próxima a la capital. La genealogía de mis hermanos es un débito a la geografía de la hoja de servicios de mi padre. A mí me nacieron en los años sesenta en la casa del maestro de Villalgordo del Júcar³, situada en el piso superior de la escuela. La clase y nuestra casa compartían estufa, mejor dicho, la estufa —una salamandra antiquísima de hierro fundido— se encendía en la clase y el tubo, atravesando el techo, calentaba también nuestra casa antes de perderse en el tejado. Uno de mis hermanos mayores era el encargado de, recién levantado, bajar a encender la estufa con piñas secas para que, cuando fueran llegando los alumnos, la estancia resultase, no diría yo que acogedora, pero sí menos áspera.

³ Villalgordo del Júcar es un municipio albaceteño que en los años sesenta contaba con una población de aproximadamente 1.400 vecinos.

Algunos fines de semana pasábamos frío porque la asignación mensual para leña iba justa y mi padre, además de maestro, ejercía de economo de la escuela, no podía permitirse mayor dispendio. En mis primeros años, los días que mi madre no me llevaba a las monjas (el equivalente a las actuales guarderías), para no molestar, mi padre me bajaba a su clase y me sentaba en las últimas filas frente a unas cuartillas en blanco que me dedicaba a emborronar con garabatos. Los niños me consideraban como la mascota de la clase y, salvo los ratos de estudio, me entretenía siguiendo el devenir de las clases. Los alumnos aguardaban en la calle, en fila, con sus mochilas remendadas y sus pantalones cortos aun en pleno diciembre, a que mi padre les diese el paso. Yo llegué a ver que algunos llevaban latas con cisco, sujetas con un alambre, que les calentaban las manos hasta que el ascua se consumía. Según iban entrando a la clase, saludaban: “Buenos días tenga usted, don Jesús”. Se colocaban junto a sus pupitres, de pie, rezaban un padre nuestro, un avemaría y una breve jaculatoria que decía: “Te pedimos, Señor Dios Todopoderoso, que ilumines nuestras mentes con tu ciencia infusa para hacernos mejores servidores tuyos y de la patria”. A pesar de las décadas transcurridas y de mi tierna edad, todavía recuerdo, palabra por palabra, aquella oración.

Los lunes, el alumno que ocupaba el primer pupitre, desplegaba una pequeña bandera de España y la colgaba junto a la pizarra al tiempo que todos, puestos en pie, cantábamos el *Cara al Sol* y lo que entonces se consideraba el himno nacional. Los viernes, al término de las clases, ese mismo alumno la recogía y se la entregaba al maestro, quien la guardaba en un cajón hasta la próxima semana. Por supuesto que no recuerdo nada del contenido de aquellas clases, yo apenas tendría cuatro años, mas sí que me encantaba cuando a primera hora de la tarde, los días que tocaba Religión, mi padre nos leía pasajes de la Biblia adaptados. Supe así de las andanzas de Sansón y los filisteos, del periplo de Jonás en el interior de una ballena, del triunfo de David frente a Goliat... Sobre la pizarra, inmensa, se situaba el cuadro de Franco y el de José Antonio. En las paredes era difícil encontrar un hueco libre, pues abundaban los mapas de todo tipo, de España física, política, de Europa, mapamundis, y muchas láminas de Historia natural. Junto al pupitre donde solía sentarme, en la pared, había una cartulina con flores desecadas y a las que se les había ido identificando las partes con nombres que todavía no sabía leer: pistilo, estambre, cáliz... El título del trabajo era “Clasificación de las fanerógamas”. Creo que fue la primera palabra difícil que aprendí, fanerógama. En los días previos a la Navidad, adelantaba mi posición porque en las filas del fondo se montaba un belén; después de las clases algunos niños iban a las orillas del río a recorrer musgo, cañas secas, cortezas, piedras..., y entre todos, iban confeccionando un belén en el que no faltaban casas, molinos, el castillo de Herodes, construcciones todas realizadas por los propios muchachos con corcho, cartón piedra y otros elementos en las clases de manualidades. En esos días, la entrada y salida de las clases se acompañaban de villancicos que mi padre ponía en un tocadiscos Ochocmi⁴ azul y blanco, que nos parecía el mayor adelanto del siglo. La entrada y, sobre todo, la salida, en lugar de realizarse de forma acelerada, como era lo habitual, ansiosa la chiquillería de regresar a la libertad de la calle, se demoraba lo indecible pues, de ese modo, daba tiempo a escuchar más villancicos y, aun así, despejada la clase, los alumnos se quedaban a las puertas de la escuela hasta que terminaba la última de las navideñas canciones. Algunos de esos villancicos se cantaban en el festival escolar que,

⁴ Ochocmi era una marca rusa de electrodomésticos, lo que constituía una rareza no solo por la novedad del aparato sino por su procedencia. La tapa hacía las funciones de altavoz y solo disponía de dos botones, uno para el volumen y el otro para graves y agudos.

curiosamente, se realizaba en el patio de la casa del médico, por ser inmenso y a poca distancia de la escuela, con lo que el traslado de las sillas y demás pertrechos necesarios para el evento resultaba menos pesada. Recuerdo todo esto porque un año me tocó, como mascota oficiosa de la clase, entregarle al acabar el festival al médico, don Ismael, una tarjeta navideña firmada por todos los alumnos en agradecimiento a ese detalle. Don Ismael se dejaba caer por la escuela un par de veces al año, me parece, para disgusto de muchos y regocijo de otros, entre los que me encontraba, pues a los mayores les inyectaba una vacuna, mientras que a los más pequeños nos hacía tragar un par de gotas —también vacuna— con dulcísimo sabor a fresa. En rigor de términos, quien ponía las inyecciones era su esposa, a quien llamábamos “la practicante”, y cuya capacidad sanitaria intuyo que no venía avalada por ningún título académico, sino por la experiencia y el parentesco.

Sentí mucho que nos trasladáramos a otro pueblo, Tarazona de la Mancha⁵, en el que inicié mis estudios de manera normalizada. Las casas de los maestros eran varias, situadas en edificios anejos a los de las clases. Mi profesora de parvulitos se llamaba doña Mari Ángeles, y atendía con verdadera vocación a un enjambre de casi cuarenta niños uniformados con babis azules. En esa clase no había mapas ni láminas, sí ratoncitos y ciervos adornando las paredes. Las oraciones que rezábamos para comenzar las clases con un sononete característico decían algo muy parecido a “Jesucito de mi vida, tú eres niño como yo, por eso te quiero tanto y te doy mi corazón. Tómallo, tuyo es, mío no”. Oraciones acompañadas de gestos exagerados. Las maravillosas cartillas Álvarez (recuerdo el dibujo de Viriato y las murallas defendidas por los numantinos, por ejemplo) y los cuadernos Palau a los que estaba acostumbrado dejaron paso a los cuadernillos de caligrafía Rubio. La señorita nos iba llamando de uno en uno para tomarnos la lección mientras el resto de la clase jugaba con toda clase de puzzles incompletos y muñecos desmadrados. La eme con la a, ma, la ene con la o, no, ma-no. Y la siesta, la sagrada siesta. Regresábamos de nuestras casas con la digestión a medio hacer y caíamos en el sopor de la primera media hora de clase apoyando las cabezas sobre nuestros brazos, sujetados a su vez por los tableros de las mesas circulares, adormecidos con la promesa de una salida al patio de arena y hierbajos si no armábamos mucho jaleo.

Tras los parvulitos venía el pase a la escuela de los mayores. Adiós babi y bienvenida la cartera, porque ya había libros de verdad, no cartillas con pocas letras y muchos dibujos. Horario de mayores, nos decían, de diez de la mañana a una del mediodía para volver a las tres y continuar durante dos horas más. Los recreos se hacían cortísimos, no como en parvulitos, y don Emiliano, el maestro que nos introdujo en la vida “adulta”, se ocupaba de manera poco pedagógica y muy efectiva de que nos desembarzásemos de la costumbre de la siesta. Si veía que alguno de nosotros se adormecía, pedía silencio teatralmente, sacaba una jarra del armario de las enciclopedias, y acercándose con sigilo al pobre desdichado, le regaba el cuello. A don Emiliano le sucedieron don Juan Manuel, don Isaac, doña Amalia..., todos cortados con el mismo patrón, maestros que se hacían respetar con una simple voz y que enseñaban a base de repeticiones empleando la técnica del palo y zanahoria. Los premios de don Emiliano consistían en adelantar posiciones en los pupitres, de manera que los más diligentes solían ocupar las plazas más próximas a la mesa del maestro, mientras que los menos avispados habitaban las del final; sus castigos variaban, o palmetazo o tirón de orejas. En casos extremos recurría al escarnio de bajada de nivel, consistente en llevar al castigado a la clase de parvulitos durante un buen rato. No

⁵ Tarazona de la Mancha es un municipio albaceteño de carácter eminentemente agrícola que en la década de los setenta contaba con 6.000 habitantes.

era frecuente; el destinatario de tal medida siempre era Maroto, un niño al que hoy incluiríamos dentro del grupo de alumnos con necesidades educativas especiales.

Aprendimos sin grandes esfuerzos toda clase de saberes, desde los ríos de España y Europa con sus afluentes, hasta la lista de todos los gobernantes de España desde don Pelayo hasta Franco, pasando por las formas verbales de verbos regulares e irregulares. En tercero de EGB don Isaac, que, andando el tiempo, llegaría a ser alcalde del pueblo, nos hizo aprender de memoria el nombre de todos los ministros con cartera del momento, saberes inútiles con fecha de caducidad, si bien todavía recuerdo el nombre de Pío Cabanillas gracias a que mi compañero de pupitre se apellidaba igual. Las cartillas de notas que cada tres meses tenían que firmar nuestros padres daban idea de nuestros progresos; aquellas en las que menudeaban los muy deficientes eran candidatas a la repetición y sus dueños a lo que llamaban las clases de permanencias, una hora extra por las tardes, a manera de clases particulares, que se pagaban directamente al maestro y en las que se explicaba un poco de todo, tanto para los más rezagados como para los alumnos cuyos padres querían que sus hijos destacasen. Para esa época yo ya me había despegado de mi padre, pues él enseñaba en el edificio de la segunda etapa, desde sexto a octavo de EGB, a los mayores de verdad —o eso nos parecía—, e intentaba por todos los medios que mis notas no bajasen del notable para no tener que alargar la permanencia en la escuela por las tardes, justo en las horas donde más se disfrutaba jugando en la plaza al pillado o al fútbol.

Un recuerdo imborrable es el de la leche que, de cuando en cuando, repartía el conserje de las escuelas, un tipo inmenso que llegaba con un carrito de andares oxidados repleto de botellines de un cuarto con el dibujo transparente del escudo español. Hasta no hace mucho conservé uno de esos botellines, donde, en letras azules, se podía leer Pro bienestar infantil y social, junto a la silueta de una vaca de Central Lechera Inlena. Suponía un respiro en las clases, y, aunque la leche sin azúcar no nos gustaba en exceso, casi todos salíamos al patio a beber y a maravillarnos de que regalasen leche traída nada más y nada menos que de Pamplona, pues así figuraba en la botella, ciudad que se nos antojaba lejantisima y mítica por aquello de los sanfermines. Si estaba de buenas, el conserje se permitía bromear con nosotros y hasta nos dejaba repetir, preocupándose de que los más delgados no se quedaran sin su ración. El buen hombre hacía de todo un poco, preocupándose de abastecer de leña las casas de los maestros, de reparar fugas de grifos y cisternas atascadas, de retejar, arrancar malas hierbas, de proveernos de escayola para nuestras clases de manualidades, en las que no faltaba la confección de todo tipo de mapas que luego pintábamos con acuarelas deseando que el maestro eligiese el nuestro como merecedor de estar colgado en la pared de la clase. En más de una ocasión le tocó al conserje hacerse cargo de la clase hasta que aparecía el maestro, retrasado por cualquier circunstancia. Tampoco era infrecuente que doña Amalia se tomase semanas sabáticas de vacaciones y dejase en su lugar a un sobrino que estaba estudiando Magisterio; esas novedades nos alegraban sobremanera, pues el chaval, con nula experiencia, se dejaba torear y accedía a concedernos más horas de gimnasia de las que figuraban en el horario. No le era fácil mantener la disciplina en clases que rondaban los cuarenta alumnos, si bien sacándonos al patio a pegarle patadas al balón le suponía un respiro. De hecho, lo recuerdo montando porterías con nuestras carteras y jerséis de postes y prometiendo una moneda de cincuenta céntimos, una perragorda, a quien fuese capaz de marcarle un gol. Ya en esa época se comenzaba a rumorear que harían las clases mixtas, algo inimaginable que no llegó a suceder hasta quinto de EGB, donde don Domingo, buena persona y mejor maestro, consiguió que niños y niñas compartiésemos aula con casi la mayor de las naturalidades. Clases mixtas, sí, pero las niñas se sentaban en las primeras filas, mientras que nosotros ocupábamos las últimas, no por voluntad de don Domingo, que siempre nos animaba a mezclarnos,

sin que ninguno se atreviera a dar el primer paso. Mi abuelo, ya jubilado, se refería a aquel adelanto con términos rayanos al sarcasmo, pues recordaba sus muchos años de Magisterio en los que, por necesidad, las clases siempre habían sido mixtas y abarcando un amplio espectro de edades, desde párvulos hasta adolescentes ya granados. “Avanzamos hacia atrás”, decía. Se hacía cruces cuando nos visitaba y nos sometía a controles de conocimiento, como él los llamaba. No le cabía en la cabeza que alguno de mis hermanos mayores, con trece o catorce años, no hubiera aprendido a resolver raíces cúbicas y que en la escuela hubieran dejado de enseñar la geografía de Fernando Poo o Río Muni. Tampoco aceptaba que las escuelas cerrasen los sábados, pues en sus tiempos el horario escolar abarcaba desde el lunes por la mañana hasta el sábado a mediodía. Decía que había tantísimo por aprender que ir quitándole poco a poco tiempo a la educación no podría traer nada bueno. Hacía muy buenas migas con don Jaime, maestro y cura de Sociales, quien el Miércoles de Ceniza visitaba todas las clases imponiéndonos la cruz en la frente y que cuando fallecía algún maestro o familiar, se paseaba igualmente por las aulas para rezar un padrenuestro por su eterno descanso. Don Jaime fue el primer cura que conocimos sin sotana, y primer cura que daba clases de algo distinto de la Religión. Cuando murió mi padre, también visitó nuestra clase, la de quinto, para rezar. Uno de mis hermanos, andando el tiempo, seguiría sus pasos, pues estudió la carrera de Magisterio, obteniendo lo que en aquellos tiempos se llamaba plaza directa, por tener el mejor historial académico de su promoción en la Universidad de Murcia. Recién terminada la carrera, sin oposición, fue nombrado maestro, profesión que ejerció durante unos años antes de ingresar en el Seminario para estudiar Teología y ordenarse sacerdote cinco años después.

Otro de mis hermanos también se decantó por Magisterio, precisamente aquél que en el colegio había sido honrado con el título de mejor alumno, distinción que suponía que don Eduardo Sanchiz, empresario alavés que —ignoro los motivos y la vinculación que tenía con el pueblo—, había sido el benefactor del colegio, donando una importante suma para su construcción, razón por la cual el colegio llevaba su nombre, y que una vez al año nos visitaba para entregar ese premio y asistir a alguna tosca representación de los alumnos de octavo en la que se le terminaba agasajando con poesías ripiosas y manualidades manifiestamente mejorables. Con los años, a la muerte de Franco, sus visitas al colegio se espaciaron hasta desaparecer pues, según decían, era uno de los empresarios amenazados por ETA y no podía exponerse en actos públicos que, a su vez, implicaran peligro para quienes lo acompañaran en tales actos. Hasta donde yo sé, don Eduardo se libró de la amenaza terrorista, no así su primogénito⁶, el que heredó sus fábricas metalúrgicas, que fue tiroteado y secuestrado por los etarras hasta que se pagó el rescate exigido.

El premio que consiguió mi hermano por tener las mejores calificaciones en octavo de EGB de su promoción fue un libro firmado por el empresario, *La vida sale al encuentro*, de José Luis Martín Vigil, que siempre ocupó un lugar privilegiado en las estanterías del mueble del salón familiar.

Tras la muerte de mi padre, por cuestiones logísticas y, sobre todo, económicas, tuvimos que mudarnos, una vez más, siendo nuestro siguiente destino la capital, Albacete. Ahí comencé la segunda etapa de mi educación y ahí acabó el encanto del aprendizaje rural. El patio de mi nuevo colegio se me antojaba una ratonera comparado con los

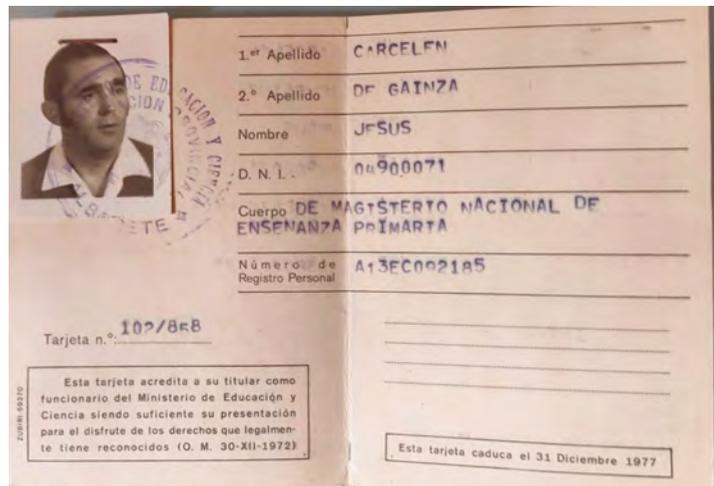
⁶ Eduardo Sanchiz López, director comercial de la empresa Sanchiz Bueno S.A., fue secuestrado por ETA político militar el 6 de marzo de 1980 en su domicilio de Vitoria por espacio de dos horas, siendo herido de un disparo en la rodilla antes de pagar una cantidad de dinero que nunca llegó a conocerse. (N.A.).

inmensos campos de los que había disfrutado en mis anteriores colegios rurales; las clases dejaron de tener alma, tanto por el contenido como por la forma de impartirse; a los compañeros también les noté cambio, no sólo por ser de capital y hablar de un modo más refinado, por decirlo de alguna manera, sino por resultar extraños aun con el paso de los meses: en el pueblo todos nos conocíamos y teníamos trato dentro y fuera de la escuela, en la ciudad nos solíamos llamar por el apellido y no sabíamos de la vida de casi nadie una vez que se dejaba atrás la puerta del colegio. Por supuesto que de motes ni se hablaba.

Quizás el paso de la escuela rural a la urbanita supuso para mí el fin de la infancia, no sólo por la edad, sino por los cambios que, de golpe, experimenté. Y aun así, acaso por el recuerdo de esos mis primeros y maravillosos años escolares en los pueblos, mi vocación docente no decreció. Pero ésa es ya otra historia.



Colegio Eduardo Sanchiz de Tarazona.



Carné de maestro.

HOJA DE SERVICIOS

PROVINCIA DE Albacete ESCALAFÓN DE MAESTROS DE ESCUELAS RURALES

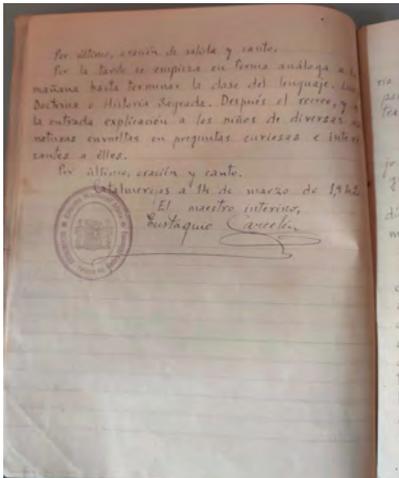
Número 034627 Categoría Escalafón Haber anual de pesetas

1) Eustaquio Carcelén y Carcelén, natural de Fuentealbilla (Albacete), nacido el 12 de septiembre de 1902.
 Edad 40 años. Pone título de Maestro de primaria elemental, expedido con la nota de en 18 de junio de 1926, y se halla registrado en esta Delegación el libro 309 del libro correspondiente.

Otros títulos que posee:

DESTINOS que demuestran su docencia en el pueblo o provincia que se especifica	FORMA en que obtuvo la Docencia	SUELDO 1900	FECHAS						SERVICIOS					
			del nombramiento		de la posesión		del cese		en la escuela	en propiedad	Antejuicio			
			Da	Me	Año	Da	Me	Año	Da	Me	Año	Da	Me	Año
<u>Pueblo de S. Pedro (Alb.)</u>	<u>Institución</u>	<u>2.000</u>	<u>26</u>	<u>Febrero</u>	<u>1929</u>	<u>1</u>	<u>Marzo</u>	<u>1927</u>	<u>16</u>	<u>Junio</u>	<u>1923</u>			<u>0 6 16</u>
<u>Poniente (Alb.)</u>	<u>Idem</u>	<u>2.000</u>	<u>30</u>	<u>Septiembre</u>	<u>1930</u>	<u>6</u>	<u>Febrero</u>	<u>1928</u>	<u>7</u>	<u>Noviembre</u>	<u>1923</u>			<u>1 1 7</u>
<u>La Grana (Alb.)</u>	<u>Idem</u>	<u>2.000</u>	<u>16</u>	<u>Noviembre</u>	<u>1931</u>	<u>15</u>	<u>Marzo</u>	<u>1931</u>	<u>31</u>	<u>Diciembre</u>	<u>1923</u>			<u>0 1 16</u>
<u>La Grana (Alb.)</u>	<u>Idem</u>	<u>2.000</u>	<u>2</u>	<u>Febrero</u>	<u>1933</u>	<u>1</u>	<u>Febrero</u>	<u>1933</u>	<u>1</u>	<u>Julio</u>	<u>1933</u>			<u>2 6 77</u>
<u>La Grana (Alb.)</u>	<u>Idem</u>	<u>2.000</u>	<u>19</u>	<u>Febrero</u>	<u>1933</u>	<u>1</u>	<u>Febrero</u>	<u>1933</u>	<u>1</u>	<u>Julio</u>	<u>1933</u>			<u>1 7 16</u>

Hoja de servicios del maestro rural.



Cuaderno de preparación de lecciones de Eustaquio Carcelén. Año 1942.

HORARIO ESCOLAR

	MAÑANA	TARDE
LUNES	Oración y canto - Lenguaje - Recreo. Cálculo - Oración y salida.	Oración y canto - Ejercicios de lenguaje - Doctrina - Recreo. Historia de España y Geografía - Oración y salida.
MARTES	Oración y canto - Lenguaje - Recreo. Cálculo - Oración y salida.	Oración y canto - Ejercicios de lenguaje - Doctrina - Recreo. Conocimientos Naturales - Oración y salida.
MIÉRCOLES	Oración y canto - Lenguaje - Recreo. Geometría - Oración y salida.	Oración y canto - Ejercicios de lenguaje - Doctrina - Recreo. Dibujo - Historia Sagrada - Oración y salida.
JUEVES	Oración y canto - Lenguaje - Recreo. Geometría - Oración y salida.	Oración y canto - Ejercicios de lenguaje - Doctrina - Recreo. Educación moral y patriótica - Oración y salida. En su haber debe ser en países, gimnasia y ejercicios higiénicos.
VIERNES	Oración y canto - Lenguaje - Recreo. Cálculo - Oración y salida.	Oración y canto - Ejercicios de lenguaje - Doctrina - Recreo. Geografía e Historia de España - Oración y salida.
SÁBADO	Oración y canto - Lenguaje - Recreo. Geometría - Oración y salida.	Oración y canto - Ejercicios de lenguaje - Doctrina - Recreo. Historia Sagrada - Evangelio - Oración y salida.

Fuentealbilla y octubre de 1941
 El maestro interino,
Eustaquio Carcelén

Horario escolar para la escuela de Fuentealbilla, año 1941.

LOS MAESTROS DE UNA VIDA

(Mención honorífica)

José Manuel del Barrio Aliste
(Santovenia del Esla, Zamora)

Los maestros han estado presentes en todas las etapas de mi vida: infancia, adolescencia, juventud y en la actualidad, cuando asoman las canas y los recuerdos te devuelven a lo que un día viviste por primera vez. He de confesar que, ya de chico, en Santovenia del Esla, donde nací, siempre quise ser muchas cosas a la vez: misionero, futbolista, espía, acróbata, locutor de radio, escritor, intérprete de vidas ajenas, cuentacuentos, payaso, agricultor, ganadero y también maestro. Sí, maestro. Ahora entenderán el porqué.

DON VICENTE

Mi primera experiencia con la escuela se remonta al mes de enero de 1967. Tenía cinco años y aún recuerdo cómo iba agarrado de la mano de mi madre, la “señora” Balbina, hasta cruzar el umbral de la puerta de la escuela de niños, en la calle Hospital, donde el maestro, don Vicente, nos recibió sin pena ni gloria.

Don Vicente —le dijo mi madre—, este es José Manuel, el segundo de los tres hijos. Es hermano de Luis Miguel, el mayor, que usted ya conoce porque anda por ahí.

¿Y qué se le ofrece? —preguntó don Vicente.

Que el chaval quiere venir a la escuela. Ya sé que aún no tiene la edad, pero como en febrero cumple seis años, pues tal vez usted lo deje venir. Ya le digo que está empeñado en asistir y yo creo que es una buena idea. ¿Qué le parece a usted?

Y don Vicente dijo que no, que había que esperar al mes de septiembre de 1967, cuando se iniciara el siguiente curso. Y eso fue lo que sucedió.

Don Vicente tenía más de sesenta años. Recuerdo que era un poco gordito, con andares lentos, y que cuando nos cruzábamos por las calles del pueblo, no soltaba ni mu. Vivía con la familia del señor Egidio, el alguacil, en la calle Castillo. No eran familia de sangre pero, según decía mi madre, como si lo fueran. Los chicos que iban a sus clases solían contar que don Vicente se dormía en su sillón de mimbre mientras ellos hacían las cuentas o lo que les hubiera ordenado. No sé si esos cotilleos infantiles me animaron a pisar la escuela cuanto antes y comprobar, en vivo y en directo, si las siestas de don Vicente eran verdad o mentira. Mientras llegaba ese día, mi madre decidió ingresarme en la “escuela” de la señora Pepa, que, sin formación de maestra y de manera altruista, enseñaba las cuatro reglas a los chavales más pequeños antes de que se incorporaran a la escuela oficial.

DON PEDRO GÓMEZ

Llegó septiembre y el maestro que me tocó no era don Vicente sino don Pedro Gómez, que regresaba al pueblo que lo vio nacer. Tendría unos 50 años y estaba casado con doña Emi, una de las hijas del señor César y la señora Emiliana, que, según escuchaba a mi padre Joaquín, poseían un valioso patrimonio de tierras, viñas, praderas, corrales y palomares. Por esta razón, mi padre solía arar, con la pareja de mulas (de nombres Cordera y Sultana) que teníamos en casa, sus viñas. Y en la época de la vendimia, mi madre era

una de las vendimiadoras que dedicaba unos días del mes de septiembre o de octubre a *sacar el jornal*, como entonces se llamaba a trabajar para otros.

Don Pedro pertenecía a otra de las familias más notables del pueblo. De ese linaje procedían, entre otros, el alcalde, el veterinario, el farmacéutico y un cura que no llegué a conocer pero cuyo rastro podía seguirse en la Iglesia o en el cementerio. Ibas por el pueblo —en aquella época contaba con unos 1100 habitantes, cinco veces más que en la actualidad— y era muy raro no darse de bruces con las casas, los corrales, las bodegas, los huertos o las viñas de los mencionados. Estas cosas se las escuchaba a mis padres y a alguno de los vecinos del barrio Cantarranas, donde nací. Entre ellos destacaba Celerino, que era de izquierdas porque a su padre, el señor Aquilino, lo habían zurrado durante la Guerra Civil del 36. También escuché que, si no hubiera intervenido el cura, don Emilio, lo hubieran fusilado.

Con don Pedro aprendí a leer y escribir, a sumar, restar, multiplicar y dividir, a disfrutar de las historias de santos y vírgenes y a un montón de cosas más que por aquella época parecían las más normales del mundo. Por ejemplo, el modo como se mantenía la disciplina en clase. Cuando sus órdenes no conseguían el objetivo deseado, entonces sacaba la vara de negrillo y el silencio se creaba inmediatamente. Una vara que, con el uso habitual, se iba desgastando poco a poco en las espaldas o las puntas de las manos de algún chaval. Yo nunca la probé. Mi hermano el mayor, sin embargo, la saboreó en, al menos, una ocasión. Era un sábado por la tarde, don Pedro no estaba en la escuela y los chavales empezamos a jugar, a correr por aquí y por allá y a comportarnos como asilvestrados. Recuerdo que Luis Miguel lanzó la vara de negrillo contra alguien y, con tan mala fortuna, fue a dar a la pizarra del fondo, dejando un agujero para la posteridad. Y cuando don Pedro apareció en el aula, la respuesta fue la esperada: palo va y palo viene. La vara se partió y, como en otras ocasiones, hubo que reponerla. Nosotros íbamos al plantío, a las afueras del pueblo, a la búsqueda de las varas de negrillo. Para nosotros era un acto emocionante y divertido, sin pensar en el trasfondo del asunto.

De los tres cursos (1967-1970) que estuve con don Pedro rescato el método como aprendimos a leer: cada letra del abecedario aparecía en un cartón de, más o menos, 10 centímetros de largo por otros 10 centímetros de ancho. Cuando tocaba la actividad de la escritura, nos entregaba una caja con las letras. Él escribía una palabra en la pizarra y nosotros teníamos que buscar las letras, poniéndolas en orden. Y quien más rápidamente lo consiguiera, ganaba. No había premios pero como si los hubiera, pues deséabamos que don Pedro nos felicitara en alto.

Y para aprender a sumar, restar, multiplicar y dividir, don Pedro se servía de la *Enciclopedia Álvarez, Primer Grado*, donde solo había que seguir las lecciones de Aritmética. Recuerdo que la lección 1 se iniciaba con tres conceptos: unidad, cantidad y número, explicados con un racimo de cerezas:

—Unidad es una sola cosa. Cantidad es todo lo que se puede pesar, medir o contar. Y número es el resultado de pesar, medir o contar una cantidad —leía don Pedro desde su silla, pegada, como casi siempre, a la estufa de gas.

Pero lo más divertido era la tabla de multiplicar. La cantábamos en clase y luego teníamos que responder para comprobar que ya la sabíamos.

—A ver, Martín, ¿cuántas son 4 por 8? —interrogaba don Pedro en voz alta. Y Martín o el chaval que hubiera nombrado tenía que contestar. Y si no se sabía, pues no quedaba otro remedio que copiar la respuesta correcta un número determinado de veces en el cuaderno. Y así una y otra vez.

En mi caso, este aprendizaje resultó fácil, pues las actividades eran atractivas. Repasando los cuadernillos que conservo en la casa del pueblo, por allí estaba el ejercicio 11 de la lección 10, que decía:

“Una señora tenía 48 huevos y las gallinas le pusieron 72 más. ¿Cuántas docenas de huevos tiene? ¿Y cuántas docenas?”.

O el 12, de la misma lección:

“Un manzano ha dado 140 kilogramos de manzanas y otro ha dado 20 kilogramos menos que el anterior. Si la fruta de los dos árboles queremos ponerla en cajas de 26 kilogramos, ¿cuántas cajas necesitaremos?”.

Pero los contenidos que más me gustaban de la *Enciclopedia Álvarez* eran otros: la Historia Sagrada, la Historia de España, la Formación Político-Social (niños), la Formación Familiar y Social y las conmemoraciones escolares.

De la Historia Sagrada disfrutaba con la creación del mundo, la historia de José y el nacimiento de Jesús. Pero lo que me entusiasmaban eran las lecturas de Samaniego (“Las moscas y la miel”), de Campoamor (“Las manzanas”) o el “Jesucito de mi vida, eres niño como yo; por eso te quiero tanto y te doy mi corazón. ¡Tómalo, tómalo, tuyo es, mío no!”.

De la Historia de España estaba emocionado con los dibujos que aparecían en cada lección. El entusiasmo era tan grande que en mi cuaderno solía copiarlos con las pinturas de la mítica marca Alpino. Y para saber si lo estaba haciendo bien o mal, siempre acudía a mi madre:

—Mamá, ¿qué tal me ha quedado Viriato?

Y ella casi siempre respondía lo mismo: “Está muy bien, hijo”.

A mi madre no solo le mostraba los dibujos de Viriato, el caudillo lusitano que, según se leía en la página 190 de la famosa *Enciclopedia*, “se cree que nació en un pueblecito de la provincia de Zamora”. En mis cuadernos también aparecían el Acueducto de Segovia, Trajano, el Apóstol Santiago, Almanzor, don Pelayo y el Cid, Fernando III, la rendición de Granada, Isabel la Católica, el descubrimiento de América, Carlos I, Santa Teresa de Jesús, Hernán Cortés, la batalla de Lepanto, Murillo, Trafalgar, la Guerra de la Independencia o el Alcázar de Toledo. Pero mi dibujo favorito era el de Agustina de Aragón. ¿La razón? Por lo que de ella se decía:

“Durante el sitio de Zaragoza las tropas francesas bombardeaban intensamente la puerta del portillo. Casi todos los defensores estaban muertos o heridos. Parecía que los franceses iban a conseguir entrar por allí en la ciudad. Así las cosas, una joven mujer, llamada Agustina de Aragón, tomó la mecha que tenía en la mano un moribundo y comenzó a disparar con denuedo los cañones. Su valor y ejemplo enardeció a los españoles. Se lanzaron de nuevo a la lucha y los franceses tuvieron que retirarse. Por su heroica acción fue nombrada alférez y gozó de un sueldo vitalicio”.

¿A quién no le hubiera gustado parecerse a ella, poniéndose al frente de los aragoneses, a los que estimula y anima con su valor y patriotismo? En mi caso, el mito se agrandó cuando en el salón del tío Ignacio proyectaron “Agustina de Aragón”, de 1950, dirigida por Juan de Orduña e interpretada por Aurora Bautista, Fernando Rey, María Asquerino, José Bódalo, entre otros. Aquella noche fue inolvidable y en ocasiones pensaba que yo quería ser como ella.

Con don Pedro aprendimos unas cuantas lecciones sobre Formación Político-Social. Recuerdo las sesiones, casi diarias, que dedicábamos a entonar el Himno Nacional (“¡Viva España! Alzad los brazos, hijos del pueblo español que vuelva a resurgir...”), el himno de la Falange (“Cara al sol con la camisa nueva que tú bordaste en rojo ayer...”), el himno de la Legión (“Soy valiente y leal legionario, soy soldado de brava legión. Pesa en mi alma

doliente calvario que en el fuego busca redención...”), las canciones del Frente de Juventudes, el grito de “España, Una, Grande y Libre” o el “¡Presente! a los caídos”, que expresaba la decisión falangista de no olvidarse de los que dieron su vida por la Patria y obrar siempre como si ellos estuvieran presentes en nuestros actos. Y por eso, don Pedro decía que se había colocado la Cruz de los Caídos a la salida del pueblo, donde en la actualidad aún se mantiene en pie.

La formación que recibíamos también procedía de un librito: *Yo soy español*, de 1943, con 33 relatos cortos y muchas ilustraciones. A mí me encantaba el 1, titulado: “El castigo de un pecado”. Pero también sacábamos tiempo para conocer otras historias, como la de Santo Domingo de Guzmán, ese gran santo español que desde pequeñito sintió compasión por los pobres.

Y, por supuesto, de la Formación Familiar y Social disfrutaba con sus contenidos: el comportamiento en el colegio, la necesidad de ser ordenados, la limpieza, la amabilidad y la simpatía, las buenas compañías, el espíritu deportivo, la cortesía en la familia, los deberes y las relaciones con los hermanos, la cortesía y respeto en el templo y la buena educación en la calle. Sobre esto último, no está mal recordar lo que se escribía:

“Cuando van por la calle, los niños bien educados caminan siempre por la acera de la derecha; no corren ni dan gritos; ceden la acera a las señoras y personas de respeto y saludan cortésmente a los conocidos. Perder el tiempo jugando en sitios prohibidos, entretenerse estropeando plantas o martirizando animales, discutir en voz alta y adoptar modales contrarios a la modestia y delicadeza femenina revelan malos sentimientos y poca educación”.

Este texto lo practicábamos a diario, sobre todo cuando nos cruzábamos con el maestro, el cura, el alcalde o las personas ilustres del lugar. De no hacerse, ya sabíamos lo que nos esperaba: una regañina o la vara de negrillo, uno de los métodos más habituales con los que se inculcaba la disciplina y la adaptación a las normas sociales de la época.

Y las conmemoraciones escolares, que se incluían al final de la *Enciclopedia Álvarez*, eran muy especiales. Allí estaban la exaltación de la Cruz (14 de septiembre), el Domund (III domingo de octubre), Cristo Rey (último domingo de octubre), Todos los Santos (1 de noviembre), Día de los Difuntos (2 de noviembre), San José de Calasanz (27 de noviembre), Día de la Información (29 de noviembre), Día de la Higiene Ocular (13 de diciembre), la Santa Infancia (último domingo de enero), San Juan Bosco (31 de enero), Miércoles de Ceniza (fecha variable), Santo Tomás de Aquino (7 de marzo), Mártires de la Tradición (10 de marzo), Día del Seminario (19 de marzo) y Semana Santa.

De las 15 conmemoraciones, hubo dos que me marcaron profundamente: el Domund y San Juan Bosco. Ahora se entenderá por qué quería ser misionero o maestro. Y es que en aquellos años imaginaba que algún día saldría del pueblo y llegaría a otros lugares del mundo para ayudar a los niños que necesitaban nuestra ayuda. Y de San Juan Bosco, sacerdote italiano y fundador de los salesianos, me gustaba que sus inquietudes fueran dos: educar a los niños abandonados y enseñarles un oficio. Pues bien, en la escuela de don Pedro nunca sospeché lo que sucedería unos años más tarde. Pero antes, hablemos de otros hitos que fueron dejando huellas en este escribiente.

DON ÁNGEL

Tras los tres primeros años con don Pedro llegó el turno de don Ángel, que aterrizó en el pueblo en 1970. Recuerdo el día que lo vimos por primera vez y el encargo que recibimos de don Pedro: ir a la casa de los maestros, donde se alojaba don Ángel, para ayudarle con el traslado. Por las calles Tomás Gómez y Hospital, en dirección a nuestra

escuela, con las manos cargadas de libros, diccionarios y otros recursos educativos (mapas, esferas, cuadernos, reglas y compases), sucedió algo que me irritó. En la esquina de la casa de mi abuelo Baltasar, en la calle Corta, estaba mi madre. Al pasar don Ángel, se presentó con mucha amabilidad y, sin pensárselo dos veces, le soltó:

—Buenos días, don Ángel. Mire, yo soy la madre de José Manuel. Si no se porta bien, ya sabe lo que tiene que hacer. Y díganoslo para que luego, su padre y yo, le cantemos las cuarenta en casa.

Don Ángel se rio y dijo que seguramente no haría falta. Y efectivamente, al menos en mi caso, nunca se cumplió lo que tanto preocupaba a mi madre.

Las clases con don Ángel se iniciaron en el aula de los mayores. Por allí andaban mis quintos: Samuel, José María y Prudencio, pero también otros chavales que nos sacaban varios años: Ignacio, Lucas, Tomás, Temistoclés, Furones, Graceliano, Miguel Ángel, Cayo, Cándido, Argimiro, José Luis y Manolo. Mi hermano el mayor, Luis Miguel, ya no estaba en el pueblo. Dos años antes se había ido a Cambados (Pontevedra), donde los salesianos tenían un colegio. Retengan este dato porque la figura de San Juan Bosco, que se incluía en las conmemoraciones escolares de la *Enciclopedia Álvarez*, había entrado en nuestra familia. Y mi hermano Clemente, 17 meses más pequeño que yo, seguía con don Pedro, al otro lado del pasillo.

Pero sigamos con otros episodios o anécdotas que deseo recuperar.

Los dos cursos (1970-1972) que pasé con don Ángel fueron muy provechosos. Una de las actividades que recuerdo con más entusiasmo se realizaba tras el recreo: lectura oral y siempre en pequeños grupos, donde un chaval se encargaba de dar la orden para cambiar de lector. Como era lógico, al iniciarse la lectura se escuchaban muchos sonidos, procedentes de todos los grupos que estaban esparcidos por el aula, leyendo el cuento, la novela, los poemas o la historia que nos hubiera tocado. Y así todos los días. “Qué bien lo hemos pasado”, le dije a mi madre al llegar a casa tras contarle lo que habíamos practicado en clase. Y ella contestó lo de siempre: “Me alegro mucho, hijo”.

Con ese método empezamos a leer *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, de un tal Cervantes que ya habíamos conocido con anterioridad en las clases de don Pedro. Pero también pudimos saborear *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla, *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, *Campos de Castilla*, de Antonio Machado, *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, el *Poema del Cid* o las fábulas de Samaniego.

Con don Ángel aprendimos también el significado de una palabra que iba a cambiar la vida de muchas generaciones: EGB. Con el paso de los años supimos que era la etapa obligatoria que había sido regulada en 1970 por la Ley General de Educación y que continuó vigente hasta la entrada de la LOGSE. La mayoría de padres y madres no entendían el cambio y, como era lógico, se limitaban a que sus hijos aprendieran mucho más de lo que ellos y ellas habían conseguido. Que se llamara de una u otra manera era indiferente.

Bueno, el caso es que durante el tiempo que compartí con don Ángel aprendimos muchísimas cosas más. Por ejemplo, en una de las páginas de un cuaderno desgastado por el paso del tiempo, he podido recuperar el siguiente ejercicio que realizamos el 11 de abril de 1971. Dice así: “Redacción. Refiere por escrito, con la mayor amplitud posible, algún caso de obra de misericordia que hayas hecho”. Y, curiosamente, a continuación, escribí dos acciones relacionadas con los contenidos de la Formación Familiar y Social que se han citado más arriba: ceder la acera a las personas y saludar cortésmente a los conocidos.

LOS RECREOS Y ALGO MÁS

Los recreos eran momentos inolvidables. Además del fútbol, me encantaban los campeonatos que hacíamos con uno de los balones, tratando de meter goles de cabeza a

un portero colocado en una de las paredes de la escuela. Allí, entre ventana y ventana, estaba la portería. Y los chavales teníamos que colocarnos en fila, esperando a que el portero nos lanzara la pelota hacia nuestra cabeza. Si conseguíamos meter gol, el portero dejaba su sitio y el jugador que había logrado la proeza le reemplazaba en la portería.

Era un juego muy divertido, aunque no era el único. Por aquellos tiempos practicábamos la peonza, las canicas, el pañuelo, el rescate o el marro. Pero también la comba o las tabas, juegos femeninos que empezamos a compartir cuando la escuela se hizo mixta y a la clase de don Pedro llegaron Mariví, Tránsito, Inmaculada, Begoña, María Luisa, Dolorines, Sonsoles, Soraya, Estrella, Marce y Arancha. Con ellas aprendimos a jugar y a descubrir otros mundos, no solo en los tiempos que pasábamos juntos en la escuela sino en esos espacios abiertos que usábamos a nuestro antojo. ¡Ay, si el Barrero, la Plaza del Hospital, el *charil*, el plantío, la Cierva, el bodegón del señor Gonzalo y las calles Estrella o Cantarranas contarán lo que saben!

Y en esos recreos nunca olvidaré la leche en polvo. La preparación se hacía en el aula. Se calentaba agua en un caldero con una estufa de gas, se removía con unos cucharones de madera y en el recreo se repartía. Respetando la fila, cada chaval sacaba su vaso (yo tenía uno de color lila) para recibir la porción diaria. En esos años no sabíamos que esa leche formaba parte de la ayuda que recibía el gobierno de Franco como complemento alimenticio ante los problemas de desnutrición detectados en la infancia.

LA ESCUELA, LA IGLESIA Y EL TELECLUB

En aquella época, la escuela, la iglesia y el teleclub se convirtieron en los tres vértices de un triángulo que acotaba muchas de las horas de nuestras vidas. En el caso de la iglesia, la relación con la escuela era evidente. Ya se ha visto con los textos de la Historia Sagrada que se impartían en las aulas y que eran comentados de nuevo en la catequesis, las homilías o las confesiones. Para estos menesteres, la figura del cura era fundamental. Don Sotero fue el primer cura que conocí. Fue él quien me confesó por primera vez y de quien recibí la primera comunión un 26 de mayo de 1968. Pero quien realmente me marcó fue don Atilano, que aterrizó en la parroquia ese mismo año.

Don Atilano era más tímido que don Sotero. No obstante, con el paso del tiempo, se convirtió en un cura muy activo y accesible. Visitaba la escuela con frecuencia, se juntaba con los maestros cada dos por tres en los recreos, impartía la catequesis, jugaba al fútbol e impulsó la construcción del teleclub, en el mismo solar de la casa rectoral, donde vivía con su padre, don Hilario, que así lo llamaban, y su hermana Bernabina.

Don Atilano hizo buenas migas con mis padres. Era habitual que nos visitara por las noches, especialmente en Navidad y Semana Santa. En nuestra casa jugábamos a las cartas, al parchís o simplemente se charlaba. Con tan buenas relaciones, no fue raro que contara conmigo para algunas actividades. Recuerdo tres: las lecturas dominicales, la bienvenida a los dos frailes que llegaron al pueblo en 1969 a impartir unos ejercicios espirituales y, de nuevo, la bienvenida al gobernador civil de Zamora el día de la inauguración del teleclub, uno de los muchos locales públicos que florecieron en las zonas rurales de la España de los 60 en donde los vecinos podíamos ver la televisión.

En mi pueblo, sin embargo, el teleclub significó mucho más. Allí se alojó la primera biblioteca. Modesta, es verdad, pero donde no había casi nada todo lo nuevo parecía muchísimo. Una de las colecciones de libros que llegaron pertenecía a la famosa Biblioteca Básica Salvat, que había sido adjudicada por el Ministerio de Información y Turismo a Salvat Editores y Alianza Editorial. Los colores amarillentos y naranjas de las portadas los han hecho inolvidables.

Pero el teleclub se hizo famoso también por la representación, en fechas señaladas y por personas del pueblo, de sainetes, comedias y obras de teatro (*La vida es sueño* y *Don Juan Tenorio* eran las favoritas) y, periódicamente, con la proyección de películas que, como decíamos entonces, llegaban desde la capital: *Los diez mandamientos*, *Centauros del desierto*, *Juana de Arco*, *Esa voz es una mina*, *El bueno, el feo y el malo*, *La túnica sagrada*, *Ben-Hur*, *Tómbola*, *Puente de coplas* y un larguísimo etcétera.

ANIMALES DE EUROPA Y ÁFRICA

En 1969 se produjo otro acontecimiento muy singular. La “Cátedra”, que así se llamaba, aterrizó en Santovenia del Esla. Era un grupo de mujeres de la Sección Femenina, perteneciente a Falange Española. Durante una semana se dedicaron a impartir charlas, dirigidas especialmente a las mujeres, sobre cocina, costura, higiene, etc. Pero también compartieron el tiempo con los chavales. Con ellas hicimos manualidades, teatro y concursos de pintura. Yo participé en el de pintura con un dibujo que, por más que lo intento, no consigo recordar. Y la sorpresa fue mayúscula: gané.

La entrega de premios se realizó un domingo por la tarde en la Plaza Mayor. Allí estaban el gobernador civil, el resto de autoridades (alcalde, concejales, maestros y maestras, cura, Guardia Civil) y un buen puñado de vecinos. En el álbum familiar guardamos la foto del acto, donde aparezco con camisa blanca y pantalón corto. Y el premio fue una de las sorpresas más bonitas que he recibido en la vida: el libro *Animales de Europa y África*, con unas bellísimas ilustraciones dibujadas por el artista japonés Takeo Ishida.

Para un chaval de ocho años, el libro se convirtió en un tesoro. Ahí aprendí que el celo o *brama* de los ciervos dura desde septiembre hasta mediados de octubre; que la ardilla común es el juguete de los bosques europeos; que las cebras son la presa predilecta de los leones; que la jirafa es el más alto de los animales vivientes, ya que puede alcanzar los 6 metros; que es raro que el león rija durante el día, pero de noche sus rugidos son impresionantes, ya que son coreados por todos los congéneres que se hallan en las cercanías; que el elefante africano, con un peso de 5 a 7 toneladas y una altura que puede llegar a más de 3 metros, es el mayor animal terrestre; que el chimpancé es muy inteligente y emplea, en estado natural, bastones para buscar alimentos.

Pero la ilustración que más me llamaba la atención era la que recogía la velocidad de los animales. En primer lugar, aparecía el guepardo, pudiendo alcanzar una velocidad punta de 114 km/h. Le seguían la gacela, el caballo, la liebre, el lebre, la jirafa o el elefante. Este aprendizaje solía compartirlo con los amigos y, cuando surgía, en otras circunstancias de la vida cotidiana.

LOS IMPACTOS DE LA COMUNIDAD

Aunque ya lo he mencionado, el teleclub cambió nuestras vidas. Aquí vimos por primera vez “Crónicas de un pueblo” (18 de julio de 1971), “Un, dos, tres... responde otra vez” (24 de abril de 1972) y a Karina, representando a España en el Festival de Eurovisión (3 de abril de 1971) con la canción “En un mundo nuevo”. Y aquí aparece la señora Luisa, avisando a los chavales de que teníamos que dejar el teleclub cuando la televisión mostraba los dos rombos.

El impacto de la comunidad también se dejaba sentir en otras actividades. Imposible olvidar la *vela*, el cementerio, las noches al fresco en la calle Cantarranas, las andanzas por las calles del pueblo, el plantío, los partidos de fútbol en La Cierva y el asalto a los huertos en búsqueda de agua y de lo que hubiera: peras, manzanas, uvas, etc., con la posterior

regañina si éramos pillados por los dueños o el guarda, que entonces vigilaba estas pertenencias.

También dejaron huellas el estanco de Florinda; las tiendas de Cándida, Gumersinda, Tina, Evangelina y Encarna; las panaderías de Modesta, de Julio y Alsira y de Esther y Teófilo; los bares de Paciano, Furones, el tío Ignacio y los tres Hermanos; el modesto negocio de la señora Antonia con sus chuches, y Protasio, el cartero del pueblo, caminando hacia el apeadero hasta que el Ferrocarril Vía de la Plata se cerró en 1985 para los viajeros. Y tampoco podemos olvidar la inauguración en los años 60 de la bodega cooperativa Nuestra Señora del Tobar, que marcó un hito en la economía del pueblo hasta que el cierre y el abandono posterior la convirtieron en un edificio fantasma.

En esta crónica sentimental sobre los maestros de una vida no puedo olvidar la influencia de la radio. Antes de ir a la escuela escuchábamos “La Saga de los Porretas”; al mediodía, *el parte* de Radio Nacional de España, y por la tarde disfrutábamos con las radionovelas de Guillermo Sautier Casaseca y el consultorio radiofónico de Elena Francis. Y mi madre siempre estaba ahí.

Los escenarios mencionados contribuyeron a nuestra formación, aunque en aquellos tiempos no fuéramos conscientes del significado de estas palabras.

CAMBADOS Y LO QUE LLEGÓ DESPUÉS

En septiembre de 1972 dejé la escuela del pueblo y aterricé en Cambados, en el colegio de los salesianos. Dos años antes había llegado mi hermano Luis Miguel. Aquí finalicé los tres últimos cursos de la EGB. Y de Cambados pasé a León, también con los salesianos, para completar el BUP. Ahora entenderán las señales que anticipaba en páginas anteriores al recordar a San Juan Bosco, uno de los personajes que aparecía en las conmemoraciones escolares de la *Enciclopedia Álvarez*. En Cambados se abrieron nuevas puertas. Allí conocí a nuevos compañeros y maestros, aprendí el significado de la *morriña* y del *orballo* y disfruté con el teatro, las manualidades, la escritura, los ejercicios espirituales, los paseos, el fútbol, la vendimia y los “cargos” (pelar patatas, barrer, fregar, cuidar los conejos, etc.). Pero estos años, como los que llegaron después, serán contados y compartidos, como se merecen, en alguna ocasión.

Y PARA FINALIZAR, UN SUEÑO

Espero que las vivencias compartidas en estas páginas no sean devoradas por los vientos del olvido. Y, ya de puestos, me gustaría que se cumpliera un sueño: encontrarme de nuevo con mis compañeros y compañeras de la escuela del pueblo, donde aprendí muchísimas de las herramientas con las que he ido construyendo el edificio, siempre inacabado, de mi biografía. Ya sé que el sueño será muy difícil de alcanzar, pero, como escribe Juan Zéngaro, “quien no sueña está condenado a creer en lo que ven sus ojos”. Y yo no me conformo con ver. Necesito ir mucho más allá. Y en esas estamos y seguiremos estando.

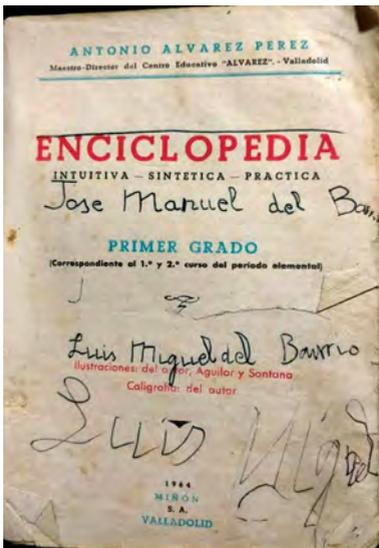
Muchísimas gracias¹.

¹ A continuación, se comparten fotos y textos que hablan de algunas de las vivencias que se han relatado en “Los maestros de una vida”. He intentado agruparlas por afinidades temáticas y siguiendo un orden lo más aproximado a lo que se cuenta en el texto. Pero no siempre se ha conseguido. ¡Que las disfruten! (N.A.).

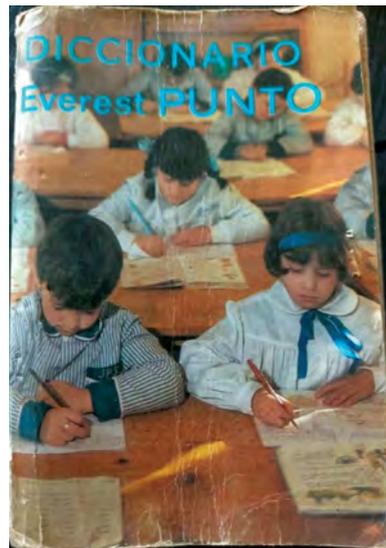
Las escuelas de los niños. Ya no están como eran entonces, pues han sido reformadas tanto en el interior como en el exterior. La de los más pequeños estaba a la izquierda (pared con un ventanuco). Calle Hospital.



Escuela de los mayores. Calle y Plaza del Hospital. En los años 80 se cedió la esquina principal a Telefónica. Donde están los bancos azules había dos ventanas, que utilizábamos como portería para practicar el fútbol con la cabeza. Y al fondo se ve el plantío.



Enciclopedia Álvarez.
Primer Grado. Año de 1964.



Mi primer diccionario. Escuela de don Ángel. Año de 1970.

MI INFANCIA SON RECUERDOS...

(Mención honorífica)

Julia Carrasco Carrasco
(Grazalema, Cádiz)

Mi infancia, son recuerdos, dijo el poeta: ¡¡La mía también!! Comenzaré por presentarme, me llamo Julia y nací en 1965 en Ronda, aunque durante mis primeros cinco años viví con mis padres y hermanos en una finca del parque natural de la Sierra de Grazalema y de esta época, datan las primeras huellas en mi memoria. La finca es una gran extensión de un paisaje sublime de bosque mediterráneo, dehesa de alcornoques, quejigos y encinas de donde de forma ancestral se ha extraído ininterrumpidamente corcho y donde pastaban y aun pastan vacas autóctonas retintas, no he olvidado el nombre de muchas de ellas: Re-lojera, Bizcochera, su ternero Bizcocherito... Ni tampoco de nuestro perro Olivetti, un gran cazador de conejos. Mi hermano, cuatro años mayor que yo, asistía a la escuela rural del puerto de Los Alamillos, a tres kilómetros de nuestra casa por la carretera estrecha y curvilínea que conduce a Grazalema, pueblo que queda a otros cinco kilómetros. El puerto de Los Alamillos se sitúa a 822 metros sobre el nivel del mar, en una meseta abierta a un valle extenso rodeado de altas montañas azules, donde se ubica el pueblo, blanco y bello, es la zona más lluviosa de España con inviernos fríos y nevados, es un paisaje que los visitantes no esperan encontrar en Andalucía y menos en la provincia de Cádiz.

En 1970, inicié mi parvulario en esta escuelita, recuerdo fotográficamente cada rincón y detalle del mobiliario, iba con mi hermano, ambos contentos, con nuestros maletines y estuches de lápices relucientes, nos los compró nuestra madre en “Casa Marcos Morilla de Ronda” mi maletín, me parecía precioso, de plástico azul marino con un dibujo escolar infantil y tenía dos asas blancas también de plástico. Nos llevaba mi padre en su moto Ducati, sin casco ni nada, uno delante y otro detrás sin mayor problema. El edificio de la escuela aún pervive, es idéntico, pero ya sin uso escolar. Desconozco completamente el año de construcción del inmueble, pero lucía nuevo y erigido específicamente como centro educativo. Todo el mundo lo consideraba un logro, anteriormente, durante años, iba un maestro por los cortijos y casas de campo e impartía lecciones a pequeños y adultos y preparaba para poder ingresar en la Guardia Civil o Correos: ¡El inolvidable maestro don Bartolo!

Es un edificio encalado, deslumbrantemente blanco, que contrasta con el verde del alcornoque que lo rodea. Constaba de dos partes simétricas idénticas, con una entrada con porche que daba acceso a dos puertas, una de ellas el aula, un aula unitaria y mixta con su pizarra negra en la pared y mesa de profesor con tarima, los antiguos pupitres pareados de madera, donde se sentaban los alumnos por edades y al lado de la mesa del docente, en una mesita circular nos sentábamos los tres parvularios, al fondo un armario de madera que contenía los libros, mucho de ellos cuentos, una de las paredes laterales disponía de tres grandes ventanas por donde entraba la luz y se veía el exterior y la otra pared lateral exhibía un mapa físico y político de la Península Ibérica. Aquella sala, carecía de calefacción y hasta de estufas, en ese paraje tan lluvioso y frío, pero no recuerdo para nada que eso fuese un problema para nadie. La otra puerta daba acceso a la vivienda de la maestra, a la cual no creo haber entrado nunca.

No había más nada: Ni gimnasio, ni biblioteca, ni laboratorio, igualmente carecía de secretaría, comedor escolar, incluso de aseos o luz eléctrica, pero tampoco había vallas, ni muro de patio del recreo, el exterior era libre para jugar. Los niños llevábamos balones y

juguetes y se podía subir a los árboles con total normalidad, nada separaba las propiedades ni la carretera, los coches entonces eran escasos y simplemente se trataba de tener cuidado. Si los balones rodaban ladera abajo se aplicaba “La ley de la botella, el que la tira va por ella”.

El primer día que asistí, iba de la mano de mi hermano y muy contenta, conocí a la maestra, mi primera maestra, era maravillosa, la Señorita Olga, una maestra rural venida desde Zamora, acompañada de su madre viuda, que vivían en la casita colindante a espera de mejor destino, en unos tiempos en la que no había teléfonos, no tenían coche y en un lugar que aun hoy a pesar de ser un destino turístico sin igual, está alejado y mal comunicado. En aquella época la madre me parecía una ancianita: Bajita, enlutada, con su pelo canoso peinado en un moño, posiblemente sería más joven de lo que yo soy ahora. Discreta, dulce y amable, solía aparecer en la clase con un café para su hija y a la hora del recreo salía a tomar el sol mientras los niños jugábamos. Los padres de los alumnos les llevaban presentes: huevos, leche fresca, almendras, productos de huerto... y otros les traían encargos del pueblo, pan y otros recados.

La señorita Olga era morena, se parecía a una actriz de la película de Rocío Dúrcal *Canción de juventud* y olía a maestra: un olor entre colonia *Heno de Pravia*, jabón casero y goma de borrar... Para nosotros, niños andaluces, nos parecía que hablaba muy bien. Seríamos aproximadamente una docena de colegiales de ambos sexos, desde parvulario hasta quinto de primaria, estrenando la EGB, con jornada lectiva solo de mañana, los chiquillos que vivían más cerca venían en grupo andando por trochas y a los más alejados los traían fundamentalmente sus padres en mulos o en el coche de moda de la época en el campo, el Cuatro Ele, pero el transporte escolar que más me gustaba, era el de un chico delgadito que lo traía su padre en un motocarro. El grupo de estudiantes más numeroso lo conformaba el de quinto curso y a ellos la maestra dedicaba una atención esmerada, algunos irían internos, al año siguiente, a la Escuela Hogar de Ronda, otros que tenían familiares o casa en el pueblo irían a la escuela de Grazalema y los demás dejarían la escuela pues sus familias necesitaban ayuda en sus casas: para el campo, para cuidar el ganado o a hermanos menores... en todas estas situaciones se consideraba muy importante que estuviesen, sin excepción, bien preparados. Como docente vocacional, usaba todos los recursos a su alcance para motivar e implicar a sus discípulos, a cada uno ofrecía su atención educativa y casi maternal, todos pequeños y mayores dedicábamos un tiempo a la lectura y hacer cuentas, cada uno a su nivel, hacía dictados y explicaba temas. Yo tenía una cartilla para aprender a leer, la cartilla de lectura *Amiguitos* llena de coloridos dibujos, como el “El Ratón Ríe” de la letra “R” que era el más divertido y un cuaderno, los demás compañeros, sus libros de texto y las fichas y ella tenía una pizarra con tizas blancas y de colores, un borrador y un compás de madera, el mapa y una varita que emocionalmente se dirigía con gran frecuencia sobre la provincia de Zamora y sobre su mesa tenía un jarrón con flores silvestres que cogía en el exterior, algunos libros y una *Enciclopedia Álvarez* que consultaba continuamente de la que escogía los textos para los dictados, casi siempre fábulas de las que posteriormente comentábamos las moralejas.

A los alumnos de tercero, que eran dos, mi hermano y una niña, los preparaba además para la primera comunión, les daba un catecismo y les hacía preguntas: —“¿Por qué Dios es Todopoderoso?”; y ellos respondían al unísono: —“Dios es Todopoderoso...”. Recibieron su primera comunión en Grazalema, una mañana de primavera junto a otros chavales del pueblo y de la otra escuela rural que se sitúa por la Rivera, ese día la señorita Olga les hizo una fotografía a los dos con sus trajes, cuando las tuvo reveladas les dio una copia a cada uno, que conservamos en el álbum familiar. Después todos los de nuestra clase nos fuimos a un desayuno con pastas, cubiletes, amarguillos de almendras y un chocolate caliente, en el casino de la plaza del pueblo que permanece impertérrito al paso del tiempo.

La jornada solía empezar con la lectura individual de nuestras cartillas, a continuación la maestra nos ponía “Una muestra” es decir escribía una frase de su puño y estética letra en nuestro cuaderno y repetíamos cinco veces, por ejemplo: “Yo amo a mi mamá”, “Tú tomas tu té”, ... y después nos daba cuentos del armario, recuerdo especialmente *Los Músicos de Bremen*; yo no sabía leerlo, pero me encantaban los dibujos, particularmente la portada con su burro, perro, gato y gallo, uno sobre otro de mayor a menor, formando una colorida pirámide. Nunca lo he leído, me parece un sacrilegio, para esos momentos sublimes que pasé inventando historias viendo aquellas ilustraciones. Los días en que todo el mundo trabajaba bien, nos deleitaba con una lectura que ella misma hacía en voz alta, pronunciando bien y remarcando las eses finales, por capítulos, nos tenía enganchados. En una ocasión una de las chicas más mayores llevó un cuento que le habían traído los Reyes Magos: *Marcelino Pan y Vino*, esa lectura por capítulos, cada día uno... era un momento espectacular. Cuando preguntaba las tablas de multiplicar, casi todos los alumnos las canturreábamos, igualmente pasaba con las conjugaciones de verbos regulares e irregulares y los ríos y provincias. Las explicaciones de los temas de historia eran para todos los públicos, ella tiraba de su *Enciclopedia Álvarez*, leía una introducción y luego los más mayores cogían sus libros y hacían los ejercicios de las fichas. Una clase el tema fue “Don Pelayo” y mi hermano en su cuaderno reprodujo la ilustración de la *Enciclopedia*, con gran maestría, con su espada y su cueva y todo, ganó la aprobación de docente y compañeros.

Ni que decir tiene que lo mejor de todo era la hora del recreo, salíamos sonrientes al exterior, todos contentos, a esa extensión sin límites, de arbolado y pradera fría y ventosa y en otras ocasiones soleada, sobresalía una formación rocosa, del tamaño de un elefante tumbado, lugar idílico para calentarnos con el sol, imaginar grandes escaladas, dominar a monstruos mitológicos... Casi no me acuerdo del nombre de aquellos niños, mis compañeros, pero sí que unos hermanos llevaban pan de Grazaema con queso que hacían en su casa y las ganas que me entraban de probarlo. Por la zona las familias tenían en sus terrenos cabras grazaemeñas y ovejas eran y son muy valoradas por la calidad de sus leches y por tanto de sus quesos y las ovejas además por su lana de las que se elaboran mantas de gran calidad desde hace siglos.

De todos aquellos chicos había mucho que aprender, incluida la maestra que les preguntaba curiosa pues eran expertos en la fauna y flora local, conocían en la lejanía los cercenros de los animales, distinguían a los pájaros por el canto y por el vuelo, sabían dónde estaban las encinas con bellotas dulces, las zarzas con moras, las madrigueras con conejos, conocían las setas, y sabían buscar espárragos, tagarninas, sabían hacer y deshacer nudos, conocían las unidades de medida en fanegas y arrobas... eran muchos los días que el tiempo de recreo era como una aventura, una expedición, una pequeña excursión con alguna misión.

Muy cerca de la puerta de entrada a la clase, se formaba un gran charco cuando llovía, casi una laguna y un día me ocurrió algo fantástico, los chicos jugaban a la lima, clavando esta herramienta en el suelo ablandado por la lluvia y las chicas más mayores jugaban a saltar a la comba, los más pequeños jugábamos con palos removiendo el charco, cuando de pronto apareció un tesoro, ¡era mío, lo descubrí yo! era algo diminuto, como un huevo de codorniz, cubierto de barro pero asomaba un trocito de plástico en un color gris verdoso, todos acudieron a ver mi tesoro, la señorita Olga tomó el terroncito, lo sumergió con cuidado en el charco, con sus dedos fue separando el barro reblandecido y con ayuda del tallito de una espiga fue limpiando el objeto, hasta que el tesoro quedó limpio y al descubierto: se trataba de un muñequito “Pedro Picapiedra” de los que salían de regalo con unos chicles. Limpio y seco me lo entregó y aunque hace cincuenta y cinco años de esto, todavía está en la caja de botones para la costura de mi madre.

Al curso siguiente, ya nos habíamos trasladado a vivir a Ronda y empezaron los cambios: mi hermano mayor fue a su colegio religioso y masculino lleno de compañeros y pistas deportivas y mi hermano pequeño fue por primera vez a su guardería, lloró enormemente, normal, era algo aterrador quedarte sin otros familiares, tu solito, con otros niños desconocidos, todos ellos desamparados y llorones. Y yo inicié primero de EGB. en mi nuevo colegio para niñas, era bonito y grande, con comedor y salón de actos, con unos aseos con grifos que goteaban y cisternas que hacían ruido, un patio con naranjos y rodeado de los altos muros de los edificios colindantes, sin aventuras ni expediciones y cuando estabas jugando en el mejor momento del soñado recreo, resonaba una campana que indicaba que se acabó. Igualmente sonaba la campana para indicar el inicio y fin de la jornada de mañana y también de tarde, que se hacía larguísima. Añoraba mucho a mis hermanos. Las numerosísimas niñas de mi clase, casi cuarenta, todas con un babi de rayas blancas y rosas, esperábamos turnos para que la maestra nos diese de leer, con la misma cartilla “Amiguitos”. Menos mal que gracias a la señorita Olga yo ya sabía leer, escribir y hacer algunas sumas y restas, además sabía con los ojos cerrados donde estaba Zamora.

Con mis padres y hermanos visitaba Grazalema con frecuencia y mi padre solía parar el coche en la puerta de la escuelita, pero nunca más entramos a su interior ni vimos a la señorita Olga ni a los niños. En una ocasión, cuando yo era estudiante universitaria, nos acompañó mi tía, que tendría unos setenta años, íbamos a ver la procesión de la Virgen del Carmen, paramos como siempre en el paraje donde hacíamos el recreo, en ese época estaban construyendo un hotel rural y el edificio de la escuelita lo estaban recon-vertiendo en una recepción. El ventanal estaba parcialmente cubierto por unos tablones, pero mi tía intrépida se subió y empezó a husmear el interior, le hice una foto, pues llevaba unos tacones altos y una falda estrecha y me hacían gracia sus locuras. Me contagió la curiosidad y también subí a fisgonear: el aula era ahora increíblemente pequeñita, parecía haber encogido, no había nada del mobiliario, solamente un andamio, con el que estaban arreglando el techo y sorprendentemente los obreros para calzar las patas de dicho andamio habían utilizado la tapa ajada y maltrecha de mi cuento *Los músicos de Bremen*.

Muchísimas personas recordaremos a nuestra primera maestra, yo especialmente la recordé cuando comencé mis formación universitaria, era otoño y vivía en Sevilla, nos encomendaron nuestro primer trabajo en grupo, me sentí bastante desmotivada y sin muchas fuerzas para enfrentarme a dicha formación... pero entonces... mis nuevos compañeros y yo decidimos quedar para tomar algo y dar una vuelta por el mercadillo de cosas usadas que los domingos montaban por La Alameda de Hércules, íbamos viendo pues-tecillos con cosas dispares hasta que nos centramos en uno de libros, un vendedor exhibía cajas con antiguallas deslucidas y malolientes, entre ellas asomaba un ejemplar idéntico de la *Enciclopedia Álvarez* al de escuela de Los Alamillos, pero esta estaba deteriorada, sobre todo la portada, a pesar de esto la cogí, era de Segundo grado, y allí estaba don Pelayo y otras ilustraciones... y a modo de marcapáginas tenía una vieja estampita de San Nicolás justo señalando la Fabula de Samaniego *La Zorra y la Uvas*... El vendedor vio cierta posibilidad de venta, me la ofreció muy barata y ¡jme la quedé!!

Nos fuimos en busca de un tapeo por la plaza de Los Terceros, empezamos a organizarnos, aplicados, para realizar nuestro primer trabajo... y la moraleja que la señorita Olga nos contó hacía tantos años de *La Zorra y la Uvas* volvió nítida a mi mente: ella no sólo hablaba de los sueños inalcanzables, sino de que debíamos esforzarnos si queríamos conseguir algo... fue una dosis increíble de motivación para poder iniciar este trabajo y todo lo que suponía la Universidad.

De adulta muchas veces he recordado la valentía de estas dos mujeres, en una época en que ser maestra rural, lejísimos de su casa, era una aventura, casi insensato, casi como

ser misioneras. También he reflexionado en muchas ocasiones en el componente vocacional de la docencia y la motivación del alumnado a pesar de la escasez de medios. Más nada supe de mi primera maestra, pero sigue en mi memoria y en mi corazón. Alguna vez en las fiestas de Grazalema, alguien no ha aclarado que esta o aquella persona era uno de los niños de los de entonces que ahora trabaja en el Ayuntamiento del pueblo o es camarero, otros participan en el grupo de teatro local, otros llevan sus fincas y todos son personas entrañables. Los más mayores nos recuerdan, más a mi hermano que a mí, y suelen tener un buen sabor de boca de su etapa escolar.

Crecer en medio de un parque natural, en el mundo rural, rodeado de su naturaleza y sus valores, tampoco puede compararse con nada... casi ningún centro educativo puede tener unos paisajes y unos aromas como nuestra escuela de Los Alamillos. El edificio se conserva con otros usos, pero en la actualidad cuenta con una cerca que limita la propiedad y la priva de la libertad de espacio infinito de la que gozó en nuestra niñez.

Estas líneas sobre mi infancia son recuerdos, como dijo el poeta, hay que remarcar que los recuerdos infantiles no son una verdad empírica, lo más probable es que si otro coetáneo las lee, tenga otra versión fotográfica de algunos de los detalles u otras impresiones o experiencias personales, pero nadie podrá discutir que la señorita Olga era valiente y olía a maestra.

L MIU CADERNO DE QUARTA CLASSE

(Mención honorífica)

Julanda Delgado
(Bal de Mira, Miranda de l Douro)

You naci no anho de mil nuobecientos i setenta i cinco i antrei pa la scola no anho de mil nuobecientos i oitenta i un, cun cinco anhos de idade, quaije a fazer seis, pus fago anhos a bint'i nuobe de nobembre.

Naquel tiempo you bibie cun mius abós de l lhado de mie mai na Quinta de Fernan Pinto¹, cunceilho de Miranda de l Douro.

Mius pais habien eimigrado pa la Fráncia i habien-mos deixado an Pertual, a mi i a mie armana, cuidando que apenas iban a quedar por fuora meia dúzia de anhos até andreitar la bida i que apuis tornában a benir pa l pie de las filhas, l que nun bieno a acuntecer. Eilhes fúrun quedando pula Fráncia i solo benírun de beç pra Pertual quando agarrórun la reforma. Nas férias de berano, mius abós metien-mos na carreira que iba pra Paris pra irmos a passar l berano cun nuossos pais. No fin de l berano, mius pais bienen-mos a trazer a Pertual i assí que ampeçaba la scola tornában-se a ir pa la Fráncia i nós quedábamos acá.

Cada anho scolar era pra mi ua eternidade, un cumpasso de spera até ser berano outra beç i tornar a star cun mius pais na Fráncia, onde l quemer era melhor i teniemos telbison pra ber zeinhos animados i outras cousas mi interessantes, como “Les jeux sans frontières” i las nobelas “Dallas” i “La petite maison dans la prairie”.

Sien ls pais por acá, quien fazie la beç de encarregado de eiducação era mie abó saias, que se chamaba Hermínia Adília Moreno, indas que no papel stubisse l nome de miu pai, José Augusto Delgado, como se puode ber no “Boletim de informação trimestral ao encarregado de educação”. Mie abó benie siempre mi contenta apuis de haber falado cun la porsora ou l porsor² porque puls jeitos you daprendie bien i era calhada (l que era considerado mi buono) i you quedaba contenta de la ber a eilha contenta porque gustaba de ser ua buona nina, mas no fundo sentie-me triste porque nun era eigual als outros ninos: eilhes tenien pais pra ir a falar cun la porsora i you nó. Quier dezir, tener pais tenie, mas nun era la mesma cousa...

You na scola portaba-me anton mi bien i an casa tamien, mas habie ua defrença grande antre un lhugar i outro, quaije cumo se fússen dous mundos apartados: an casa falábamos mirandés i na scola falábamos i screbimos an pertués. You nun daprendi a screbir mirandés quando era garota, pus naquel tiempo inda nun era ansinado nas scolas nien tampouco considerado ua lhéngua, mas si un dialeto. Tube que daprender a screbir la mie lhéngua natiba you sola quando als quarenta i poucos quije ampeçar a screbir lhibros an mirandés.

Éramos cinco ls ninos de la quinta an idade de ir a scola: you, mie armana (Fernanda), i três armanos (Carlos, Fernanda i Maria do Céu). A la purmanha, apuis de haber

¹ Esta quinta nun tenie leticidade nien auga de l canho. Morában alhá quatro famílias no miu tiempo. Las personas bibien de la agricultura, de la criaçon de animales i de la produçon de lheite. Nos dies de hoije yá naide bibe alhá. (N.A.)

² Todos ls anhos teniemos un/ua porsor(a) nuobo(a). (N.A.)

quemido las sopas bien docicas que mie abó saías fazie cun migas de pan, lheite acabado de tirar de las tetas de las bacas i açucre, you pegaba na mie mala cun las cousas de la scola i na mie fardela cun l almuorço i ponie-me a camino cun mie armana i ls outros ninos.

De la Quinta de Fernan Pinto a la scola, que era na aldé de Bal de Mira, éran puri uns trinta a quarenta minutos a pie. Habie que atrabessar un balhe i apuis seguir por un camino abaixo pra ir a passar porriba dua puonte pa l outro lhado de la ribeira, apuis era a chubir pul camino de Peinha Lhonga arriba até la Fraga de Rompe Culos, apuis un cachico mais alantre passába-se pul Caleijo de l Cerrado Nuobo, apuis passába-se pul meio duns restolhos i apuis chegaba-se a un cabeço cun nebros, scobas i moncas de perú que nun sei cumo se chama i deilhi palantre apuis era siempre a decer até l “balhe de riba”. Chamában-le assi por ser a la punta de riba de l’aldé. Atrabessando l balhe de sguelha pra cortar camino chegába-se a la strada de alcatron i de l outro lhado de la strada staba anton la scola.

La mie scola purmaira nun tenie la pinta que normalmente ténen las scolas desse tiempo, cun la bandeira de Pertual a sboçar al aire porriba de l telhado i un pátio pra jugar cun balancés i todo. Nó, la mie scola era ua casica cumo las outras. Puls jeitos era de tiu Juquinico, un tiu de Bal de Mira. Passábamos l recreio no camino delantre de la scola i quando jogábamos al sconde sconde naide mos tiraba de mos irmos a scunder un cachico mais longe, por trás de outras casas ou corriças ou montes de lheinha que pulhi houbisse.

La scola tenie muitas scaleiras pra chubir i un canteiro cun ua oulibeira. Quando chegábamos antes de l porsor era nessas scaleiras que sperábamos por el, mas se la memória nun me anganha muitas bezes quando chegábamos yá el i ls ninos de Bal de Mira stában drento. Nun me lembro de mos ralhären por chegarmos mais tarde. Se bien calha por sermos ls ninos de la quinta teniemos un çcunto. Al todo, antre ls ninos de la quinta i ls ninos de Bal de Mira éramos mais ou menos ua dúzia de alunos de todas las classes na mesma sala i l porsor era l mesmo pra todos.

Na purmeira classe (que agora se chama purmeiro anho) tubimos ua porsora mi buona. Quando digo que era buona nun me refiro al sou zampeinho cumo porsora (se ansinaba bien ou mal), mas si a la sue maneira de ser. Era calma i meiga, cumo ua mai. Quando staba buon tiempo eilha lhebába-mos pa l balhe de riba i deixába-mos jugar muito tiempo seguido anquanto cumbersaba cun tie Florentina, ua tie que bibie al pie de la scola. Nun sei de quei falarien ambas a dues, mas falában muito i isso era buono porque anquanto la porsora stubisse ambaída nós podiemos jugar. Dessa porsora recordo-me tamien que por mais que ua beç dixo a mie abó saías que you era mi guicha. Puls modos you habie ido pa la scola sien saber ua única letra nien un único número, mas lhougo daprendi i zambolbi-me daguda pra grande spanto de la porsora.

Na sigunda classe tubimos un porsor mi malo! Al percípio las personas andában mi contentas porque cuidában que l porsor nuobo iba a poner la garotada toda na linha i que ls ninos mais malandros cun este sí, íban a daprender, mas apuis de uns tiempos até las personas mais faborables a la dureza deste porsor bírun que aquilho era demais: ls ninos andábanos todos chenicos de miedo! You lembro-me de me doler la barriga quando iba a camino de la scola i anton quando stába nas scaleiras a spera que el chegasse até la oubie a rugir. Tamien me lembro de quedar mi contenta quando chubie muito durante la noite i a soutordie la ribeira passaba porriba de la puonte i nun se podie ir a scola. Nesses dies you i mie armana quedábamos an casa calienticas a assar cebolhas no lhume. Éran un regalo. Se mos disse ganas de doçura comiemos un carolo de pan ambuznado cun açucre (pra que l açucre se agarrasse bien al pan molhábamos-lo purmeiro an auga), ou anton

íbamos a la caixa de bolachas Maria (mie armana sabie adonde mie abó saias la scundie) i comiemos uas quantas sien naide saber. Todo isto era bien melhor do que ir a scola.

De todas las cousas malas que esse porsor fizo anquanto alhá stubo, que fui apenas un anho porque no anho seguinte bieno ua porsora nuoba, graças a Dius, la pior, pra mi, fui quando el arresolbiu a queimar todos ls zeinhos que habie na scola. Isso fui lhougo no ampeço de l anho scolar.

Las paredes i l forro de la scola stában cobiertas de zeinhos que outros ninos antes de nós habien feito. You que tengo cinco anhos de defrença cun mie armana nun andei cun eilha al mesmo tiempo na scola purmaira. Quando you fui pa la purmeira classe yá eilha andaba no purmeiro anho de l ciclo (quinto anho de agora) an Miranda de l Douro, anton you sentie algun cunforto eimocional por ber aqueilhes zeinhos, sabendo quales éran ls de mie querida armana. Pus l porsor malo arrancou aqueilhes zeinhos todos i fizo un grande monte no camino delante de la scola i apuis pegou-le fogo. Lembro-me de ir a correr a ber se inda era capaç de salbar algun, cumoquiera apuis de l porsor haber ido imhora, mas yá nun me recordo se inda cheguei a tiempo ou nó. Este porsor chamababase (ou chama-se) Fernando. Nun sei se inda stará bibo. You tengo agora quarenta i nuobe anhos. Cumo ls porsores questúman tener mais ou menos la eidade de nuossos pais, anton el inda puode star bibo, si. Seia cumo fur, nun bale la pena molestar-lo agora cun estas cousas. Éran outros tiempos. Que Dius lo pardone.

L porsor malo gustaba muito de castigar. Cumoquiera antendie que ls ninos daprendien melhor cun miedo. Quando faziemos ditados teniemos dreito a un cierto número de pouladas nas manos por cada erro outorgráfico (el batie cun un palo i nó cun reuga, cumo se fazie no tiempo de mius pais). A mi pouco me batiu que you poucos erros daba ou ningun, mas Albertina, ua nina de la mie classe, lhebou muitas pouladas. You nun gustaba nada de ber aquilho. Era deloroso ber ls outros ninos a séren castigados.

Mas l porsor malo tamien deixou ua ou outra buona recordaçon, cumo por eisemplo dues cantigas que mos ansinou. Ua era “O meu chapéu tem três bicos, tem três bicos o meu chapéu. Se ele não tivesse três bicos, o chapéu não era meu”. Esta cantiga era acumpanhada de gestos. Quando deziemos “o meu” teniemos que apuntar cun l dedo fura bolhos pa l peito, quando deziemos “chapéu” teniemos que apuntar cun esse mesmo dedo pa la cabeça i quando deziemos “três bicos” teniemos que poner três dedos no ar: l fura bolhos, l pai de todos i l bezino de l dedo mindinho, só que l porsor nun le daba estes nomes. An pertués esses dedos cháman-se: “indicador, médio e anelar”. La outra cantiga era assi: “Eu fui à Baía, eu fui ao Pará. Minha avó chamou: ora venha cá. Pois agora não vou lá. Eu fui à Baía, eu fui ao Pará. Subi a um limoeiro para colher um limão. Quanto mais alto subia, maior era o trambulhão”.

No anho seguinte, na mie terceira classe, tornemos a tener ua porsora buona. Un die até mos mandou lhebbar uobos i farinha i açucre de casa i cun esses angredientes todos fazimos un bolho de limon. L limon cumoquiera lo lhebou eilha de algun quemércio que an Bal de Mira i Fernan Pinto nun habie (nien hai) limones porque l limoneiro ye de outras terras. Pra cozer l bolho nun sei cumo eilha se amanhou. Parece-me que andonou ua maneira de l cozer cun la calor de l aquecedor a gaç que teniemos na scola pra mos calecermos.

Na quarta classe tube outra porsora buona: la “Dona Élia”, que era de Miranda de l Douro. Se nun me anganho, fui la purmeira beç que tubimos ua porsora de la nuossa tierra, cuido que ls outros três habien benido de loinge. La porsora Élia tamien me gababa muito i guardou ls mius materiales scolares (zeinhos i cadernos) durante muitos anhos até que un die eilhes benírun a tener a las mies manos, nien sei bien cumo. Só que la mie bida dou tantas buoltas que you perdi la maior parte dessas cousas que la porsora guardou

por tanto tiempo i cun tanto carino, mas inda tengo l miu caderno de quarta classe. Gusto de l ber de beç an quando.

Se abriremos l miu caderno, donde an donde podemos ber carimbos mi guapos. La porsora ponie esses carimbos nos cadernos de todos ls alunos i apuis nós pintábamolos como mos daba la gana. Lembro-me que gustaba muito que la porsora fazisse isso, porque ls zeinhos de ls carimbos éran bien mais porfeitos que ls mius. A título de eisemplo anexo ls carimbos de l die 4 de Janeiro de 1985 i ls de l die 10 de Abril de l mesmo anho. Cumo podemos ber, ls carimbos éran cunforme la época de l anho an que stubíssemos.

Tamien podemos ber, donde an donde, zeinhos feitos por mi, cumo por eisemplo l de l die 22 de outubro de 1984. Este zeinho fiz-lo apuis de habermos ido a Miranda de l Douro a ber uns paraquedistas a cair de un helicóptro. Inda me lembro desse die pus éran raras las besitas de estudo. Ls paraquedistas aterróreron no lhargo al pie de las muralhas, acerca de la atual biblioteca de Miranda de l Douro. Quando tornemos pa la scola la porsora pediu-mos pra zenharmos l que habiemos bido.

L resto de l caderno ten eisercícios de bários tipos. Un eisercício que me lembro de fazer muitas bezes, i que pouca utelidade tube na mie bida, era la cumberson de numeración árabe pra remana i remana pra árabe. Por eisemplo, no die 11 de outubro de 1984 tube que screbir an numeración remana ls números árabes 1125, 1351, 1240, 1520, 1890 i 1910, i no die 14 de dezembre de l mesmo anho tube que screbir an numeración árabe ls números remanos MCDXIV i DCCCLVIII.

Outra matéria que me lembro de ser muito balorizada na scola purmaira era la tabuada. Tenemos que la saber de cor i saltiado. La deficuldade staba ende. Saber-la seguida era fácele, agora quando mos preguntában ua a la suerte, cumo por eisemplo “Quantos son siete bezes cinco?” era perciso pensar un cachico mais. You tube muita suerte porque un die, a camino de la scola, Maria do Céu ansinou-me ua buona! Eilha dixo-me que trocando la orde de ls algarismos l resultado era l mesmo. Antender que, por eisemplo, nuobe bezes três era eigual a três bezes nuobe, fui ua grande çcubierta pra mi que me facilitou muito la bida porque you sabie melhor la tabuada de ls algarismos pequinhos do que de ls algarismos grandes. Sendo assi, pra saber la respuosta cierta, bastaba anton trocar la orde de ls algarismos.

Ls nomes de ls rius de Pertual assi cumo las sierras tamien parecien ser mi amportantes, pus lembro-me de l porsor (ou la porsora) star muitas bezes de pies delante de l mapa de Pertual a apuntar pra un sítio qualquiera i nós tenemos que dezir de que riu ou sierra se trataba, ou anton era al cuntrário, ou seia, tenemos que apuntar pa l punto de l mapa adonde staba un dado riu ou sierra. Quanto als rius nun bundaba saber l nome de cada un deilhes, tamien era perciso saber adonde nacién i zaugában.

Mas de todo l que hai no caderno l que mais me interessa son las “expressões”. Ua “expressão” era un testo de la nuossa autorie sobre un tema que mos era dado. Se bien me recordo, antes de mos ponermos a screbir l testo, la porsora (ou l porsor) dezie-mos mais ou menos l que habiemos de screbir, anton cuido que na realidade nun daprendí a primir-me, ou seia, a dezir l que sentie ou antendie. Trataba-se mais de un eisercício de memória do que de spresson. A título de eisemplo, na spresson sobre l tema “A festa” you screbi: “Eu gostei muito da festa porque dancei e joguei”. Pus you lembro-me que me sentie muito ambergonhada nas fiestas i que nien sequiera me debertie porque tenie miedo de todo: de ls foguetes, de las personnas que nun coincie, de l rugir de l cunjunto. Na spresson “O Inverno” tamien se bei que screbi l que me dezírun que habie de screbir: “Nesta estação não há flores apenas camélias e as violetas”. Ora, na mie tierra nun habie camélias. La purmeira beç que bi ua fui no Porto, uns anhos mais tarde.

Anquanto adulta, speraba ancuntrar nessas “expressões” un cachico de la nina que you fui, mas ou la mie eimaginaçon era fraca ou nun fui estimulada que chegue i assi nun se ancontra muita cousa que tenga salido de la mie cabeça. Inda assi gustan-me las “expressões” por ber la maneira cimprica que you tenie de screbir. Ua cousa que se nota al ler estes testos ye que you querie muito a mie armana. Fusse qual fusse l tema you iba quaije siempre a buscar-la. Por eisemplo, no tema “Carnaval” screbi “Eu no dia de Carnaval mascarei-me e dei a volta à aldeia com a minha irmã.” i no tema “A festa” screbi “Eu fui para a festa com a minha irmã quando acabei de comer.”

Isto nun serie un relato cumpleto se you nun falasse tamien de ls deberes que la scola mandaba pra casa. You nun gustaba de deberes (qual ye la criança que gusta?) mas nun era perciso mandar-me-los fazer. Mal chegaba de la scola la purmeira cousa que fazie éran ls deberes, porque apuis de stáren feitos podie ir a jugar até l sol se streponer. Tamien se tardasse an ls fazer apuis era mais deficele de ber. La lhuç de la candeia nun almiaba quaije nada. Lembro-me de ua beç star a fazer un zeinho a la lhuç de la candeia i de nun ser capaz de ber la quelor amarielha.

Las noites nun éran pra zenhar nien screbir, mas si pra scuitar mie abó saias a contar cuontas de bruxas que se buolbien an pitas i pitas que se buolbien an bruxas...

Este fui l meio an que you medrei i daprendi. Nun daprendi unicamente na scola, mas tamien an casa cun mius abós, tius i bezinos. Daprendi a ler ls uolhos de ls animales, a tirar ls grielhos a las batatas, a lhabar l pote cun arena, a coincer las yerbas que son comestibles i ls animales que ténen coixo, a coser i a fazer meia, a respeitar ls mais bielhos, daprendi l balor de ua bida houmilde mas hounrada i muito, muito mais...

Escola <u>Vale de Mira</u>	Ano lectivo <u>1981/82</u>
Zona/Delegação Escolar <u>Ficuda do Douro</u>	Período <u>3º</u>
Distrito <u>Bragança</u>	
Nome do Aluno <u>Ylvanete Nunes Delgado</u>	<u>1.º fase</u>
Nome do Encarregado de Educação <u>José Augusto Delgado</u>	
Morada <u>Vale de Mira</u>	
BOLETIM DE INFORMAÇÃO TRIMESTRAL AO ENCARREGADO DE EDUCAÇÃO	
Assiduidade e pontualidade	<u>É assíduo e pontual</u>
Comportamento	<u>Bom.</u>
Interesse pela actividade escolar	<u>Mostrou muito interesse.</u>
Aproveitamento Escolar	<u>Teve bom aproveitamento</u>
Apreciação global	<u>Não sentiu dificuldade alguma no aprendi- zagem da leitura e escrita. Foi com facilidade pequenos cálculos. Consegiu obter bom aproveitamento muito bom para frequentar o 2º ano de 1º fase.</u>

Bal de Mira, 1982.



Bal de Mira, 1985.



Bal de Mira, 1984.

LA ESCUELA DE MI PUEBLO

(Mención honorífica)

Perla Díez Arcos
(Tortuera, Guadalajara)

Mis primeros recuerdos escolares son retazos breves, a veces inconexos, desubicados en el tiempo; casi siempre son imágenes aisladas, envueltas en la nebulosa del tiempo, pero con fuerza, por ello persisten desde la segunda mitad de la década de los cincuenta. En esos recuerdos se mezclan imágenes potentes con otras degradadas, seguramente porque hayan sido menos potenciadas o porque fueron menos influyentes. Aunque muy alejadas de la realidad escolar que hoy conocemos, están presentes y, en mi caso, han sido el germen de una trayectoria dedicada a la “escuela” y a la reflexión sobre cómo hacerla útil, placentera y viva para que pueda seguir marcando las vivencias de siguientes generaciones.

Para comprender estos recuerdos es necesario reflexionar sobre el contexto en el que se generan, es el caldo de cultivo en el que se engendraron, que es único, diferente e irrepetible, aunque tenga muchas similitudes con otros de la misma época y de similares circunstancias.

Nos ubicamos en un entorno rural, que nada tiene que ver con el concepto de mundo rural que hoy conocemos. La agricultura y la ganadería eran la principal fuente de actividad de los habitantes del pueblo, una agricultura tradicional, que proporcionaba bajos rendimientos, debido a la escasa inversión en abonos, maquinaria y unas estructuras milenarias. En ese momento el campo se asociaba a valores negativos: falta de cultura, pobreza, aislamiento, trabajo duro.

La estructura familiar era jerárquica, con sumisión de la mujer al varón y de los hijos a los padres; las mujeres debían someter su voluntad primero al padre y después al esposo, sin derechos, sin opiniones, sólo sumisión. La Sección Femenina propagaba insistentemente estas ideas enseñando a las mujeres a comportarse como cuidadoras.

Conviene que ubiquemos aquella escuela en la norma que la regulaba, conocer los principios que la regían ayudará a entenderla. La Enseñanza Primaria estaba definida por la Ley de 17 de julio de 1945. Se dividía en dos etapas diferenciadas: una, general, desde los 6-10 años, y otra de carácter especial de los 10-12 años. La población escolar sufría una grave discriminación, estableciéndose dos clases de alumnado: los que a los diez años ingresaban en el bachillerato como paso previo hacia la Universidad, en algunos casos, y en otros a estudios de nivel medio que era lo más frecuente en la mayoría de las provincias.

Los que prosiguen la enseñanza primaria se encaminaban hacia el mercado de trabajo, de alguna forma se estaba marcando, a tan temprana edad, diez años, el destino de cada uno, al margen de sus intereses y capacidades, venía marcado de serie por el lugar de residencia, la economía familiar y las circunstancias socio-políticas del país. No se planteaba fomentar una educación progresista, que hiciese al alumnado protagonista de su propio aprendizaje, más bien se evitaba el que se refutasen los mensajes que de manera tácita se transmitían, y se garantizaba el silencio ante las injusticias, no se permitía la posibilidad de argumentar, aunque éstas estuvieran claras.

Mi escuela estaba ubicada en los bajos del Ayuntamiento. Tenían unos ventanales grandes, pero la parte baja era madera, por tanto, la luz solo llegaba por unos cristales pequeños. Lo recuerdo como un entorno poco acogedor y añadiría que faltó de elementos

que ayudaran a integrarse como parte activa del aprendizaje. Los escasos elementos que había estaban allí pero nunca se utilizaban como recurso didáctico.

Al encerado se accedía con miedo, porque podrías equivocarte en la resolución de las cuentas, que era lo que solíamos hacer cada mañana. Aquellas divisiones larguísimas que hacíamos en la pizarra para que cada cual corrigiese en su cuaderno. Era frecuente que los números no siguieran la línea paralela al encerado, porque la angustia que atenazaba a quien la corregía hacía que se torciese para abajo. Estábamos lejos de las pizarras blancas en las que al escribir con rotulador se evita el polvo y mucho más lejos de las pizarras electrónicas, interactivas. El guardarse un trozo de aquellas tizas era un delito muy sancionado. Lo queríamos para marcar los espacios de juego, cuando necesitaban algún tipo de gráfico, debía ser un bien escaso, porque lo controlaban muy bien.

En nuestro caso, antes de iniciar la “entrada en la escuela” (así se identificaba el comienzo de la vida escolar, que coincidía con los seis años cumplidos), se estaba familiarizado con los soniquetes escolares, que desde la plaza escuchábamos en esa época pre-escolar: el término es real, porque era el anterior a la “entrada” en la escuela. Desde la plaza y mientras se esperaba la salida de las “mayores” se oían los soniquetes lentos y acompasados:

“... $6 \times 4 = 24$, $6 \times 5 = 30$, $6 \times 6 = 36$, $6 \times 7 = 42$...”

Otro día la musiquilla que acompañaba nuestros juegos en la plaza era que “La tierra es una enorme bola redonda que gira alrededor del sol. La tierra tiene dos movimientos, uno de rotación, sobre sí misma y otro de traslación alrededor del sol...”.

Pero nada tienen que ver estas retahílas con la importancia que adquirirían cuando estabas dentro del aula, y la maestra te repetía a ti directamente la “*p*” con la “*a*”, *pa*, la “*t*” con la “*o*”, *to*. *Pa-to*. Aquellas cartillas de Rayas que apenas tenían dibujos ni color, basadas en el método silábico inductivo, formando sílabas a partir de vocales y consonantes, combinadas sin sentido: *ma*, *me*, *mi*, *mo*, *mu* que permiten la construcción de la primera frase que veíamos escrita: “*mi mamá me ama*” y que repetiríamos en planas de muestra hasta que consiguiéramos escribir según la pauta de los cuadernos de dos rayas, que eran el referente al uso.

El primer día no se llegaba a la escuela con la cartilla en el cabás, porque las niñas no teníamos cartera, en esa época la cartera era otra exclusiva de los niños, nosotras teníamos cabás; eran unas cajas de cartón, en el mejor de los casos de madera, decoradas con dibujos infantiles, en muchos casos con motivos chinos, siempre han dado mucho juego como motivo decorativo las costumbres orientales. Lo que sí era común para niños y niñas era el plumier, se diferenciaban por los dibujos y el colorido. En ellos guardábamos lápices, pinturas, gomas, sacapuntas, tarjes y palilleros. Los más apreciados eran los de dos pisos, eran de madera y la tapa además de cumplir su función para cerrar el plumier, servía como regla.

Aún no habíamos incorporado a nuestro material escolar las reglas, cartabones, esquadras, transportadores, compases... que en décadas posteriores pasaron a ser de uso común. Nuestro compás era tan rudimentario como inexacto, atábamos un hilo al lápiz, sujetábamos el otro extremo del hilo a un punto del cuaderno y deslizábamos con la otra mano el lápiz, está claro que el círculo resultante era irregular, pero sobre él trazábamos radios, diámetros, secantes, tangentes, cuerdas, lo que indicase el ejercicio correspondiente.

Durante la década de los cincuenta no había cambios que afectaran al uso de los libros de texto, a pesar de que no existía ninguna norma que regulara la obligación de los centros escolares de no cambiarlos cada año. Tampoco había que esperar a que llegara la maestra para que diese una nota informativa con el material escolar, aquello de “cada

maestrillo tiene su librito” no se reflejaba, la oferta editorial tampoco daba para mucho más. Por ello, no tenía demasiada razón el ir a la escuela sin la cartilla el primer día.

Era bastante frecuente que las maestras cambiaran cada año, sería porque el lugar no tenía mucho atractivo para las docentes, cada año de mi escolaridad primaria tuve maestra distinta. Alguna estuvo varios años, coincidió que su último año en el pueblo fue el primero de mi estancia en la “escuela de las mayores”, a la que se accedía muy rápido, no importaba la edad, estaba en función de que dominases la lectura y la escritura y las “cuatro reglas”, esto constituía el pasaporte para acceder a la escuela de las mayores, la exigencia era pequeña, de hecho, en algunos casos, sólo se estaba en la “escuela de las pequeñas” dos cursos escolares, no era la media, que solía ser cuatro años.

Hoy diríamos que esta movilidad de profesionales dificulta “la inserción en el entorno”, “el conocimiento del medio”, “realizar un proyecto continuado”, “trabajar con las familias” y es cierto que así es, pero estas reflexiones no estaban en el discurso colectivo, se asumía como lo natural. Lo que sí era frecuente es que la maestra llegara bien iniciado el calendario escolar y era normal que hasta que llegase la maestra de las pequeñas fuésemos algún día a la escuela de las mayores, así coincidió en el inicio de mi “entrada en la escuela”. Siempre llegaban primero las maestras de las mayores, la razón es que quien llegaba antes elegía el grupo de los mayores, o sea la elección estaba definida por los valores atribuidos, la importancia de que aprendiesen las mayores prevalecía.

La situación de aquel primer día, que es uno de esos recuerdos bien asentados, en mi caso, nos ayuda a entenderlo: el modelo de mesas que había en las escuelas, eran pupitres bipersonales, con sus correspondientes tinteros, que eran un peligro asegurado, por el riesgo de que se pudiese derramar la tinta o porque una atrevida mosca decidiese darse un ligero baño y después un paseo por el pupitre o el trabajo de las esmeradas alumnas. Allí se sentaban dos chicas de 12 años, a mí me sentaron entre las dos y me mandaron sacar el cuaderno, la maestra me puso la muestra que tampoco era novedosa, “a e i o u”, para escribir la hoja entera, lo hice y esperé hasta que alguna de las mayores, yo no me atrevo a llamarlas niñas, tengo un recuerdo vago como de estar entre dos moles, me dijo que fuera a enseñárselo a la señorita, la cual con aquel lápiz que también era bien característico en rojo y azul, solo lo tenía la maestra, me hizo una señal, debía ser el visto bueno y me puso la muestra en la siguiente página, ahora tocaba “1 2 3 4 5”.

Fue una entrada muy productiva, vista con los ojos de ese momento, en el que se valoraba lo que quedaba reflejado en el cuaderno. El periodo de adaptación lo pasábamos por alto. En ese momento, a los doce años se dejaba de asistir a la escuela, así estaba regulado por ley. No siempre se cumplía la norma, al menos temporalmente, cuando las tareas del campo hacían necesaria la ayuda de los hijos, dejaban de asistir con toda impunidad.

El control de la asistencia correspondía a la maestra y lo hacía en aquellos cuadernos de registro de asistencia que han seguido utilizándose hasta que el control de faltas se empezó a controlar a través de diferentes terminales que fueron imponiendo las nuevas tecnologías. Estaba regulada la sanción por incumplimiento de esta obligación, pero no había costumbre de poner en práctica esta responsabilidad, de hecho, en el inicio de la década de los cincuenta el índice de analfabetismo en España era más alto en las zonas rurales, pudiendo llegar y superar al 30% de la población.

La imagen que conservo de la escuela era bastante siniestra, posiblemente la que correspondía a una España en blanco y negro. La escuela era integrista en lo religioso, confesional y muy reglamentada. Se fundamentaba en el patriotismo, la autoridad y el sentido jerárquico. La foto de Franco presidía las escuelas, estaba encima del encerado, a la derecha del crucifijo y a la izquierda estaba la foto de José Antonio Primo de Rivera. Las

clases se iniciaban en pie y rezando, era frecuente que, junto a estas representaciones de autoridad, de miedo, de amenaza, hubiese un cuadro o una imagen de la virgen. En nuestra escuela de las mayores había una talla enorme de la Inmaculada sobre un pedestal de madera, con un pañito bordado en tonos azules, que ayudaba a suavizar lo poco atractivo incluso a nivel estético de su enclave. No es fácil recordar lo que significaban estas imágenes, en la mayoría de los casos poco o nada, eran la rutina, la normalidad, mejor que no nos llegase demasiado claro el mensaje.

El mobiliario escolar era acorde a la situación de penuria que vivíamos, todo era viejo, descolorido y no había apenas material complementario. En el armario de la escuela se guardaban las pocas cosas que existían: el compás de la pizarra, unas reglas que eran para uso exclusivo de la señorita o alguna niña muy aventajada. Había también algunas pesas y medidas, nunca recuerdo que se utilizasen y tampoco nos suponían ninguna novedad, eran como las que había en la tienda del pueblo, no les atribuíamos ningún otro valor.

Importantísima era la botella de hacer tinta, con aquellas pastillas con gran concentración de pigmentos, razón por la que se consideraba muy importante el manipularla con muchísimo cuidado, hay que situarse en un ambiente escolar sin agua corriente, como en el resto de las viviendas familiares, por ello sin lavabos, estaba claro que las manos permanecerían en el estado calamitoso y negruzco o azulado de la tinta, el resto de la jornada. Además de hacer la tinta luego había que echarla al tintero de cada mesa, sin más elementos que el pulso de quien la vertía. El desastre casi estaba garantizado.

Siempre eran las mayores las encargadas de hacer la tinta, eran ellas las que la utilizaban. El pasar a escribir a tinta era otro hito en nuestro recorrido escolar. En nuestros primeros escauceos con la tinta, primero hacíamos el trabajo a lápiz y luego lo pasábamos a tinta, no solo los dibujos, también los textos. Este paso añadía una nueva preocupación a nuestra responsabilidad estudiantil, era la de que no se estropease el plumín, en nuestro argot el tarje, porque el palillero era resistente, pero el tarje era material fungible, que se nos despuntaba con mucha frecuencia y ello favorecía que los borrones estuvieran garantizados. Solía ocurrir que nos acordáramos de ir a comprarlo a la hora de entrar a la escuela. Si era por la tarde, teníamos que ir a llamar al tendero a su casa. Protestaba, pero venía a darnoslo. Lo de los horarios nunca ha merecido mucho respeto en el medio rural, se vivía al ritmo de las necesidades de cada cual.

El globo terráqueo era el elemento más vistoso, que se guardaba en el armario, junto con los mapas extendidos al lado del encerado o enrollados sobre el palo de una escoba constituían nuestras ventanas al mundo. La esfera era cuidada como un elemento valioso, del que apenas se sacaba provecho, más allá de saber que la tierra era redonda. Por otra parte, los contenidos de la enciclopedia, al respecto, no iban más allá de saber que la tierra estaba formada por continentes y océanos. Aprendíamos los nombres de los mismos y su ubicación en el espacio terrestre casi de forma virtual, a la esfera no accedíamos visualmente desde nuestro asiento y de cerca no solíamos verla, a no ser que la maestra la hubiese dejado sin meter al armario y te tocase acercarte a su mesa, que es dónde solía estar, desde allí nos señalaba las ubicaciones que nos resultaba casi mágica, puesto que apenas podíamos verlas.

La enseñanza no solo era “libresca”, aún sin apenas libros, era rígida en todos los aspectos, permanecíamos en el pupitre, excepto para colocarnos en rigurosa fila cuando la maestra quería supervisar la tarea, el axioma de una escuela activa “hago y aprendo” jamás se experimentó.

Un material significativo era el de los mapas, entre otras cosas porque eran el punto de color en aquella escuela gris. Los colores de los mismos estaban bastante desvaídos, entre otras razones por efecto del humo de la estufa, eso les confería una pátina de viejos,

no recuerdo que ninguno de los materiales escolares se renovase, la asignación para material debía ser tan escasa como el resto de los bienes a los que podíamos acceder, esta situación nos resultaba normal, las carencias era el estado natural en el que crecíamos, sin ser conscientes de ello. Solían ser mapas físicos y políticos, reversibles y la forma habitual de verlos era como mapa político, quizá con acierto, aparte de lo colorido porque nos situaba en el espacio y nos permitía conocer la ubicación de las diferentes provincias y regiones de España.

Nunca comprobamos la utilidad que habría supuesto para nuestro aprendizaje haber hecho al menos un recorrido con un puntero marcando el curso de los ríos, nos habría situado en el espacio, habríamos dado sentido al aprendizaje memorístico del nacimiento, recorrido y desembocadura de los mismos, no teníamos un referente para entender, ni recordar aquello que memorizábamos. Las dos cosas más intrigantes del mapa eran las Islas Canarias, que nadie explicaba por qué estaban situadas abajo y rodeadas por una línea poligonal que no sabíamos lo que representaba, cuando más tarde supimos que aquella situación no era real, fue cuando comprendimos por qué tenían a su alrededor un trazado poligonal. Qué poca importancia se daba a la información recibida por los sentidos como ventanas abiertas al conocimiento, seguramente nuestras docentes habrían aprendido aquel aforismo latino *nihil est in intellectu quod prius no fuerim in sensu*, pero nunca se plantearon ponerlo en práctica.

El otro misterio no resuelto por el mapa era aprenderse las provincias Vascongadas, gracias a que solo eran tres, pero cómo memorizar sin saber de lo que hablábamos aquello de Álava, capital Vitoria; Vizcaya, capital Bilbao y Guipúzcoa, capital San Sebastián. En definitiva, aprendíamos seis nombres, que eran el mismo número que integraban las provincias de Castilla la Vieja y nadie tenía dificultad y cuidadito que unir Santander, Burgos, Logroño, Soria, Segovia y Ávila tiene poca explicación, la única es que las aprendíamos en el orden que venían en la enciclopedia, que coincidía con el orden de ubicación, aunque solo excepcionalmente nos fijásemos en el mapa y viésemos su localización. Se consideraba una prueba de fuego el saber buscarlas en el mapa, de hecho era una de las pruebas fijas en el examen de ingreso a bachiller señalar en el mapa un río, una ciudad, una cordillera.

Todo lo que no fuese leer y aún mejor escribir era poco valorado. El tiempo dedicado a la educación en el uso de la palabra quedaba reducido a cuando te preguntaban la lección, que siempre se respondía con voz temblorosa a causa del miedo a no saberla y también es posible que por la falta de hábito de escuchar nuestra propia voz. Otro momento en el que hablábamos era cuando necesitabas pedir algo a la maestra, casi con voz de susurro, solo recuerdo tener que pedir permiso para ir a “hacer aguas”, no porque importase ir al cerrado más próximo, para nosotras era normal.

Siguiendo con el mobiliario escolar, un elemento muy característico de nuestra escuela era el “banquillo”, casi tenía connotación de los “acusados”. En mis recuerdos el banquillo se asocia a las niñas menos aventajadas, a las que tardaban más años en pasar a la escuela de las mayores y estar en el banquillo se equiparaba a torpe, qué forma más sibilina de engendrar traumas y qué forma tan malvada de atender a la diversidad. Aquí no se cumplía la idea incuestionable de dedicar el tiempo al alumnado de forma inversamente proporcional al desarrollo de sus capacidades.

Por parte de las familias estaba asegurado el compromiso en cuanto al respeto al maestro, no se iba más allá en el seguimiento del proceso de aprendizaje de sus hijos, no estaban capacitadas ni sabían lo importante que era su aportación, aunque bien disfrutaban cuando se encontraban con la maestra y le preguntaban por su hija y la información era favorable. Los padres no visitaban la escuela, en la nebulosa queda un ligero recuerdo de que las madres iban a la casa de la maestra, la excusa de la visita era llevarles unos huevos

de las gallinas, o algún producto de la matanza, esta costumbre estaba asociada al reconocimiento de la labor docente, convencidas de que eso repercutiría en la atención a la hija y, por otra parte, no olvidemos la idea que se tenía de la precariedad del sueldo del maestro, así contribuían a paliar las carencias. Nunca ningún padre o madre reivindicó para su hijo un respeto, que en ocasiones se violaba; lo que sí recuerdo, en el discurso popular, que las madres dijese a la maestra que si hacía falta le diese unas tortas, que no se preocupara, que no le pediría explicaciones, si hacía falta ya le darían también en casa.

Y se pasaban por el recado en el trascurso de la actividad diaria, cuando te sacaban a la pizarra y no sabías resolver la tarea asignada, aún más en alguna situación extraordinaria, llegar tarde a clase, haber cogido una tiza. Aparte del daño personal que le hiciese el castigo físico, considero más grave el daño emocional; creo que era muy dañino el efecto que ese hecho suponía para el resto de la clase, por el miedo que generaba, por la atribución errónea del mal asociado a la acción merecedora del castigo y por las consecuencias derivadas para el trato entre iguales. No hablábamos de *bullying*, pero existía en realidad y el mal ejemplo del profesorado en el trato irrespetuoso al alumnado, nos daba carta blanca a las demás para no respetar a algunas niñas que estaban marcadas porque aprendían más lento, por la forma de cortarles el pelo o la forma de vestirlos.

En el momento de tener que comprarse el material escolar, era escaso el dispendio económico, se pasaba de la cartilla a la enciclopedia y ésta duraba varios años, además pasaba de los mayores a los pequeños, incluso se compartía cuando la diferencia de años era mínima. Las compras eran algún cuaderno, reponer lapiceros, las pinturas también duraban, al menos hasta los próximos reyes, en ese paquete de regalos se incluía el cabás y el plumier cuando tocaba. Los primeros años todo lo hacíamos a lápiz y luego cuando ya nos consideraban capaces pasábamos a escribir a tinta, usábamos los palilleros en los que se incrustaba el tarje. Aún no conocíamos los bolígrafos.

Entre las cosas que se esperaban ante la llegada de la nueva maestra, era si castigaban mucho. El castigo corporal era habitual, craso error el entender que la función del maestro se basaba en el principio de autoridad, sin duda, mal entendida. Cualquier falta o incumplimiento de la norma, por leve que fuera, era merecedora de una reprimenda. Los castigos más habituales eran colocar a la alumna en un rincón, de cara a la pared, o de rodillas delante del encerado, si la castigada se movía o volvía la cabeza, la sesión de castigo se prolongaba toda la jornada escolar. Era un elemento distractor para el grupo, pero nadie se lo planteaba. Lo que sí era frecuente eran los palmetazos con una regla; la recuerdo negra, con unos filos dorados sobre la mesa de la maestra y sí que la utilizaba en alguna ocasión, mandaba colocar las manos abiertas o con los dedos juntos y daba con la regla sobre ellos, si intentabas apartar las manos era peor, pues podías ganarte una bofetada.

Otra costumbre era hacer que se copiara quinientas o mil veces una frase relacionada con el delito: “No hablaré en clase” o “No contestaré a mi maestra”, o la lección que no habías sabido, solían tener que copiarse los verbos y el recuerdo que tengo de las copias fue un día que mandaron copiar a toda la clase la lección de la suma de quebrados, el término fracción en la *Enciclopedia* de Álvarez¹ no era usual, de qué nos servirían aquellas co-

¹ Fue la enciclopedia, que, con un apoyo superior al 75% por parte de los inspectores de Enseñanza Primaria, se utilizaba en las escuelas. Sus contenidos eran: Historia de España, Historia Sagrada, Evangelios, Lengua Española, Aritmética, Geometría, Geografía, Ciencias de la Naturaleza, Formación Familiar y Social, Higiene, Lecciones Conmemorativas, Conmemoraciones escolares y Formación Político-Social. Estuvo vigente su uso hasta casi el final de la década de los sesenta, cuando tras la aprobación del Libro Blanco, previo a la Ley General de Educación, se programó el currículo en libros separados para cada área. (N.A.).

pías, seguro que no habíamos entendido qué era un número quebrado, porque lo primero es que no sabíamos el significado de quebrado, el uso del diccionario no estaba incorporado, creo que en la escuela no había diccionarios, al menos no los usábamos y en nuestras casas de ninguna manera. Esa copia tocó hacerla en los primeros días de curso, yo acababa de pasar a la escuela de las mayores y me pareció la mayor de las tragedias, vaya ganancia que iba a suponer el paso, creo que sin entender para nada lo que era el numerador ni el denominador lo aprendería de memoria y habría que esperar a que el sentido común me hiciese comprender el porqué de aquel galimatías de hallar el “mínimo común múltiplo de los denominadores”, sin saber que era mínimo, ni común, ni múltiplo; un claro ejemplo de enseñanza repetitiva.

Los deberes escolares no eran habituales, el que no terminase la tarea se quedaba sin terminarla. Alguna vez nos mandaban hacer cuentas, aquellas interminables divisiones por tropecientos números con la prueba del nueve y la de multiplicar, tampoco creo que pasara nada si no se llevaba hecha, lo que no se perdonaba era las copias de los castigos. Memorizábamos en casa, alguna lección o las tablas de multiplicar, pero no lo recuerdo como obligación, sino como una distracción al lado de la lumbre.

Otra de las tareas era barrer la escuela, nunca nadie se planteaba que pudiera hacerse de otra forma y pasaron décadas sin que hubiese nadie responsabilizado de limpiar la escuela. Por turnos lo hacíamos con la supervisión de la maestra, supongo que mover aquellos pupitres con rejilla de madera sería un esfuerzo considerable, pero lo hacíamos. Las calles eran de barro, por tanto, los días de lluvia, en los zapatos de goma, se metía el barro y luego al secarse se formaban unos cuadraditos que quedaban bajo la tarima de los pupitres y había que moverlos. En lo que no ocuparíamos mucho tiempo es en quitar el polvo, porque a los cuadros que presidían la clase no alcanzábamos, en el armario ni se notaba, tampoco el pulido de la madera de la mesa de la maestra dejaría ver si había o no polvo.

El Ayuntamiento no se tenía que responsabilizar de casi nada, pero sí estaba presente la autoridad, por llamarlo de alguna manera, del alcalde en muchos aspectos de la vida escolar.

Cuando jugábamos en el portalón, si alguien decía que estaba el alcalde en el ayuntamiento no se podía hacer mucho jaleo, otra cuestión que cuidaba era el horario de entrada y salida a clase, vivía al lado de la escuela y se supone que estaba ejerciendo una tarea supervisora. Un día se acercó a la maestra al llegar a la plaza para recordarle que pasaban unos minutos de la hora de abrir, será que él tenía reloj.

Otros acontecimientos los marcaba la iglesia. El tercer domingo de octubre se celebraba el día del Domund. Era el momento en el que nos enterábamos de que en el mundo vivíamos gentes diferentes, aprendíamos la existencia de varias razas: blanca, negra, cobriza y mestiza, lo apoyábamos en un único soporte visual, las huchas. Estaban en el armario y la celebración de ese evento era hacerlas presentes para que tras la información sobre la necesidad de bautizar a un negrito fuésemos depositando nuestro dinero en la hucha. Nunca se rompieron porque no íbamos a pedir por la calle con la hucha, únicamente las sacaba la maestra del armario y nosotras íbamos pasando a depositar nuestro dinero. Podríamos considerar que la mesa de la maestra, era la mesa petitoria. El objetivo de esta celebración era traer dinero a la hucha para bautizar a un negrito, la tarea consistía en rellenar un papel y poner en él el nombre del nuevo cristiano, y a la vez, poner en la hucha la cantidad señalada, creo recordar que diez pesetas, teniendo en cuenta que a nosotros nos correspondía una paga semanal de una peseta para comprarnos el chicle del domingo, esto era un dispendio. Los nombres que elegíamos eran los que nos resultaban habituales: José Luis, Mari-Carmen, Mari-Pili... Ahí, había una clara manipulación por

parte de alguien, no hemos comprobado que los negros que han venido a nuestro país tuviesen ni de lejos estos nombres que nosotras elegimos, ojalá solo se manipulara el nombre. Nos recordaban que teníamos que rezar por el niño o la niña al que habíamos bautizado, la oración venía después de la limosna, que era imprescindible para bautizarlo.

Pasados estos eventos ya estábamos, aunque no lo marcara el calendario, en invierno. El frío ya se instalaba de lleno, aquello que oíamos a los mayores de “para los Santos la nieve en los cantos”, podía llegar en cualquier momento, la época del frío se prolongaba hasta bien avanzada la primavera. En invierno, los juegos en la calle se reducían al rato del recreo en la plaza. Jugábamos al escondite, a las *cabezotas* (rayuela), a la *jaravilla*. Otros juegos como el corro o la comba los acompañábamos con cancioncillas tradicionales.

En la escuela había una estufa en la que se quemaba leña. Ese era un gasto que cubría el Ayuntamiento. Además de hacer humo, no era suficiente para caldear la escuela los días muy fríos. Para todo se encontraba respuesta, llevábamos de casa una rejilla, era un braserillo portátil con ascuas para poner sobre él los pies y alejar la aparición de los temidos sabañones.

Cierro estos recuerdos con la añoranza de los paseos primaverales del jueves por la tarde, acompañados de tonadillas: *Abora que vamos despacio*, *Al pie de la hierba buena*, *Serranilla: En lo alto de aquella montaña*.

Por último, mencionar las tardes de costura. Las labores formaban un capítulo básico de la enseñanza femenina.

ERA CUÉLLAR QUIEN LLAMABA

(Mención honorífica)

Víctor Fuertes Melón
(Cuéllar, Segovia)

Cuando recibí la llamada, malvivía en Madrid. Solo, y en un trabajo que me enfrentaba a un triste ordenador, una tarde sobró para arreglar mis asuntos en la capital y huir. En aquellos momentos, las sustituciones del profesorado se adjudicaban por medio de un listado que la consejería publicaba semanalmente. Sobra decir que aquel penoso trabajo no me permitía juntar el tiempo suficiente para mirar aquellas listas, de modo que, por azar o vaya usted a saber, solo puedo achacar al destino que aquella llamada llegase hasta mí. No fue un anodino funcionario quien arrancó mi número de una interminable tabla de excel, sino que quien apretó las teclas de su teléfono para avisarme de que mi nombre figuraba en una de esas grises listas fue una desconocida. En ocasiones pienso que no fue la hermana de una de mis compañeras de pupitre quien me llamó, sino que fue Cuéllar en persona quien lo hizo. Aquella muchacha, a la que también le habían adjudicado un pueblo cercano, me llamó, no por altruismo, sino para no sentirse tan sola en su periplo castellano, pero durante la noche debió de pensarse mejor todo aquello y al día siguiente me dejó solo ante las puertas del castillo que me habría de acoger.

Todo parecía ser parte de algún plan oculto, y al día siguiente, sin saberlo, siendo guiado por el GPS cual lazarillo y su ciego, acabé por descubrir que mi destino no era un instituto de suelo desgastado de tanto uso, o de paredes desconchadas y sin pintar desde los años setenta; no, mi destino iba a ser un castillo, concretamente el castillo de los Duques de Albuquerque. Imagínese, ser la primera vez que recibes la llamada para dar clase, veintinada de años, llegar al que será tu centro y encontrarte con una puerta de madera y hierro de cuatro metros de alto, flanqueada por dos torres almenadas y matacanes. Volviendo la vista a ese instante, no comprendo que no fuese consciente que aquello me marcaría para toda mi vida.



IES Duque de Albuquerque
en el año 2015.

Cuando trasvasé la entrada, la bedel del centro me llevó en presencia de la jefa de estudios. Mi viaje desde Madrid, sumado a la parada en la Delegación Territorial de Segovia —puesto que nada puede hacerse en el sistema educativo si no hay de por medio

un sinfín de papeles que rellenar—, me había hecho llegar, casi, a la hora de la salida. Tras unas breves presentaciones y recogida de datos, hablé con ella de lo que más me inquietaba: dónde podría pasar la noche. Había salido de Madrid tan aprisa que no había podido —ni habría sabido dónde hacerlo— buscar alojamiento. Había pasado toda la mañana inquieto sobre dónde podría instalarme, al menos para los primeros días, pero Cuéllar ya tenía todo preparado para mí.

Para los docentes destinados al entorno rural ese era siempre uno de los mayores quebraderos de cabeza: encontrar alojamiento, pero ni yo ni ninguno de los colegas con los que he hablado después del asunto nunca hemos tenido problemas para encontrar donde cobijarnos. Quizá ese sea uno de los encantos de la escuela rural y que jamás se encuentra en las ciudades: que te espera, te recibe con los brazos abiertos como una madre y te acoge dándote todo lo que tiene.

La jefa de estudios apuntó en un papel la dirección de un antiguo profesor jubilado que alquilaba una habitación a sustitutos que, como en mi caso, llegaban con más ilusión que previsión. Yo, llegado hasta allí sin nada, sin alojamiento y sin saber dónde guarecerme, tomé aquella nota como quien se agarra al pedazo de tabla más penosa en un naufragio. Mi miedo siempre había sido acabar transformado en un sintecho, y no tenía intención alguna de que esa noche empezara a cumplirse mi pesadilla. Me dirigí hacia el lugar que indicaba aquella nota rodeado de escolares que entre risas y juegos regresaban a sus casas. Ellos, ignorantes de que al día siguiente yo sería su profesor de biología, me miraban extrañados de ver un forastero sin saber que, desde ese día, ellos pasarían a ser parte de los recuerdos que aún hoy conservo y que seguramente me acompañen el resto de mi vida.

Cuando los niños desaparecieron por las calles de Cuéllar, continué andando hacia mi destino. Conforme más caminaba, menos casas se veían y más alejado me encontraba del centro del pueblo. La acera se acabó de forma abrupta dando paso a una cuneta poco profunda y muy descuidada que me obligó a cargar mi bolsa de viaje por una carretera sin líneas dibujadas en ella. Preocupado y pensando que me habría equivocado de calle, al final de la carretera divisé una pequeña casa blanca de una sola planta. Era una casa antigua pero bien cuidada, con un jardín de rosas a la entrada. En otras circunstancias, quizá me hubiera tomado un tiempo antes de llamar al timbre para pensar qué diría cuando se abriese la puerta, pero en aquel momento, agotado por todo lo que había acontecido desde mi salida de Madrid, llamé sin plantearme nada más. De inmediato, al otro lado de la puerta comenzaron a escucharse unos fuertes alaridos que me hicieron retroceder un par de pasos. Una voz los calmó y, al poco, un hombre de cierta edad con barba y pelo canoso abrió la puerta. Me apresuré a presentarme y tras saludarnos, detrás del hombre, apareció un muchacho vestido del Real Madrid. Se agarraba la camiseta y se movía nervioso mientras verbalizaba palabras inconexas que me revelaron que él había sido el autor de los gritos. La situación hizo que todo mi cansancio se pausase en espera de comprender aquella nueva realidad. Cuando pasé al interior de la casa, en pocos minutos comencé a entender que lo que no me habían contado es que aquel hombre hablaba por los codos y que vivía con un hijo con Síndrome de Down, ligeramente mayor que yo. Supongo que el cúmulo de sucesos acontecido en las últimas horas hicieron que el mundo se me viniera encima. Dejar mi trabajo en Madrid, por muy triste y penoso que fuera, y aceptar aquello, me pareció un error que, con el paso de los días, Cuéllar se encargó de desmentir. Sin embargo, encontrarme solo en el medio de la meseta castellana, y en aquella casa, me hizo desmoronarme por completo. Por cobardía social, disimulé todos estos sentimientos y me senté a la mesa con ellos. Tras una conversación intrascendente sobre de dónde era yo, supongo que el padre debió de ver algo en mi rostro para que comenzase a hablar de su hijo de la siguiente forma:

—Le encanta el Madrid, ¿verdad? —dijo dirigiendo la palabra hacia su hijo, y el chico, con movimientos nerviosos, asintió con la cabeza—. Y no solo el fútbol, también el baloncesto. Todo lo que tenga que ver con el Real Madrid.

—Sí, Real Madrid. ¿Vistes ayer el partido? —me preguntó el hijo.

Yo, que nunca había visto un partido de fútbol completo, dije que no. En un primer momento, aquello pareció disgustarle enormemente, pero, pasados unos instantes, un torrente inconexo de nombres de futbolistas y palabras sobre el partido que había visto la noche anterior salieron atropelladamente de su boca. No lo negaré, por mero compromiso escuché asintiendo todo lo que decía hasta que, en un momento de agotamiento por parte de su lengua al repetir nombres de jugadores, aproveché para pedirirme hasta mi habitación para acostarme un rato. Con gran amabilidad, me llevaron hasta un pequeño cuarto con un escritorio y una cama que, durante la siguiente semana, pasó a ser mi hogar. Estuve encerrado en aquella estancia un par de horas en las que no fui capaz de dormir. No dejaba de plantearme si había hecho bien aceptando un trabajo en un pueblo del que jamás había escuchado hablar, pero ya poco podía hacer, estaba allí y al día siguiente, a las ocho y media, había dado mi palabra de presentarme ante los alumnos para dar la primera clase de mi vida.

La hora de la cena llegó tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de mirar los libros de texto que debía conocer para el día siguiente. El hijo, ataviado para la cena con un chándal azul y blanco con su inseparable escudo del Real Madrid, llamó a mi puerta y me invitó a acompañarlos a la mesa. Apenas eran las ocho de la tarde, pero acepté. Durante la cena, la intensa charla del veterano profesor, y la inconexa conversación de su hijo, me impidieron decir más de dos frases seguidas.

—De modo que es la primera vez que das clase —aquello no era una pregunta, era una afirmación—. Bueno, no es mal lugar para empezar. Son pocos alumnos. No hay demasiados materiales, pero no importa mucho, en los pueblos los chavales son bonachones, no como en Segovia. Un año que di clase allí, en los ochenta, se me hizo eterno. Parecía que no iba a acabar nunca. Aquí lo más complicado son los alumnos búlgaros, que saben el idioma *comme ci, comme ça*.

—Rumano como Hagi —soltó el hijo señalándose el escudo de su chándal. Por supuesto, yo jamás había oído hablar de ese jugador.

—Búlgaros, Miguel —dijo su padre con dulzura.

—¿Hay muchos niños búlgaros? —pregunté.

—Bueno, desde hace un tiempo han venido bastantes a trabajar en el campo. Cuando yo daba clase no había ninguno, pero ahora hay alguno.

—¿Y se llevan bien entre ellos?

—Sí, son muy buena gente. Nunca ha habido ningún problema.

—¿Suelen ser muchos alumnos por clase?

—Conforme van pasando de curso, cada vez son menos. En primero serán unos quince, en bachillerato apenas son seis o siete. ¿Sabes qué cursos das?

—Primero, segundo y tercero.

—Conocemos a varios, ¿verdad, Miguel? —su hijo, achinando los ojos, asintió con la cabeza—. Estarás bien.

Tras cenar, jugamos unas partidas de cartas a la escoba. Creo que, tras el Real Madrid, el juego de la escoba era lo que más gustaba a Miguel. No siempre hacía bien las cuentas, pero su padre, con una paciencia infinita, le corregía en las sumas. Fue todo un proceso conseguir que me dejase ir a dormir para el día siguiente porque solo quería jugar una y otra vez, pero, cuando al fin lo convencimos, me acosté.

A la mañana siguiente, Eloy y Miguel ya me habían preparado el desayuno. Miguel tenía ropa del Real Madrid para cada situación, y allí estaba, indumentado con un pijama de su equipo. Al terminar el desayuno, Miguel me dio un paquetito amorfo envuelto en papel de aluminio y me dijo que me había preparado un aperitivo para media mañana. Les di las gracias y Miguel, achinando sus ojos, me abrazó antes de salir. Creo que aquella fue la primera vez que me abrazó.

El camino hasta el instituto se me hizo largo, pesado y duro. Todo el trayecto era cuesta arriba y, cuando llegué al castillo y me llevaron hasta mi primera clase, aún estaba jadeando. La clase, pequeña, con suelo de terrazo marrón y con paredes rasposas, estaba compuesta de unos veinte pupitres. Unos eran verdes, pero otros eran de un color sepia que yo jamás había visto en mis años de escolar. El aula contaba con una pizarra negra, cubierta de polvillo blanco, y un proyector que apuntaba hacia una pared blanca, pero sin lona. La mesa del profesor contenía un ordenador con una pantalla de tubo de proporciones gigantescas, en el cual aún estaba instalado el Windows 98. Unas cartulinas, diseñadas de forma arbitraria por las paredes, completaban el aula.



Aula donde daba mis clases.

La presencia de Internet en las clases era tan confiable como las historias sobre fantasmas que habitaban el castillo. Es más, ciertamente, resultaba más fácil escuchar ruidos de dudosa procedencia entre los gruesos muros que tener cobertura o Internet dentro de las aulas. De hecho, eran muchas las historias que narraban los alumnos, e incluso los bebes, sobre ruidos fantasmales y misterios ocultos. Una de esas historias, una de las más repetidas —que más tarde confirmé que había ocurrido realmente—, era la de que un telefonista, cuando se adecuó el castillo para ser instituto años atrás, se quedó encerrado toda la noche en la zona donde antiguamente estaban los calabozos. Creyendo los conserjes que no había nadie en el castillo, cerraron el centro, apagaron las luces y entre aquellos gruesos muros, y más en la zona donde estaban los “ahítepudras”, el pobre hombre, sin cobertura para llamar a nadie, pasó la noche allí encerrado. A la mañana siguiente, los conserjes, escuchando golpes en aquella zona, aterrorizados y pensando que algo sobrenatural habitaba allí, se acercaron armados con los tubos de los antiguos mapas de la península —quizá pensaban que, aleccionando a los fantasmas en geografía, estos huirían al igual que los alumnos— y se encontraron al hombre en aquella zona del castillo, liberándolo de su encierro.

En aquella primera mañana como profesor, las ocho y media se acercaban a pasos agigantados y el ruido de carreras y voces por el pasillo hacían presagiar que el timbre so-

naría en cualquier momento. Cuando finalmente lo hizo, un carrusel de niños y niñas de todos los tamaños entraron al que desde entonces habría de llamar egoístamente mi aula. Pasé lista y nos presentamos sin tener demasiado claro quién de toda aquella clase estaba más nervioso, si ellos o yo. Yo era el tutor de aquellos doce alumnos, siete chicas y cinco chicos, con los que acabé compartiendo todo un curso. Las clases, sencillas de impartir —dentro de lo que cabe— al ser todos los chicos de la misma edad, pasaban rápido y sin más incidentes que cuando los alumnos extranjeros no comprendían alguna de las palabras técnicas que aparecían en el libro de texto.

En el centro, había un inmenso y desaprovechado patio repleto de plantas y árboles. La mayoría no eran más que tristes matojos más cercanos a malas hierbas que a un verdadero jardín, pero aun así lo utilizamos todo lo que pudimos durante el curso para dar nuestras clases del reino vegetal y hablar de invertebrados. En ese mismo patio, representamos con nueces, avellanas, lentejas y un gran balón las dimensiones del sistema solar, pero lo que a los alumnos —y a mí también, no voy a ponerme ahora digno con ello— les encantaba era salir del aula y aprovechar el campo abierto que teníamos al otro lado de los vidrios que separaban nuestra aula del mundo exterior.

El centro contaba con un laboratorio pobremente dotado, pero con la típica cajita de fósiles y rocas que todos los institutos y colegios tienen desde tiempos de la dictadura. Bien sabe el mundo que una de mis dudas más grandes es de dónde narices han salido tantos fósiles, y tan decentes, como para que cualquier escuelucha de la península cuente con varios trilobites y tylostomas en su haber. El caso es que, sean falsos o verdaderos, vengan de la China o del Perú, los empleamos para que mis alumnos aprendiesen todo lo imprescindible sobre la geología que unos pipiolos como ellos necesitan conocer.

Las clases con los alumnos eran un gusto que esperaba ansioso en cada despertar. Me sentía algo así como un Peter Pan —un Peter hinchado por la edad— junto con sus niños del país de Nunca Jamás. Un flautista en Hamelín que nunca supo con claridad quién seguía a quién, ni quién disfrutaba más de las clases, si los alegres alumnos o yo. El caso es que el curso junto a ellos pasó tan rápido como el vuelo de los vencejos que andaban en el patio de armas del castillo.

Sin embargo, no fue nada de eso lo que hizo que mi primer año allí fuese una delicia —o, al menos, no fue solo eso—, también lo fue por los compañeros del centro. El profesor de matemáticas, las profesoras de lengua, las conserjes... Aquello era una familia pequeña, pero muy bien avenida. Todos nos preocupábamos por los demás. Supongo que ser pocos y estar en un entorno tan familiar hacía que aquello fuese muy nuestro. La cosa era tan particular que, incluso en la cafetería donde íbamos durante el recreo, la bebida que allí se tomaba no era café. Era negra, sí; también tenía un olor penetrante y dulce, pero allí aprendí que, a veces, las hermanas pobres pueden ser más gustosas que las ricas, y es que en Cuéllar no se servía café, se servía la deliciosa achicoria, testigo mudo de tiempos más pobres, pero seguramente más felices. Aquella bebida, a pesar de la distancia y de los años transcurridos, siempre me trasladará hasta allí.

Un lugar tan mágico como aquel no podía acabar el curso con la clásica comida de centro en la que solo se habla de trabajo. En Cuéllar, el curso finalizaba con una comida en la que todos los profesores, jubilados y demás estamentos del pueblo recuperaban sus ajuares medievales, y se organizaba una comida en la que, ataviados para la ocasión, se despedía el curso con una comida pantagruélica. La sala de profesores, que siglos atrás había sido Sala del Homenaje, acogía aquel banquete que, durante unas horas, recuperaba sus funciones como lugar de encuentro de caballeros y damas, solo que, en nuestro caso, vestíamos telas de poco lustre.



Participantes en la comida medieval de final del curso. Profesores en activo, jubilados y gente del pueblo.

Todo lo narrado bastaría para haber hecho de mi primer año como docente la envidia de cualquier maestro —y así podría ser en realidad—, pero Cuéllar siempre se superaba.

Al terminar mi primer día como profesor, regresé a casa con Eloy y Miguel. Aquella misma tarde, tenía idea de buscarme algo para mí solo, pero al llegar, alguien, como el buen alumno que todo profesor desea, ya había hecho los deberes por mí. Al cruzar el dintel de la puerta, unos alaridos un poco más leves que los del día anterior me recibieron. Me pareció raro que Miguel no llevase una camiseta del Real Madrid, pero una gorra, con un escudo enorme del club, cumplía con su devoción. Comimos y charlamos. Echamos unas diez manos a la escoba mientras Miguel disfrutaba como el niño que se escondía tras su trisomía. Al terminar, les pregunté si sabían de alguien que alquilase una casa.

—Nosotros tenemos una casa para alquilar en la plaza mayor. Justo encima de la alfarería de Lola —dijo Eloy tras su barba—. En una semana se quedará libre. La inquilina se va. Había pensado en decirte que, si quieres, puedes quedarte allí.

No dudé ni un instante en responder. Quizá fue desconsiderado aceptar con tanto entusiasmo, como si estuviera desesperado por marcharme de su casa, pero sucedió así. Miguel no acogió demasiado bien aquella idea. Se quitó su gorra y se fue a su habitación. No volví a verlo hasta la cena.

Los días que siguieron, por las mañanas, poco a poco iba haciéndome al día a día del instituto. Los alumnos se hacían a mí y yo a ellos. Por las tardes, mientras estuve en aquella casita alejada del pueblo, los tres habitantes, después de jugar a nuestra obligada partida de cartas de cada día, hacíamos nuestros quehaceres y al llegar la noche, tras la cena, jugábamos de nuevo a la escoba con Miguel. Al comienzo, durante los primeros días que pasé en esa casa, supongo que, por la novedad de la situación, no noté que, con cada nuevo reparto de cartas, el rostro de Eloy parecía agradecerme enormemente aquel gesto de jugar con su hijo a las cartas.

Durante los siguientes días todo se repitió, invariablemente, de la misma manera. Mi nueva rutina de vida se había vuelto tan habitual que bien pronto la eché de menos cuando se acabó.

Uno de aquellos días, al regresar del instituto, los alaridos y el nerviosismo de Miguel fueron más enérgicos de lo normal. Aquello me preocupó. Pensé que quizá tenía algún dolor o sufría por alguna cosa, pero enseguida se encargó de explicarme él mismo, con desordenadas palabras, que el Real Madrid jugaba esa noche.

—Ronaldo, marcar. Papá, espero, ¿lo ves con nosotros? ¿Puede, papá?

Creo que hasta aquel día nunca había visto un partido de fútbol completo, pero acepté para estruendoso aplauso de Miguel. Para su alegría, el Madrid ganó aquella noche. Yo deseaba que así fuese, porque Eloy me había advertido que, cuando perdía, aquel infante metido dentro del cuerpo de un adulto entraba en cólera y estallaba en llanto, y yo no quería, o no podía, verlo de esa manera.

La encantadora escena que los tres teníamos montada en su casita blanca terminó por llegar a su fin a la semana y media de haber llegado a Cuéllar. Aunque tenía cuatro cosas contadas que llevarme a mi nuevo hogar, Eloy y Miguel me ayudaron con ellas. Me mostraron el piso y, una vez allí, me dejaron en mi nueva casa con la única compañía de las termitas que habitaban las vigas de madera. Al despertarme a la mañana siguiente y verme desayunando solo sin que Miguel me entregase mi minisandwich para media mañana, me sentí mal conmigo mismo. No sabía por qué, pero ese día, después de comer solo en mi nuevo hogar, me sentí obligado a acercarme hasta su casa para ver si querían seguir con nuestra recién adquirida rutina de jugar a la escoba. No sé si hice bien, pero desde aquel día aquello se transformó en una tradición. Todos los días iba al instituto y después de comer jugábamos juntos a la escoba. Algunos días de partido, aquellos en los que todo parecía indicar que el Madrid ganaría, iba hasta su casa a verlo con ellos y eso parecía hacer especialmente feliz a Miguel, que me abrazaba cada vez que aparecía por su casa. En mi familia nunca han sido habituales los abrazos y, al comienzo, aquello me incomodaba un poco, pero, cuando meses después me dieron destino en Salamanca, los eché de menos.

Así las cosas, nunca volví a plantearme si había errado a la hora de aceptar el trabajo en Cuéllar. Aquellas dudas, surgidas durante los primeros días, nunca volvieron a plantearse. Tal era de gozosa mi situación allí.

Algunas veces, especialmente durante las mañanas, Eloy dejaba a Miguel dar un paseo por el pueblo a él solo. No estoy seguro de si lo hacía todos los días o solo algunos, pero a lo largo del curso, mientras estaba con mis alumnos en nuestras “salidas al exterior”, fueron varias las ocasiones en las que vi a Miguel al otro lado de la verja saludándome efusivamente. Si podía, no dudaba en acercarme a darle la mano y después, tras nuestro saludo, él se iba como si hubiese conseguido el siete de velos. Aquello llegó a ser tan habitual que, cuando coincidía que estábamos fuera viendo plantas o analizando bichos de cualquier clase —cosa que encantaba a los chicos casi con la misma fuerza que lo odiaban las chicas de clase—, mis pupilos iban todos a darle la mano a través de la verja. En esos momentos, el tercer veintiuno se sentía como una estrella de su adorado equipo de fútbol.

Creo que el momento de mayor felicidad de Miguel fue una tarde en la que teníamos evaluaciones y Eloy y él se acercaron hasta el castillo. Eloy, que había trabajado varios años allí, se conocía cada recoveco del centro.

—¿Qué? ¿Se lo enseñamos? —dijo Eloy mirando hacia su hijo.

—¿El qué? —pregunté yo, pero, antes de que terminase de vocalizar esas dos palabras, la mano de Miguel había agarrado la mía con la misma fuerza que el día de mi llegada yo lo hice con la nota que contenía la dirección de su casa.

Me arrastró hasta un aula y Miguel fue directo a abrir un pequeño armario empotrado situado junto a los percheros. Lo abrió, metió medio cuerpo dentro y, en su interior, abrió una puertecita algo más pequeña que el tamaño de un frigorífico. Tras aquella puerta, había una estrecha escalera de caracol, plagada de excrementos de paloma, que ascendimos con cuidado. Miguel iba el primero, después iba yo y, cerrando la comitiva, Eloy. Al llegar a lo más alto de la escalera, Miguel abrió una puerta de madera de un tamaño minúsculo y al cruzarla surgimos en una almena integrada en el tejado del castillo que, a pesar de

llevar ya ocho meses trabajando allí, yo jamás había visto. Hacía un fuerte viento, pero las vistas, y la felicidad de Miguel al enseñarme su tesoro oculto del castillo, hicieron que una sonrisa se dibujase en nuestros tres rostros.



Subido a una de las almenas del castillo a la que se accedía por un pasadizo secreto que partía de una de las aulas y que Miguel me mostró.

No sé cómo sucedió, ni cuando comenzamos a entrecruzarnos de aquella manera, pero los dos, con cualquier inocente excusa, pasábamos por donde estaba el otro, aunque solo fuese para saludarnos. En ese momento, su trisomía era feliz.

Durante casi nueve meses, las almenas, los gruesos muros, mis alumnos, mis colegas, la achicoria, las termitas y, sobre todo, mis caseros —en definitiva, todo aquello que conformaba ese pueblo llamado Cuéllar— se integraron en mí de una manera tan profunda como lo estaba el tercer cromosoma de Miguel.

El final del curso llegó casi sin sentirlo y con él se acercaba mi marcha. En ese momento, tenía una mezcla de emociones encontradas. Quise tener un detalle con mis caseros. No hacía falta ser demasiado original para dar con un regalo que fuera a encantar a Miguel. La Liga y la Champions ya habían acabado, de forma que no pude regalarle unas entradas para ningún partido del Real Madrid. Tampoco estaba seguro de si su padre podría contener la emoción que aquello produciría en Miguel, de modo que opté por regalarle una camiseta con el dorsal del jugador estrella de ese año.

Todo sucede a un ritmo tan vertiginoso que el día de mi marcha llegó sin avisar. Aquel día, Miguel estaba sobre aviso. Llevaba varios días comportándose de forma esquiva, errática, y cuando entré en la casa que me acogió los primeros días que pisé Cuéllar, Miguel no me habló ni me saludó, de hecho, al poco de llegar se encerró en su habitación. No hubo manera de hacerle salir de allí para despedirme, de modo que, cuando llegó la hora de marcharme, me acerqué hasta el dintel de su puerta y me despedí dejándole su nueva camiseta sobre la cama, a sus pies. No se giró ni me dio uno de sus abrazos, lo que me pesó durante varios días.

—Gracias —dijo Eloy al despedirme en la puerta—. Por todo.

No supe qué contestar. Simplemente lo abracé, sintiendo que abrazaba al pueblo entero al hacerlo.

Desde aquello ha pasado casi una década. Cuando recibí la llamada, no sabía a dónde me dirigía, pero estoy seguro de que yo no elegí irme a Cuéllar, Cuéllar me eligió a mí y, al hacerlo, eso me convirtió en la persona que soy hoy.

NOS VEMOS EN LA ESCUELA

(Mención honorífica)

Ana Yolanda Gómez Gutiérrez
(Mataporquera, Cantabria)

Vuelvo a la escuela: el flequillo húmedo y aplastado, las trenzas bien prietas, y una cinta blanca, colonia en el cogote, los zapatos embetunados y con brillo, que “no son Gorila, pero son monos”. Los ha limpiado anoche, como cada noche, mi madre. Hasta dentro de un tiempo, no será mi tarea. Entonces limpiaré los míos y los de mi hermano, sin excusas. Tengo casi cinco años. Estamos en 1965.

Salgo abrigada, con una bufanda que me quitaré en segundos en cuanto mamá no me vea desde la ventana. Y un verdugo (gorro que tapaba cabeza, orejas y cuello y dejaba al aire la cara) que me durará hasta la escuela. Los leotardos de punto parecen nuevos y el abrigo está rematado en las mangas con terciopelo marrón. Voy rellena de sopas de leche, el Cola Cao aún no ha llegado a casa. Me cuesta llegar a la escuela porque soy menuda y el viento empuja fuerte y de lado. Me hace de ancla la cartera, es de plástico de un gris horroroso. Cuando nieva y se hacen toboganes de hielo, en el recreo me monto sobre ella y nos dejamos resbalar. Un trineo rupestre y divertido. Ya no se llevan cabás. El clima en nuestro pueblo, en Valdeolea, al sur de Cantabria es recio. A menudo los padres debían espalar un sendero dejando un par de paredes de nieve más altas que nosotros, para que pudiéramos ir a la escuela. Íbamos solos desde pequeños, algunas veces, al tiempo algún vecino. Había muchos niños entonces.

Mi primera escuela fue la de los Pilonos. Había una fuente y un pilón con renacuajos. Al lado, dos escuelas, la de doña Ascensión y la de doña Elimari. Un poco más lejos estaban las de doña Antonia, doña Araceli, don Silvino, don Florentino y don Esteban, allí los alumnos tenían trece o catorce años.

Cuando llego a la escuela ya está encendida la estufa, me encanta como huele a astillas y papeles, antes del carbón. Por lista, los alumnos llevamos astillas para que nunca falte material. En la carbonera del colegio hay carbón, pero da miedo bajar porque está oscuro, se considera un castigo bajar a por carbón. Encima de la estufa, hay un puchero con agua para el té de la maestra. También huele a ganado, en muchas casas hay cuadras, es normal. A veces se escapa un cerdo y es divertida la persecución. Las gallinas en cambio, vuelven solas. En muchas casas se crían animales para la comida. Cuando nieva, llevamos botas de goma *katiuskas*, que congelan los pies y hacen que salgan sabañones, nos las quitamos y las ponemos tan cerca de la estufa que alguna se quema. Para calzárselas hay que poner primero polvos de talco. También retiramos los calcetines gruesos, nos quedamos con los finos y los otros se calientan para el recreo. El aula es luminosa, no es grande, tiene enormes ventanas, el suelo es de madera, se está muy a gusto. La maestra está sobre una tarima, tras ella el encerado. También hay un mapa del mundo, una foto del Caudillo y un crucifijo. Y una vitrina con rollos, uno es de anatomía, otro del mapa de España. Sobre ella hay un globo terráqueo. Y el botijo. Las que traen albarcas también las acercan a la estufa y se quedan en zapatillas. No todo el pueblo tiene las calles arregladas, hay barro o nieve. A veces nos dejamos las manoplas, hasta que calienta el ambiente. A veces nos churruscamos los babis de nylon, algunos niños no los llevan. Los de las niñas son de cuadrillos rosas.

Huele a pino, es el jabón de fregar, y a cera de muebles. A veces a lejía, por los baños. Me gusta el olor, es como el de la casa de alguien. Abrimos los pupitres donde dejamos la cartilla, el *Parvulito* o la *Enciclopedia Álvarez* los más avanzados. Los llevaba muy bien forrados, eran heredados y serían heredados. Se trataban con cuidado, igual que los cuadernos, poníamos clips cuando las puntas de las hojas tendían a rizarse, o las planchábamos.

Hay alumnos de diferentes edades en clase. Yo soy de las pequeñas, pero ya conozco la *Enciclopedia* porque me la deja una mayor, me encanta, los dibujos y lo gorda que es. Cuando fui a la escuela sabía leer porque me enseñó mi abuelo y también a escribir un poco. En clase hay hermanos, en las familias suele haber varios hermanos, algunos cuando faltan a la escuela es que ayudan a sus padres en el campo. Me gusta oír como la maestra les toma la cartilla a unas niñas mientras nosotras hacemos cuentas. Elijo las palabras antes que los números.

Yo me siento con Yoli, que tiene las trenzas hasta la cintura. Nuestro pupitre está limpio, cada curso hay que rasparlo con un cristal o cuchilla, lijarlo y encerarlo. Y quitar los chicles de debajo, que no son nuestros. Huele también a pinturas de cera Goya, yo no tengo, pero huelen fenomenal, también la goma de borrar “de nata”, que huele como a menta.

Mi primera lección fueron las cerezas. La maestra se llamaba María Ascensión Pardo, era de Valladolid. Dibujaba las cerezas con pericia y mimo, sobre el encerado verde. Primero con tiza blanca, después las rellenaba de rojo y los rabitos, con tiza verde. Así aprendí a sumar. Al paso de los rayos del sol, el polvo de tiza parecía mágico. La tiza resbalaba sobre el encerado y no chirriaba, daba pena utilizar el borrador después de las cerezas. A veces la maestra tenía un platito sobre la mesa con cerezas de verdad o caramelos de menta, y un vaso con una flor. En el Domund, una hucha para dejar donativos. En mayo todos los días había flores, por el mes de la Virgen. En las ventanas de la clase había geranios rosas y rojos. La contemplación de los geranios ha sido un relajante para generaciones de niños. Las moscas en los cristales, también.

Nuestras pizarras eran pequeñas, con marcos de madera. Los pizarrines escribían en un blanco cremoso, les utilizábamos para las cuentas. Tenían una cuerda con una almohadilla, para borrar. Escupíamos y borraba mejor. Dentro del pupitre guardábamos el cuaderno de ortografía, que era pautado, el de limpio y el *Parvulito* o la *Enciclopedia Álvarez*, según el avance del alumno, porque había de varias edades. La maestra solía dibujar imágenes de la enciclopedia, las sencillas. Luego había otras más elaboradas, imposibles de reproducir para nosotros. Lo curioso era que tiempo después recordabas el texto y el dibujo a la vez. Por ejemplo, Abraham e Isaac. Había en relación con el día de Pentecostés una oveja que cantaba y yo no le pillaba el hilo. Resulta que era el cielo que celebraba el día cantando de alegría y por eso estaban dibujados los signos musicales. También tenía la *Enciclopedia* dos tipos de letra, una manuscrita y otra de imprenta. Recuerdo con intensidad la manuscrita. Yo quería escribir así. Un poco más adelante escogeríamos letra inclinada o vertical. El caballo de Viriato era tan sencillo de copiar que me sirvió luego para dibujarle vaqueros a mi hermano, muy fan de los fuertes del Oeste. No tuve tanta suerte reproduciendo una de las láminas de Freixas, que eran de dibujo artístico. Se utilizaban dos lápices, el duro y el blando. Se trataba de una rama con dos pajaritos. Reconozco que los hice cebones. Lo mismo se rompió la rama.

Yo sentía que los dibujos de la *Enciclopedia* eran mucho más bonitos que la vida real, como que tenían más color. Los vestidos eran preciosos, las cosas eran sencillas y el sol lucía sobre un mar azul claro (yo no había visto aún el mar), los niños jugaban en la orilla.

Aprendíamos por observación, copia y repetición, las imágenes eran casi imborrables. Felipe II llevaba gola, y la reina Católica, toca. Hasta que crecí, sus imágenes eran

como de haberlos visto en una película. Vamos, que les conocía. Santa Teresa igual, Cervantes. Imposible confundir uno con otros.

Cantábamos las tablas de multiplicar, los ríos y sus afluentes, las provincias y las capitales de Europa. “El Ebro nace en Fontibre, cerca de Reñosa, provincia de *Santander*; pasa por Logroño y *Zaragoza* y desemboca en Tortosa”. Memorizábamos poemas que hasta el día de hoy recuerdo (y mi madre) de oírmelos repetir en bucle. Trabajábamos mucho Matemáticas, las operaciones básicas (sumas, restas, multiplicaciones y divisiones). Cada división con su “prueba”, dividíamos hasta por cuatro cifras, como tejer con cuatro agujas, y luego nos enseñaban unidades de capacidad y volumen, los múltiplos y divisores, las figuras geométricas (se nos iba la vida haciendo modelos en papel que se aplastaban en contacto con la atmósfera) quebrados, las áreas y os volúmenes.

Todas las mañanas, la maestra solía ponernos problemas en la pizarra y nosotras los hacíamos en el cuaderno. Luego le dábamos el cuaderno y lo corregía con bolígrafo rojo, que era como la espada de la ley. En cuanto a la Historia, se estudiaba Historia de España: los griegos, los romanos, los fenicios, el Cid Campeador, los Borbones, los Reyes Católicos, la Hispanidad, el descubrimiento de América. Todo pasaba en España y todo lo hacían los hombres salvo Agustina de Aragón, Isabel la Católica y Santa Teresa. Menos mal que después de leer *Cien figuras españolas*, sacaron también el *Florilegio de mujeres españolas*.

Teníamos fichas para colorear del mapa político de España. Una vez me pusieron MB (muy bien) porque después de colorear difuminé con algodón los contornos de las provincias y a la maestra la gustó. El mapa del mundo desplegado y el globo terráqueo daban la impresión de que el mundo era inmenso, intentaba encontrar mi pueblo, pero imposible. ¿Cómo lo encontraban los Reyes Magos? Un año, despistados me regalaron un globo terráqueo que era una lámpara. Yo había pedido un estuche precioso con 24 pinturas. Los plumieres se estaban extinguiendo, los utilizaban para guardar lagartijas, los estuches con cremallera y rotuladores eran el salto evolutivo. Mientras escribo, tengo el mío aquí, imposible apartarme de él. Me lo regalaron otro año.

Traía pinturas Alpino, transportador de ángulos, regla, guardaminas, sacapuntas y una goma de elefante con ojos que se movían. Los rotuladores tuvieron que esperar más. Y las acuarelas ni te digo. Aún recuerdo la anguila de mazapán enroscada en su caja con sus ojos de cristal esmeralda que era de lo más bonito que había visto. La comí con respeto para que durase más, como las figuritas de frutas diminutas de azúcar que llegaron de no sé dónde. Mi cartera gris sapo me duró hasta que comencé el bachillerato, albergó reglas cartabones, compases, las enciclopedias, todo. Qué horrible y resistente era.

Además de los ejercicios de caligrafía de letra redondilla y bastardilla mi madre me compró los cuadernos de letra gótica y tocó aprender. Busco en el desván los rótulos que hacía, pero no consigo encontrarlas. El desván es un agujero negro domesticado que solo responde a mi madre. Ya mayor me regalaron el kit de tinta de colores y plumines y me he atrevido a reproducir algunas iniciales. Entonces las hacía con las plumas de ave de mi abuelo y los plumines. Más fácil que utilizar la pluma en clase. Me regalaron una estilográfica. No cerraba bien en la zona central y me ponía los dedos y el babi como un *ecce homo*. A veces los tinteros, que eran de cerámica, se espeluznaban y dejaban aparentes los pupitres. No había modo de quitar las manchas. Las prendas de vestir se heredaban de hermanos mayores, cuando llegaban nadie las hubiera reconocido, los puños vueltos, los cuellos cambiados. Los jerséis se deshacían y se reencarnaban en nuevos jerséis con grecas tejidas por manos talentosas para aprovechar las diferentes lanas. Los calcetines se repasaban. Se echaban suelas y punteras en los zapatos, cada madre era un genio del reciclado y la economía circular.

Los rótulos de “Dictado” “Ejercicios” “Problemas” etc. nos quedaban preciosos, o por lo menos vistosos, a base de ponerles *colorinabis*, tinta, flores, estrellas. etc. Una pena terminar los cuadernos. Cuando llegaron los cuadernos con papel milimetrado, era una locura hacer rótulos.

A la hora del recreo cada uno se buscaba la vida (yo metí la pierna en una rejilla del alcantarillado), nos caíamos corriendo y nos ponían mercurocromo, que no era nada discreto. Los chicos jugaban al *manro*, al pañuelo o se atizaban por una guerrilla de barrio. El dueño del balón era el líder, si se mosqueaba, alguno no jugaba, si se llevaba la pelota se terminaba el juego. Las chicas jugábamos a la rayuela, que nosotras llamábamos “el castro”, que en Santander sería un poblado antiguo; limitando perímetro con yeso, y jugando con la “pita”, que si tenía un trozo de azulajo resbalaba mejor y la guardábamos de un día para el siguiente en el canalón. O a la comba, o a las gomas.

En el patio, que era la calle, niños y niñas no interactuábamos, salvo que le gustases a alguno y te lo hacía saber tirándote un bolazo de nieve que te dejaba seca, o tirándote de las trenzas. Primario, pero efectivo. Cambiábamos mariquitas con las amigas, muñecas recortables. Yo intentaba copiar las caritas de las postales de Ferrándiz, luego los vestidos; me fijaba en los figurines. Ferrándiz nos gustaba por los cuentos y las tarjetas de Navidad.

El del doctor Cito traía un fonendo, el del guardia, un silbato. El sastre, unas tijeras. Cuando me operaron de las anginas me regalaron el de la ratita, que casi me consuela. Perdí la confianza en la humanidad ese día, porque me dijeron “abre la boca que no pasa nada”. Lo de las anginas se intentaba solucionar a base de inyecciones y supositorios, nos obligaba a quedarnos en casa. Lo más complicado era tomarse los ponches con huevo. Desde la escuela seguían el programa de vacunas y el de profilaxis de tuberculosis. Nos llevaban a rayos X a Reinosa. De allí volvíamos despistados y con una camiseta que no era la nuestra.

Nuestra casa era la escuela hasta las cinco, también había clase por la tarde, era un sin vivir. Algunos nos quedábamos a la “particular” que era una clase extra que pagaban los padres. Entre medias sacábamos la bolsa de tela con el bocadillo de pan con foie-gras o con chocolate. Si había anemia, filete de hígado. Y bebíamos agua del chorro del pilón, mientras controlábamos las existencias de renacuajos inmortales que sobrevivían a promociones de alumnos.

Los chicos se iban a correr y a jugar al balón, las chicas a casa como corderas. Un día a la semana, que no sé si era el jueves, no había clase por la tarde. Otro lo utilizábamos para coser. El costurero era de madera y tenía dos pisos, arriba los hilos de colores, abajo el trocito de tela de algodón. A veces cantábamos. Coser y cantar era femenino. Los chicos no cosían ni cantaban. Tampoco llevaban velo a misa. No recuerdo que cantásemos himnos ni canciones de contenido político. Ni en casa ni en la calle se hablaba de política.

Los sábados por la mañana me parece que también había clase, pero salíamos antes. Dábamos catecismo, que era importante. Cada cierto tiempo venía el párroco a la escuela y nos preguntaba. En el afán de responder nos ahogábamos porque las respuestas eran largas y literales, nada de tonterías con el Espíritu Santo y las tres personas de la Trinidad. Don Agustín el párroco me regaló un breviario que conservo con cariño por contestar en catequisis. (A base de leer historias de la Biblia, hasta Daniel y los leones eran casi de la familia). Me gustaba la Historia Sagrada e intentaba copiar las imágenes de la Virgen con diferente acierto. Después las ponía una corona con el papel dorado del chocolate. Quedaban aparentes.

Los domingos se iba a misa y si había propina se administraba con mesura. Por una peseta daban diez barritas de regaliz o pipas. En verano, un polo de naranja maravilloso. Nunca fueron gominolas y bien que lo siento. Se nos iban los ojos tras ellas.

En el buen tiempo nos llevaban de excursión al monte: parecía enorme y precioso. Cantábamos canciones como “Arroyo claro, fuente serena...” y “Van tres noches que no duermo por pensar en mi pollito”. Todo parecía nuevo, la tierra roja, la cantera mordida, las vacas, las mariposas, los pájaros, comer el bocadillo, el aire, todo.

Al llegar a casa mi madre planchaba, mi abuela tejía, el puchero bullía en la lumbre de la cocina bilbaína y a lo mejor había manzanas asándose. La ropa se secaba en los alambres, aunque hiciera frío me hubiera encantado salir. Mi padre siempre estaba trabajando, me encantaba cuando llegaba. En la radio sonaba el consultorio de Elena Francis. O Matilde, Perico y Periquín. Mi hermano jugaba a indios y a vaqueros bajo la mesa. (Solo lo dejó para echarse novia). Yo, ni bicicleta ni leches: a hacer cuentas con un lápiz de tinta que funcionaba chupándole y te dejaba la lengua como un *chow chow*. En unos cuadernos usados de los trenes que venían con copia papel carbón, que me traía mi tío Pepe, que trabajaba en Renfe. No teníamos televisión aún. Leía todo lo que pillaba. Tenía unos vecinos que eran cinco hermanos. Gracias, gracias, gracias, por prestarme docenas de Capitán Trueno, Pantera Negra, Flecha Roja, Roberto Alcázar y Pedrín, el Guerrero del Antifaz. Una delicia. Un recuerdo de bienestar que no olvidaré: Pipas y tebeos. Sin desdeñar los cuentos de hadas de la condesa de Segur, que guardo como un tesoro y cualquier colección de cuentos que fuera de tomo grueso. Y los cuentitos delgados para chicas de la colección Azucena, Gardenia Golondrina o Cascabel, que podíamos cambiar por unos céntimos por otros que no hubiéramos leído. Cuando me iban a hacer un regalo, yo solo pedía que fuera gordo. También los de Calleja les podíamos cambiar en la librería por otros cuando les habíamos leído.

La *Enciclopedia Álvarez* (“Intuitiva, Sintética, Práctica”) nos abría la mente y nos esbabilaba. Entonces no sabía lo que era el término Intuitiva, ahora lo entiendo. Las historias se memorizaban con facilidad, la profesora tenía la paciencia de Job, nos aclaraba que Moisés no tenía cuernos y que no todas las valencianas vestían de falleras. Había un dibujo inquietante de Luzbel que además de demonio parecía un grillo. Pasaba página para no verla. Los demonios y los grillos me dan cosa.

Me gustaba el cálculo mental. Ya un poco mayores, la profesora nos hacía sumar y restar quitando varios números, bastante deprisa. Había que estar atento para seguir la operación. Los dictados eran divertidos. Doña Antonia López Dueñas fue otra maestra estupenda, también de Valladolid, que dictaba utilizando la técnica fonética creo que se llamaba. La B era bilabial, la V no, era estupendo saber que no pondríamos faltas. Como si la V saliera de sus labios para posarse en el cuaderno. Le daba gran importancia a la ortografía. Tenía una letra preciosa que estoy contemplando en un diploma que firmó. Nos ponía también redacciones. Me gustaba mucho escribir. Como si las cosas se ordenaran como en una película, y las entendía mejor.

No sé si hablé de la leche. Hubo una temporada en que nos daban leche en polvo en unos cucuruchos de papel de estraza, al parecer para suplementar la alimentación, disolviéndola en agua. No teniéndolo claro, la chupábamos sin agua ni nada porque estaba dulce. Y luego teníamos que *amorrarnos* al botijo por la sed o salir al pilón. En la otra clase tenían que llevar un vaso de plástico o de duralex, cada niña el suyo.

Los castigos cuando la líbamos eran clementes en el aula de las niñas. Básicamente por hablar. Solo con que torciera el gesto la maestra ya nos dolía, o que nos mandase callar, o salir al pasillo. Cuando compartíamos el aula con chicos sí que hubo algún palmetazo en los dedos, o tirar la tiza si alguien hablaba mientras explicaba. O mandar salir de la clase al alborotador. Orejas de burro y brazos en cruz, no vi. Por otra parte, si el profesor te reñía o repartía una colleja, mejor no decírselo a los padres, no fuera que reatasen faena. Cualquier mayor podía llamarte la atención o decirte cosas.

Todos los años llegaba un fotógrafo nos hacía fotos. Sobre el pupitre bien recogido, un cuaderno abierto. En la mano, un bolígrafo ideal, tras nosotros el mapa. El marco de la foto en mi curso era como un televisor.

Tras la escuela los caminos de los alumnos se separaban, algunos finalizaban, otros debíamos salir del pueblo para el Bachillerato o la Formación profesional. Yo salí para ir a un internado. Después a Santander, a la Universidad.

Recuerdo con cariño la escuela; mientras escribo la memoria se convierte en umbral donde recupero rostros, escenarios y emociones que me ayudan a comprender, la experiencia me llena de agradecimiento. Como dijo el lúcido Antonio Álvarez Pérez, creador de la *Enciclopedia*, “solo se sabe lo que se recuerda”.



Con doña Araceli Argüeso. 1968.



La primera foto en la escuela.



Entrega de diplomas.

LA FRONTERA ENTRE MAESTRA Y MADRE

(Mención honorífica)

Lara Magdaleno Huertas

(Campillo de Deleitosa y Millanes de la Mata, Cáceres;
Casas de Ves, Albacete, y Cercedilla, Madrid)

Fue en Cercedilla, un pequeño pueblo de la Sierra de Guadarrama, un día del invierno de 1981. La maestra nos acababa de regañar con la suficiente intensidad como para que los veinte niños de cuatro años que ocupábamos aquella clase guardáramos un silencio compungido. Era casi la hora del recreo y la tarea de la mañana se había visto interrumpida por el pitio del trenecillo de vía estrecha que atravesaba el pueblo con dirección al puerto de Navacerrada. El pequeño apeadero del pueblo se veía desde el jardín del edificio de la biblioteca que nos hacía de colegio y casi siempre (por no decir siempre), la maestra nos permitía salir a ver aquel tren rojo que desafiaba las inclinaciones progresivas del pueblo. Aquel día no había sido una excepción, pero sí fue inusual nuestra excitación al volver al aula, y tanto gritábamos imitando un tren en una fila inestable y loca, que la maestra se enfadó. Tras la reprimenda de rigor yo me levanté muy despacio y me acerqué a su mesa para decirle muy bajito al oído “¿Aún te acuerdas de que soy tu hija?”.

Porque yo era la hija de doña Adela, la maestra de los parvulitos de aquel pueblo que aún esperaba la construcción de un colegio que no se inauguraría hasta el año siguiente, un colegio moderno y funcional, que mientras llegaba, tenía a los alumnos repartidos por todo el pueblo. A los pequeños, en lo que luego sería la biblioteca y el hogar del jubilado, y a los mayores en zonas más alejadas del núcleo urbano.

La señorita Adela, la maestra, se acordaba siempre de quién era su hija, aunque fue la única vez que me dio clase, pues siempre prefirió que estuviera en el aula de otro docente. A pesar de todo, trataba a todos los niños como a sus hijos, y cuando cruzaba al bar de enfrente a tomarse un café y a comprar una barra de pan para llevarse a casa y me daba el cuscurreo del extremo, siempre compraba otra de más y repartía trocitos entre todos.

Ahora, sin embargo, a veces no me recuerda ni me reconoce y yo tengo que remontrarme a épocas muy lejanas para evitar que esa mente maravillosa naufrague de modo definitivo.

— Mamá, tu primer trabajo de profesora fue en Extremadura, ¿verdad?

—¿Extremadura? No, no, fue en Valladolid, en un colegio de niños de un barrio marginal.

Detiene su discurso como buscando el hilo del que tirar y yo, que desconozco lo relativo a aquella época, no sé cómo ayudarla. Me levanto a por un vaso de agua y cuando regreso, la encuentro hablando, pero no hablando sola sino manteniendo una conversación con alguien. Ese alguien, para mi sorpresa, es ella misma reflejada en un espejo, de modo que, maravillada, me siento discretamente junto a la pared para no molestarla.

—Yo ya estoy cerca de la jubilación, pero corren tiempos difíciles para la enseñanza, para la educación, que es un concepto más amplio, rico y ¡tan hermoso! Para los que dedicamos nuestra vida a esta importantísima tarea es doloroso ver cómo cada día la figura del profesor se va desdibujando. Gran cantidad de profesores sufren depresión, padecen insultos y agresiones por parte de algunos padres e incluso de alumnos. La indisciplina se ha instalado en el aula y en los patios y algunos centros son auténticos campos de batalla

en los que se gestan conductas que una vez fuera, pueden terminar en tragedias en las que los alumnos son víctimas y verdugos.

El nivel curricular de los chicos es cada vez más bajo. A pesar de las nuevas tecnologías, su formación humanística es cada vez más pobre. Su ansia por exigir y disfrutar de sus derechos aumenta de modo inversamente proporcional a su compromiso con el esfuerzo diario. ¿Qué está pasando?

Cuando yo comencé mi trayectoria era una joven maestra, ilusionada pero llena de miedos, y ya en mi primer trabajo, aquel colegio de Valladolid, me encontré con el primer chulito revienta clases. Ya los había por aquel entonces, producto de sus vivencias. Este alumno había sido marcado muy pronto por la vida, con apenas trece años su padre se había suicidado. Junto a él, otros especímenes que se han ido repitiendo: el empollón, el tímido, el vago... Entonces me di cuenta de que ser maestra era mucho más que preparar clases, corregir cuadernos o conseguir un buen comportamiento. Ser maestra era entregarse cada día, involucrarse en la vida y los problemas de los chicos, conocerlos para estar ahí cuando lo necesitaran, haciendo de madre, de confidente... ¡qué sé yo! Y yo, que fui maestra porque por problemas de salud no pude plantearme otra carrera más larga, descubrí que en aquella profesión me iba a sentir realizada, como se dice hoy.

Ahora, con el tercer milenio recién estrenado, veo un panorama oscuro y difícil, pero sé que ser profesor no es un castigo bíblico sino una hermosa tarea, dura e ingrata a veces, desalentadora... pero ¡es tan reconfortante encontrarse con antiguos alumnos, con sus familias recién creadas, y que te recuerden y agradezcan el impertinente interés volcado en educarles cada día! Porque yo hablo mucho en clase, de la vida, de las relaciones entre las personas, de nuestros derechos y sobre todo de nuestros deberes como ciudadanos. Soy una mujer con suerte por haber podido dedicar una vida a vivir por y para mis alumnos.

En este momento su discurso se interrumpe y yo no puedo dejar de mirarla embelesada, respirando con cautela para no hacer el menor ruido que la distraiga de sus reflexiones, de esas vivencias que parece recordar con tal lucidez que su neurólogo le daría el alta inmediatamente si la escuchara.

—¡Qué lejos quedan aquellas primeras escuelas unitarias! —continúa— en aquellos pequeños pueblos extremeños. Campillo de Deleitosa fue el primero. ¿No es un deleite solo escuchar su nombre? Un pueblo diminuto, sin agua, sin carretera de acceso, con una escuela que era un viejo edificio de más de cincuenta años allá por los setenta, tan vieja como los pupitres repintados de azul que poblaban el interior como un campo de flores silvestres.

Millanes de la Mata fue el siguiente destino, casi tan pequeño como el anterior, con dos escuelas esta vez, una viejísima para los mayores y otra, vieja solamente, para los pequeños, mis pequeños. Una escuela ubicada en una antigua fragua en la que los mapas tapaban un techo lleno de goteras. ¡Menos mal que llovía poco! Porque cuando lo hacía, ¡qué realismo el de los ríos de España llorando sus aguas sobre las cabecitas de mis alumnos!

Hoy esas escuelas serían declaradas insalubres, ruinosas, inadecuadas, pero ¡qué felices éramos allí y qué provechosa la tarea de trabajar todos juntos! Los más mayores pendientes de los pequeños, todos curiosos y con afán por aprender y terminar unas tareas primorosas e impecables.

Muchas tardes de buen tiempo dábamos la clase en la era o en el prado, y allí era yo la que más aprendía: el nombre de plantas que jamás había visto y su utilidad en la cocina o en botiquín, a reconocer setas, espárragos tiernos e incluso a distinguir el canto de los pájaros. Era un lujo disponer de tanto maestrillo a mi disposición. Recuerdo que fue en

Millanes donde los padres arreglaron un viejo carro, acondicionándolo y adornándolo con flores para transformarlo en escenario. Allí representamos el cuento del gigante egoísta, en una versión libre en la que tuve que inventarme varios personajes para que todos tuvieran su papelito y su momento de gloria. Hacía más de veinte años que allí no se representaba una obra de teatro y el esfuerzo mereció la pena.

De aquellos pueblos no solo guardo recuerdos de la escuela sino también de sus gentes y costumbres. No me olvido del abuelo Valentín y su mujer, mis vecinos en Campillo. Cada vez que llegaba una carta de su hijo, que vivía en Barcelona yo se la leía disimulando la emoción que me producía verles llorar. Luego llegaban los dictados de las respuestas que ellos enviaban a su hijo.

Recuerdo con especial cariño a María, en Millanes, que cuidó a mi hija como si fuera la suya. Y a la abuela Rufina y a Manuel el médico, tan pendiente de mí y de mis achaques, que ya eran muchos, aunque yo era muy joven.

La evocación de los inicios de la enfermedad, hacen detenerse a mi madre, que deja de mirarse en el espejo como si se descubriera enferma, como si de pronto recordara que su mente naufraga últimamente sin encontrar un puerto en el que amarrar todos los recuerdos. Por fortuna, a partir de este punto yo ya recuerdo la historia y puedo ayudarla en la reconstrucción de esta vida de maestra.

El siguiente pueblo fue Casas de Ves, en Albacete. Allí crecía yo y antes de estrenarme como alumna, una chica del pueblo me cuidaba mientras mi madre daba clase. Su anécdota favorita, siempre la cuenta, rememora un día que entró a darme un beso, tenía yo tres años, y le contesté: “¿cuándo eres una madre de las que cuidan a sus hijas?”. Aquella frase demoledora, repelente para proceder de una boca tan infantil, la dejó marcada, aunque lo cuente entre sonrisas. Y no sucedió que ella se quedara en casa, sino que pronto fui yo a la escuela y allí me hice amigueta de los hijos de otras maestras, como Libertad y Paquito, con los que iba al quiosco que había delante del colegio, a comprar caramelitos de cubalibre. De Casas de Ves recuerdo las fiestas patronales y las carrozas en las que desfilábamos disfrazados. Algunas diapositivas quemadas por el tiempo aún dan fe de aquellos momentos.

Mis recuerdos se hacen más nítidos a partir del siguiente destino de mi madre: Cercedilla, pueblo de la sierra de Madrid al que ella llegó como especialista en Preescolar, cuando el colegio aún no había terminado de construirse. En ese corto periodo de tiempo pre-colegio, fue en el que ella me dio clase, aunque yo prefería mil veces ser alumna de otra maestra.

En aquella villa serrana, la nueva escuela atesoraba una increíble sala de juegos que hacía las delicias de todas las edades. Allí se jugaba, pero también se ensayaban los villancicos del concurso navideño, certamen que casi siempre ganaban las maestras y los alumnos más pequeños.

Cercedilla fue nieve y días sin colegio, primavera de excursiones a Segovia, veranos de piscina de aguas heladas y otoños de castañas sin Halloween. Cercedilla fue la máxima felicidad para mi madre y para mí.

—Y entonces, cuando más felices éramos, tuvimos que mudarnos a Colmenar Viejo —apunté con amargura en voz alta.

Mi madre se giró sin comprender aquel salto temporal. Ella se había quedado en Extremadura mientras yo repasaba los dos siguientes destinos y, sin embargo, no le costó retomar sus reflexiones, esta vez sin mirarse en el espejo. Colmenar fue una época de grandes cambios para ella. Allí se enfrentó por vez primera a un colegio de integración, un concepto novedoso a finales de los ochenta. Su primer pulso fue una niña con síndrome de Down que era la antítesis al carácter afable y cariñoso de estos niños. Aquella

niña era arisca y difícil, pero con paciencia y dedicación mi madre ganó el pulso a su carácter. Allí finalizó su etapa de educadora de chiquitines y por problemas de salud no tuvo más remedio que dar el salto a los últimos cursos de la EBG y más tarde a la ESO, como profesora de lengua y de inglés. Recuerdo perfectamente que no la dejábamos corregir si estaba sola en casa porque se reía tanto de las ocurrencias anglosajonas de sus alumnos que sus ataques de risa a veces temíamos que desembocaran en algo más grave.

—¿Qué fue lo más difícil de pasar al instituto, mamá? —le pregunto con la esperanza de que hurgue un poco en los recuerdos más modernos, esos que se esfuman con la esperanzosa rapidez. Y se lo piensa un poco, pero finalmente responde sin titubeos.

—Eran chavales muy pequeños para pasar al instituto y los profesores no sabían manejarlos, se sentían desbordados por aquella avalancha de alumnos “pequeños”. Para nosotros los maestros, que habíamos migrado con ellos, no fue tan duro y creo que nuestra aportación fue fundamental para incorporar a los recién llegados. Poco a poco se fueron sumando alumnos de otros pueblos de la sierra y muchos alumnos llegados de otros países se integraron en el centro. Marroquíes, polacos, sudamericanos... componían una pequeña ONU en las aulas. Fue entonces cuando pusimos en marcha el certamen literario y también la revista *Lápiz y Papel*, con reporteros que buscaban personajes ilustres del pueblo para entrevistarlos.

Llegado a este punto su discurso se detiene intentando recordar los nombres de esas estrellas locales sin éxito, y este tropiezo la acongoja. Olvida de un plumazo lo capaz que ha sido de hilar estas memorias de maestra que se ha contado a ella misma. La veo llorar en silencio mirándose unas manos temblorosas. Alza la cabeza y me mira. ¿Qué será de mí cuando ya no recuerde nada?

Porque ese momento llegará, como ha pasado hoy y yo no tengo más que preguntarle por alguno de los alumnos que recuerde con mayor cariño.

—¿No era un niño portugués, Fernandito, de Cercedilla, el más revoltoso de todos los que has tenido, mamá?

—Ah, sí, Fernandito Piña. Pobre criatura. Eran once hermanos y en la casa, le explicó la mamá, solo había por la mañana café para “su hombre” y ese mismo café desayunaban los pequeños, llegando acelerados como motos al colegio, desplegando unas conductas imposibles, fruto de aquella cafeína indebida en sus pequeños y hambrientos cuerpos.

—Hija —me dice, y yo me emociono por si es la última vez que se da cuenta de nuestro vínculo— cuando ya no recuerde a nadie, háblame de Manuel.

—¿Quién era, mamá?

—Manuel era un niño de cinco años. Su padre estaba en la cárcel y su madre peleaba con las drogas cada día. Él cuidaba a su hermana pequeña, se levantaba solito cada mañana y llegaba siempre el primero al colegio sin saber lo que era un reloj que le diera la pauta de sus rutinas. Un día me dijo que no le pusiera deberes.

—¿Y eso?

—Porque no tenían luz en su casa, ya que no pagaban los recibos.

No dijo más y yo no supe que responder. Desconocía qué habría sido de Manuel y de los tropiezos que la vida le había puesto por delante. Pero sí descubrí con toda claridad que el día que las neuronas de mi madre dejaran de pagar el recibo del recuerdo y la oscuridad se apoderara de su mente, solo me quedaría preguntarle a mi madre, a mi maestra,

—¿Aún te acuerdas de que soy tu hija?

LA ESCUELA EN UN PUEBLO DE LAS HURDES

(Mención honorífica)

Luis Mateo Azabal

(Vegas de Coria y Caminomorisco, Cáceres)

En lo más profundo de los rincones de mi mente aún revolotean frescos, aunque difuminados en la neblina del tiempo, mis primeros recuerdos de infancia, cuando desde la casa de mis padres frente a la escuela del pueblo, cada mañana desde bien temprano escuchaba la algarabía de los muchachos, esperando la hora en la que se abría la puerta de la casa adosada a la escuela y en el zaguán aparecía don Juvencio, el maestro, arrastrando la pierna que unas calenturas cuando niño le dejaron secuelas que lastraron su movilidad. Pero aquellas fiebres malignas que diezmaron su cuerpo, no consiguieron mermar su coraje, su tesón, su ilusión y la entrega en cuerpo y alma a desarrollar y vivir con plenitud, la vocación de maestro rural con abnegada entrega y desmedida generosidad a los chiquillos de un pueblo de las Hurdes en la provincia de Cáceres.

El pueblo se llama Vegas de Coria y es el hermoso lugar donde vi la luz por vez primera a finales del año 1954. Tiempos aquellos en los que aún sacudían con fuerza los coletazos de las secuelas de la guerra. La vida en estos lugares aún se resistía a la normalidad y se mostraba dura para los hurdanos, tanto que difícilmente hoy se puede imaginar desde la situación actual de acomodo. La poca tierra arrancada a los canchales era mísera y de generosidad escasa pero, como sus habitantes no conocíamos otra mejor, a pesar de todas las carencias éramos felices con lo poco que teníamos y no nos sentíamos desgraciados como hubiera sido lógico por lo mucho que nos faltaba. Lejos de todas las partes, aislados del resto del mundo desconocíamos que existía otro tipo de vida mejor. Nuestra escuálida república, aislada del mundo, se autogestionaba en base a los estatutos del sentido común que la sensatez y experiencia de los ancianos dictaba para el buen gobierno del pueblo y que todos acatábamos sin reservas. En nuestras vidas convivían las costumbres, tradiciones y supersticiones que, juntas, conformaban una manera de vivir y de entender la vida.

A medida que el tiempo me acercaba a los seis años, aumentaba en mí la ilusión de entrar con los demás muchachos en el patio de la escuela cada la mañana, pero de momento, hasta que llegara el día, me confortaba y disfrutaba viendo desde la puerta de la casa de mis padres a mis amigos con edad escolar formados en fila para entrar a la escuela. Uno de los mayores se acercaba al mástil y comenzaba lentamente el izado de la bandera, mientras los demás cantaban el *Cara al sol* con la frente levantada y la mirada perdida en el infinito del cielo sin buscar sentido al significado de las palabras. Al finalizar, con un “¡viva España!” convencional, la hilera sin perder la alineación iba desapareciendo de mi vista a través de la puerta de entrada en aquel lugar mágico, tan sugerente para mí.

Por fin llegó el tan ansiado día de participar de manera activa en la vida de la escuela. Era el comienzo de una aventura nueva, ya iba a ser uno más, uno de ellos. Ahora no solo compartiría los juegos en la calle, iba a compartir también nuevos acontecimientos que me ascendían a un grado superior tan esperado por todos los niños a esa edad, la nueva experiencia de ser ya mayor. Aquella mañana desde primera hora ya me encontraba nervioso, todo me parecía desconocido, era diferente. El paso que estaba a punto de dar me introducía en un mundo nuevo, donde don Juvencio había dejado de ser el hombre que

veía a diario en la calle. De pronto era el maestro y como tal, un personaje nuevo en todos los sentidos, yo lo percibía diferente, inmenso, majestuoso solemne. Pero no solo el maestro había cambiado en mi percepción, también mis amigos eran diferentes y de repente me parecían más interesantes de como los conocía en la calle, se manejaban con total desenvoltura en aquellos espacios para mí desconocidos. Don Juvencio, al que hasta ahora había visto como un hombre sin nada extraordinario, un hombre enjuto, de estatura corta y endeble de presencia, que para caminar hondeaba su cuerpo arrastrando una pierna, barbilampiño con cara de escasa armonía en sus facciones, ahora como por arte de magia lo veía alto y atlético, incluso me resultaba señorial y majestuoso. Aquella su nueva imagen me sugería la de un rey gobernando su imperio, aquel gran imperio que acababa de conocer donde todos se me representaban diferentes a como los conocía.

Luis, quédate aquí conmigo, me dijo acariciando mi cabeza mientras todos fueron tomando asiento en sus pupitres. Yo visiblemente nervioso permanecí a su lado en el umbral de la puerta y cuando cada uno estuvo acomodado en su asiento, con voz firme pero atenciopelada pidió silencio. Blandamente me impulsó hacia adelante, con la mano sobre mi hombro nos acercamos a su mesa y desde allí se volvió hacia el grupo que expectante esperaba lo que ya todos sabían: —Muchachos, ahora quiero que prestéis mucha atención para que escuchéis lo que tengo que deciros, es un día grande y quiero que lo vivamos con la importancia que merece. Hoy se incorpora un nuevo miembro a la escuela, todos lo conocéis de la calle, pero aquí es algo más, a partir de este momento es uno de los nuestros, de esta familia que formamos todos los que estamos aquí. Espero que todos pongamos lo mejor de nuestra parte para que se encuentre bien y disfrute mucho de este nuevo periodo de su vida que da comienzo ahora mismo, con este aplauso de bienvenida que vamos a darle.

Todos comenzaron a aplaudir y yo, contento por el protagonismo aunque ruborizado, me sentí incorporado de hecho y de derecho a la nueva familia. Y tras el maestro me dirigí hasta el pupitre que me tenía asignado para asistir a mi primera clase. Después, a lo largo del tiempo pude ir comprobando que este ritual se repetía cada vez que se incorporaban nuevos compañeros a la escuela.

La escuela, el patio escolar y la casa del maestro estaban contruidos en una explanada sobre una superficie elevada de aproximadamente metro y medio sobre el nivel de la carretera de tierra que cruzaba el pueblo de un extremo a otro. Un muro de piedras jalonado de acacias, castaños de indias y moreras delimitaba el recinto en la orilla de la carretera por la parte frontal.

Sobre el muro, una franja de tierra de aproximadamente un metro de ancha se extendía de lado a lado en la parte delantera del recinto, protegida por dentro con una hilera de piedras del río clavadas de punta para contener la superficie de la tierra sin desparrarse. Esta franja de tierra fértil estaba dividida en porciones uniformes de un metro perfectamente delimitadas igualmente con piedras del río, que en su conjunto formaban un jardín que adornaba el recinto. A cada alumno, don Juvencio asignaba una parcela desde el primer día que empezaba la escuela y a partir de ese momento era el responsable de su mantenimiento y disponía de total libertad de ella en base a su criterio para plantar lo que estimara más conveniente. Una vez al mes, un jurado formado por seis alumnos, acompañados por todo el grupo escolar con el maestro a la cabeza, hacíamos la inspección ocular y los miembros del jurado valoraban con una puntuación de uno a diez cada parcela. Los tres mejor puntuados recibían un homenaje de felicitación por los compañeros en un acto durante el recreo, que ese día se prolongaba de manera especial media hora más de lo habitual. A mí, como era habitual, aquella misma mañana se me asignó la responsabilidad de un huerto que recibí con gran alegría, era mi primera responsabilidad en

la vida, algo que nunca he podido olvidar. Con estas artes, don Juvencio nos estimulaba a superarnos e intentar siempre que nuestro pequeño jardín fuera el mejor, y más importante aún, sin nosotros saberlo nos inculcaba que en la vida tenemos que ser dueños de nuestra iniciativa y responsables de la parte que nos corresponde.

En el pueblo vecino, Arrolobos, que estaba a tres kilómetros de distancia, no tenían escuela por lo que sus escolares asistían a la nuestra. Cada mañana, lloviera o calentara el sol y por un camino de herradura, ya que no había carretera, los niños grandes y pequeños de Arrolobos rato antes de la hora de entrar ya estaban en el patio de la escuela jugando con nosotros a juegos generalmente autóctonos, aún no conocíamos el balón ni la pelota, incluso los bolindres que usábamos para jugar al gua eran bayas de alcorcho que traían los padres cuando iban a la siega a las tierras de Castilla, pasando de vuelta por La Alberca en cuyos bosques el roble campaba abundante por doquier.

En todas las casas se madrugaba mucho ya que a falta de luz eléctrica, radio o televisión la gente se acostaba pronto y la mayor parte se levantaba antes de amanecer, los hombres para salir a hacer carbón a la sierra y las mujeres para acarrear el agua de la fuente, porque tampoco teníamos agua corriente, y también para dejar recogida la casa y dispuestos los hijos para asistir a la escuela, antes de salir a trabajar los huertos. Los chicos, que seguían la dinámica familiar, se levantaban al mismo tiempo que los padres, desayunaban e inmediatamente sin reparar en la hora se iban a jugar al patio de la escuela. Con sus gritos despertaban a don Juvencio, que se veía obligado a madrugar sin querer, a pesar de haberlos advertido infinidad de veces de que no fueran tan temprano. Muchos días, para evitarle el madrugón a su mujer, se levantaba y se metía en la escuela con ellos hasta que llegara el resto y, ya a la hora de entrada, los que estaban dentro salían a la calle para hacer el ritual de costumbre y después todos juntos volver a entrar e iniciar la clase.

Los días de lluvia los chicos de Arrolobos el único resguardo que tenían para guardarse del agua era un capirote que hacían a un saco de esparto, que solamente les cubría la cabeza y la espalda, pero que de inmediato se calaba y en lugar de protegerles les aumentaba la calada. Estos, igual de madrugadores, solían llegar con la suficiente antelación y, como venían con las ropas caladas, encendían una hoguera bajo una gran higuera que había en un extremo del patio detrás de la escuela para secarse la ropa y calentarse. Con la brasa de la lumbre, llenábamos una lata de sardinas de kilo y medio que teníamos cada uno y con un asa de alambre la portábamos dentro de la escuela, la colocábamos bajo la mesa y manteníamos los pies y el cuerpo calientes. Con frecuencia, un pequeño descuido hacía que las brasas se desparramaran por el suelo, pero a pesar del inminente riesgo, nunca hubo que lamentar ningún daño. Al mediodía, como la jornada escolar era partida, los chicos de Arrolobos traían cada uno su comida en una fiambarrera de porcelana dentro de una fardela de tela. Normalmente constaba de un trozo de pan con una porción de morcilla o chorizo de la matanza, si aún quedaba, y un poco de queso de cabra, todo de elaboración casera ya que no existía otra posibilidad de proveerse. A veces, como alternativa, al pan, que siempre andaba escaso, asaban unas patatas en la brasa de la hoguera de la mañana y sentados alrededor de la lumbre daban buena cuenta de ellas acompañando la tajadas.

Los vecinos de Arrolobos, además de la escuela compartían con nosotros iglesia y cementerio, lo cual motivaba una relación estrecha entre los habitantes de los dos pueblos, por lo que nosotros los considerábamos y los tratábamos como si fueran del nuestro.

Don Juvencio vivía dentro del recinto escolar en la casa del maestro con su mujer, a la que decíamos doña Celia, tratamiento recibido no por méritos académicos sino por consorte, muy merecedora de la mayor consideración y respeto, además de por ser la esposa de don Juvencio, por su dedicación absoluta a nosotros. Era una mujer que proyec-

taba todo su instinto maternal frustrado, ya que no tenían hijos, en los muchachos de la escuela a los que dedicaba gran parte de su tiempo de manera altruista y con toda seguridad contagiada por el entusiasmo de su marido.

Doña Celia era nuestra médico y enfermera. Nos soportaba en su casa los días de lluvia que no había escuela, ya que don Juvencio, tras vernos a través de la ventana de su comedor calados bajo la lluvia recorriendo las calles, nos llamaba para que entráramos y nos ponía a hacer trabajos manuales con él. Allí, sentados alrededor de la camilla, calientes con el brasero de picón pasábamos la tarde entera hasta el anochecer. Doña Celia siempre disponía en la despensa de algún dulce de los que hacía para ellos pero que en más de una ocasión no llegaban a probar. En la escuela o fuera de ella, cuando alguno nos poníamos enfermo, era ella quien nos atendía en la medida de sus escasos conocimientos, recurriendo ante la duda al asesoramiento de su marido, que ante la falta de médico pensaba que su intervención inmediata era lo menos malo. El único médico que atendía a las alquerías de la zona residía en Nuñomoral a ocho kilómetros de distancia y venía una vez a la semana cuando las circunstancias se lo permitían puesto que el trayecto lo hacía a lomos de un mulo. Doña Celia era también quien preparaba y nos repartía la leche en polvo que nos enviaba, según se comentaba sin poder asegurar nada, una organización americana de ayuda a la infancia y que durante el recreo tomábamos con el fin de reforzar nuestra escasa y mala ingesta de nutrientes en la mayoría de los casos.

Don Juvencio vivía para nosotros, nuestra formación era su obsesión y su único objetivo. Era hurdano como nosotros, natural de Caminomorisco, pueblo a quince kilómetros del nuestro, antiguamente conocido como Las Calabazas. Pueblo natal también de Juan Martín Martín (Juan *Calabazas*), mendigo conocido por su escasa talla como *Calabacilla*, personaje contrahecho y esperpéntico inmortalizado por Velázquez en el cuadro titulado *El Bobo de Coria*, cuando ejercía como bufón oficial en la corte del rey Felipe II. Don Juvencio muy probablemente fue el primer maestro y, tal vez, el primer hurdano con estudios superiores. Durante su formación escolar, fue alumno del maestro don José Vargas Gómez durante aproximadamente tres años en la Segunda República. Fue precisamente don José Vargas quien puso en marcha en su escuela la experiencia vanguardista de las técnicas innovadoras del método Freinet y que posteriormente le costó serios problemas. Estas técnicas freinetianas debieron calar hondo en la personalidad de don Juvencio, que entendía por haberlas vivido que eran las que más se ajustaban a la enseñanza que necesitaban los chicos en un medio rural tan condicionado por la pobreza extrema y la carencia de todo lo elemental para una vida digna. Como hurdano era consciente de que si importante y necesaria era la educación oficial para salir de la situación precaria en que vivíamos, era urgente prepararnos para subsistir, al tiempo que en un proceso lento por las circunstancias sociales personales y familiares nos integrábamos en ella. Él conocía las carencias de las gentes de la tierra, la deplorable situación general de su manera de vivir y particularmente de la nefasta formación de los niños que los anegaba en un pozo sin salida. Tenía la clara conciencia de que la educación era la única forma de enmendar el pasado, pero más aún la enseñanza en todos los ámbitos de la vida y en ello empeñaba la suya en cuerpo y alma.

En la escuela perdía la noción del tiempo y hacía que nosotros también nos enajenáramos del mundo exterior. Para él, absorto en su trabajo solo contaba el momento presente y así sin darse cuenta se le pasaban las horas en el empeño de ablandar nuestras cabezas. Nosotros, que no teníamos preocupación ni siquiera por el tiempo, nos sentíamos firmes aliados y cómplices entusiastas de sus objetivos.

Doña Celia, nuestra paciente sufridora, era raro el día que no tenía que ir a la escuela pasadas las dos y media y a veces las tres de la tarde para recordarnos la hora. Se asomaba

a la puerta y con su voz serena, de finura y suavidad aterciopelada le decía: —Vamos Juvencio, que es la hora de entrar y aún no habéis salido. Tendrás al menos que parar un momento para comer, si tú no tienes hambre al menos hazlo por ellos que estarán hambrientos.

—Chicos, —nos decía don Juvencio— tenemos media hora para comer y todos aquí, que esta tarde al terminar la clase nos vamos de pesca al río.

No había terminado aún de comer el maestro y ya estábamos todos esperando en la puerta de la escuela. Enseguida llegaba don Juvencio que también era rápido en despachar la comida y continuábamos la lección. Cuando faltaban diez minutos para salir, mandaba a dos de los mayores que cogieran una azada del cobertizo y buscaran las lombrices para el cebo de la pesca y de paso que sacaran también a la perra para llevarla con nosotros. Tizona, que así llamábamos a la perra, era una más de la familia y exceptuando las clases, que las aprovechaba para descansar en el cobertizo, el resto del tiempo lo pasaba con nosotros. Me consta que también la perra era feliz.

A las cinco salíamos en tropel de la escuela. Cada uno tomaba su caña, esto era una vara recta de mimbre con una cuerda de guita fina de unos tres metros de larga, una pequeña piedra de río alargada atada haciendo de plomo y un anzuelo sujeto al extremo de la cuerda, y sin más demora con la perra zigzagueando entre nuestras piernas buscando las caricias de unos y otros, partíamos hacia el río que pasaba a no más de doscientos metros de la escuela. Allí continuábamos la clase de pesca y a la par la de ciencias naturales. Don Juvencio estaba siempre en acto de servicio, igual nos enseñaba supervivencia que estaba dispuesto a dar respuestas precisas y concretas sobre la marcha a cualquier pregunta referente a elementos de la naturaleza que íbamos encontrando a nuestra vista y que pudieran ser interesantes para ampliar nuestro conocimiento del medio.

El maestro, que llevaba la enseñanza académica a rajatabla, la complementaba con la escuela de la vida, la del día a día que nos tocaba vivir, pretendiendo así que supiéramos manejarnos en todos los ámbitos: —En la vida los conocimientos académicos son muy importantes pero no suficientes —nos decía—, tenemos que tener claro de dónde venimos para saber a dónde vamos y cómo vencer los obstáculos del camino pero sobre todo no olvidar nunca lo más importante, ser personas honestas. Sin firmes principios morales es muy probable que los conocimientos no sean suficiente para ganarnos el respeto y el aprecio de los demás.

Ahora, tras el ya largo tramo del camino de la vida recorrido, cuando por diversas circunstancias nos juntamos amigos o compañeros de la escuela, es raro que el recuerdo entrañable de don Juvencio no esté presente en parte de nuestras conversaciones. Todos coincidimos en que fue una suerte tenerlo como maestro, no solo de profesor. Todos compartimos la convicción, tras nuestra ya larga experiencia, de que era más partidario de formar personas íntegras y preparadas para afrontar una vida digna, que eruditos, que sabía era imposible. Recordamos entre otras muchas cosas, una frase que con frecuencia nos decía y que nunca olvidaremos que lo definía perfectamente: “Las cosas hay que hacerlas como Dios manda sin necesidad de que nos mande nadie”.

Era nuestro maestro, maestro en el más amplio sentido de la palabra porque no solo nos enseñaba sino que nos transmitía el sentimiento y la pasión por lo que nos enseñaba. Recuerdo el día que nos dijo en clase de lengua: —Hoy vamos a conocer la poesía de cerca, voy a recitaros un poema y después lo comentamos, ahora escuchad con atención— y empezó:

—“...El buen labriego orgulloso —se sonreía y lloraba —pasito a paso en su mula —por la tierra castellana, —va el labriego hacia la aldea —envuelto en su capa parda.

—Setenta otoños arrugan —la acuarela de su cara, —sus hijos mozos curtidos —están a pelear por España —uno en el frente de Soria —el otro en Guadalajara..”

Estos fragmentos desvinculados son lo poco que aún queda en mi recuerdo de aquel poema que prendió la mecha de mi pasión por la lectura que aún hoy persevera. Lo que el tiempo no ha conseguido borrar de mi mente es la voz del narrador en mi oído, ni aquella expresión apasionada que daba vida al relato y que como por arte de magia había transfigurado a un sencillo y poco agraciado maestro rural en un sublime y majestuoso personaje de leyenda.

Al finalizar simplemente dijo: —Por hoy lo dejamos aquí, espero que os haya gustado, mañana continuaremos. Como habréis podido comprobar, la poesía es apasionante ya que cuenta una historia grande con menos palabras pero con un sonido más armónico.

Las normas de urbanidad y de higiene personal era algo que don Juvencio nos enseñaba y nos exigía con rigor. No solo nos hizo entender la importancia de los conocimientos académicos, se preocupó de hacernos ver y entender que el saber comportarse y la presencia física son fundamentales para ganar la consideración y el respeto social. Cuando menos lo esperábamos y solía hacerlo con frecuencia, al entrar por la mañana en la escuela nos pasaba revista y después sin dirigirse a nadie en concreto hacía de forma general una reprensión, decía:

—No olvidéis que la compostura y la higiene es lo que más nos diferencia de los animales y compruebo que aquí hay muchos que se diferencian poco de ellos. En general, todos tenéis que mejorar en lo de la higiene, unos más que otros. He visto uñas más parecidas a las de un cernícalo y tan sucias que dan asco verlas, he comprobado también que algunas orejas están tan llenas de suciedad que en ellas se podrían sembrar cebollinos, hay cabezas que más que pelo parece que tienen escarpas y bien podrían parecerse a un erizo, pies hay también que dan la impresión de haber salido de una pocilga. Y aún he comprobado algo peor y que no voy a consentir, algunos apestan a vino, espero que sea la última vez que tenga que decirlo porque en la escuela no permitiré entrar a ninguno que venga en estas condiciones. Aunque vuestros padres os digan que el vino da energías y que es bueno, no es cierto y están equivocados, el vino no es para niños y para mayores solo lo es cuando lo toman con conocimiento, y como veis a diario, hay muchos mayores que demuestran tener poco y lo poco que tienen lo pierden cuando lo toman en demasía. De la vestimenta no os voy a decir nada a vosotros pero sí que le digáis a vuestras madres que en las casas no hay agua corriente pero que en el río sí. Que ser pobre y llevar un remiendo no lo podemos evitar, pero sí se puede evitar ir sucios y descosidos. Espero no tener que repetir esto mismo mañana, porque para poder convivir hay que guardar unas normas y quien no las guarde tiene que vivir apartado del resto. —Al día siguiente todos acudíamos a clase perfectamente aseados y nadie en particular se sentía ofendido. Cada uno sabía a quién se refería sin necesidad de ponerlo en evidencia ante los demás.

Lo que suponía para don Juvencio una batalla diaria era la lucha con algunos padres para que los hijos asistieran de manera continuada a la escuela, ya que cualquier pretexto les valía para justificar su ausencia. La mayoría de los padres eran analfabetos y no valoraban la educación puesto que desde su punto de vista no era necesaria para ganar de comer, ellos no sabían leer ni escribir y no lo precisaban. Cuando alguno de estos alumnos faltaba a clase, al día siguiente el maestro le preguntaba el motivo de la ausencia y el muchacho le decía para justificarlo:

—Ecque mi padri y mi madri ectuvieron sembrandu los garbanzus en jundu caminu y en cuantis que acabarun, pa que las pegochas no se jincaran los granos que habían sembrao, me queé allí pendiente

pa jusealas. Dic mi padri que son unas julandronas y que en cuantisque se da unu la guerta los escarban y se los engilan tos, asinque me tengü de queá pa epantalas.

Los niños en la medida de sus posibilidades contribuían en las faenas del campo aunque la mayoría, y cada día más, lo hacían fuera del horario escolar con tal de no faltar a la cita con su maestro.

A comienzos del verano con la *Enciclopedia Álvarez* ya exprimida llegaba la fecha del juicio final, era el último día y don Juvencio tenía la mañana repleta de actividades para despedir el curso escolar. Empezaba la jornada con competiciones de distintas habilidades tanto en juegos como en deportes. A continuación, seguíamos con la valoración del jurado para determinar el ganador del premio al mejor jardín del curso. Y para terminar, procedíamos a la entrega de premios y calificaciones.

Don Juvencio, la nota de calificación no la basaba exclusivamente en los conocimientos adquiridos por el alumno, que en caso de una valoración negativa podría verse desmotivado para continuar. Él para evaluar consideraba fundamental la participación del colegial, el interés mostrado y su afán de superación, y en estos criterios basaba los elementos de juicio pero partiendo siempre del aprobado. Consideraba que hacer una valoración exclusivamente sobre el conocimiento académico podía ser injusto, porque cada niño partía de una circunstancia personal diferente que condicionaba sus posibilidades, para algunos ya el simple hecho de acudir a clase merecía ser considerado como un gran mérito.

El número máximo de alumnos al que llegamos en la escuela en un curso fue de setenta y dos, y nunca hubo un curso con menos de cincuenta y ocho. Con lo cual, teniendo en cuenta que la escuela comprendía todas las edades, lo normal con un único maestro habría sido que fuésemos todos analfabetos y que don Juvencio hubiese terminado loco. Pero afortunadamente no fue así y todos tenemos los conocimientos suficientes para una vida digna. Don Juvencio terminó sus días como siempre vivió, perfectamente cuerdo y con nuestra eterna gratitud.



Grupo de niños en la puerta de la escuela, vestidos de fiesta.



Hermanos Domínguez.

DE CHICA DE CIUDAD A MAESTRA DE PUEBLO

(Mención honorífica)

Marta Muñoz Galilea
(Fuenmayor y Alberite, La Rioja)

Yo, chica de ciudad, ¿por qué no dudé en poner la escuela rural como primera opción para mi primer destino como funcionaria de carrera? No lo sé. Quizás fuera por los veranos de mi infancia en el pueblo, donde teníamos más libertad que nunca, donde nos juntábamos primos y amigos en la misma casa y siempre había sitio para alguien más. Por esas cenas ligeras, con ensalada de tomate de la huerta y tortilla francesa hecha con huevos de las gallinas del vecino. O por los desayunos de tostadas de pan recién hecho que traía el panadero en su furgoneta.

Acababa el verano y volvíamos a la ciudad, a la rutina, al colegio y las extraescolares, el tráfico, las prisas, las obligaciones.

Siempre me gustó la naturaleza, la sentía parte de mí. Porque es así, somos naturaleza y nuestra esencia es esa, aunque a veces se nos olvide. Cuando cumplí la mayoría de edad y aprobé el examen del carné de conducir, lo que más me gustaba era tener la libertad de poder salir de la ciudad e ir a cualquier pueblo cercano, a respirar su tranquilidad. Puede que también tuviera que ver aquella lectura obligatoria de la carrera que contaba la vida de una maestra joven destinada a un pueblo del Pirineo Navarro. Todo comenzaba con el cambio de vida radical que aquel destino había supuesto para la protagonista, quien finalmente terminó siendo parte de la vida rural y sus gentes. Algo idílico, un pueblo de montaña, de esos que se quedan aislados cuando llegan las nieves. Reconozco que no buscaba algo tan... “auténtico”. A mí me valía con un pueblo donde poder abrir la escuela al entorno, donde poder tener relación con los habitantes, sin tener que hacer una instancia general como ocurría en la ciudad.

El estudio de autores como Freire, Dewey, Montessori o Steiner también influyó en mi forma de ver la educación. Ellos ponían el foco en la persona, en el alumno, como protagonista de su aprendizaje. Daban un espacio importante a la interacción con el contexto real y la naturaleza. Aquello, sumado a que tenía una compañera con un proyecto para crear una “Escuela Bosque” en su pueblo, avivaron aún más mi interés por este tipo de metodologías y los entornos naturales. Aún no ejercía como maestra, así que mientras estudiaba (más), ayudaba a mi compañera a iniciar su proyecto. Nos formamos en Educación Asistida con Animales, un mundo, bajo mi punto de vista, apasionante. Si se hace bien, como todo. La profesionalidad, el bienestar animal, los protocolos y la seguridad, son indispensables. De lo contrario, algo maravilloso puede convertirse en una pesadilla para todos.

Durante un tiempo, apoyaba las sesiones de Educación Asistida con Caballos y niños con Trastorno del Espectro Autista. Creo que nunca llegaré a encontrar las palabras correctas para describir la conexión que se siente en este tipo de sesiones. Es indescriptible.

Volviendo a mis preferencias laborales, podía haber intentado quedarme en la capital, ir andando al trabajo, no depender del tráfico. Pero reconozco que no era una opción, no lo dudé, elegí la escuela rural. Tuve suerte, mi primer destino fue un colegio de un pueblo cercano donde se trabaja en equipo y se innova, con sentido. Yo, maestra de Pedagogía Terapéutica, con energía y ganas de innovar, me presenté en aquel centro educativo en

pleno 2020, cuando “La Pandemia” y los planes de contingencia nos obligaban a mantener las distancias, físicas, sociales y emocionales.

Mal asunto para mi objetivo de llevar mi práctica docente más allá de las paredes del aula.

Trabajábamos con la mascarilla puesta, la voz quebrada y el miedo en el cuerpo. Se crearon los “grupos burbuja”, no había interacción alguna entre clases, por seguridad. El patio estaba dividido en zonas, una para cada clase o “grupo burbuja”. Sin embargo, yo, como maestra que intervenía en todos los grupos, recorría el colegio entero, de Infantil a Primaria. Entraba y salía de las clases sintiendo cómo iba explotando las famosas burbujas. Sentía el peso de la responsabilidad de pensar que, si yo me contagiaba, repartiría el virus por todas las clases. Me sentía como esos mosquitos que transmiten enfermedades y van y vienen libremente. A pesar de las restricciones y los miedos, enseguida hice relación con mis nuevos compañeros. Los viernes, al salir, nos quedábamos a tomar algo en la terraza del bar más cercano. Era el momento en que nos veíamos las caras sin mascarilla entre sorbo y sorbo.

Aquella época la incertidumbre era constante, solo pensábamos en sobrevivir, no en innovar. Así que la idea inicial de crear comunidad en el pueblo, enseguida quedó en otra dimensión. Ya ni siquiera en otro plano. Suficiente teníamos con llegar sanos a fin de curso.



Una de las sesiones de enriquecimiento en el aula ordinaria.

Poco a poco la situación se fue relajando, pasó el verano y comenzamos un nuevo curso, aún con planes de contingencia, pero más flexibles. Ya la incertidumbre no era la misma, el miedo se acentuaba en cada nueva oleada de positivos, y fue ahí, tras dos vacunas puestas, cuando yo me contagié. Fueron unas navidades... especiales. Confinada, sin mi familia, pero satisfecha ya que recibí una bonita postal de uno de mis alumnos felicitándome la Navidad.

Quizás no había podido hacer un gran proyecto social desde el colegio, pero... ¿no había conseguido el objetivo de llevar la escuela más allá del aula? Detrás de aquel detalle, había una madre que se preocupó por contactar con una de mis compañeras y pedirle el favor de conseguir mi dirección y enviar aquella postal, había una compañera dedicando su tiempo para agradecer a esa madre y, por supuesto, había un alumno queriendo tener un bonito detalle con su maestra.

Durante aquel curso, la chica de ciudad se mudó a un pueblo del área metropolitana. No era el pueblo perdido en la montaña, pero tenía varios caminos en la puerta de casa para pasear libremente con mis perros. Nada mal, aunque ahora tenía más distancia al centro educativo y por eso probé suerte y pedí el traslado a un pueblo cercano, a tan solo 5 km de mi nueva residencia.

Sin ninguna esperanza, un mes antes de finalizar el curso, me enteré de que me habían asignado mi nuevo colegio, al lado de casa. Tenía un mes para despedirme de mis alumnos, mi aula, mis compañeros y el sueño frustrado de desarrollar un proyecto importante en aquel lugar. Este nuevo pueblo era más pequeño. En cuanto a población no era significativamente menor que el anterior, pero el ambiente era más rural. Un pueblo cerca del río, de no más de 2.500 habitantes, el entorno perfecto para educar en comunidad. El entorno perfecto para desarrollar mi primer proyecto de una metodología que me llamaba desde hacía tiempo: el Aprendizaje y Servicio.

Aprendizaje.

Y.

Servicio.

Aprender (y enseñar) mientras se presta un servicio a la sociedad. La metodología más ilusionante para mí, aunque no la única. Nunca me han gustado los extremos, en ninguna versión. Una metodología puede ser muy buena, pero no debe ser la única, pues nos perderíamos los beneficios de la diversidad de enfoques. En definitiva, era mi momento de comenzar tímidamente con algún pequeño proyecto. Nunca había tenido la oportunidad, nunca antes había estado el tiempo suficiente en un centro para poder desarrollarlo en un entorno seguro, libre de COVID.

El curso comenzó, con ilusión. Con un aula amplia, llena de materiales y con vistas a los campos de cereal. Unos compañeros agradables y un alumnado maravilloso. A diez minutos del colegio, el río. ¿Qué más podía pedir? Fue fácil, el equipo directivo dio el visto bueno a mi idea y a los alumnos les encantó la propuesta. “Chicos, vamos a hacer un proyecto en el que prestemos un servicio al pueblo. De lo que queráis, medio ambiente, sociedad, salud... Vía libre. ¿Qué se os ocurre? ¿Cómo podemos empezar?”

Ellos conocían el pueblo mejor que yo, como es obvio. Pasan sus tardes en la calle, después de hacer los deberes. En verano recorren la ribera del río de cabo a rabo. Algunos van al parque, otros trepan árboles y cazan pequeños roedores. Se bañan en las pozas junto a “Las Cascadas” o en la piscina municipal, según el día. Recogen los huevos de sus gallinas, ayudan en las huertas y pasean con sus perros sin correa. En resumen, disfrutaban de una infancia no libre de tecnologías, pero sí con menor presencia de ellas.

La única condición que les puse para elegir nuestro proyecto es que tenía que ser en colaboración con alguna asociación del pueblo. Así que lo primero que hicieron fue investigar sobre las asociaciones que había y fueron descartando aquellas con las que no veían adecuadas.

Finalmente, la clara ganadora fue la Asociación de la Tercera Edad. ¿Y ahora qué? ¿Qué servicios podíamos aportar a estas personas? ¿Cuáles considerábamos que eran las necesidades que podía tener este colectivo?: compañía y uso de la tecnología. Lo tenían claro. Todos los alumnos hablaban de las veces que tenían que enseñar a sus abuelos a usar el móvil. Estaba claro que eso era lo que les íbamos a proponer: clases para usar el móvil. Antes de nada, contactaron con el presidente de la asociación. Tras una reunión formal en la que expuse al señor presidente y al señor tesorero de la asociación nuestra idea y nuestra planificación, accedieron encantados. “Un curso de uso del móvil gratis... ¡cómo vamos a decir que no!”

Pasamos el primer trimestre del curso programando las sesiones y los contenidos que se iban a desarrollar, dedicando una hora a la semana para ello. Esta labor fue tremendamente enriquecedora ya que los alumnos tenían que tener en cuenta las características de sus futuros pupilos, la complejidad de los contenidos para graduarlos progresivamente de menor a mayor dificultad, etc. Redactaron el proyecto, fijaron fechas, todo listo para comenzar después de las vacaciones de Navidad.

Llegó el ansiado momento de comenzar las clases, siendo los alumnos maestros; los adultos, alumnos; y yo, maestra, observadora. Podría contar todo lo que hicimos, todo lo que enseñamos y todo lo que aprendimos. Pero mejor os cuento que a día de hoy, cuando se ven por la calle, los mayores saludan a los niños con un “¡Eh! ¡Profe!”. ¿No es maravilloso?

Después de tres años, seguimos con el proyecto. Hace un año aprendimos sobre la etnografía de nuestro pueblo. Los mayores nos hablaron de su infancia, de los juegos, los edificios del pueblo que ya no están, las herramientas de trabajo, las costumbres que había entonces...

También investigamos sobre una gran casa vieja que hay en el pueblo, cuya propietaria fue ni más ni menos que doña Urraca Garcés, hija del rey García Sánchez III, apoderado el de Nájera. Nos documentamos sobre las leyendas que hablaban de pasadizos secretos que recorrían el pueblo desde aquella casa a la iglesia. No llegamos a encontrar ninguna evidencia, pero aprendimos mucho.

Por su parte los pequeños enseñaron a los abuelos juegos de mesa modernos. Algunos gustaron, otros no tanto, ya que eran demasiado difíciles para ellos, decían.



Aprendiendo juegos de mesa modernos.

También les enseñaron a hacer carteles con diseños digitales. “¡Qué bien nos viene para anunciar cuándo hay bingo en la Sede del Jubilado!”. Qué decirs... esta asociación ahora es la envidia de todos los pueblos del valle. Y no es para menos, pues llegamos a crear un museo etnográfico en la Sede del Jubilado, abierto al público. Por las mañanas, mayores y pequeños mostraban su trabajo a todo visitante del pueblo y forastero. Por las tardes, los abuelos eran los encargados de atender el museo.

En la despedida antes del verano, una de las mujeres que participaba en el proyecto nos reconoció, con lágrimas en los ojos, que estaba en un momento vital muy complicado y que cada viernes se animaba gracias a esta experiencia.



Documentándonos en una visita a un pequeño “museo” del pueblo.

Llegamos a tal punto de colaboración con la asociación, que en un congreso de Aprendizaje y Servicio nos llegaron a comentar que nuestro proyecto había ido a un nivel superior. Ya no dábamos un servicio a la Asociación de la Tercera Edad sino que ahora la alianza colegio-asociación era la que daba un servicio al pueblo. Y tenían razón. Nuestro horizonte ahora era mayor.

En el presente curso nos hemos centrado en la vegetación de nuestro entorno. Nuestro equipo de veteranos son expertos en ello. Muchos tienen huerta con árboles frutales o han trabajado el campo en alguna época de su vida. Organizados por grupos, seleccionaron sus árboles favoritos: higueras, álamos, sauces, viñas, cerezos, almendros y olivos. En torno a ello, todo el trabajo: crearon poesías, cuentos y cuadros de cada árbol. No sin antes haber investigado sobre ello. Salimos de caminata en pleno invierno y plena primavera, pero poder observar las diferencias en nuestros árboles.



Parte del equipo docente y representantes de la asociación exponiendo nuestra experiencia en la Universidad de La Rioja.

Debido a las incesantes lluvias y las obras que se han realizado en la ribera del río, no hemos podido llevar a cabo una actuación en el entorno como teníamos pensado. Pero esto no es algo que nos desanime, al contrario, es parte de la intervención. Aún tenemos muchas cosas por hacer.

Todo esto que os cuento se lleva a cabo durante el horario lectivo, dentro de mi trabajo como docente, de las horas de clase de los alumnos y del tiempo libre de nuestros abuelos. Pero ahora el vínculo va más allá. Cuando hay algún evento importante, nos apoyamos mutuamente abuelos, niños y maestros.

En mi caso, en los últimos meses, he vivido la experiencia de publicar un cuento y promocionarlo por las distintas bibliotecas y salas culturales de mi entorno. ¿Os digo quienes van a todas las presentaciones que hago por los pueblos de alrededor? Ellos, “nuestros abuelos”. También muchos de mis alumnos y sus familias, llegando a intervenir en las presentaciones ayudándome a contar la historia. Mi historia, nuestra historia, porque ya la han hecho suya.



Exposición de mi cuento con la presencia de alumnos, familias y abuelos participantes del proyecto.

De esta experiencia, a caballo entre lo profesional y lo personal, ha surgido un nuevo vínculo: la biblioteca del pueblo dirigida por un bibliotecario con las mismas ganas que nosotros de abrirse a la comunidad. Casualidades que nos han llevado a tener ya encaminado el siguiente proyecto: crear un club de animación a la lectura. Todos estamos ilusionados, pues poco a poco somos más en esta andadura. De modo que creo que sí, podemos hablar de un objetivo cumplido: hemos creado comunidad más allá de las paredes del aula.

Y seguiremos en ello, mientras este mundo loco y cambiante nos lo permita. Porque no necesito evidencia científica para saber que este tipo de metodología es la fórmula para lograr una sociedad más justa, más libre y menos individualista. Y el medio rural es el entorno perfecto para vivenciarlo.

MI INFANCIA SON RECUERDOS DE UN PATIO...

(Mención honorífica)

Laura Sánchez Lozano
(Pezuela de las Torres, Madrid)

*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.*
Antonio Machado, *Campos de Castilla* (1907-1917)

INTRODUCCIÓN

Referenciando al inicio del poema “Autorretrato”, de Antonio Machado, mi infancia son recuerdos de un patio, pero no de Sevilla. Mi infancia sí que tuvo un huerto claro donde maduraba el limonero, así como mi juventud estuvo marcada por las tierras de Castilla. No obstante, a diferencia del gran autor, hoy sí que vengo a contar mi historia y a recordarla.

Desde que nací en 2003 hasta 2019 (16 años) viví en un pueblo entre Castilla-La Mancha y la Comunidad de Madrid llamado Pezuela de las Torres, por lo que mi infancia está plagada de tardes en el campo, noches “al fresco” y paseos por la naturaleza. Pero también lo está de tardes en el huerto, recogiendo las judías verdes con mi padre y picándolas en las noches de verano. También lo está de varear olivos y recoger aceitunas en las tierras de mi abuelo. De despertar con el sonido del gallo, el cual era mi vecino. Y con el olor a estiércol, oveja y tractor.

Sin duda alguna, mi vida o mi historia se ha visto muy influida por la vida rural. Y esto también se aplica a mi educación, especialmente mi educación primaria, pues sin esta primera educación o base que recibí, jamás me habría convertido en la persona que soy ahora. Al nacer en un pueblo pequeño, mis padres decidieron que comenzaría a ir a la escuela del pueblo, un Colegio Rural Agrupado denominado “Amigos de la Paz”.



Foto mía jugando en el parque
con los niños del pueblo.

CÓMO FUNCIONA UN CRA (COLEGIO RURAL AGRUPADO) ACTUALMENTE

La escuela rural constituye un tema crítico, y más en la actualidad. Concretamente, las escuelas rurales agrupadas surgen como respuesta a la fuerte despoblación sufrida en zonas rurales de España. Se denominan así porque son pequeños colegios independientes en cada localidad, pero que se agrupan para conformar un único colegio, con una organización y denominación conjunta. Generalmente, el otro elemento distintivo de los colegios rurales agrupados es que conforman grupos reducidos y multinivel, es decir, proponen que en una misma aula se encuentre el alumnado de 3º, 4º y 5º de primaria, por ejemplo. No obstante, al reducirse la ratio se puede permitir teóricamente una personalización del proceso de enseñanza y/o aprendizaje, siendo así respetuosos e inclusivos con el alumnado.

El surgimiento de estas escuelas bebe de la idea o posibilidad de fusionar el futuro más prometedor, fruto de una enseñanza individualizada, combinado con la enseñanza o crianza basándose en las tradiciones de su entorno. Esto se debe a que, para facilitar poder realizar vida en entornos rurales, se ofrece esta alternativa educativa cuando hay pocos niños en un pueblo o no los suficientes para conformar una escuela al uso.

No obstante, estas escuelas poseen “connotaciones negativas, como la baja calidad o peores resultados que su homónima urbana, atribuidas con carácter externo, han servido para explicar numerosos cierres de escuelas pequeñas desde finales de los 50”¹. Generalmente, el elemento que más he oído a lo largo de mi experiencia es que este tipo de educación, además de resultar un verdadero reto para el profesorado, suele desencadenar malos resultados en estudios superiores, como la Educación Secundaria Obligatoria (ESO). Por ejemplo, de las seis personas que nos graduamos de mi promoción, tengo constancia de que yo he sido la única que no ha repetido ningún curso a lo largo de mi formación académica. Pero todo esto son solo los datos o los estereotipos de esta tipología de escuela. Y por eso hoy vengo a contar mi historia, mi realidad como alumna durante nueve años en este centro.

LAS INSTALACIONES

Mi casa durante más de nueve años, el CRA Amigos de la Paz de Pezuela, contaba con unas instalaciones muy precarias y rudimentarias. El colegio estaba compuesto por dos edificios: el principal, donde daban clase los alumnos de primaria, y el de infantil, con dos aulas pequeñas construidas posteriormente cuando el alumnado del colegio comenzó a crecer. En el otro edificio, construido posteriormente, se notaba la ligera innovación en las instalaciones: Con el paso del tiempo incluso obtuvieron pizarras digitales para poder introducir de otra forma la tecnología a los niños. Lo que más recuerdo de mi aula de infantil es lo siguiente.

Recuerdo las actividades que realizábamos: dibujar, realizar números y formas con punzones, o al menos en estas primeras etapas. Además aprendimos obviamente a leer, escribir, sumar y restar. También realizábamos una asamblea todos los días para hablar con mi profesora Vanesa, ya sea de futuros proyectos, como de excursiones, o incluso qué tal ha sido nuestro fin de semana. No obstante, lo que más recuerdo fue que, en cuanto terminábamos nuestras tareas, podíamos elegir un “rincón” de la clase, en el cual había diferentes juegos o formas de entretenimiento para los niños. Algunas opciones

¹ Hernández, 2000; Santamaría, 2012; Vigo y Soriano, en prensa. (N.A.).

eran: la casita (donde jugábamos a ser mamás y papás), los disfraces, la zona de tecnología, donde teníamos a nuestra disposición dos ordenadores para jugar a videojuegos educativos como “Paca la Vaca”. Otros lugares eran la zona de puzzles o la biblioteca, siendo estos dos sitios mis preferidos para pasar mis ratos libres. Sin embargo, de esto hablaremos de forma más profunda posteriormente.

Ahora bien, el edificio principal contaba con dos plantas: La planta baja, a la que se accedía a través de una rampa demasiado empinada, que usábamos más como tobogán que como una rampa al uso. Otro acceso a esta planta baja eran las escaleras, que con el paso de los años se fueron deteriorando y rompiendo paulatinamente. Una vez accedías a la planta baja tenías un gran pasillo o una sala principal, y en cada lado de ésta, había un aula.

El aula de la derecha era donde comenzaba tu recorrido por primaria, es decir, ahí se agrupaban los cursos de 1º y 2º de primaria. Además, suponía la clase que menos innovación había sufrido con el paso del tiempo, ya que suponía el territorio de la misma profesora que dio clase en el colegio durante más de 50 años. De hecho, y a modo de anécdota, puedo confirmar que dio clase a mi padre (32 años de diferencia), a mí misma y a mi hermana (4 años menor). Por tanto, ha dado clase a más de dos generaciones de cada familia del pueblo, y, por tanto, al ser la veterana de la escuela, su aula no varió lo más mínimo durante mis años de escolarización.

En el aula de la izquierda estuve durante 3º, 4º y 6º de primaria, y era sin duda la más amplia del colegio. Teníamos espacio para guardar documentos, juegos de mesa, los (pocos) instrumentos que teníamos, etc. Además, por esa aula han pasado muchos más profesores, tanto fijos como interinos, por lo que también varió su decoración notablemente y su distribución. En esa aula ha sido donde he pasado más tiempo, y también donde mejores recuerdos guardo o conservo. En ella descubrí lo mucho que me gustaba la poesía, pero también me pasé horas jugando el día que llovía y no podíamos salir al patio... Sin duda alguna, la nostalgia de mi infancia se reduce a esas paredes.

Ahora bien, antes de subir al piso de arriba teníamos los dos baños, tanto de chicos como de chicas, y ambos estaban muy anticuados: para tirar de la cadena literalmente había una cadena, uno de los tres baños estaba siempre averiado, el agua sabía a hierro, y estaba totalmente destrozado en cuanto a mobiliario.

Por último, antes de acceder al piso de arriba, se situaba un pequeño cuartito o almacén debajo de las escaleras (porque obviamente no contábamos con un ascensor) y en ella se creó una sala multiusos, pues servía como sala de profesores, almacén, zona de fotocopias, enfermería, zona de microondas... La verdad es que era mágico cómo los profesores podían apañarse con una diminuta alacena debajo de las escaleras para albergar tantas cosas en un único espacio.

Al subir las escaleras encontrabas otras dos aulas: la primera era la sala de ordenadores, donde teníamos tres ordenadores operativos para las clases de tecnología. No obstante, estos ordenadores estaban tan obsoletos que raramente funcionaba más de uno a la vez, lo cual nos dificultaba mucho adquirir la competencia básica de la electrónica o tecnología en nuestro centro. Cabe destacar y añadir que esta aula también era el aula de castigo.

La última aula era donde estuve únicamente un curso: 5º de primaria, pues al estar en el segundo piso era más difícil acceder, y con los pocos niños que éramos dejaron esta aula posteriormente para las clases de refuerzo y repaso, ya que podíamos agolparnos más cursos en el aula de debajo de la izquierda.

Como podéis ver, no he mencionado ni aula de música, ni biblioteca ni gimnasio: la asignatura de música se impartía en el aula de cada curso, luego cada aula tenía una

mini estantería con 4 o 5 ejemplares totalmente desactualizados para poder leer, y el gimnasio suponía el gimnasio/pabellón de todo el pueblo. Una anécdota común entre todos los estudiantes era que, cuando hacías educación física un lunes, siempre te encontrabas los restos del aperitivo popular del domingo, como huesos de aceituna, entre otros elementos. Además, recuerdo ese sitio con un olor muy característico, y para nada agradable: el olor a vino/cerveza rancia sumado al olor de paloma, pues constantemente se colaban en el polideportivo, quedándose atrapadas entre las tuberías y altos techos. No obstante, sí contábamos con un pequeño patio para hacer educación física cuando hacía buen tiempo, pero nuestros principales juguetes eran la pista de fútbol, en la que no había porterías, tenías que imaginarlas.

Además, también contábamos con bastantes árboles o vegetación y algunas gomas de ruedas para poder sentarte sin mancharte, pues todo estaba repleto de arena. Por último, no debemos olvidar el juego libre, donde la imaginación suplía la falta de recursos. Por tanto, las instalaciones (como bien he anticipado previamente) eran demasiado precarias, rozando lo inseguro para algunos niños. Pero esto es algo muy común que pude aprender en mi colegio: con los pocos medios que teníamos, intentábamos construir algo grande.

LOS NIÑOS

A su vez, recuerdo que a lo largo de mi época escolar el alumnado total oscilaba entre los 40-50 alumnos, comprendiendo las edades de entre 3 y 12 años. Además, cabía destacar que en ocasiones había algún curso que no tenía ni un solo niño, como era el caso de la promoción de un año menos que yo, los niños del 2004, lo cual resulta algo muy significativo. Todos los niños que acudían a esta escuela vivían en el pueblo, durante mi estancia he de decir que no vinieron niños que residieran en otras localidades próximas. En todo caso, algunos padres que vivían en Pezuela de las Torres apostaban por educar a sus hijos en otras escuelas en otros pueblos cercanos, como Villalbilla, el cual poseía una oferta más amplia de colegios y escuelas, e incluso algún colegio concertado.

No obstante, a pesar de estos datos, en este apartado también me gustaría incluir un aspecto que guarda relación con los niños del colegio y que también influyó durante mi infancia y mi educación en la escuela rural: el *bullying* que recibí. No por ello implica que mi experiencia se pueda aplicar al resto de los centros de estas características, pero no podía extraer esta información de mi relato, ya que no estaría siendo del todo honesta conmigo ni con quién me esté leyendo. Debemos además destacar que este *bullying* se produjo por muchos factores: el primero es que yo desde los inicios era una niña “rara”, es decir, no seguía los cánones propugnados en ese momento, lo que hizo que en ocasiones me quedara sola. Y honestamente, durante los primeros años no me molestó ni lo más mínimo, puedo decir que a veces elegía esa soledad.

Sin embargo, al inicio la soledad no te afecta, pero poco a poco te acaba consumiendo. Y eso fue una de las enseñanzas más relevantes de mi vida, aunque me hubiese gustado tardar algunos años más de mi vida en aprenderlo. Inicialmente, repito, solo estábamos la soledad y yo. Nadie nos hacía daño aparentemente. Pero poco a poco la soledad fue dando paso a burlas, miradas, primeras intimidaciones... Y eso supuso el inicio de todo. Otro aspecto que influyó fue que, al ser tan pocos en el colegio, mi “rareza” destacaba de más. Desde el inicio fue calificada como “lista”, “superdotada”, “trabajadora”, lo cual hizo aún más complicado quitarse esa etiqueta. Y esta información no solo estuvo presente en mi curso, sino en todo el colegio, debido al número tan pequeño que éramos.



Mis compañeros (fila de abajo)
jugando en la arena y yo.

En resumidas cuentas y en mi más honesta opinión, esta tipología de colegio por mucho que abracen esa diversidad se nota mucho, lo cual facilita casos de aislamiento de aquellos niños “raros”, siendo carne de cañón para un futuro *bullying*. Justo como fue mi caso.

Desde infantil existieron pequeños vestigios, como amenazas, la soledad ya mencionada... Pero no explotó todo hasta 4º de primaria, siendo 5º de primaria el año más complicado. Durante estos dos años las amenazas estuvieron a la orden del día, así como las agresiones (tanto verbales como físicas). Recuerdo caminar con miedo por aquellas calles del pueblo, no querer ir al colegio. Recuerdo no querer encender el móvil para evitar mirar el grupo de clase, no querer salir al recreo y esconder libros bajo la chaqueta para calmar el aburrimiento en los recreos. El no sentirme segura ni en mi propia casa, ya que a veces lanzaron piedras por mi patio, en cuanto escuchaban mi voz. Recuerdo tantas cosas y a la vez tan pocas. Solo recuerdo que en algún momento decidí dejar de callarme. Poner fin. Hablar con quien resultara necesario, aunque no supiera poner en palabras lo que estaba sucediendo, ni definir el concepto “bullying”.

Solo sé que me tiré años yendo al hospital con un dolor en la boca del estómago y en el pecho incurable, fruto de la ansiedad que me causó esta situación. Los médicos, tras tantas visitas, lo calificaron de “ataque psicósomático”. La escuela, tras tantos años de no verlo, lo llamaron “protocolo antibullying”. La gente del pueblo, tras tantos años de verlo, dijeron que era una exageración, que eran cosas de niños. Y yo lo único que sé después de tantos años es que prefiero no acordarme y quedarme con lo bueno que me aportó el colegio. Decidí cortar vínculos con todo el pueblo en cuanto empezara el instituto en otro centro para evitar que se repitiera esta situación en la ESO. Sin embargo, de lo único que no aprendí, irónicamente, fue de los niños de este colegio. Nunca se me concedió la oportunidad de acercarme del todo. En cambio, decidí tantas cosas y aprendí tanto, que incluso considero que fue demasiado para una niña de tan solo 12 años.

LAS MATERIAS

Dentro de esta categoría, puedo declarar que dimos el mismo temario que el resto de los alumnos de la época. No hubo diferencias ni adaptaciones curriculares por ser un centro “especial”. Teníamos pruebas anuales para comprobar nuestro nivel educativo, aunque a veces los profesores o la propia directora del CRA ayudaba a los alumnos más “rezagados” en esas pruebas para superarlas y estar al mismo nivel que el resto. Al vivirlo como alumna, y no ser el caso de alumna rezagada, no sé muy bien si el nivel era el adecuado

en comparación con otros centros. Lo que sí que puedo decir es que, en mi caso, mi formación primaria jamás me ha supuesto un problema en mi educación, por lo que yo sí considero que salí preparada.

Sin embargo, sí que pude notar pequeñas diferencias en ciertas materias, como en religión, ya que, al tratarse de una zona rural, aspectos como la religión católica estaban mucho más inculcados y presentes en nuestras aulas. También recuerdo que tuvimos un taller de costura obligatorio, donde nos enseñaron a coser a todos los niños y niñas del centro. Sin embargo, sí que nos enseñaron abiertamente aspectos de sexualidad, de diversidad sexual, feminismo y muchos otros aspectos de actualidad, entre otras cosas.

En general, abogaban por fusionar la actualidad con las tradiciones propias de nuestra zona. Por ejemplo, un día muy especial en nuestro colegio era el Día de la Tortilla, donde nos íbamos todo el alumnado al campo con los profesores a comer una tortilla y a hacer actividades al aire libre. Además, teníamos nuestro Carnaval, Halloween y resto de festividades, pero sin perder el foco en nuestras fiestas locales y tradiciones. Quizá no nos llevaran a premios ni certámenes científicos o literarios por falta de medios o conocimiento, pero sin duda alguna, valoraron otros aspectos, sin perder de foco el aspecto fundamental en la escuela: la educación básica.

LOS PROFESORES

Otro aspecto fundamental de mi colegio fueron los profesores. Todos los colegios funcionan gracias a ellos y en parte forman a los humanos que somos hoy en día, sin embargo, por el sistema tan particular que posee, siento que mi colegio jamás hubiese sido igual sin ellos. Cada profesor me enseñó una cosa muy distinta, pero sí que coincidieron en algo todos ellos y fue en intentar enseñarnos de la mejor forma posible con los pocos medios que había.

Recuerdo a la perfección a mi profesor Mario, que nos enseñó los verbos irregulares de inglés con espuma de afeitar sobre nuestras mesas, o nos hacía palomitas en los recreos si alguien no se había llevado desayuno. Recuerdo su forma de aprender y enseñar siendo creativo, demostrando esa pasión y vocación por la enseñanza, que en parte me hizo querer ser como él. Gracias a él descubrí mi vocación, mi futuro y cómo se debe enseñar, así como a pelear por aquellos valores en los que firmemente crees.

También recuerdo a mi profesora Marijose y cómo nos alegraba las mañanas con sus rimas tan características. Nadie entraba al colegio sin su “Hola caracola” y sin acabar contagiado por su entusiasmo o energía. Recuerdo cómo nos enseñó valores tan básicos como la sexualidad, siendo un tema tan complejo y más en un entorno tan tradicional y rural; o la tolerancia. Ella fue la primera en intentar silenciar el “bullying” que posteriormente sufrí, siendo un apoyo fundamental para esta causa.

Otro apoyo fundamental fue “Vane”, mi profe de infantil, que siempre me trató como a una hija, incluso cuando tenía 12 años. Fue mi mayor apoyo ahí dentro y mi confidente, una segunda madre. Sin embargo, como buena madre que era, aprendí de ella que no siempre llevaba la razón y que era muy cabezota. El recuerdo que tengo de Vane es que, al ser un pueblo tan pequeño, ella acabó entablando una amistad con mi madre. Menciono este aspecto no solo para hacer referencia al hecho de que al ser tan pocos éramos como una pequeña familia, sino también porque tras todo el episodio de *bullying* que viví, decidí acudir a otro instituto sin mis acosadores, pero lo hice en el último momento y un poco justa de puntuación y de plazo. Bien, pues ella fue la que un día en el recreo me sacó del patio, me metió en un aula y me dijo:

—Laura, te han cogido, me acaba de llamar tu madre.

—¿Dónde? —Respondí yo.

—En el instituto, en el Don Pelayo. Eres libre. Se acabó todo.

Y acto seguido, me abrazó mientras lloraba conmigo todo el recreo. Fue el principio del fin, pero he de decir que nunca tuve miedo al cambio ya que me guiaron las mejores manos durante ese proceso de cambio.

También recuerdo a Avelina, la profesora que enseñó a tres generaciones de Sánchez (mi padre, mi hermana y yo). Ella fue la que descubrió que yo no era una alumna usual. Fue la primera que me supo ver y dar lo que necesitaba en el colegio: más tareas. Y aunque siempre me quejo de ello, me alegro de poder decir que alguien en el colegio donde las orientadoras no existían, supo ver que no era normal que una niña memorizara las tablas en un día porque las oye de fondo mientras las recitan sus compañeros. Que tampoco era normal lo mucho que quería y necesitaba leer, la rapidez con la que entendía y hacía todo.

Por eso, aunque lo hizo a la vieja usanza, me daba retos. Día a día me iba subiendo el nivel de libros que leía, de dictados que me hacía, de operaciones que realizaba. Y gracias a ella, puedo decir que pude vislumbrar un poco de “lo que valgo”, de lo que la gente ve en mí. Gracias por dejarme siempre leer el libro de “La Cenicienta”, por darme alas a hacer aquello que me gustaba.

Finalmente, hay más profesores que pasaron fugazmente por mi vida, al ser sustitutos, pero que también dejaron huella. Gracias Carlos por no torturarme de más con la flauta, sabías que no se me daba bien. Gracias Katia por enseñarme lo bonita que es la poesía. Y gracias, Ana, por dejar que unos niños se expresen abiertamente sobre temas tan controvertidos como la religión en el entorno rural.



Corro de la patata con los niños de mi colegio
y con mi profesora Mª José.

LA ESENCIA DEL YO: LA LECTURA

Para finalizar, un elemento que siempre estuvo ahí para mí cuando nadie más lo estuvo durante toda mi enseñanza en la escuela rural fue la lectura. Citando al genio de

Roald Dahl: “Esos libros dieron a Matilda un mensaje de esperanza: No estás sola”². Así fue cómo me sentí a lo largo de mi infancia. Sin embargo, como he comentado previamente, en cada aula solo contábamos con una pequeña selección de libros, que, para la rapidez con la que leía, era insuficiente.

De hecho, recuerdo que, en infantil, de tanto acudir al rincón de la biblioteca, mi profesora insistía en que variara de “rincón”, y optara por desarrollar mis habilidades tecnológicas, que por ese momento eran nulas; o mis habilidades sociales en la Casita, ya que ahí se juntaban la mayoría de los niños. No obstante, yo hice caso omiso de estas advertencias y hasta que no fui obligada evitaba todo el contacto posible con estas actividades, ya que desde ese primer momento yo solo quería leer y escribir, y desde ahí me incitaron a que lo hiciera siempre que quisiera.

En Primaria, en cambio, la cosa cambió ya que la Comunidad de Madrid desarrolló un proyecto para asistir culturalmente a estos niños que estudiaban y vivían en entornos rurales, y no tenían forma de leer nuevos libros. Esta iniciativa de la Comunidad de Madrid fue denominada “Bibliobús”, en la que una vez cada 15 días, venía un autobús repleto de libros. Se trataba de una biblioteca móvil en la que ofrecían préstamos de 15 días o un mes de libros, CD, revistas, películas y cómics a toda la población.

A los alumnos del colegio nos obligaban a ir en cuanto aparecía el autobús por el pueblo para coger libros, y como podéis adivinar, ese día era el día más feliz de mi semana. Llegué incluso a hacerme íntima amiga del bibliotecario, Félix, y pedía exclusivamente libros nuevos para que pudiera saciar mi necesidad de conocimiento, de leer. Todos los profesores me cedían sus “huecos” para coger más libros, y además Félix me hacía trucos especiales para que me pudiese llevar más libros, ya que los devoraba. Incluso cada 15 días venía recomendándome nuevos libros que había pensado para mí. Gracias a sus recomendaciones, me defino como una lectora voraz, que ha leído de todo, desde Gerónimo Stilton, a obras históricas ambientadas en el accidente del Titanic, o incluso novela romántica sobre ángeles caídos.



Entrtando en el bibliobús.

Probablemente sin iniciativas como estas no hubiese podido encerrarme en mi mundo cuando todo estaba mal en el colegio. Solo por ello, tengo que dar las gracias por la inmensa suerte que tuve al poder recurrir al Bibliobús, y una vez más, a los profesores o al propio Félix, que supo verme y ayudarme cuando más lo necesitaba. Puede sonar extraño, pero gracias a este autobús, sin duda alguna, soy quién soy actualmente.

² Dahl, Roald. *Matilda* (1988). Penguin Books. (N.A.).

EL FINAL DE UNA ETAPA

Para finalizar estas memorias, cabe destacar que mi experiencia o vivencias en la escuela rural española son particulares, y soy plenamente consciente de ello.

Pero por eso mismo deseaba contarlas.

Por si ha habido otro niño/a que en algún momento se ha sentido solo y “raro”.



Fotografía mía en clase,
llevando una peluca y un libro.

Por si alguien tenía interés en la actualidad de los colegios rurales, de sus ventajas y desventajas.

Por si alguien se preguntaba lo que implica estar en una escuela con pocos recursos, y en la que se requiere mucho ingenio y carisma.

Por si alguien no conocía este tipo de centros.

Por si alguien necesitaba saber de la existencia del Bibliobús, que sigue en funcionamiento actualmente.

Por si alguien quiere releer mis memorias y poder recordar así las suyas.

Y en cierta parte, por mí, que por fin he contado una parte tan importante de mí, y tan agri dulce, ya que siempre recordaré el CRA Amigos de la Paz como mi segunda casa y como un infierno o una parte de “mi historia, algunos casos que recordar no quiero”.

UNA VIDA DE ENSEÑANZA

Isabel María Acosta Oller
(Alcóntar, Higueral, Lúcar,
Armuña de Almanzora y Cela, Almería)

Me llamo Isabel María Acosta Oller y durante 31 años he ejercido como maestra. Los primeros años de interina estuve en varios colegios de mi provincia, Almería, haciendo sustituciones hasta que conseguí una vacante para todo el curso escolar. Tras esos primeros contactos con el mundo educativo, tuve la gran suerte de que me ofertaran una sustitución para cubrir una maternidad en el Colegio Rural Alto Almanzora, a escasos kilómetros de mi lugar de residencia, este centro sería para mí una gran referencia pues en él me formé profesionalmente.

Llegué al CPR Alto Almanzora en el curso 1989-1990, en ese momento formaban parte del centro las localidades de Alcóntar, Armuña de Almanzora, Bacares, Bayarque, Cela, Higueral y Lúcar, siendo Armuña la sede principal donde se realizaban las distintas reuniones. En ese periodo todos estos pequeños pueblos tenían alumnado suficiente para que en la mayoría de ellos hubiera dos o tres aulas con alumnos/as desde infantil hasta sexto de Primaria. Con el paso del tiempo algunas de estas sedes han ido cerrando las aulas por falta de niños, pues la población más joven se ha ido a vivir a localidades más grandes, quedándose los pueblos sin niños, fue el caso de Alcóntar e Higueral.

Por otra parte, una noticia positiva fue la incorporación de Hijate, que años atrás había funcionado como un colegio independiente, pero que decidió anexionarse a la Rural debido a las ventajas que ello suponía para su alumnado. Actualmente forman parte del CPR. Armuña de Almanzora, Bacares, Bayarque, Cela, Hijate y Lúcar. Algunas de estas sedes se han convertido en unitarias debido a la escasez de alumnado, pero ahí permanecen abiertas por el bien de los niños de la localidad, pues no han de desplazarse en edades tan tempranas lejos de su ambiente familiar.

Desde mi llegada al centro donde he permanecido 28 años, siempre me sentí muy apoyada por el resto de compañeros/as, y desde el primer momento formé parte activa de su Plan de Centro, pues fui coordinadora de Primer Ciclo en todos los años que estuve en él con la conformidad del resto de maestros/as que formaban el claustro que así lo querían, por lo que cada curso volvía a renovar el cargo. Para mí suponía una satisfacción que mis compañeros/as confiaran en mí para esa tarea, pues eso suponía que no lo haría tan mal, yo me esforzaba al máximo porque todo estuviera coordinado, trabajando en una misma línea y en un ambiente de trabajo satisfactorio.

De las localidades citadas anteriormente, impartí docencia en varias de ellas, primeramente, en Alcóntar, y tras su desaparición estuve bastantes cursos en Higueral, también desaparecida, más tarde me incorporé a Lúcar, después en la sede principal Armuña, para el último curso ejercer en Cela, lugar donde me jubilé en el año 2021.

Mis andanzas por este colegio han sido muy gratificantes, a pesar de que en un principio no fue fácil mi trabajo, pues en el aula había gran diversidad de alumnado con diferentes ritmos de aprendizajes, lo que conllevaba un gran esfuerzo atender a cada una de las necesidades que presentaba cada niño/a, y tampoco disponíamos de demasiados

medios materiales para impartir las clases, pero todas las dificultades las superabas con ilusión y ganas, pues las adversidades lejos de amilanarte, te estimulaban para conseguir que el alumnado a tu cargo aprendiera y adquiriera un nivel tan bueno como pudieran tener los alumnos/as de un colegio grande con muchos medios a su alcance. Tanto mis compañeros/as como yo preparábamos actividades motivadoras para facilitar al alumnado su aprendizaje, pues dado que la ratio era pequeña, me podía permitir en mi clase impartir una enseñanza personalizada. El hecho de tener diferentes edades en una misma aula, lejos de ser un inconveniente resultaba enriquecedor, pues los mayores actuaban con los pequeños como maestros ayudándoles en sus tareas si era necesario y los pequeños a su vez aprendían de las explicaciones de los mayores, de este modo había un tándem perfecto donde en equipo se trabajaba de forma conjunta, con el objetivo de aprender en las mejores condiciones. Poco a poco al centro se le fue dotando del material que demandaba cada año a la administración, y hoy en día todas las aulas disponen de medios tanto personales como materiales para poder estar al mismo nivel que los colegios de localidades más grandes.

Con el ánimo de motivar al alumnado, preparábamos muchas actividades relacionadas con eventos importantes como el Día de la Paz, los derechos del niño/a, Día de Andalucía, pero sobre todo la fecha estrella en nuestro centro fue el Día del Libro, que durante 23 años se hizo de una manera especial, los primeros años se conmemoraba haciendo los alumnos/as poemas en clase con un tema determinado o dando libertad a que cada uno/a escribiera sobre el tema que quisiera, se corregían las poesías y se premiaba a nivel de centro las más originales y que se ajustaran a su buena composición ritmo y entonación, se imprimían y se encuadernaban en un pequeño libro. Pero a lo largo de cursos venideros, fuimos avanzando en nuevos formatos, más atractivos y originales y donde ya no solo participaban las localidades del centro, sino que invitábamos a otros colegios cercanos.

Nuestro centro como organizador proponía la idea, el formato en el que se iba a realizar la poesía y la fecha de entrega. Todos los trabajos debían estar entregados en la sede días previos a la celebración del certamen. Allí, un jurado formado por docentes del CPR. como anfitrión, junto con uno o dos maestros/as de los colegios invitados elegíamos los mejores de cada certamen. Entre todos valoraban los trabajos realizados y se concedían los distintos premios, estos siempre estaban relacionados con la escuela: estuches, pen-drives, excursiones, convivencias, etc. que obsequiaba el CPR. Alto Almanzora como centro organizador.

Esta actividad quedaba muy vistosa pues cada curso se hacía en un formato distinto: en cartulina, fieltro, teja, macetas, abanicos, archivadores, etc. Siempre se celebraba en Armuña, pues fue en esta localidad donde impartía clase el compañero José Ángel Gómez, fallecido en un accidente de tráfico, que solía escribir poesía, y en cuya memoria se organizaba la citada actividad en colaboración con su asociación.

La celebración de este certamen literario implicaba a todo el pueblo, pues cada una de sus plazas y rincones se decoraban con los trabajos de los niños, esto ofrecía al visitante un ambiente festivo, pues la actividad estaba abierta a toda la comunidad educativa. Además, creaba un entorno popular y llamativo que convertía al pueblo en un rincón que todo el mundo quería visitar. Todo esto no tendría sentido sin la ayuda del personal del ayuntamiento, los padres y madres del alumnado, junto al profesorado aunábamos esfuerzos para sacar adelante la citada actividad. Además, la colaboración del Ayuntamiento en esta jornada de convivencia era muy importante ya que se encargaban de preparar el desayuno para niños/as, padres/madres, profesores/as y todas las personas que ese día nos pudieran acompañar.

Aparte de exponer los trabajos del alumnado por el pueblo y que servía de decoración, algunos años celebrábamos una pequeña feria del libro dónde se invitaba a un autor de libros para niños, cuyos ejemplares eran adquiridos por el alumnado y firmados por un escritor, junto a otros títulos cedidos por librerías de la comarca.

En otras ocasiones el evento estaba complementado con un cuentacuentos que iban relatando en cada rincón historias alusivas al tema escogido para las poesías y que ayudaban a enriquecer la actividad literaria junto a los poemas hechos por los niños/as. Asimismo, se realizaba una yincana donde a través de pistas escondidas por diferentes lugares del pueblo debían de encontrar un libro, el nombre de algún autor o cualquier otra cosa que se nos ocurría relacionada con la lectura.

El día 23 de abril de cada año era un día especial para todos, no solo para nuestro centro sino también para el resto de los centros de la comarca implicados. Todos los alumnos querían ser seleccionados para venir a Armuña, pues si sus trabajos eran escogidos para concursar iban a disfrutar de una jornada festiva donde lo pasarían muy bien. Esta actividad enriquecía no solo este colegio sino también los de alrededores, pues, compartíamos una festividad importante para el centro al resto de nuestros vecinos. Durante muchos años, los trabajos seleccionados servían para decorar la localidad, pero años más tarde el Ayuntamiento con su alcalde al frente, ya que siempre apoyó el certamen, habilitó una cueva que convirtió en museo y desde ese momento dicho espacio sirvió para exponer durante varios días más los trabajos realizados. Las creaciones premiadas se reservaban para la entrega de premios que se hacía en el centro cultural de la localidad cedido por el ayuntamiento para tal fin. En definitiva, el día del libro en el CPR. Alto Almazora fue durante 23 años un lugar de encuentro, de convivencia y referencia para los centros de la comarca, pues supuso una jornada a tener en cuenta dentro del calendario escolar a la altura de otras efemérides impuestas oficialmente como podía ser el Día de la Paz o el Día de Andalucía.

Sería con mi jubilación cuando la actividad a esa escala dejaría de celebrarse, ya que en gran medida yo era la encargada de este proyecto educativo. A partir de ese momento, el equipo directivo decidió poner fin a dicho certamen, aun así, cada colegio del CPR, sigue celebrando el Día del Libro, pero ya a nivel de clase. Aquí expongo algunas fotos que reflejan el trabajo de algunos de estos años.



Armuña. Cuentacuentos con los alumnos.



Armuña.

Estandarte realizado por los alumnos del CPR. Alto Almanzora con la mascota y la canción del colegio.

A lo largo de los años de mi ejercicio docente en el CPR. Alto Almanzora, también fuimos pioneros en participar en el programa de Eco escuelas, que nos permitió a través de un grupo de trabajo que nos propuso el CEP, elaborar temas relacionados con el medioambiente y su conservación. Con dicha información y siempre apoyados por el equipo directivo del momento, pues los miembros del mismo también eran del grupo de investigación, pudimos editar un DVD y presentarlo en la mayoría de provincias andaluzas. En el citado DVD, Sauquito, que es la mascota del centro, iba presentando los distintos apartados, así comenzaba con la historia de nuestra Eco escuela, situando nuestro centro geográficamente diciendo que pertenecía a España, a Andalucía, a la provincia de Almería y en ella a la comarca de Almanzora. Más tarde, hacía un repaso de las características de cada uno de los pueblos que formaban el cole, para después ir desgranando cada uno de los apartados objetos de estudio como eran: el agua, la energía, los materiales y el entorno físico y humano, todos con un lema de concienciación con frases como: “El agua es vida. ¡Miremos por ella!”, “El sol es la principal fuente de energía, renovable y no contaminante” o “¡No tires tu mundo a la basura!”. Gracias a la recopilación de mucha información relacionada con nuestro entorno más cercano y que nos permitió editar el DVD, y con ese trabajo bien hecho, la Junta de Andalucía concedió al centro la bandera de Eco-escuelas máximo galardón que concedía en este campo, lo recogimos con orgullo en Sevilla, donde acudieron algunos compañeros maestros/as y un grupo de alumnos/as en representación del colegio.

Para mí fue un orgullo formar parte de este centro, siempre lo llevaré en mi corazón y a día de hoy, a pesar de mi jubilación en 2021, sigo vinculada al centro colaborando en algunas actividades puntuales como carnavales o finales de curso donde nos despedimos hasta el próximo curso con una comida de hermandad.

EDUCACIÓN EN MI ESCUELA RURAL

Lorenzo Almagro Díaz
(Estella del Marqués, Cádiz)

Era una humilde casa en un campo fragoso poblado de juncos y palmitos; de matorral alto y bajo, un vallado de chumberas custodiaba la casilla, donde las avispas eran las dueñas y correteaba a mi hermano mayor cuando con caña en mano intentaba coger un cubo de apetitosos higos chumbos como postre; no muy lejos, un pozo de gran circunferencia, de bajo brocal de piedra con un aliviadero que formaba un meandro donde crecía la enea, lirios de colores, y pululaban ranas encima de las glaucas algas, con las libélulas rojas y azules tímidamente en la cúspide de las plantas, con fuscas sanguijuelas a la espera que cualquier ovino o bovino hundiera las patas en el agua. El agua se cobijaba bajo un gran eucalipto que la mantenía relativamente fresca en los calurosos días de verano. El almijar de piedrecillas incrustadas que después del barrido era regado por mi madre o por mi hermana mayor con un cubo de cinc que salpicaba con la palma de la mano. A poca distancia, en una alambrada, un columpio de recia cuerda atada a dos tortuosos palos de encina en el portillo de entrada al almijar.

Juegos de infantes sin escolarizar, con escopetas de caña y carrillos de mano de madera traídos por los Reyes Magos. Allí nacimos varios de los diez hermanos que éramos. Pero un día nuestros padres no comunicaron que nos íbamos al pueblo níveo recién construido que vislumbrábamos en lontananza encima de una colina donde resplandecía en su falda un manto de flores moradas de uñas de león. Bricamos de alegría: “Qué bien, nos vamos de esta casucha vieja para vivir en un pueblo blanquísimo con calles con casas numeradas, con colegio y con plaza; ¡con iglesia y ayuntamiento!” Pero mucho la echamos luego de menos... Allí quedó buena parte de nuestra infancia, en aquella vieja casa en aquel campo de matorral. Porque solo unos meses después, asomados a la arista del cerro de nuestra calle del Cerro, pudimos ver cómo unas iracundas máquinas áureas de grandes fauces derribaban sin contemplación lo que durante años fue nuestro hogar.

Pero algo, que todavía hoy perdura, quedó en pie: una torre circular de toscos ladrillos de una fábrica de lino que estaba solo a poco más de cincuenta metros de nuestra casa. Torre donde oímos el primer crotorar de unas cigüeñas que todos los años nos visitaban. Pero las cigüeñas, al igual que nosotros, también se marcharon y nunca más volvieron.

Corrían la última semana de un mes de diciembre de celaje que el viento arrastraba, por aquella nuestra calle correteaban niños con reminiscencia de posguerra jugando por un asfalto de tierra mojada con charcos y barro, donde una pila de adoquines grises, esperaban ser plantados para guiar las aceras y la calzada. Junto a la que iba a ser nuestra casa, una mujer arrojó una palangana de agua al almijar. Entramos por primera vez en una casa que nos pareció grandísima, con un corral poblado de matojos.

Era un lugar que antes de la construcción del pueblo estaba poblado por una treintena de humildes familias de jornaleros temporeros que vivían en chozas autoconstruidas en una vía pecuaria entre malezas que era paso de todo tipo de ganado; sin escuela, donde sus moradores corrían hacia sus cabañas con los chiquillos en brazos huyendo de toros bravos que trotaban por su senda natural. Y que poco más tarde se mudaron a las casas antes de terminar porque una noche de agua y viento se llevó a la aldea por delante. Eran

gente sencilla, labriegos de familia numerosa con escaso empleo, que aún en el pueblo siguieron alumbrándose durante algún tiempo con candilejas y reverberos, y bebiendo agua de un pozo. Un pozo donde lavaban las mujeres, donde bebían los animales que los hombres llevaban al campo, y donde los niños aún sin escolarizar acompañaban a sus madres; Pepita, mi vecina de juegos, cayó un día al pozo, un joven se tiró a por ella, y la niña, asustada salió aún con el chicle que estaba masticando.

Allí, a principio de los años cincuenta se construyó el pueblo con la primera escuela para los hijos de colonos que llegaban en diáspora de diferentes rincones de la provincia de Cádiz y de otros lugares de Andalucía. A sus padres se les adjudicaron una parcela de tierra yerma, de secano y otras con salitres, y algunas de tierra fértil con una pareja de bueyes con carreta de palo, una yegua y un cerdo. Eligieron el primer alcalde labriego, al primer guardia municipal, el primer párroco sanador de pecados infantiles veniales, y sanador de pecados de señoras y decanos caballeros que acudían a la iglesia por obligación o por devoción, el primer maestro para los primeros niños y la primera maestra para las primeras niñas, y le pusieron nombre: Albaladejo, pero que rápidamente cambiaron por el de Estella del Marqués con el que perdura.

Era la primera escuela un edificio de una sola planta, con dos alas o aulas divididas por un muro físico y moralista: en el ala izquierda las niñas, y en el ala derecha los niños. Sobre el centro del techo de tejas se levantaba una torre brillante con una veleta en forma de flecha que indicaba la dirección del viento; en la acera de lozas cuadradas de cemento equidistante a las dos aulas, un mástil de hierro con la bandera de España izada con cantos patrióticos y gloriosos. Nunca entré al colegio de las pequeñas féminas, pero sabía que era igual al nuestro: una puerta de madera con dos hojas, con los servicios con el primer paso, a la derecha, en un largo pasillo con una pared ciega que ocultaba el aula, ventanales de cristal al otro lado donde se divisaba la plaza, el ayuntamiento y la iglesia con su alargado campanario.

“¡Ave maría Purísima!”, decíamos cuando entrábamos al aula con cuatro filas de bancas abatibles para dos alumnos, inclinada a unos treinta grados, con dos agujeros para los botes de tinta que nunca se puso, y dos surcos en el borde superior para depositar los lápices. Era sonora la onomatopeya de aquellos pupitres cuando entraba alguien y nos poníamos de pies: “¡Plas, plas!”, una vez libre de los traseros. Enfrente dos pizarras, una a la derecha según entrábamos, de cuadritos, para los más pequeños donde don Francisco, que así se llamaba nuestro maestro, unía los puntitos para hacer correctamente las vocales y las consonantes para las dos primera filas, a la izquierda la otra pizarra diáfana donde don Francisco escribía los problemas, las cuentas y los cuerpos geométricos; entre las dos pizarras, la mesa del maestro con un globo terráqueo giratorio, algunos librotos y la regla de madera correctora; sobre la pared, el retrato de Franco y encima el crucifijo.

En aquella pizarra para los más infantes aprendimos las primeras letras que transcribíamos en un cuaderno de hojas cuadrículadas y otro de dos rayas; pero lo más sorprendente era la enseñanza a través de la mímica: la A, con la mano abierta hacia el suelo y pronunciado su sonido; la B, estirando levemente el lóbulo de una oreja; la C, cerrando los dedos corazón y pulgar dejando una ligera abertura; la D, abrazando el dedo pulgar con la otra mano; la que más me llamaba la atención era la F; que imitaba a un gato arañando con las dos manos, y así hasta la Z, que terminaba con el puño de la mano cerrada y con el dedo índice simulando apretar un gatillo de un revólver. Era nuestro alfabeto Gallaudet particular. Los niños de la tercera y cuarta fila llevaban ya un cuaderno de una sola raya frente a la pizarra diáfana. Todo iba por filas o hileras: los de la primera; cuadernos de cuadritos, y la cartilla donde leíamos: “mi mamá me ama”; el cuaderno de dos

rayas para los de la segunda hilera con el libro de lectura ilustrado a color y con pasta de cartón: era el Catón.

El maestro un día a mi hermano Antonio, trece meses más pequeño que yo, le llamó para que leyera junto a él una lectura del Catón, como hacía habitualmente. Mi hermano comenzó: “Ten-go-u-na-mu-ñe-ca-ves-ti-da-de-azul...” y don Francisco le espetó: “¡Para, para!” “Lo tienes que leer más seguido, con más alegría”. Y mi hermano de nuevo comenzó: “tengo una muñeca vestida de azul, con su camisita y delantal de azul...” Y don Francisco de nuevo le ordenó: “¡Espera, espera!, hombre, pero cantando no”. De la primera hilera con el Catón y el cuaderno cuadriculado pasamos directamente a la tercera fila con mis dos hermanos, con cuaderno de una raya y con la *Enciclopedia* de Álvarez de tercer grado que estudiábamos en ella al mismo tiempo mi hermano Antonio y mi hermano Sebastián, quince meses mayor que yo.

Naturalmente, lo que más disfrutábamos era la hora del recreo, que cuando don Francisco decía: “al recreo, pero despacio”, una vez en el pasillo salíamos en avalancha buscando la puerta de salida. Algunos nos acercábamos a la plaza donde ya las niñas jugaban a la comba esquivando una cuerda tirada por dos crías que volteaba pasando por sus pies y su cabeza; al diábolo como pequeñas malabaristas, o a los cromos, sentadas sobre el escalón de los arcos de la plaza, dado palmadas a unos cromos de colores que algunos volaban como mariposas para que caer boca arriba. Los niños no nos acercábamos a ellas, eran sus juegos y su espacio. Los niños, en cambio, a jugar a las canicas, a las chapas, al fútbol en un campo terroso con montoncitos de piedras como porterías o a correr como diablillos jugando a la guerra.

Existía acoso escolar que no se denunciaba, tenías que sacarte las castañas del fuego: se sentaba en el último pupitre detrás de la puerta, allí se ubica a los más pequeños y menos avanzados, su apellido era Borrego y su rostro era la de un inocente corderillo. Piel muy blanca un cutis delicado y sonrosado, casi rozando el albino. Inofensivo como un corderillo y enclenque; pendiente de las lecciones hasta la hora del recreo, que por estar más próximo a la puerta salía el primero corriendo por el pasillo con alegría. En el tiempo de recreo, por cualquier cosa tocaba las palmas por debajo de la cintura riendo cuando algo le hacía gracia. Llevaba una maleta demasiado grande para él, de donde sacaba la cartilla, el cuaderno y los lápices de un estuche de madera. A veces era objeto de burla por otros niños que se burlaban de él y le increpaban; él llorisqueaba y se quejaba sin defenderse. Vivía a varios kilómetros del pueblo en una choza, y después de la vida escolar no volví a verlo. Pero, hace unos años, lo vi sentado en un escalón de una puerta de una casa del pueblo con una moto aparcada junto a él; había engordado y era ya un hombre maduro, pero su piel, su pelo, y sus rajos barbilampiños seguía siendo los mismos. Pasé por su lado y le miré, él me miró sin interés, como a un viandante más; yo lo dejé estar. Poco tiempo después, me comunicaron su fallecimiento.

Doña Pilar, la maestra de las niñas, era de Madrid, y a sus vocablos, siempre le acompañaba S y más S donde su locución semejava a un leve silbido. Don Francisco había llegado de un pueblo de Almería, tenía cuatro hijos que pululaban por allí. Como le gustaba tanto la mecánica y los inventos, a veces se ausentaba o se entretenía arreglando su moto, lo suplantaba su hija mayor, Angelita, una adolescente que no nos regañaba nunca y que yo admiraba. Como era inventor, construyó un mapa de España sobre un soporte de madera, que cuando nos preguntaba por alguna capital de provincia, lo buscábamos con un pequeño imán que emitía un pitido y se encendía un piloto si acertábamos.

Cuando salimos de colegio mis hermanos y yo, prácticamente al mismo tiempo con doce a catorce años, don Francisco llevó a casa como algo valioso para nuestro futuro el

Certificado de Estudios Primarios, pero mis padres muchos años más tarde, reconocieron que no valoraron el interés que don Francisco puso en aquel pergamino.

Actualmente, sigue el colegio de mi infancia cumpliendo misma la función educativa por la que se construyó, adecuada a los tiempos, desde entonces no lo he vuelto a pisar, no obstante, he propuesto a unos amigos y antiguos alumnos visitarlo juntos un día, para como hago ahora aquí, evocar aquellos tiempos.



El cura del pueblo apuntando con una pistola de juguete al maestro, antes de proceder al reparto de juguetes tradicional. Aula de niños de la escuela rural de Estella del Marqués, años sesenta.



Alumnas de la escuela rural de Estella del Marqués. Años sesenta.



Alumnos de la escuela rural de Estella del Marqués. Años sesenta.

EL PUEBLO DE DON ANTONIO Y LA ESCUELA

Jovita Álvarez del Río
(Ceadea de Aliste, Zamora)

EL PUEBLO

En 1921 nació en Ceadea de Aliste don Antonio Álvarez, autor de la *Enciclopedia Álvarez* y de otros textos que sirvieron de base a varias generaciones de alumnos, tanto en la escuela rural como en la ciudad. Estos materiales educativos fueron fundamentales en las décadas de 1950 y 1960. Para honrar la memoria de este ilustre vecino, se le ha dedicado una placa conmemorativa ubicada en la fachada de la casa donde nació, justo frente a la casa-museo que hoy lleva su nombre. Esta casa fue en su día la primera escuela del pueblo y residencia del maestro.

Para entender cómo era la escuela en aquella época, es necesario conocer un poco más de Ceadea, su patrimonio y su historia. Ceadea es un pequeño pueblo de la comarca de Aliste, en la provincia de Zamora, situado en la zona conocida como “la Raya” y pertenece al Ayuntamiento de Fonfría, junto con las localidades de Arcillera, Moveros, Brandilanes, Castro de Alcañices, Bermillo de Alba y Fornillos. Dentro de su patrimonio religioso, el pueblo cuenta con una iglesia, dedicada a San Saturnino, que está algo alejada del núcleo de viviendas y que tiene una arquitectura tradicional y sencilla, con estructura de piedra. El pórtico protege la entrada principal, y la espadaña culmina en un remate piramidal. Su interior, también sencillo, albergaba antiguamente un gran cuadro de las ánimas y un bonito retablo de columnas con racimos dorados que, según cuentan, fue trasladado a otro lugar. En tiempos pasados, los vecinos de Arcillera acudían a Ceadea para oír misa, ya que no disponían de templo propio. También tiene una ermita, dedicada a la Virgen del Rosario. Su fachada está coronada por una espadaña y cuenta con un pórtico sostenido por columnas con base cuadrada, decoradas en el fuste y el capitel. Esta entrada no solo embellece el edificio, sino que ha sido y sigue siendo lugar de encuentro para los niños y jóvenes del pueblo. Allí se jugaba al escondite, a las canicas, o se charlaba durante los días de lluvia. Cuando llegaba don Martín, el cura, solía reprenderles por jugar allí, por lo que siempre quedaba uno vigilando. La ermita está situada en el centro del pueblo y en ella se celebran los actos religiosos cotidianos. Las celebraciones extraordinarias, como entierros, bodas, el “Encuentro” de Semana Santa o las grandes fiestas, se realizan en la iglesia.

Ceadea cuenta con elementos tradicionales arquitectónicos de gran importancia. Tiene una antigua calzada, que se dice es de origen romano, aunque sin documentación que lo avale, que atraviesa el municipio. Los lavaderos, de forma circular y con cortavientos, que eran espacios comunes donde las mujeres del pueblo compartían tareas y conversaciones y de las que aún se conservan tres. Las fuentes que eran esenciales, ya que no había agua corriente en las casas. Cada barrio contaba con una fuente: la del Ayuntamiento, la Fuente Grande, la Fontanina, Fornaquetón y la Raposa, esta última considerada medicinal. Llenar el cántaro, el botijo o la herrada era tarea de las mozas o de los rapaces, antes o después de la escuela. Y por último, los cercados, llamados “cortinas” o huertos, que delimitaban las propiedades con construcciones de piedra seca o albarradas y servían para

proteger los cultivos y contener el ganado, conformando un paisaje característico. Cuando no se podía trabajar en el campo por el mal tiempo, se dedicaban a reparar muros o portillos derribados por el ganado y por eso hoy en día se han conservado bastante bien con el paso del tiempo.

Los patronos del pueblo son San Saturnino (29 de noviembre) y San Andrés (30 de noviembre) por lo que las fiestas patronales se celebraban en pleno invierno y se acompañaban del refrán: “Por San Andrés pingan los trampos”. Antiguamente se celebraban otras fiestas: Los Mártires, el Rosario, San Antonio, la Santa Cruz, pero actualmente el pueblo cada vez tiene menos población. Unos son mayores y se van sin maleta, ni billete de vuelta, los jóvenes salen a trabajar fuera para ganar el sustento y como en invierno cuesta ir al pueblo, la fiesta principal se ha cambiado al 15 de mayo, festividad de San Isidro, celebrándolo el fin de semana más cercano. Las fiestas modernas incluyen teatro, sevillanas, juegos infantiles, magos, charangas, concursos de disfraces y postres, bailes tradicionales, meriendas populares y orquestas. Todo ello con gran participación vecinal. La imagen actual de San Isidro que se encuentra en la Iglesia, fue adquirida por la hermandad con la colaboración de todos los vecinos ya que la antigua era muy pequeña.

A pesar de ser un pueblo pequeño, Ceadea tuvo su propio ayuntamiento, cuya sede se albergó donde es ahora el consultorio médico y el despacho de espacios sociales. Antonia “La Guiñota” cocinaba para los miembros del ayuntamiento cuando era necesario. El pueblo contó con médico, cura, guarda forestal y guardias civiles, que al principio se desplazaban a caballo, que los guardaban en el corral que hoy es de Segunda, y luego en bicicleta o moto. Hubo cuatro tabernas que también vendían comestibles: la de “Caldereto”, “la Potasa”, y la de “la Guiñota” donde se compraba vino por cuartillos y cigarrillos “El Ideal”. Existían tiendas de telas y paquetería, carpintería, sierra, panadería, telar de lino, herrería, fábrica de gaseosas y el molino “Maquintero” al que venían de otros pueblos a moler. “Quico el Sastre”, padre de don Antonio, hacía capas pardas alistanas y pantalones de pana.

Los tejares eran signo de identidad del pueblo. Llegaron a haber hasta diez, aunque yo he conocido solo seis. Uno de los primeros fue de los abuelos de Paulina, otro el de la familia de Juan mayor que pasó a trabajar Ana la Portuguesa y luego el hijo, o el de los “pericos”. Se fabricaban tejas curvas de estilo árabe, ladrillos y baldosas. Se cocían en hornos a alta temperatura con leña sobre todo de jara. El trabajo, inicialmente manual, se fue mecanizando. La primera cortadora la compraron en Barcelona, allí compraron una bicicleta y regresaron al pueblo pedaleando. Durante el Día de la Comarca que celebrada en julio cada año en un pueblo distinto, “Paco el Feo” y “Paulito” hacen una demostración de la fabricación manual de tejas.

Además del tejar, se practicaba agricultura y ganadería: se segaba a mano, se trillaba con vacas, se recogía hierba y por roda, dos vecinos sacaban a la vacada al campo y cuando estas volvían al pueblo, cada animal se dirigía a su cuadra. Había también pastores, a menudo niños, que dormían con las ovejas en chiquerías, fertilizando así el terreno. Como los pastos eran abundantes los animales tenían alimentación sana, sostenible y local utilizando de forma eficiente los recursos. Cada familia criaba uno o dos cerdos, que alimentaban con patatas y berzas. Con la matanza, se abastecían todo el año. Guardaban buenos chorizos y pollos para los días de “la limpia” o las fiestas, cuando se reunía la familia y vecinos.

No había cuartos de baño; se hacía todo en el corral. Para lavarse se usaban herradas de zinc, palanganas o jofainas. Las calles carecían de luz; más adelante se instalaron bombillas de 25W que apenas iluminaban. La radio informaba: se escuchaba Radio Nacional

de España y la Intercontinental. Tras el parte de las diez, todos a la cama. Se madrugaba mucho.

LA ESCUELA

Dada la carga de trabajo, la escuela no se consideraba prioritaria. Muchos niños abandonaban pronto y la mayoría de chavales faltaban mucho a la escuela porque tenían que hacer las tareas del campo, cuidar de los animales o picar la leña, porque lo único que había para cocinar o calentarse era la lumbre. Por otro lado, las chicas solían estar al cuidado de la casa y de los hermanos y tampoco asistían a la escuela. Segunda sí terminó la escuela; Antonio no, tuvo que trabajar en el tejar. Juan fue pastor y siempre lamentó no haber estudiado. Su hermano Claudino también dejó la escuela, aunque leía libros de filosofía cuando cuidaba ovejas. En Brandilanes, Pilar, Juan y Leonor no fueron a la escuela: desde los siete años pastoreaban y caminaban hasta Zamora. Muchos talentos se perdieron por no tener la oportunidad de desarrollar sus habilidades e inteligencia.

La primera escuela, que apenas recuerdan los más mayores del pueblo, era un edificio precario y en malas condiciones. También fue la casa del maestro. A don Domingo, que allí vivió, le recuerdan con cariño. Hoy en día el edificio hay sido rehabilitado y alberga el museo dedicado a don Antonio Álvarez que mencioné al principio. Más tarde se construyeron las nuevas escuelas en la plaza, con bonitos arcos y un muro con verjas decoradas con plantas. Una vez, una vaca enganchó el cuerno en una de estas rejas y se decidieron quitar. El edificio, un espacio para el aula y dos cuartuchos para guardar materiales y una estufa de hierro. El maestro don José tenía un brasero y dejaba que los niños se acercaran para calentarse, pues los rapaces acudían a la escuela con pantalones cortos y las cholos, muchas veces rotas, con el frío y el barro de las calles. Los chicos se acercaban a aquella estufa y le soplaban mucho adrede para levantar polvo y poner perdidos los pantalones del maestro, que de lo bueno que era, nunca les decía nada.

Al principio, la escuela era mixta, después la dividieron con un tabique para separar a los niños de las niñas y cada grupo tenía su maestro. Asistían unos cuarenta niños y niñas. El maestro tenía una tarima desde donde dirigía la clase, una bandera, mapa, pizarra, cuadro de Franco, crucifijo, tizas, regla y la vara. Los pupitres eran bipersonales, inclinados y con tintero. Había tres filas y los más pequeños se sentaban en bancos sin mesa o en el suelo, a ambos lados de la mesa del maestro. La jornada era de mañana y tarde, al principio se libraba el jueves por la tarde y se acudía el sábado por la mañana. Luego, se eliminó el sábado lectivo y pasó al jueves. Al cerrarse la escuela, los niños fueron a la comarcal de Alcañices. El edificio se usa hoy para actividades sociales.

La escuela era bulliciosa, sobre todo en recreos, cuando los niños tomaban leche en polvo y queso. Jugaban a pilla-pilla, al burro, a la pelota, al juego de las cajas de cerillas. Las niñas jugaban a la comba, a la goma, a las tabas y con mariquitas. Tras la clase, salían por el camino de Arcillera a buscar algún trozo de pizarra que afilaban y les servía de pizarrín.

Pasaron bastantes maestros por la escuela de Ceadea, muchos de ellos interinos que duraban poco tiempo en el pueblo porque las condiciones de trabajo no eran fáciles: pueblos alejados sin apenas comunicaciones, sin recursos, solo contaban con algún mapa, una pizarra, cuerpos geométricos, la bola del mundo láminas... y apenas libros de lectura. Muchos tenían otro oficio. Existía el dicho: "Pasas más hambre que un maestro de escuela". Alguno de los maestros que pasaron fueron: "Hermelinda", que enseñaba labores por la tarde a las chicas; "doña Capi"; "don José"; "don Pepe", que vendía máquinas de

coser para sobrevivir con las que se hacían las sábanas, manteos y capas alistanas; “don Toribio” y “uno de Sayago” que salía al campo con los alumnos y aprendían de la naturaleza; “doña Anastasia”, que se quedó a vivir en Ceadea es la más recordada y enseñaba costura y preparaba a las niñas para ser buenas amas de casa, fueron algunos de los más destacados.

La enseñanza era memorística, sin fomento de ideas propias, lo que no motivaba mucho a los chavales. Para preguntar la lección, los alumnos se colocaban el semicírculo en la mesa del maestro y si contestaban bien, adelantaban puestos, si no, se ponían los últimos. En la enseñanza se valoraban los contenidos patrióticos, religiosos, la caligrafía y aritmética. Se leían libros como *El Quijote* o *Corazón*. Los libros tenían muchos poemas: *Mi vaquerillo*, *Río Duero*, *Al maestro*, *La muñeca*, sobre higiene, buenos modales y valores. El catecismo tercero era usado para preparar la primera comunión.

La disciplina era estricta. Lo primero que había que hacer era el saludo al maestro: “Buenos días tenga usted”, y luego a rezar. Se ponía cada día en la pizarra la fecha y una frase. Cada día, le tocaba a un alumno distinto escribir en el cuaderno de clase las actividades que realizaban, como si fuera un diario. Debían cuidar las faltas y la presentación. Nada de tachones, ni borrones y hacían pequeños dibujos alusivos a la tarea que se organizaban por niveles: mayores, medianos y pequeños. A menudo los alumnos mayores ayudaban al maestro encargándose de los más pequeños.

El maestro era figura de autoridad. Como he dicho, la disciplina era muy importante y la obediencia era total. Los chavales eran castigados con demasiada frecuencia y con castigos severos. Pero también hubo maestros que premiaban cuando las tareas se hacían bien. Un día, el maestro les premió con un paquetito de galletas a cada uno, a Claudino le dio dos paquetes y fue la primera vez que las probó. Me contó que lo recuerda con mucho cariño.

EL LEGADO

Eran años complicados y con mentalidad diferente de la que hoy conocemos, los castigos hoy serían impensables y los métodos de enseñanza también, pero también hubo esfuerzos personalizados. Cuando a Antonio no le salían los problemas, el maestro don José se dio cuenta que era porque no sabía todavía dividir. Le ayudó a aprender, y acabó resolviendo problemas de fracciones, porcentajes y geometría. Un ejemplo de educación personalizada incluso en tiempos duros.

Y no solo los maestros fueron los únicos en ofrecer educación y formación a los chavales. Cuando los niños no podían ir a la escuela, sus padres los llevaban a la casa de don Martín, el cura, por la tarde-noche. En Fornillos, otro cura también daba clases, Víctor y Jesús iban en bicicleta hasta allí, y a los niños de Arcillera que venían a clases a Ceadea, la mujer del maestro cuidaba de ellos a la hora de la comida, asegurándose que nos le faltara alimento. A veces también los maestros de pueblos cercanos daban clase a los alumnos de Ceadea, como es el caso de don Antonio Álvarez que cuando era niño se desplazaba hasta Moveros en bici para recibir las clases de don Laureano.

Gracias a la labor docente de todos los maestros que pasaron por el pueblo, muchos vecinos son hoy guardias civiles, maestros, jueces, enfermeras, embajadores, etc. Otros, labradores y ganaderos, igualmente esenciales. La comunidad está agradecida a aquellos maestros que, con escasos recursos y muchas dificultades, sembraron el futuro de Ceadea. La mayoría de sus vecinos están orgullosos y agradecidos de los maestros que formaron parte de la vida de tantos rapaces que tuvieron la suerte de pasar por sus aulas.

Por último, me gustaría pedir que este relato se tome un testimonio entrañable de la vida en el medio rural durante gran parte del siglo XX, en el que hablo del pueblo de Ceadea, sus tradiciones, sus fiestas, su gente y, especialmente, su escuela, en el que quiero destacar que, aunque las condiciones eran duras y las oportunidades escasas, el papel de la educación y de los maestros fue clave para abrir caminos y transformar vidas. Por eso estas líneas no solo honran a la figura de don Antonio Álvarez, sino a todos los vecinos y docentes que con humildad y dedicación sembraron el futuro de un pueblo que aún hoy conserva con orgullo su memoria colectiva.



Casa del Maestro-Museo Antonio Álvarez.



Libros de la escuela.



Antonio en la escuela.

SENIRES DE LA SCOLA PURMAIRA

Adelaide Monteiro Alves
(Speciosa, Miranda de l Douro)

L mais buono qu'habie na scola era l recreio, alén de que you até gustaba de estudar i gustaba de todas las matérias. Que si jogábamos todos juntos! Ls porsores cargábanmos de porrada i, se nun fússemos pa la scola íbamos a traballar. Ls pais, an beç de ralhar cun la porsora por bater tanto, inda dezien- arrei-le! Alguns até nun íban siempre pa la scola porque ls pais percisában deilhes para ir cun la cria, ou ir a ser pastores. Apuis la porsora batie-le porque nun sabien. Se sou pai l mandaba cun l ganado i el le dezie que tenie que ir a scola, apanhava porrada de sou pai: Á sou burro, tu nun bés que nun tengo quien baia cun las oubeilhas paridas! Apuis de la salida de la scola tamien íbamos a traballar, para ajudar, fusse no que fusse. Muita beç ls deberes éran feitos a lhuç de candeia. Outra beç íbamos a niales i quando stábamos cun las bacas no cerrado, poníemos las radeiras pals apnhar. Ls debres fazíemos.los quando calhaba: ou lhougo a salida de scola ou mais a la noite.

You fiç las quatro classes na Speciosa i l'admisson al liceu an Samartino, porque só anton la mie família dou neilha, que habie de me mandar a estudar. Senó habie feito las dues cousas nun anho. Son pobos de l cunceilho de Miranda de l Douro. La Speciosa ye un pobo pequeninho, pertencente a la fraguesie de Zenízio. Tanto que, quando era para apanhar bacias íbamos todos a pie, cun la porsora, arrimado a cinco quilómetros, para mos las dáren cun ls de Zenízio. Tamien me dá fé de quando houbo la cacluxe (tosse convulsa) mos lhebaba a todos pa ls penheirales, que diç que fazie bien refolgar esse aire de ls pinhos. Habie ua altura que oufereciemos un galho a la porsora, puosto nun andorico todo anfitado. Nun dou fé de quando era.

Nun habie calcimientu, nien auga, nien retrete. Quando era no tiempo friu, cada die calhaba a ser sou aluno a lhear la braseira de brasas que quedaba por ambaixo de la secretaria de la porsora. Nós, se queremos ir a calcer las manos, teniemos que pedir permisson i la porsora staba siempre arranhada. Ls garotos íban para le ber las calcicas a la porsora i ls quartos. Éran outros tiempos i nun éran mui buenos. Éran tiempos de miséria i ditadura que se ansinaba cunsante l regime querie i l que el querie.

Ampecei a ser bueira cun seis anhos, pouco tiempo apuis que deixei l curso de pintura a negro i branco i l fracasso de matemática, na tabuada.

Mas bamos alhá al ampeço, al que hoije se chamarie la pré-purmailra, que naquel tiempo de miséria, nun habie. You naci an Maio de mil nuobecientos i sessenta i nuobe. La mie família era ua família de agricultores remediados. Cumo éran amigos de la porsora, para you nun tener que ir cun eilhes pa las lhabuitas, pedírun-le que me deixasse star na scola i alhá fui you cun cinco anhos por fazer cun la piedra i l lhapç. Só dzenhaba. Dzenhaba i apagaba para dzenhar outra cousa. Querie you alhá saber de la tabuada ou de las letras. I la porsora tenie muito que apajar als outros alunos, pus ansinaba a las quatro classes.

Ende ampeçou la mie bocaçon de pintora i l fracasso de matemática de l que bin a ser ua scelente aluna. Ua beç la porsora nun staba i deixou la sue armana cun las tarefas marcadas: "A ls de la purmeira percuras-le la tabuada". Eilha chamou-me la purmira i

diç-me – anton tu nun benes? Cumo era mui ambergonhada, alhá fui you, i quedei mesmo de coastas para Salazar i l Américo Temás, retratos de ls Maiorales de la ditadura a quien dedicábamol lhougho al ampeço de las classes, todos ls dies, todos de pies a cantar l Hino Nacional ou l de la Mocidade Pertuesa, sien nós sabermos l que aquilo era. A cantar, cada un an sou sítio, na carteira adonde siempre mos sintábamol. Quando era para percurar algo a la classe, quedábamol todos an carreirina, alantre. Quando chegou la mie beç, quedei quelorada cumo ua meligrana i calhadica. Dous bezes nuobe i you nada; nuobe bezes cinco, inda pior, i you calhadica. Dá acá la mano dreita, diç la rapaza, armana de la senhora Duzinda. Apanhei seis reguadas an cada ua i ampecei a chorar. Toma seis reguadas naqueilhas manicás que pouco mais grandes éran que las d’ua rana! Sien duolo! Até sarapolhou la pel.

Oh-me essa, pensei you! Fui pa la mie carteira, peguei na piedra i no lhápç, meti-los na cerronica i, adius curso de dzeinho a negro i branco!... Nien licença le pedi. Adius scola!

Cun siete anhos, fui matriculada i fiç la purmeira cun ua porsora mui buona, la porsora Amélia, cun quien inda a las bezes tomo un café i damos uas cumbersetas. La Duzinda era mala cumo l demonho de ls Einfiernos. Dezie Aquilino un die destes, quando amentemos nisso: you se nun se bai la Duzinda, nun tenie feito sequiera la purmeira. Quedaba tan acagatadico, sabie las cousas, mas nun era capaz de dezir nada. Apuis porrada de meia noite... Ua beç a Diamantino çcolou-le ua oureilha de tanto le puxar por eilha.

A mi nunca me batírun. Era buona aluna i assossegada. Só daqueilha beç de la lenga-lenga de la tabuada ye que las apanhei i bien puxadas. Ningua pedagogia, era só decorar las cousas: rius, reis, sierras de l ultramar i mais l todo, etc, etc, sítios que só agora conheço, outros, nien agora. A Geografia íbamos al mapa i a ciências íbamos al mapa de l corpo houmano.

Eilhas, éran regentes. Só tenien la quarta i mais un eisameco. Alguns de nós, quando era fazer problemas, na quarta classe, que era de pensar, sabiemos nós mais que eilhas. Las porsoras que tirában l Magestério éran chamadas las porsoras oufeciales. Studaba pouca giente, por falta de pouesses i, isso era ua maneira de abrir las scolas an todas las aldés.

L que mais se me lhembra ye de las brincadeiras nos recreios, todos a falar mirandés. Jogábamol a la pedrisca, a las palombas, al lhenço, al chete, a las scundelinas, a las fugidas, a la pionça i al pion, etc. Antrábamol na scola, falábamol pertués. Se mos anganhábamol i metiemos ua mirandesada antremetelada cun pertués, batien. Quando chobie, habie un cubierto, adonde jogábamol la parida, l pion i la pionça i assi por delante.

Quando teniemos que fazer las necidades deziemos, dá licença d’ir la fora? Bai lá, respundie eilha. I íbamos a mejar i a cagar atrás de las cortinas. Ua beç, Smeraldina, cagou todo, porque la porsora nun la deixou salir, çcunfiada que era para nun ir a la tabuada. Staba de sfuira, i fui deixando correlinas de merda. Quien lhimpou? - nós las garotas.

La grande reforma de l ansino no tiempo de ditadura, fui apuis cun Veiga Simão, no tiempo de Marcelo Caetano cumo Persidente de l Conselho, poucos anhos antes de 25 de Abril.

LA ESCUELA COMO PASADO, PRESENTE Y FUTURO

Raquel Ara Pérez
(Lasieso, Huesca, y otras localidades
de Huesca y Guadalajara)

Esta historia que presento es mi vida contada desde los rincones más rurales de la España casi vaciada en la que me he criado.

Nacida a principios de la década de los ochenta en el Prepirineo aragonés (Santa Engracia de Jaca) e hija de una familia dedicada al campo, actividad ya desarrollada tanto por parte de la familia paterna como materna.

Mis padres siempre me hablaron con pasión y cariño de los buenos maestros que en sus tiempos tuvieron. Recordaban el modo de enseñar en aquellos años, en ocasiones impensable para nuestros tiempos. Asimismo, recuerdan con nostalgia los contenidos que aprendían, algunos de los cuáles todavía recuerda mi madre cuando asistía a la escuela en la pequeña aldea de Lasieso (Huesca).

Sin embargo, la necesidad del trabajo de los hijos en el campo y el no estar en una posición económica privilegiada les hizo difícil salir a estudiar fuera de donde se habían criado, por lo que con 14 años dejaron de ir al colegio. Esta circunstancia hizo que desde muy pequeña mis padres me inculcasen la importancia de la educación y apostaran por ella en mí, ya que ellos no tuvieron esa opción.

A los cuatro años empecé asistiendo a la escuela unitaria de mi pueblo, actualmente con un censo de menos de 50 habitantes y que tristemente tiene su escuela cerrada desde hace una década. Mi asistencia a este centro, hasta los 11 años, siempre la recuerdo de una forma muy positiva. Con apenas 10 niños, éramos como una pequeña familia, donde con un solo maestro/a conseguíamos aprender los contenidos de todas las materias. No hay que olvidar en esta enseñanza el papel de los alumnos más mayores del colegio que cuando era necesario ejercían de ayudantes o modelos a seguir por los más pequeños.

En ocasiones nos juntábamos con niños de otros pueblos para realizar actividades extraescolares, como por ejemplo la gala de Navidad, que cada año se realizaba en un pueblo, o alguna acampada con niños de otros colegios, incluso también nos llevaron a practicar esquí de fondo o a realizar competiciones de juegos tradicionales aragoneses. Echando la vista atrás, el poder juntarse con otras escuelas enriqueció nuestro aprendizaje y era algo que disfruté mucho, ya que en el pueblo de mi edad tan solo estábamos tres niños.

Los maestros con los que cursé la educación infantil y primaria siempre tuvieron una buena relación con el pueblo y las familias del colegio. De hecho, recuerdo cómo el maestro venía a casa a comer el día que hacíamos la matanza del cerdo en el mes de enero o también a final de curso. Era además costumbre obsequiar por su buen hacer con los embutidos de la matanza y con huevos de las gallinas, que por aquel entonces en todas las casas había.

Los padres y madres en el pueblo colaboraban con el colegio cuando era necesario, de tal manera que en los primeros años de mi escolarización y hasta que llegó la calefacción, cada semana un niño/a se ocupaba de llevar leña a la escuela y encender el fuego a

diario para que pudiese funcionar la estufa de leña. En otras ocasiones se hacían actividades con ayuda de los padres, por ejemplo, algunos se prestaron voluntarios para plantar algunos árboles en el patio del recreo, otras veces fueron las madres las que nos enseñaron a realizar el punto de *petit point* o incluso a conocer el proceso de elaboración del queso con leche de las vacas que algunos teníamos.

Finalizado 5º de EGB tuve que salir a estudiar fuera del pueblo y ser alumna transportada a diario en autobús a la ciudad más próxima. En este momento sufrí un percance en mi vida, el fallecimiento de mi padre víctima del cáncer; sin embargo, el salir fuera de mi entorno me ayudó a llevar mejor esta nueva situación personal. Esta etapa de la pre-adolescencia y adolescencia en un lugar diferente al medio rural me hizo valorar y añorar los buenos recuerdos de la escuela de mi pueblo, así como aprender lo nuevo de este momento fuera de mi lugar habitual.

El viaje en autobús lo recuerdo gratamente como una fase más del aprendizaje en el día a día fuera del pueblo, momento de disfrutar con aquellos amigos que habíamos hecho en las actividades extraescolares. Recorrer apenas 25 km hasta el nuevo colegio se tardaba casi 45 minutos en llegar al destino, ya que había que recoger y entrar a todos los pueblos, donde las carreteras a veces no eran demasiado accesibles.

Pasaron durante todos esos años profesores de todo tipo, pero algunos de ellos me dejaron una huella que siempre llevo en mi profesión de docente.

Desde mis primeros pasos en las aulas como alumna lo tuve claro, la enseñanza es a lo que yo quería dedicarme. Aún recuerdo los ratos que pasaba en el pueblo jugando a maestras con mis amigas de la infancia, donde yo hacía de maestra, o cómo un verano elaboramos una obra de teatro “La escuela del año de la pera” en la que representábamos una escuela rural en los tiempos de nuestros padres, así como anécdotas que nos habían contado, para luego enviar el dinero recaudado a alguna acción humanitaria. Esta iniciativa teatral nos hacía tener un aliciente en las largas tardes de verano del pueblo, en el que por aquel entonces no teníamos piscina ni las actuales escuelas de verano.

Pasados los años de instituto tenía claro mi objetivo, estudiar una carrera, para luego hacer el Curso de Aptitud Pedagógica o master de Educación, y finalmente opositar. En este camino, tuve mis dudas hacia qué carrera orientarme, pero finalmente fue la geografía la que elegí, debido al interés por la parte más humana de la misma. Decisión tomada en el último curso del instituto y que estuvo influenciada por los profesores de ese año, aunque siempre tuve un interés especial por la lengua castellana.

Finalizada la carrera realicé el Curso de Aptitud Pedagógica y a continuación inicié la preparación de oposiciones. Camino bastante duro y una verdadera carrera de fondo. El estudio y preparación de temas de tres especialidades ha sido complicado, ya que ha conllevado el intentar dominar tres disciplinas y competir con una gran cantidad de opositores, ya que la ratio de personas y plazas nunca ha sido demasiado favorable. Una vez analizadas las pocas plazas que la administración educativa de mi Comunidad Autónoma ofertaba para la primera oposición a la que me podía presentar, opté por salir de Aragón en busca de la suerte en algún otro lugar. Castilla-La Mancha fue el sitio elegido para probar suerte. Eran los años de la burbuja inmobiliaria en España y el extrarradio de Madrid no paraba de crecer en población, hecho que benefició a la creación de institutos de nueva creación en las zonas limítrofes. Mi primer destino como interina fue en la Alcarria, donde pasé ocho años como interina. Ejercí mi profesión en pueblos que habían experimentado en muy pocos años un gran aumento de población, debido a la emigración de las grandes urbes, pero cuya forma de vida se podía calificar como de ciudades dormitorio (Cabanillas del Campo, Villanueva de la Torre, Marchamalo, etc.). Quién me iba decir a mí, que la

desgracia del 11M en el año 2004 que saltó a los medios de comunicación iba a ser un lugar que luego yo frecuentaría cuando terminase viviendo en Azuqueca de Henares.

El recuerdo de mi paso por Guadalajara como docente nunca lo podré olvidar, un aprendizaje en toda regla de esta profesión. Se trataba de un espacio rural en el que a pesar de ello no se parecía en nada a mis orígenes rurales. Ahí las puertas de las casas permanecían cerradas todo el día, los vecinos entre sí no se conocían, pues pasaban todo el día entre el tren y la ciudad en la que trabajaban, y donde el entramado urbano era generalmente ordenado y con viviendas unifamiliares. El alumnado lo denominábamos como los niños de la llave, donde se percibía la carencia de supervisión de los adultos. Pude aprender mucho de estos sitios rurales en esta parte de la geografía española así como las mochilas que muchos de estos adolescentes llevaban consigo.

Las circunstancias de la vida me permitieron poder volver a mi tierra todavía como profesora interina, ya que había opositado varias veces aprobando sin plaza, lo que me dio puntos para poder entrar en las lista de profesores de Aragón. En Aragón comencé trabajando en el extrarradio de Zaragoza pero ya después pasé a trabajar en pueblos de la provincia de Huesca (Biescas y Grañén), no cesando en el intento de conseguir la plaza de oposición, que al final conseguí obteniendo como destino definitivo el pueblo donde ejercí unos años de interina, Grañén, en la Comarca de los Monegros.

Mi centro actual de trabajo es el Instituto Montes Negros, que se encuentra en la provincia de Huesca, en plena planicie monegrina, en las inmediaciones del río Flumen y entre la línea férrea que une Madrid y Barcelona. Se trata de un municipio plenamente rural, con menos de 2.000 habitantes pero que ha sabido mantener su colegio e instituto hasta la actualidad, ya que a él acuden alumnos también de otros municipios próximos, algunos de los cuales fueron pueblos de colonización (Curbe, Sodeto y Montesús) y que hacen posible el mantenimiento de estos servicios.

Las características de su particular situación geográfica, su historia demográfica y el impacto de la colonización en la zona hacen de este lugar un lugar especial para poder desarrollar nuestro trabajo como docentes.

Destaco y valoro muy positivamente la posibilidad de dar clase en grupos de la ESO con ratios reducidas pero también diversos, comparativamente con lo que tenemos actualmente en las urbes de nuestro país, donde el elevado número de alumnos por clase a veces hace difícil poder atenderlos correctamente.

Por otro lado, el contacto con las familias es totalmente cercano, lo que es muy positivo a la hora de detectar la necesidad de ayudar en el cualquier aspecto al alumnado.

Además, en el Centro uno de sus ejes es apostar siempre por su alumnado y brindarles todas las posibilidades para mejorar en su desarrollo personal y educativo. Por ello, siempre que se puede se les ofrece la posibilidad de realizar actividades complementarias y extraescolares tanto dentro como fuera de su entorno. Por ello, el profesorado intentamos implicarnos en todo lo que podemos para llevar situaciones de aprendizaje que sirvan de guía en nuestro trabajo y además motive a nuestro alumnado.

Como docente de Ámbito Sociolingüístico en los cursos de 3º y 4º ESO, además de Economía y Emprendimiento en 4º ESO puedo decir que el paso por el medio rural me está marcando muy positivamente, pues me está permitiendo desarrollar mi labor plenamente, al poder contar con agentes externos que en cualquier otro centro seguro sería más complejo.

Las actividades que hago en el día a día son las de cualquier docente habitual, sin embargo, la idiosincrasia de este medio rural y la cercanía o colaboración de los diferentes entes me ha permitido llevarlas a cabo, obteniendo un aprendizaje muy enriquecedor para todos.

Todo empieza gracias a que desde el principio he podido contar con la colaboración de la Escuela de Adultos del municipio. Su aportación es muy positiva para el trabajo de situaciones de aprendizaje. Así, cuando desde Geografía se ha estudiado el medio físico he preparado con los alumnos refranes aplicados al tiempo y al clima, que luego en clase han podido compartir y añadir otros nuevos al contar con la participación de los alumnos de la Escuela de Adultos, cuya experiencia nos ha hecho muy enriquecedora esta actividad.

En otras ocasiones ha sido el poder contar con políticos de la zona para que nos ayudasen a cumplimentar un dossier explicativo de la colonización en las tierras monegrinas, cuyo centro de interpretación es abierto para acercar al alumnado a su historia y a sus familias, contando también con testimonios de familiares de algunos de los padres del alumnado.

Por otro lado, cuando se ha estudiado la posguerra y la literatura de dicha época se ha contado con la participación del alumnado de la Escuela de Adultos, a los cuáles se les ha entrevistado y han contado sus valiosos testimonios de la época que les tocó vivir. Actividad muy atractiva y positiva para este alumnado que realizó entrevistas a los adultos a partir de las pautas aprendidas por una de las periodistas de la Comarca, que se brindó a venir al instituto para enseñar cómo era su trabajo.

La participación del alumnado de adultos les permitió conocer de primera mano la educación de antaño. Gracias a sus relatos aprendieron cómo estudiaban con un solo libro por tener que dejar de ir a la escuela por ayudar en el campo.

Otro de los agentes externos que han posibilitado el acercarnos a nuestro medio más próximo y a las dificultades con las que muchas veces los docentes nos encontramos, son las familias de los alumnos y los propios ex-alumnos. Muchos de ellos tienen una vinculación con las actividades agropecuarias y quieren seguir la vida en su pueblo, sin embargo, a veces se encuentran con falta de motivación para terminar la ESO. Esta circunstancia hace que se invite a familias y antiguos alumnos para gestar un encuentro en que expliquen las fortalezas y debilidades del día a día en el mundo rural, para que así el alumnado pueda suplirlas con la formación que desde los centros docentes se les da y orienta para su futuro. Por ello este año se ofreció una charla con talleres y concesionarios de maquinaria agrícola de la zona. Con esto se ha pretendido acercar al alumnado a las necesidades de capital físico para el trabajo en las explotaciones y de las necesidades en formación tecnológica para poder trabajar con dicha maquinaria.

Con todas estas actividades y siguiendo con el currículo oficial se puede decir que estoy desarrollando mi labor docente en un medio rural que me lo está poniendo muy fácil para poder realizarla de la mejor manera posible desde mis posibilidades y que cada día estoy aprendiendo cosas nuevas, por muy pequeño que sea el centro. Actividades como las detalladas hacen que mi vocación se mantenga y rompa con la monotonía de las clases.

Por ello, todo lo que se me pasa por la cabeza a mí o a mis alumnos, siempre dentro de la más estricta legalidad y de los criterios de evaluación y competenciales, lo intento llevar a cabo, ya que me doy cuenta que sirve de enganche y motivación para ambas partes.

No puedo terminar este relato autobiográfico sin contar dos actividades que se han realizado este curso. En principio no se habían programado pero que gracias a la motivación del alumnado ha sido posible y que han tenido un extraordinario acogimiento. La primera de ellas es en la materia de economía, donde son los mismos alumnos cuando al plantearles el problema de escasez que afecta a parte del planeta se plantearon hacer un

proyecto solidario para ayudar a los más necesitados, todo ello dentro de los objetivos de desarrollo sostenible que marca el currículo de la materia. Así pues, presentaron un proyecto basado en la economía circular y cuya aplicación práctica se centró en recoger material escolar, ropa y juguetes para luego donarlo a una asociación monoparental. El trabajo lo presentaron en el colegio además de en el instituto. A partir de este proyecto se elaboró también una canción del mismo que queda en el recuerdo del centro. Esta actividad ha sido tan enriquecedora que ya se plantean seguir haciendo proyectos de este tipo para el próximo año. Actividades de este tipo han sido posibles gracias a la colaboración del medio rural en el que nos encontramos, donde también el propio Ayuntamiento del municipio se ha brindado en ayudar en la logística de lo recaudado. Quizás en otro lugar hubiese sido más complicado llevarlo a cabo.

Y ya para terminar el curso ponemos el broche con el tema de la solidaridad trabajada en las horas de tutoría, con el grupo de 3º ESO de Diversificación, con el que realizamos una representación teatral. Dado que es habitual la llegada de alumnado de incorporación tardía y que no hablan el castellano, planteé a los alumnos realizar una obra de teatro donde se acogía a un alumno de origen árabe, como precisamente acababa de suceder en dicha aula. Presentamos la obra a un concurso de talentos organizada por el departamento de música y fuimos reconocidos con un pequeño obsequio.

Todo lo relatado ha sido posible gracias al trabajo de mis alumnos, dispuestos a hacer este tipo de actividades. He aprendido que se puede seguir el currículo marcado por la ley pero que este se engrandece con este tipo de iniciativas. Hay mucho trabajo y esfuerzo por parte de todos, pero merece la pena y es lo que hace que no pierda mi vocación y quiera seguir luchando por la educación en el medio rural, donde las nuevas tecnologías nos permiten acercarnos a cualquier realidad.



Entrevista con adultos de la posguerra. 4º ESO. Grañén. 7/2/2025. Raquel Ara, Antonia Gracia, Asun Sánchez, Tere Durango, Mari Carmen Murillo, Mario Furcelea, Pedro Andreica, Hugo Abós, Steysi Pineda y Susana Barreu.



Actividad intergeneracional con adultos sobre el aragonés. 3º ESO. Grañén. 5/12/2024 Raquel Ara, Cristina Cavero, Andrea Dolz, Puri Pago, Margarita Porcel, Flor Laplaceta, Tere Catón, Antonia Gracia, Asun Sánchez, Tere Durango, Mari Carmen Murillo, José María Rivares, Iker Abadía, Ángel Florín, Daniela Barrreu, Laura Bolea, Wiam Bouirbiten, Maité Casaña, Marisa Caudet , Julio Capistrós, Joseph Jared, Daniel Lavilla, Tiziano Massin, Fernando Obón, Guillermo Peiró, Nicolás Revuelta, Bautista Rodríguez, Daniel Romanos, Maia Rufas, Francisco Vilchez Marta Zabal, Manuel Oriol, Isaac Monzón, Bea Lecina y Noa Plo.

DONDE NACIÓ EL AMOR

Carmen Arroyo Rodríguez
(Cubillo de Ojeda, Palencia)

*Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza
sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.*

Gabriela Mistral

RECUERDOS DE MI PRIMER DESTINO COMO MAESTRA: CUBILLO DE OJEDA, PALENCIA

Soy extremeña. Nací en Acebo, provincia de Cáceres. Viví con los abuelos en el ventorro “Porora”, de mi abuelo paterno, Antimo, a pocos kilómetros de la Raya de Portugal y con dirección Salamanca. Al ampliar la carretera del Puerto de Perales, una curva fue conocida como “la revuelta de los portugueses” porque muchos portugueses trabajaron en ella. Pasé con mi abuela Natividad casi seis años. Fue mi amiga y mi maestra. Era muy buena encajera. Sus encajes: el ramito, la envidiosa, el abanico, tenían justa fama. En mi pueblo, al igual que en Almagro y Camariñas, los encajes eran una tarea con la que las mujeres se ganaban unas pesetas que siempre venían bien. La abuela, después de guisar y limpiar se sentaba con su *mojailla* a hacer encaje y me contaba relatos, cuentos, romances, historias de lobos buenos y malos, canciones, de mi tierra. Fue mi primera maestra. Recuerdo hasta una pequeña obra de teatro, “Amiga Enriqueta, yo mucho lo siento, he tenido carta de mi tío ayer, y en ella me dice que heredo sus bienes pero es si me caso con mi prima Petra la de Peñalver”. Y el romance de “Jueves Santo, Viernes Santo” que se recitaba delante del Cordero Bendito en su pequeña ermita, de Acebo, entre otras cosas. Creo que mi vocación de maestra nació en aquel tiempo en los que ella y yo aliviábamos nuestra soledad con el don divino de la palabra. Me hizo mis primeras muñecas de trapo: un mínimo trocito de lienzo en el que introducía unas vedijas de lana: ataba dando forma a la cabeza y con dos puntadas de hilo negro para los ojos y otras roja para la boca, estaba completa. Yo jugaba feliz con la muñeca que a mí me parecía la más linda del mundo. Me emociona recordar aquel tiempo en el que yo también inventaba cuentos que contaba a mi muñeca. La abuela, entregada a sus múltiples tareas, escuchaba y me daba su mejor premio: un fuerte abrazo y un beso: eran un regalo que también acerco simplemente si cierro los ojos y pienso en ella.

En primavera, las primeras lluvias me aportaban otro entretenimiento: la abuela cruzaba dos palitos en forma de cruz y los ataba fuertemente. Yo me iba a unos charcos de tierra arcillosa cercanos a la casa y allí hacía muñecas que dejaba secar al sol. Al día siguiente, con mucho cuidado, las iba despegando del suelo y a pesar de que, casi siempre, perdían un brazo o una pierna, la abuela solía ponerles un trapito que entraba mediante una abertura por la cabeza. Y le anudaba un trocito de cuerda alrededor de la cintura. El haberlas hecho yo, aunque toscas, me producían alegría y les tomé cariño.

Cuando me adjudicaron, en Cubillo de Ojeda, la primera escuela rural, seguí haciéndolas y los niños se divertían con aquel trabajo en barro que fueron perfeccionando. Y siempre las recordé cuando, pasado el tiempo, ejerciendo mi profesión en otros colegios, apareció la moldeable plastilina con la que se podían hacer maravillas. En la escuela rural,

además, enseñaba a las mayores a hacer el “costurero” donde cada fila era una muestra de la labor que aprendían: puntadillas, vainicas, festón, bodoques, punto de cruz... Todas las labores que las madres lavaban y almidonaban, y se exponían a final de curso, junto a ejercicios de redacción, cuando hacíamos la fiesta de despedida.

Cierro los ojos y me veo niña con mi abuela, buscando en la cuadra, al otro lado de la cocina, los huevos que las caprichosas gallinas nunca ponían en el sitio adecuado. Vi salir a los polluelos del cascarón y nacer a los cabritos, aprendí, mi mano dentro de la fuerte mano de mi abuelo, a ordeñar a las cabras. La pequeña de las hermanas de mi padre, Concha, pasaba temporadas con nosotros en el ventorro y, si la abuela me daba permiso, algunos días me llevaba a vender, al pueblo, la leche y los quesos que había ido haciendo la abuela artesanalmente, durante el invierno. Las primaveras eran lluviosas y el río *Carreciá* venía crecido. Algunas veces la burrita con el serón y los dos cántaros de leche y yo, a horcajadas, con las piernas metidas junto a los cántaros, se negaba a cruzar y mi tía la iba dirigiendo subida en unos canchales que, a modo de *pasaeras*, no había puente, atravesaban el río. Si venía muy crecido, la borriquilla se ponía terca y no cruzaba. Entonces, mi tía acariciaba su cabeza y le hablaba al oído. Nunca me dijo qué le decía, sonreía con aire misterio y contestaba: “es nuestro secreto”, y una vez cruzado el río el animalito parecía que la miraba y se sentía satisfecho de su proeza. Pienso que a algunos animales solo les falta hablar.

Saliendo de la casa de los abuelos, a la derecha, se inicia un camino que, en descenso, nos llevaba a la finca de los Hornillos que aún sigue en manos de la familia. En un espacio de la misma el abuelo cuidaba un mínimo huerto, el “Rozo”, y en él cultivaba verdura, hortalizas, sandías y melones. Había manzanos, perales, naranjos e higueras. El resto de la finca se destinaba al olivo y si era necesario contratava jornaleros para arar y estercar las oliveras. Para varear y apañarlas, cuando el color del fruto pedía a gritos molienda, llegaba un matrimonio de la raya: Peyo y Candelas, con sus niños, que mi abuelo conocía de años atrás. Mis amigos por unos días, los que duraba recoger las aceitunas. Cuando no hacía mucho frío, la abuela me daba permiso y yo me iba con ellos a apañar. Cada año, Peyo me llevaba una pequeña cestita que había tejido con láminas de madera de castaño y, de cuclillas, junto a los mayores, la llenaba una y otra vez para ir echando las aceitunas en el montón que se formaba. Según la cantidad de fruto, se llevaba en varias tandas al molino. Los niños portugueses, sus hijos, fueron mis compañeros de juegos esos años, a Candelas la recuerdo siempre esperando otro hijo. Y, al final de la jornada, cenábamos y nos gustaba quedarnos sentados cerca del fuego que se encendía en una gran lancha en medio de la cocina escuchando historias y canciones de los mayores hasta que el sueño nos rendía. Mientras, mis padres seguían en Valladolid abriéndose camino. La tierra ya no daba para alimentar a todos los hermanos, y se fueron a trabajar a Salamanca, Irún y Barcelona. Se reunían por octubre o noviembre a recoger las aceitunas de “verdeo” a mano, que pagaban a mejor precio en el molino de Perales del Puerto. El aceite de La Peraliega sigue en mi cocina.

En Acebo se hacen encajes de bolillos, como en Almagro y Camariñas, y muchos paisanos se aventuraron a venderlos fuera de la tierra. Mi madre conocía bien el oficio y a él se dedicó con mi padre. Compraban los encajes en el pueblo y los vendían donde esa labor se apreciaba. Pasó el tiempo. Yo era feliz viviendo con los abuelos. En primavera, mi abuelo Antimo solía quedarse a dormir en un refugio de pastor para vigilar que los jabalíes no destrozasen lo que había sembrado y más de una vez mató alguno y, aparte del cerdo que se criaba para la matanza, tuvimos doble cantidad de comida. Estábamos a siete kilómetros del pueblo, Acebo, y el matarife venía encantado a realizar su faena pues

a él le gustaba aquella carne más firme y fibrosa y de sabor inconfundible. Y la abuela le daba una buena parte por su trabajo.

En el estío, los rebaños de cabras, ovejas y, también algunos caballos, subían desde más abajo de Coria (se practicaba la trashumancia), hacia los verdes pastos de las montañas palentinas y pasaban delante de nuestra casa hacia el Puerto de Perales. A veces, encerraban las que cabían en un gran corralón que había detrás de la casa y se quedaban a dormir. Pocas veces, la verdad, porque ellos tenían bien marcadas las etapas y avanzaban hasta entrada la noche. Solían juntar varios rebaños, para defenderse de ataques de lobos, con los perros que llevaban.

Cumplí seis años, tiempo de ir a la escuela. Mis padres alquilaron un piso en Valladolid frente al Grupo Escolar San Fernando, en la calle Padre Claret. Fue mi primera escuela. Separarme de la abuela Nati, según mi madre, me costó una “calentura”. Desde entonces, y tengo 81 años, ella sigue en mi corazón. He querido unir estos recuerdos como extremeña con lo que voy a relatar sobre mi trabajo como maestra en una escuela rural porque siempre mi corazón estuvo y, está, repartido entre Acebo y esta ciudad castellana, Palencia, en la que he trabajado, me casé, fui feliz, tuve hijos y el cariño de mis alumnos palentinos.

Y como mi vocación estaba clara, fui maestra durante 40 años, seis meses, y diez días, una labor social hermosa, al igual que la de médico o sacerdote en la que se aporta, lo digo convencida, menos de lo que se recibe, en dosis de cariño y devoción. La maestra, son palabras de la catedrática palentina doña Casilda Ordóñez, ocupa en el imaginario infantil un lugar semejante al de las hadas, ese es el gran regalo de amor que recibimos. Y el agradecimiento de los padres, que nos paran en la calle para contamos que sus hijos ya casados, con hijos, y viviendo fuera de Palencia, no nos olvidan. Un buen regalo para los oídos, sobre todo, cuando hace ya tanto tiempo que me jubilé.

En mi título de maestra se lee: “Carmen Arroyo Rodríguez, nacida el 16 de julio de 1943, ha hecho constar su suficiencia en la Escuela del Magisterio de Valladolid el 4 de mayo de 1960 con la calificación de Sobresaliente, expido el presente Título de Maestra de Primaria Enseñanza que faculta a la interesada para ejercer la profesión y disfrutar los derechos que a este grado le otorgan las disposiciones vigentes. Dado en Madrid el 29 de marzo de 1961”. Siguen firmas. Cumplí 17 años el 16 de julio. A los 18, con oposición aprobada, esperé destino en Valladolid. Mis padres se habían trasladado a Coruña a vivir y me quedé sola. Fui en Navidad y luego volví a esperar plaza. Obtuve el número 16 en la oposición, hubo pocas vacantes en Valladolid, en septiembre del sesenta y dos. Tuvimos el resto de aprobadas —hasta el final de la lista— que esperar hasta que nos repartieran por otras provincias. A Palencia nos enviaron para cubrir plazas vacantes el 23 de febrero del año 1963. Mi padre, vino desde Coruña y me acompañó. La alegría se mezclaba con los nervios lógicos. Elegí la primera. Pedí Cubillo de Ojeda, un pueblo de la montaña palentina. Llegué con nieve, un sábado. La tarde de vacación escolar, en aquel tiempo, era el jueves, y tuvimos que esperar en Perazancas de Ojeda a que el maestro terminara su tarea para que me firmase el acta de toma de posesión. A dos kilómetros, queda Cubillo de Ojeda. Mi nombramiento alegró a los vecinos que me recibieron bien. Me alojé en casa del señor Hipólito, con sus dos hijas, Encarnita y Pilar, de edad cercana a la mía. Fuimos buenas amigas.

Estaba contenta con mi trabajo, en una escuela rural mixta, donde la más pequeña era Gina —4 años— y el mayor —Norberto— tenía 12. Yo, su maestra, le llevaba siete años. Aquellos alumnos, los primeros que tuve, están en mi corazón pero con Norberto, que vive en Valladolid, me comunico por móvil y ordenador y conservo fotografías de su familia actual. Cubillo se despobló como las zonas rurales en cualquier provincia cuando

no hay modo de ganarse la vida. Parte de los vecinos que sobreviven vuelven a sus casas, renovadas, algunos días en verano y, por supuesto, si pueden, el día de la fiesta, San Pedro¹.

Cuando, me adjudicaron Cubillo de Ojeda, en mi escuela rural, seguí haciendo muñecas de barro y los niños se divertían con aquel trabajo que fueron perfeccionando. Y siempre las recordé porque con el paso del tiempo, ejerciendo mi profesión en otros colegios, apareció la moldeable plastilina con la que se podían hacer maravillas. En la escuela rural además, enseñaba a las mayores a hacer el “costurero” donde cada fila era una muestra de la labor que aprendían: puntadillas, vainicas, festón, bodoques, punto de cruz... Todas las labores en el mismo costurero, un trocito de lienzo que las madres lavaban y almidonaban, y se exponían a final de curso, junto a ejercicios de redacción, cuando hacíamos la fiesta de despedida. Yo sabía que no volvería a Cubillo de Ojeda porque me habían dado Palencia debido a que mi puntuación era alta y elegí, también, la primera.

Añadiré algo por lo que, pienso, los pueblos se abandonan. Cuando llegué, estaban haciendo en toda la zona de La Ojeda la concentración parcelaria. Una tarde, alguno de los peritos nos comentó que las tierras de Perazancas y Cubillo se podían trabajar con un par de tractores y el resto de agricultores deberían ganarse la vida en “los Bilbaos”. Y fue premonición: es cierto, hemos vuelto muchas veces y cada vez había más casas cerradas. Con la ilusión por bandera me dispuse a atender a todos mis alumnos y a lograr silencio para hacerme oír en medio de la alegría expansiva de los niños. La experiencia me llevó a pensar que cada maestra/o de educación mixta rural tiene varios ángeles, o hadas que le ayudan en su importante trabajo... Aunque sé bien, por mi fe, que Dios bendice esa tarea realizada con amor.

Desde el día de la toma de posesión, la nieve fue compañera fiel en mi camino de casa a la escuela. Debía llegar media hora antes a ésta para encender una pequeña estufa que, en el centro del aula, daba más humo que calor. Norberto era un eficaz ayudante y sabía encenderla mejor que yo. Mantener su amistad me enorgullece. El maestro de Perazancas de Ojeda se llamaba Marcelino García Velasco, un gran maestro y poeta ganador de muchos y prestigiosos certámenes y con muchos libros publicados. Titulé estos recuerdos *Donde nació el amor*, el de mi primera escuela rural, pero si la vocación se había despertado en mí, también Marcelino era un enamorado de su profesión y, además, juntos, descubrimos el amor, con el que hemos caminado sesenta años, hasta su fallecimiento. Nos hicimos novios en Villaverde de la Peña el 2 de junio de ese año, 1963. Era la fiesta del pueblo y nos habían invitado. Bailamos en una “patatera” y lo digo porque las patatas de La Ojeda tienen justa fama y se guardan en esos locales largos y frescos donde se conservan hasta el momento de venderlas como patata de secano, para siembra, porque el sabor es exquisito y, al guisarse, quedan deliciosas. Siempre se reserva cada agricultor una buena cantidad, para consumo del año, y volver a sembrar las que se venderán.

Las mozas habían adecentado el local para el día de la fiesta. Y los mozos se encargaron de poner un hilo de luz que alimentaba, dos únicas bombillas, favorecedoras de

¹ Actualmente, Cubillo de Ojeda solo está habitada durante todo el año por una familia: José Luis Fraile Báscones, María, su esposa, y el hijo Daniel, que acaba de cumplir 11 años, pues las dos hijas mayores se han independizado. Son ganaderos y Daniel, que cursa sus estudios en Cervera de Pisuerga, ayuda en el trabajo a su padre en ratos libres de escuela y, por vídeo, he visto con qué destreza ayuda en el parto a las ovejas y sabe perfectamente cómo actuar en esos momentos difíciles. José Luis me cede amablemente las fotografías que adjunto y me escribe en su móvil: "Y, por supuesto que son fotos que tengo en mi casa de mi familia en una caja de galletas que siempre que nos reunimos nos encanta ver fotos antiguas. Y doy permiso a Carmen Arroyo Rodríguez para que las pueda publicar". Recibido hoy, 22 de mayo de 2025. También me adjunta los pies de fotos. (N.A.).

besos furtivos... Pero, volvamos al principio, cuando conocí a una persona buena, sencilla e inteligente con quien formé familia y tuve tres hijos, el segundo de los cuales y su esposa nos hicieron abuelos, ese grado de suerte al que se llega cuando el amor de los hijos nos devuelve la ilusión: conocer y acariciar el tesoro que son los nietos.

Como era víspera de domingo, Marcelino nos pidió que le acercásemos a Palencia, donde vivía. A mi padre, Vidal, le pareció una buena persona y le cayó bien desde el primer momento de conocerlo. Acertó de pleno. Yo había salido de las Religiosas Carmelitas de Madre Vedruna, C/ Mantería, y le pidió que cuidase de mí... Y ¡vaya que lo hizo! Nos casamos al año siguiente, 1961. Conocerlo fue una hermosa conjunción que llenó mi vida. Entre ambas me realicé: en la escuela y con mi esposo, Marcelino García Velasco.

He querido unir dos etapas tan distintas: infancia y juventud en este fiel relato porque siempre amé la tierra en la que nací, Extremadura, la misma de don Antonio Álvarez², autor de *El Parvulito* y las *Enciclopedias Álvarez* que se convirtieron en los libros más valorados en aquel tiempo en las escuelas, cuando disponer de un buen libro de lectura y de aprendizaje ameno y atractivo era poco menos que imposible.

Voy a relatar una anécdota que viví siendo ya maestra en Palencia, donde ejercí desde septiembre de ese mismo año, 1963, hasta julio del año 2003, mi fecha de jubilación, y que refleja la importancia del trabajo realizado por don Antonio Álvarez y que tanto ayudó en la escuela de párvulos como en cursos superiores. Fue una compañía valiosa que jamás dejamos de agradecer, al menos con el pensamiento, cada maestro, a pesar del lugar en el que se desarrollase nuestro trabajo. Como extremeña, me siento orgullosa de haber nacido en la tierra de Gabriel y Galán cuyos poemas acompañaron toda mi vida y que mi padre, Vidal, nos leía cuando éramos chicas, tengo cuatro hermanas, dos estudiaron Magisterio. Y, por supuesto, la misma tierra de don Antonio Álvarez. Persona digna de elogio. Agradezco su obra, que tanto me ayudó, con este relato de mi vida, que dedico a su grato recuerdo.

Ahora voy contar una anécdota que viví y quizá, sea poco conocida. Los maestros de Palencia sabíamos que la librería *El Diario Palentino*, en la Calle Mayor, nos iba a dar una sorpresa. Esa librería, del mismo dueño del periódico local, *Diario Palentino*, se llenó un buen día de ejemplares de libros escritos por don Antonio Álvarez y que, además, compramos como regalo a nuestros hijos... Aún recuerdo la cara de sorpresa de todos nosotros cuando nos parecía estar haciendo un recorrido emocional en el tiempo, desde que fuimos niños hasta que llegamos a ser padres. Las enciclopedias para cursos superiores y en infantil, *El Parvulito*, nos había acompañado en nuestra tarea escolar como el mejor amigo. Guardamos aquellos libros como un tesoro. Y recuerdo que, durante las Ferias de San Antolín de ese año, que se celebran el dos de septiembre, en Palencia, en alguna caseta del Paseo de Isabel 11, se vendían. Fue todo un éxito.

A mí me pareció un buen detalle por parte de los dueños de la librería y sus dependientes: Pizarro y Angelines que se esmeraron en colocar pilas de volúmenes hasta llenar el escaparate y que trabajaron sin desmayo para vender y envolver una gran cantidad de libros. Siento no conservar ninguna fotografía. Pasado un tiempo, se estrenaron nuevos locales en la misma Calle Mayor pero —aunque pregunté a los periodistas—, no encontraron referencias. En el traslado, a los amplios y modernos locales, es posible que se perdiesen.

En la Ojeda, cercanas las montañas del Espigüete y el Curavacas, las noches son heladoras. Se utilizan, para luchar en contra del frío, la gloria y la trébede. Ya los romanos calentaban con este sistema las habitaciones de los dueños de las Villas Romanas, como la de la Olmeda. Un sinfín de galerías en el suelo que recibía aire caliente por una especie

² Lapsus de la autora: Antonio Álvarez nació en la localidad de Ceadea, municipio de Fonfría, provincia de Zamora, el 19 de agosto de 1921. (N.E.)

de entrada de horno donde se quemaba paja, sarmientos o leña. Al otro lado, estaba la cocina que se enrojaba con piñas y leña, donde se cocinaba. Adosado a ella, recubierto con azulejos, y a su misma altura un amplio espacio en el que mi patrono nos colocaba un cochón y mantas y muchas veces nos acostábamos las tres. Y dormíamos tan ricamente pues daba gloria quedarse allí hasta que llegaba el sueño. Esas noches eran bien aprovechadas pues ellas, Encamita y Pilar, me fueron hablando de fiestas típicas, costumbres, tradiciones, y los juegos infantiles que pude comprobar en mi escuela. Voy a detallar una en la que participé. En Puente Agudín, cada año era costumbre que los pastores (sucesores de los que yo había visto pasar por el Puerto de Perales desde la casa de los abuelos), cuyos rebaños aprovechaban los verdes pastos, regalasen una o dos ovejas con las que hacían la caldereta, un guiso con fuego de leña, al aire libre, lentamente, y aquel olor que se expandía convertido en sabor agradable, era la comida con la que se despedían los pastores hasta el año siguiente, pues regresaban a su tierra. Invitaban a las gentes del lugar y de pueblos cercanos. Hoy son de muchos lugares quienes se acercan hasta Puente Agudín para pasar un buen día de campo por la belleza del lugar y el ambiente de confraternización que se vive.

Un buen día, años más tarde, don Enrique Martín, entonces presidente de la Diputación de Palencia, me invitó a dar el pregón de la fiesta de Puente Agudín. Y tuve el honor de hablar de mi experiencia extremeña, el ver pasar los rebaños en el ventorro de los abuelos convertida —con el tiempo— en realidad en aquel lugar palentino y, una distinción, como maestra de escuela rural. Todo un honor que aún me enorgullece.

En la narración de mis amigas Encarnita y Pilar, conocí lo que significaba pinar el mayo, las enramadas a novias, y a sacerdotes que cantaban misas en su pueblo, leyendas como la de la Fuente de la Reana... Intentaré detallar algo de ellas. Adjunto fotografías que me ha facilitado José Luis Fraile, que vive en Cubillo, a quien agradezco su deferencia y amabilidad. También, la mía de Puente Agudín, que conservo como un tesoro.

Pinar el mayo era también una de las tradiciones que no llegué a ver porque en Cubillo ese año no hubo. Pero contaré lo que mis patronas me dijeron: Muy de mañana, los mozos iban al monte y elegían un árbol alto y derecho, generalmente un pino. Lo cortaban y le quitaban todas las ramas salvo las de la punta. Lo traían al pueblo mediante arrastre y lo plantaban en medio de la plaza; solían untarlo con grasa y, colgar arriba una bolsa de golosinas. Se reunía el pueblo alrededor y los mozos intentaban subir para demostrar su maestría. Cuando resbalaban y caían a tierra, las mocitas cantaban, en tono jocosos, unas estrofas formando unas coplillas que se llamaban de picadillo si esto ocurría y, por el contrario, resaltaban el salero de quienes conseguían llegar hasta arriba y coger las bolsas de chuches, que se repartían a los *chiguitos* (palabra palentina con la que se nombra a los pequeños), también los abuelos se animaban a tomar algún caramelo. Mozos y mozas acababan la fiesta con una buena merienda. Todas estas tradiciones unían a la gente del lugar, sin distinción alguna que confraternizaban entre sí y olvidaban algún rencor entre ellos. Las tradiciones son una bendición que debería perpetuarse. Pero desgraciadamente, van desapareciendo.

Otra que me parece digna de ser reseñada es la conocida como Las Enramadas. A mí me parece una de las más bonitas. Cuando en el pueblo se adivinaba (barruntaba diríamos en extremeño), que dos jóvenes se habían enamorado, de noche, se colocaba una enramada formando un arco con ramas floridas, en la ventana de la futura novia; iban a ponerla los amigos del novio acompañando al afortunado pretendiente. Mayo, el mes del amor cantado desde siempre por los poetas, animaba esas cercanías de ambos jóvenes que, pronto, se transformaba en un gran fuego, con la alegría consiguiente de familiares, amigos o vecinos. También cuando un hijo del pueblo cantaba su primera misa se iba a

buscar al misacantano y se organizaba una procesión en la que participaba todo el pueblo desde su casa hasta la iglesia en la que iban él y los padres o familiares bajo una enramada alta. La alegría era generalizada por haber dado, el pueblo, a la Iglesia, otro guardián de su rebaño.

Tampoco pude asistir a ninguna pero mi buen amigo José Luis Fraile Báscones, ganadero, que es quien vive de modo permanente en el pueblo, y es presidente de la marca de lechazo IGP³, me ha prestado por Internet, de buen grado, estas fotografías familiares del día en el que su tío Fulgencio cantó misa. Y que le agradezco de corazón. Me cuenta en un correo que las guarda en una vieja caja de galletas y que cada vez que se reúne la saca para que Daniel y las dos hijas mayores, emancipadas ya, no olviden a sus mayores, sus nombres, su forma de vida sacrificada de sol a sol, para que ahora sus descendientes vivan mejor. Una buena idea, pasar un buen rato con esos recuerdos aunque, ahora, es triste decirlo, los nietos te cambian por la pantalla de su móvil que los atrae como un imán y eso de escuchar a padres o abuelos pasa a segundo término y, te dicen, sí, te escucho pero que sea cortito abuela... Lo digo muy convencida de lo que afirmo. Vuelvo la vista hacia atrás cuando, con mi abuela en pleno campo, era feliz porque hablaba con ella y me encantaba escucharla.

Pero vayamos a una experiencia irrepetible que tuve en mi tercera visita a La Reana, en un jueves acompañada de quien aún era mi novio y luego marido. Nos llevó en su DKV Jesús "El Pitusa", un joven así conocido por las gaseosas que hacía. Estas fuentes, me contó Marcelino, son conocidas de tiempos de Plinio, geógrafo, su descubridor, están en un lugar idílico muy cerca de Velilla del Río Carrión. Acapara leyendas que suelen ser inventadas, transmitidas a través del tiempo y que, cada particular, cuenta como quiere y magnífica. Mis patronas, Encarna y Pilar me decían que si no se conseguía ver correr el agua alguna desgracia estaba cerca. Era la tercera vez que, aprovechando el recorrido para repartir las gaseosas de Jesús, nos acercamos al lugar y, sí, ese jueves, corría el agua, parecía mentira. Por lo general los arcos de piedra que conforman La Reana están secos. Hay una explicación lógica. Las fuentes que transcurren cerca de esa construcción al llegar a una cierta altura brotan buscando salida. No hay más misterio y parece que ruge la tierra hasta aparecer a la vista agua cristalina. Nos maravillamos de la suerte que tuvimos aquella tarde. Quizá el destino nos había preparado esa sorpresa, la superstición siempre tuvo campo en tiempo pasado y, en el que estamos. Tal vez, a la gente le gusta recrear miedos no muy profundos y lo que se busque sea pasar un buen rato antes de abrirle los ojos al ignorante en el tema. Es lo que me ocurrió a mí y no me cuesta reconocerlo. Supe, más adelante, que mis patronas intentaban hacerme sentir algo de miedo. Admiré la especialísima psicología de los habitantes de Cubillo de Ojeda. Fui feliz en este pequeño lugar y por eso no olvidé aquellas experiencias y las recuerdo con agrado.

Escuchar a los demás es importante. Se aprende mucho y, además, en un pueblo pequeño donde todo se comenta, es importante ganarse la confianza de los vecinos y hacer amigos. Cierro ahora esta especie de memoria de mi querida escuela rural y me siento tranquila de lo que hice en esa primera etapa de mi vida como maestra. Conservo amigos de aquel tiempo y ojalá haya dejado algún recuerdo para que en los días que llegan con cada segundo de nuestra vida puedan pensar en mí como yo lo hago: con agradecimiento y cariño.

³ Siglas de Indicación Geográfica Protegida, un distintivo de calidad diferenciada otorgado por la Unión Europea generalmente a productos agroalimentarios. (N.E.).



Cubillo de Ojeda. 1959.
El sacerdote Fidencio acompañado
de su madre y de su abuela.



Cubillo de Ojeda. 1967.
Don Indalecio y la procesión
del cantemisa.



Cubillo de Ojeda. 1974.
José Luis Fraile con su madre
y su abuela.

MIS ESCUELAS

Severino Calleja Pérez
(Vezdemarbán, Zamora, y Múxika, Bizkaia)

Don José María nos hacía extender el brazo y poner boca arriba en un ovillo las yemas de los dedos para darnos con la regla, uno, dos, tres... Y, si las apartábamos, tres reglazos más. Por eso, cuando nuestro padre nos llamó al estanco y nos dijo desde el teléfono que nos íbamos del pueblo, el abrazo con mi hermano gemelo fue un brinco de alegría.

Dejaríamos de jugar a cantazos con Gerardo y Paquito y de mirar a Eva de reojo camino de la escuela, y de no dormir bien por haber sabido hacer los deberes de matemáticas, y de saltar a la piola y caer sobre los charcos del patio en las clases de gimnasia. Pero, sobre todo, don José María no nos daría más pescozones ni reglazos si nos pillaba hablando a mi hermano y a mí.



Aquí aprendí mis primeras letras.

Zamora era heladora por las noches, pero en la época de siega, allí en el pueblo, padre dormía en la era guardando el trigo limpio. Mi hermano y yo le llevábamos la fiambrera con la cena y nos quedábamos un rato a mirar con él el firmamento escuchando el cri-cri de las chicharras. Se envolvía con nosotros en la manta, y recontábamos juntos las estrellas. La Osa Mayor, da al río; la Menor, a los tesos, y aquella, ¿veis aquella?, es Venus, la que parece un farol e ilumina toda la capital. El firmamento no se acaba nunca, nos explicó, es un trigal inmenso sin tesos en los bordes. Nuestro padre se quedaba mucho tiempo así, contándonos las estrellas como un maestro bueno. Y cuando se callaba era que estaba cavilando en el viaje. ¿Vendrás pronto a buscarnos, padre? Claro que sí, hijos. Ya no habría más paletazos de don José María por no saberme bien los cabos y los golfos de España. Y esa noche nos dormíamos soñando con compañeros nuevos y con otro maestro que no diera reglazos con aquella regla de madera que tenía colgada del marco del encerado pero que nunca usaba para dibujar rectas.

* * *



Aquí estrené la nueva escuela.



Y aquí aprendí a enseñar.

El viaje en el coche de línea y luego en tren duró toda la noche. Recuerdo que hacía frío y que cuando llegamos al pueblo nuevo donde viviríamos, llovía sin cesar. No lo hacía a chaparrones como estábamos acostumbrados a ver llover. Ésta era una lluvia fina y constante., como de plástico transparente sin estrenar. Todo parecía sin estrenar: los pinos que ocupaban las lindes de una carrera reluciente, los campos de maíz que subían cuesta arriba hacia unos montes cubiertos por el plástico del agua, la casa nueva donde viviríamos, que tenía cuarto de baño con lavabo y cisterna. No como la del pueblo, a la que mi hermano y yo acarreamos el agua desde la fuente. Para eso sois gemelos, nos decía madre cuando nos veía aparecer con un cubo pendiente de una vara que los dos cargábamos al hombro.

También la escuela era nueva. Y el maestro, que se llamaba don Celestino y era de Extremadura. Y los chicos, que hablaban una lengua diferente a la nuestra y tenían que aprender el castellano para que don Celestino les pudiera explicar los quebrados, las provincias de España, los viajes de Colón y todo lo que cabía en las enciclopedias Álvarez. Mi hermano y yo teníamos la de Segundo Grado; ellos, la de Primero. Ellos, en catequesis, tenían en cambio, un catecismo diferente al nuestro. Estaba escrito en su lengua, que era también la del cura. Pero a nosotros nos hablaba en la nuestra, porque él sabía las dos.

Al principio los chicos del pueblo nos llamaban *maketos*, *koreanos*, *bazur-baltz*, *italianos*. Era la manera de vernos diferentes a ellos, por eso creían que teníamos los huesos negros. Pero no era verdad. Lo sé de cuando un día, yendo a clase por el borde de la carretera, me atropelló el cartero con su Moto Guzzi y me abrió la pierna. Don Celes llamó al taxista y a mi madre y me llevaron al hospital. Fue entonces cuando me vi la tibia a través de la herida. “Tengo los huesos blancos, madre”, exclamé entusiasmado, como cuando padre nos anunció que cambiábamos de pueblo.

* * *

Una noche de julio, padre se quedó helado, se quedó así, mirando a las estrellas como hacía en los veranos de las noches de trilla en la era cuando vivíamos en el pueblo anterior. De madrugada, madre pidió ayuda, pero nadie acudió porque aún éramos nuevos y aquel maldito médico no quiso saber nada de nosotros. Y eso que era mi madre quien

le limpiaba las miserias de casa. Pero dijo que a él no le tocaba. Después de volver del cementerio, me regaló una foto de padre y su reloj. Está parado desde la noche en que me detuvieron los alguaciles que vinieron a por mí de la ciudad. Sólo porque le dije a aquel médico que ya no hacía falta cuando nos visitó a media mañana. Sólo porque le dije a buenas horas, y lo empujé, y se cayó de bruces escaleras abajo. Menos mal que don Celes acudió como testigo al juicio y dijo que yo era un muchacho bueno y trabajador, y convenció al médico de que no me denunciara. Además, mi hermano y yo éramos a turnos monaguillos y aprendimos a rezar en latín: *Ad deum qui laetifica iuventutem team*. En la misa por nuestro padre, los dos ayudamos al cura. Y a los que comulgaron ese día, yo les puse la bandeja en la barbilla. También al médico que no quiso atendernos.

Poco a poco, mi hermano y yo usábamos la lengua de los demás; y ellos, la nuestra. Ya nadie nos llamaba “huesos negros”. Nos bañábamos con ellos en el río. Jugábamos a pelota en el pórtico de la iglesia. Si estábamos contentos, ellos hablaban nuestra lengua castellana y nosotros la suya vasca; pero, si nos enfadábamos, cada cual usábamos la nuestra.



Material escolar con el que trabajábamos: la *Enciclopedia Álvarez* en sus diferentes grados, el diccionario de palabras en euskera, lecturas en euskera y en castellano...

Al nuevo curso llegaron chicas y chicos nuevos. Sin contar a don Celes, ya éramos siete los hijos de emigrantes: cuatro chicas y tres chicos. Ellas tenían maestra y ocupaban una clase distinta. Ellas aprendían a bordar; nosotros, a hacer marquetería. En el patio, ellas jugaban a la cuerda y a la rayuela; nosotros, al balón y al chorro-morro. Mientras la maestra, que se llamaba doña Teresa, y nuestro maestro paseaban juntos y nos vigilaban. Y, de pasear juntos durante los recreos, se hicieron novios. Hasta que un buen día se casaron.

Doña Tere y don Celes nos invitaron a todos los chicos y las chicas de la escuela a su boda. La celebró don Dionisio, el cura del pueblo. Y, como no eran del pueblo ni sabían hablar la lengua vasca, todo, menos el padrenuestro, lo dijo en castellano. Y también esa vez mi hermano y yo fuimos los monaguillos.

La clase de las niñas, que era la más coqueta y limpia, se volvió comedor y la nuestra, salón de baile. En una, había de todo: tortillas, macarrones con chorizo, empanadillas, jamón, txistorra, mortadela...; y de postre, pasteles de manzana y de arroz y helados que trajeron del bar de Mercedes. La fiesta, siguió después en nuestra clase, donde habíamos

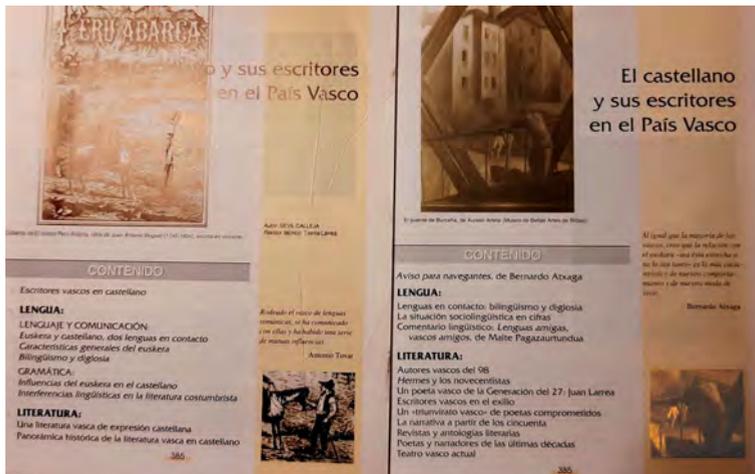
arrinconado los pupitres para poder bailar lo chicos y las chicas, gracias al tocadiscos que nos prestó el alcalde. Un chico mayor, hermano de una alumna era *dantxari* y les bailó a los novios un *aurresku* de honor y ellos, después, un pasodoble. Fue aquella la mejor fiesta que todos recordamos. Además, en cuanto terminó, empezaron las vacaciones de Navidad. Doña Tere y don Celes se fueron de viaje, primero a Soria y luego a Extremadura, que eran el lugar donde cada uno de los dos nacieron.

En nuestro encerado quedó escrito un renglón con letras grandes que decía: “FELICIDADES”. Y debajo de él, otro donde habíamos escrito: “ZORIONAK”.

* * *

Y pasaron los años. Interno merced a una beca en un colegio religioso, y años después en la Universidad, cursé lo estudios de Filosofía y Letras. Recién titulado, inicié mi trabajo en un centro de EGB con alumnos provenientes en su mayoría de la emigración y, en su mayoría también, llegados de escuelas rurales del entorno. Chicos y chicas que me recordaban a aquellos que nos acogieron a nosotros de niños y que sufrían la misma marginación por su condición “aldeana” que sufrimos nosotros por ser “maketos” emigrantes.

La nueva ley orgánica de 1979, promulgada por del Estatuto de Autonomía del País Vasco en lo tocante a la Política Lingüística y su consiguiente Decreto de Bilingüismo, estableció un mapa escolar en el que mi centro, señero en el epicentro de la capital, impartiría preferentemente el Modelo D (enseñanza de todas las materias en euskera, exceptuando la de Lengua Castellana). Como profesor con el perfil de euskera requerido, mi alumnado provenía de zonas periféricas de la ciudad, donde escaseaba el alumnado vascoparlante. Por tal motivo, volvía a relacionarme con chicos y chicas “de pueblo”, en un entorno urbano que les resultaba frecuentemente hostil. De ese modo, habiendo dejado atrás la escuela rural, ahora era ésta la que venía a mí. Y con ella he convivido gozosamente a lo largo de mi carrera profesional.



Anexos de los manuales de Lengua y Literatura Castellana de 1 y 2 de Bachillerato para la edición del País Vasco, elaborados por el autor de este relato.

PUEBLO PEQUEÑO, GRANDES LECCIONES

Marta Calvo Espías
(Búger, Mallorca)

Dado que quieres conocer cómo es la vida de una persona que estudió en un pueblo rural, me parece justo que te hable un poco sobre mí. No es que me desagrade la idea —no creo ser una persona egocéntrica—, pero, ¿a quién no le gusta hablar de sí mismo de vez en cuando? Así que aquí estoy, dispuesta a compartir esa parte de mi vida que, aunque pequeña en tamaño, ha sido gigante en significado.

Mi infancia comenzó en un colegio rural, y sinceramente, no la cambiaría por nada del mundo. Me considero una persona aventurera, con ganas de comerme el mundo y segura de mí misma. Quizás esa seguridad y ese afán por descubrir nuevos horizontes tengan algo que ver con aquellos primeros años escolares, vividos en ese pequeño refugio educativo que fue mi escuela rural, o tal vez, soy así por naturaleza.

Era una escuela muy pequeña —no exagero al decir que éramos muy muy muy pocos, éramos alrededor de setenta alumnos en total, desde infantil (yo entré con apenas tres años) hasta sexto de primaria (y salí con doce)—. Allí, los profesores no solo enseñaban, sino que se convertían en una especie de familia extensa que estaba muy pendiente de cada uno de nosotros. Al mismo tiempo, nos brindaban la libertad suficiente para explorar, para cometer errores y aprender a nuestro propio ritmo, algo que hoy valoro muchísimo.

La escuela estaba situada en Búger, un pueblo céntrico en Mallorca que, en aquel entonces, contaba con menos de mil habitantes. Hoy en día, probablemente el número haya crecido un poco, aunque sigue manteniendo ese aire tranquilo y pintoresco que tanto me gusta. El pueblo tiene un encanto especial; su tamaño reducido no es una limitación, sino más bien una virtud que hace que cada rincón, cada calle, cada persona, formen parte de una comunidad cercana y acogedora.

Sin embargo, no todo fue siempre bonito ni sencillo. Cuando terminé la escuela, me di cuenta de que no estaba del todo preparada para afrontar el primer curso de instituto. No quiero decir que fuéramos unos catetos de pueblo, ni mucho menos; nada más lejos de la realidad. Simplemente, nuestra formación estaba más orientada a vivir y a entender el entorno que a seguir el ritmo académico típico de la educación formal en la ciudad.

Por ejemplo, nuestras asignaturas no eran solo las habituales —matemáticas, lengua, ciencias—, sino que también teníamos algo muy especial que llamábamos la “hora del huerto”. El colegio había conseguido adquirir —y no sabría decir con certeza si era propiedad del centro o algún acuerdo con vecinos— un pequeño campo, no muy lejos de las aulas, al que, por curso, íbamos unos diez alumnos a “trabajar”.

Allí hacíamos de todo: plantábamos semillas, regábamos las plantas, quitábamos los árboles viejos para plantar otros nuevos, y cosechábamos los frutos y verduras que íbamos cultivando. Sin duda, mi parte favorita era cuando, tras tanto esfuerzo, nos sentábamos todos juntos para comer lo que habíamos cultivado. Esa sensación de recoger lo que habíamos cuidado con nuestras propias manos y disfrutarlo en compañía fue una experiencia que ningún libro o lección tradicional podría haberme dado.

También debería mencionar —aunque no sé si esto te resultará especialmente interesante— nuestras peculiares clases de educación física. En el colegio no disponíamos de un espacio adecuado para practicar deporte, así que el colegio llegó a un acuerdo con el

polideportivo del pueblo. Sí, lo has leído bien: *polideportivo*. Puede que Búger sea un pueblo pequeño, pero tiene lo justo y necesario para sentirse completo. No le falta de nada.

Gracias a ese acuerdo, podíamos utilizar las instalaciones del polideportivo con regularidad. Allí hacíamos de todo, desde juegos tradicionales hasta deportes más organizados. No eran las típicas clases estructuradas, llenas de ejercicios que uno hace sin saber muy bien para qué. No. Teníamos libertad. Al principio seguíamos lo habitual: el profesor nos pedía que corriésemos un par de vueltas al campo de fútbol, hacíamos estiramientos, calentábamos... Pero después llegaba la parte divertida: nos dejaban elegir el deporte que queríamos practicar. Podía ser fútbol, baloncesto, balón prisionero —mi favorito—, voleibol o cualquier otra cosa que se nos ocurriera, siempre que todos estuviéramos de acuerdo y participáramos juntos. Eso, aunque no lo sabíamos entonces, nos enseñó mucho sobre la importancia de llegar a acuerdos, ceder, proponer y, sobre todo, trabajar en equipo.

Sin embargo, cuando llegué al instituto, todo eso cambió de golpe. Como ya he mencionado antes, no me sentía del todo preparada académicamente para ese nuevo nivel, pero eso ni siquiera fue lo más difícil. Lo verdaderamente duro fue pasar de conocer a todos —profesores, compañeros, incluso al personal del comedor— a no conocer a nadie. Pasé de sentirme parte de una familia a cruzarme por los pasillos con caras completamente nuevas, sin saber siquiera sus nombres, sin poder anticipar sus reacciones.

En la escuela rural, éramos pocos, sí, pero precisamente por eso nos conocíamos en profundidad. Nos llevábamos bien la mayor parte del tiempo, aunque también teníamos nuestras peleas, celos, malentendidos... incluso algún caso de acoso o “bullying”. Pero, al ser tan pocos y estar tan conectados entre nosotros, esas situaciones se detectaban rápido y se intentaban resolver desde la cercanía. En el instituto, en cambio, todo era más impersonal. Sentí por primera vez lo que era no encajar, no saber con quién hablar, no tener un lugar claro en el grupo.

Más adelante, llegó lo más difícil: aprobar las asignaturas. Al principio, me resultó bastante complicado adaptarme al ritmo del instituto. Notaba que mis compañeros partían con ciertas ventajas, al menos en lo académico. A veces pensaba que venían “más preparados”, que tenían más recursos o estaban acostumbrados a un sistema más exigente. Pero, con el tiempo, comprendí algo fundamental: lo que a mí me había dado la escuela rural no se medía solo en notas o libros.

Gracias a esa dificultad, aprendí a crecer en la adversidad, a no rendirme cuando las cosas se complicaban. Tuve que esforzarme más, estudiar con más intensidad, prestar atención incluso a los detalles más pequeños. No fue fácil. Me frustré muchas veces, pensé que no llegaría a estar al nivel. Sobre todo después de suspender los primeros trimestres del primer año. Pero lo hice. Lo conseguí y pase al siguiente curso.

Y no me arrepiento. Al contrario. Todo ese esfuerzo me hizo más fuerte, más consciente de mi capacidad de superación. Si algo me enseñó mi pequeña escuela rural fue precisamente eso: que cada uno avanza a su ritmo, que no todo aprendizaje es inmediato, y que el camino más lento también puede llevarte muy lejos.

Creer en una escuela rural tiene sus luces y sus sombras. Hay momentos duros, sí, como en cualquier lugar, pero también hay una calidez que no se olvida. Aprendes cosas que no enseña el sistema: a compartir, a cuidar, a adaptarte, a mirar a los demás a los ojos y a reconocerlos, porque los conoces de verdad. No todo fue fácil, pero sin duda, si pudiera volver atrás, lo volvería a hacer sin pensarlo. Lo viviría otra vez, una y mil veces más, con los mismos compañeros, los mismos caminos al colegio, los mismos juegos en el patio de arena. Porque esa escuela, ese pueblo, y esos años, forman parte de lo que soy. Y no lo cambiaría por nada del mundo.

VIAGEM NO TEMPO AO TEMPO DE MENINO

António Cangueiro
(Bemposta, Mogadouro)

Neste desafio de fazer uma viagem no tempo ao meu tempo de menino e tempo de vida na aldeia e de escola. Não tinha em mente fazer qualquer registo, mas sendo desafiado pela ALCM-Associação de Língua e Cultura Mirandesa e para que fique registo, comecei agora, dia 27 de maio de 2025 pelas 08h35m e ficará como sair sem qualquer revisão.

Meu nome: António dos Anjos Cangueiro.

Nascido: 30 de abril de 1957 (dizia minha mãe) – registo no cartório notarial e Cartão de Cidadão: 30 de maio de 1957.

Como o registo era feito na vila, Mogadouro, e havia um espaço de tempo para o fazer, caso contrário teria de ser paga uma multa e, 30 quilómetros é uma distância muito grande, daí ter sido registada a minha data de nascimento um mês depois de ter nascido.

Na minha aldeia nasci, cresci e vivi até perto dos meus 21 anos. A primeira vez que pisei Lisboa já tinha 21 anos feitos.

Lembro-me muito bem de ainda a minha aldeia, Bemposta, em pleno Planalto Mirandês, não ter água canalizada nem luz eléctrica. As casas, todas, mesmo as das famílias mais ricas, não tinham casas de banho. Era idade média. Os meus pais como todos os outros tinham um bacio junto à cama e durante a noite, se tinham necessidade de urinar era ali que o faziam e pela manhã, aí vai para a rua. Nós, todos, quando tínhamos de fazer as necessidades fisiológicas íamos para trás de uma parece ou para o palheiro dos animais limpando depois ‘o rabo’ a uma pedra que se escolhia das mais lisas.

Vem-me à memória o tempo de fim de verão quando os nossos pais iam ao campo/termo cortar as giestas e em um grande cepo e com um machado as cortavam e espalhavam na rua, frente às casas de habitação de cada um para depois fazer os estrumes que iriam ser utilizados para adubar as terras. No espaço de tempo em que ainda estavam limpas, enquanto os porcos, as galinhas, as mulas, os machos, os burros e burras não defecavam nelas, nós, miudagem aproveitávamos para andar aos arrelinquiens/cambalhotas e brincar.

Como referi, nenhuma habitação tinha casa de banho e tenho bem presente viver um casal com um menino perto da casa de meus pais numa cortelha dos porcos, com cerca de três metros quadrados que estava forrada com sacos de cimento, tanto o teto como o chão. Isto aconteceu no tempo da construção da barragem que todos os ‘buraquinhos’ foram ocupados —lembro-me do livro do Padre Telmo Ferraz, *O Lodo e as Estrelas*, que muito bem descreve estas situações aquando da construção da barragem de Picote—. Este casal tinha um fogão a gaz no meio do espaço onde a senhora fazia o comer e dormiam. Refiro isto a lembrar-me dos proprietários, o tio Pedro e tia Conceição, senhores de já bastante idade e ali criarem os seus porcos e arrendaram este espaço para arrecadar um pouco de dinheiro que boa falta lhes faria.

Ao tempo, eramos muitos os meninos e fazíamos equipas de futebol para jogarmos ruas contra ruas, os do Castelo contra os da Pracica ou os da Barreira contra os das Eiras de Baixo. As ruas em terra batida, quando no inverno chovia, e ao tempo chovia muito, era um lamaçal por todo o lado, mas as ruas respiravam. Também me lembro dos enormes

nevões e acontecer, pela manhã, haver dificuldade em abrir a porta da rua. Também acontecia nevar, a chamada neve buraqueira, mais miúda e esta entrar pelo telhado e cair mesmo em cima da cama, pois o telhado não tinha forro. A chamada cozinha não tinha chupão/chaminé e no inverno o frio ser muito e logo pela manhã minha mãe se levantar para acender o lume, colocando a lenha no murilho, pedra onde se fazia o lume. Das vigas de madeira que seguravam as telhas estavam dependuradas umas 'lares', correntes onde depois se dependurava uma caldeira para aquecer a água que era cozer a bianda para os porcos e também aquecer a água para depois lavar a loiça.

Ainda tenho memória de todos comermos do mesmo prato. Ao escrever vem-me à memória outras situações: o eu me descalçar para tentar correr tanto como outros que andavam descalços, pois descalçando-me poderia correr tanto como eles. Eu não andava descalço simplesmente por meu pai ser sapateiro, mas muitos dos que comigo cresceram descalços andavam.

Tenho bem presente serem abertas as valas para meter os tubos e fazerem passar a água canalizada bem como os saneamentos. Também a colocação dos postes de cimento para depois fazerem passar a luz eléctrica. Os meus pais como eram pessoas pobres não foram dos primeiros a meter a luz em casa. Lembro-me do meu tio João e tia Aurora que viviam na casa ao lado, a casa tinha sido de meus avós, agora partilhada/dividida meteram luz e os meus pais não.

No período da construção da Barragem, tenho bem presente, quando aconteciam os barrenos, rebentar a Pedreira, todos ficarmos a olhar o céu e ver as pedras a fungar e os paus voarem pelos ares. Nas descargas, os barrenos, as casas estremeciam e os mais velhos corriam logo depois para ver se as paredes tinham aberto. Também passaram os *Euclides*, enormes camiões que depois transportavam as enormes pedras da pedreira para a barragem. A pedreira ainda hoje pode ser vista a céu aberto, sem qualquer proteção e onde hoje está instalada a adega que penso ser propriedade da Sogrape. Lembro-me também da inauguração da Barragem de Bemposta e lá se terem deslocado o Presidente Américo Tomás de Portugal e Franco de Espanha, embora eu não tivesse saído da aldeia.

No que se refere concretamente à escola tenho bem presente os anos que frequentei a escola. Como referi, Bemposta tinha muitas crianças ao tempo, não somente crianças da aldeia, mas também pelo acréscimo de habitantes por causa da construção da barragem e as muitas famílias que para Bemposta vieram viver.

PRIMEIRA CLASSE

Bemposta não tinha espaços escolares para todos os meninos e lembro-me da minha primeira classe ser frequentada numa casa de um primeiro andar, no local chamado Praça. Esta casa era pertença de uma das famílias mais ricas ao tempo da aldeia: dr. Cordeiro, professor do liceu em Mogadouro. A esposa, dona Aninhas, era professora primária.

A minha professora da primeira classe tinha apelido 'Coelho' e nós quando ela nos não escutava aproveitávamos para brincar com o nome. A sala composta por alunos de diversas idades, desde os seis anos, como eu, até aos nove/dez anos, bem mais velhos, que eu ainda me lembro dos seus nomes: Tomé Frois que depois emigrou para o Brasil e também outro chamado 'Cazinro', nomeada que não sei a razão de ser e que depois também foi trabalhar para a grande Lisboa e penso viver na zona de Setúbal. Era uma professora com alguma rigidez no ensinar. Colocava-se nas carteiras do fundo da sala para ter uma vista de todos e depois punha-nos a ler a lição. Uma vez uma das carteiras onde estava sentada partiu-se caindo e ficando de pernas para o ar e foi uma gargalhada

geral na sala. Os mais velhos ainda lhe perguntaram se precisava de ajuda, galhofando e dizendo ela não ser preciso. Mas nós depois riamo-nos, a professora tinha ficado de pernas para o ar, mostrando as cuecas. Naquele tempo as senhoras mostrarem as cuecas eram algo pecaminoso e a ‘malandrice’ dos mais pequenos.

[Agora que estou a escrever isto vem-me à memória as senhoras de mais idade que usavam umas saias compridas e rodadas e quando tinham necessidade de urinar, em qualquer local o faziam, mesmo no meio da rua, abriam as pernas puxavam com as mãos as saias, abriam as pernas e assim urinavam].

Lembro-me de uma vez ter saído da escola, o chão em terra e eu me ter estatelado a todo o comprimento, ter caído, e um prego, caibral, enferrujado, se me ter metido na cova do braço. Eu mesmo o retirei e o sangue começa a escorrer pelo braço abaixo. Uma senhora que ali vivia, senhora Patrocínia, ainda hoje a casa lá está, como era, foi chamar minha mãe dizendo-lhe eu ter caído e o prego se me ter espetado no braço. Minha mãe depois foi buscar a burrica e seguimos para a barragem, cerca de meia hora de caminho, onde existia um posto médico. Ao ser tratado e o enfermeiro me dar uma vacina contra o tétano eu o ter questionado qual a razão porque me puxava o umbigo. Segundo depois minha mãe me contava ter sido uma gargalhada total.

Tenho ainda memória de o meu colega de carteira — a sua família na aldeia era conhecida pelos ‘Putanheiros’ — ele era o ‘Chico Putanheiro’. Os seus pais depois emigraram para França para onde ele depois também foi e ainda lá vive, penso que em Fumel. Quando vem a Portugal encontramos-nos e conversamos. Ele tinha e tem dificuldade na dicção e a professora já não insistia para que ele ler a lição. Aconteceu um dia quando ninguém esperava ele não deixar passar a sua vez e depois de eu ler ele arranca a ler e foi uma gargalhada geral na sala.

SEGUNDA CLASSE

O nome da professora Nair da Luz Moreno. Sabia o nome completo por ser eu o portador das suas cartas aos correios e como já sabia ler lá ia lendo e assim memorizei o seu nome, embora o apelido tivesse ficado na minha memória como (Noronho em vez de Moreno tendo posteriormente esclarecido o nome.)

Lembro-me de termos escola numa zona da aldeia chamada Salina, perto da casa de meus pais, onde ela morava e que depois do horário normal nos levava para uma sala onde treinávamos fazer contas e a tabuada. Utilizava um método um pouco menos simpático, mas não muito agressivo, pois éramos nós que perguntávamos a tabuada uns aos outros e se nos enganávamos teríamos de receber as reguadas com a régua/palmatória dos colegas e se não dessemos com a devida força depois éramos nós a recebe-las, as reguadas.

(Lembro uma professora, não minha professora, não refiro o seu nome, mas fazia e muito o uso da palmatória e vara. Como o meu pai era sapateiro e tinha a porta aberta, muitos por ali passavam. Tenho bem presente uma mãe passar por casa de meus pais e mostrar como a professora tinha deixado a cabeça de sua filha e estar muito zangada e ter mesmo ido a casa da professora a barafustar/ralhar com ela.)

Aproveito também para referir o incentivo exacerbado ao nacionalismo, o que acontecia nos manuais escolares, criando nos mais jovens o heroísmo contra os nossos irmãos espanhóis/leoneses.

Minha avó materna era de Villarino de los Aires, meu avô materno era de Bemposta. Tinha a profissão de ferreiro e para Villarino foi trabalhar, enamorou-se e lá casou. Quando se deu a guerra civil em Espanha vieram viver para Bemposta e por cá ficaram.

Refiro isto como exemplo de como eu próprio utilizei, em criança, esse exacerbado nacionalismo.

Meus pais tinham uma vinha perto do rio, nas arribas/ladeiras, e do outro lado do rio, 'O Cabeço Bandeira' de Villarino estava todo ele coberto de vinhedo verdejante em tempo de primavera/verão e muitos por lá andavam com os seus cavalos ou burricos no seu labor de tratar as vinhas. Eu, jovem inocente, utilizava palavras insultuosas, pois os portugueses eram mais valentes que os espanhóis e os tínhamos vencido em muitas batalhas.

Hoje fico muito triste que muitos senhores do poder, de todo o mundo, não aprendam com a história e a vida e continuem a incentivar ao ódio e às guerras. Vivemos, na melhor das hipóteses, noventa anos e tudo cá deixamos.

TERCEIRA E QUARTA CLASSE

A minha professora da terceira-classe e quarta-classe foi a dona Políbia (Pulibínha como era conhecida na aldeia, eterno descanso para ela, pois já faleceu.)

Na terceira-classe

Tive aulas na escola principal na sala do rés do chão do lado direito quem está de frente para a escola. O seu marido, professor Alves, ao tempo ainda professor, dava aulas do mesmo lado, mas na sala do primeiro andar.

Não tenho memória de alguma vez a dona Políbia me ter batido. Utilizava a vara de marmeleiro para apontar no quadro e talvez uma vez ou outra chamar atenção algum aluno menos atento.

Lembro-me de uma vez, no período do inverno, o frio ser muito, usávamos levar pequenas latas com brasas para nos podermos aquecer. Havia um aquecedor a gás que ajudava amenizar o muito frio que se fazia sentir. Mais uma memória bem registado no meu emaranho cerebral: estávamos no recreio e no cabanal da escola e para amenizar o muito frio encostamo-nos uns aos outros junto à parede e todos em fila a fazer força, assim nos permitia aquecer um pouco.

Acontece que a parede tinha sido pintada há muito pouco tempo e claro, nós ao nos encostar sujamo-la. Quando a Dona Políbia nos vem chamar e verifica que a parede está suja, muito zangada, nos diz: «agora todos em fila lá para cima e vão ter com o meu marido para que ele vos dar duas reguadas a cada um por terdes sujado a parede». Assim aconteceu e foram as duas únicas reguadas que tenho memória de ter levado.

Quarta classe

Lembro-me de ter aulas, não no edifício da escola, mas sim numa casa que penso, ao tempo, ser propriedade dos pais da Dona Políbia e depois terá sido vendido. No período da construção da barragem, antes da minha quarta classe, funcionou lá um café, café Victor, onde eu via televisão e me deliciava a ver os maestros de cabelos brancos a esbracejar e a orientar todos aqueles músicos, sem eu conhecer uma nota musical, como ainda hoje não conheço. Também aí via os filmes do Joselito cantando e encantando. Como escola, penso ter sido apenas utilizado esse. Posteriormente foi adquirido pela família Flores e voltou a ter um café, chamado o café Flores. Hoje apenas casa particular.

Neste tempo da quarta classe, lembro-me de ter adoecido. Ao tempo fui ajudar a plantar uma horta aos meus pais para a zona da ribeira e como o tempo já estaria de feição, algum sol, a ribeira tinha água, minha mãe aproveitou para me lavar a camisa e colocado a secar ao sol.

No dia seguinte apareceram-me uns sinais, por debaixo do meu peito esquerdo, ainda hoje tenho as marcas. Ao tempo havia um senhor numa aldeia vizinha, Urrós, o chamado Bruxo, e de lá irmos, a cavalo no burrico. Não tenho a certeza se todos os dias, mas muitas vezes lá irmos benzer o coxo. Lembro-me de ele ter feito uns ‘escritos’ para eu trazer pendurados da camisola interior e eu não aceitar e os retirar. Mas o que mais me marcou foi ele ter colocado um grão de trigo em um prato de alumínio com azeite e o grão desaparecer.

Numa dessas idas, minha mãe encontrou a professora, dona Políbia, perto da casa onde os seus pais viviam, ao tempo a entrada da aldeia, e lhe ter falado que eu não estava bem. Penso ter a dona Políbia sossegado a minha mãe, dizendo-lhe que se não faltasse mais do que quinze dias, não estaria em perigo de eu fazer o exame da quarta classe e passar/com aproveitamento.

Nesse entretempo apareceram-me outras manchas pelo corpo todo e as coisas estavam a ficar mais perigosas e as benzeduras nada faziam. Um dia fiquei mais adoentado e de urgência levaram-me, no carro de praça/aluguer, ao doutor Raposo, a Sendim. Ele observou-me, receitando-me uma pomada e medicação. Ainda me lembro de o terem ido chamar ao café Cacharolo, enquanto eu esperei à entrada da sala do seu consultório. Quando me observou e olhou para o meu corpo, verifiquei que depois foi consultar um livro que tinha na mesa e que também tinha uns desenhos. Aconteceu passados dois dias já eu me sentir melhor e ter começado novamente a ir às aulas. Posteriormente fiz o exame da quarta classe e com aproveitamento.

Assim chegou o fim do meu percurso escolar com cerca de dez anos de idade. O meu pai era sapateiro e a sua profissão teria de aprender para ajudar ao ganha pão do dia a dia. Os tempos de jolda/brincadeira estavam a chegar ao fim. Tanto que eu gostava de brincar à bilharda, ao anjo, ao pião, às corridas e muitos outros jogos. Ainda me lembro depois de ter começado a estar todo o dia sentado no banco de sapateiro e ao fim do dia, minha mãe dizer para meu pai: «bah, deixa lá ir o garoto brincar um cachico». Lá ia eu a correr para o largo da Salina para joldar um pouco com os muitos meninos que ali brincavam.

Estou a escrever e vem-me à memória outra situação. Muitos dos jovens, ao tempo, para poderem continuarem a estudar só tinham uma alternativa: ir para o Seminário. Como o meu pai tinha a oficina de sapateiro onde eu trabalhava e também escutava muitas histórias.

No período da quaresma veio à aldeia um padre talvez ligado ao seminário, não sei bem precisar, a fazer pregações. Lembro-me de ter estado a falar comigo, e devo ter-lhe caído em graça e através do padre da aldeia, o padre Manuel, foi falar com a minha mãe para falar comigo para saber se eu queria ir estudar para o seminário. A minha resposta direta: «não, não quero ir». Perguntou-me porque razão eu não queria ir. Tantas vezes tinha escutado na oficina do meu pai que os rapazes que iam para o seminário logo que lá chegavam os capavam. E eu vi capar muitos porcos e mesmo burros e verificava ser muito, mas muito doloroso, pois os porcos fartavam-se de grunhir quando o capador estava a capar e ia eu para o seminário para ser capado, nunca.

Depois de findar a quarta classe e trabalhar como aprendiz de sapateiro com o meu pai, como atrás referi, voltei aos bancos da escola já com dezasseis anos a fazer a Tele escola e por ‘imposição’ do meu irmão para com os meus pais. Eu apenas tinha um irmão,

infelizmente já falecido, nascido em 1947, tinha mais dez anos do que eu. Fez o serviço militar em Angola e quando de lá veio disse aos meus pais que eu devia ir fazer a Tele escola e assim foi. Quando se deu o 25 de Abril estava nas aulas e foram interrompidas as emissões para emitir os comunicados dos Capitães de Abril.

Como professores voltei a ter a dona Políbia, que muito me ajudou, pois quando recomecei mal sabia ler e mesmo escrever. Também tive como professor o então padre Manuel Trigo, que também muito me incentivou e ajudou nesse aprender/reaprender.

Para depois poder continuar a estudar tive que me deslocar para Sendim, onde trabalhava de sapateiro durante o dia e à noite tinha aulas e aí fiz o antigo quinto ano como aluno autoproposto e em dois anos. Tenho de lembrar que quem criou esta escola noturna foi um grande amigo que infelizmente também já não está entre nós, Amadeu Ferreira.

No ano de 1978 fui chamado a fazer o serviço militar obrigatório, na Marinha de Guerra Portuguesa. Findos os dois anos concorri aos Quadros Permanentes e depois de frequentar um ano escolar passei aos Quadros da Marinha.

Deixei de ter contacto com o Amadeu Ferreira e no ano de 1985/86 voltei-o a encontrar, por um acaso, na zona onde eu já habitava e para onde ele foi morar, reatando o nosso contacto. Apenas refiro isto, por ter sido ele o principal impulsionador para eu, muitos anos depois voltar a estudar.

LA FUICE QUE ZAFIABA L TIEMPO

Bina Cangueiro
(Augas Bibas, Miranda de l Douro,
i Uba, Bumioso)

La scola quedaba noutra punta de l lhugar. Al pie quedaba l oulibal i l lhagar de l azeite. Por un de ls lhados passaba un ribeiro i, cumo nun habie auga na scola, l ribeiro era amportante.

Ir a scola era deixar la meninice i passar a ser mais considerado. Un garoto era un garoto i nada mais que isso. Nun sabie l que dezie i dezisse l que dezísse, naide se fintaba.

Naide lhimpaba las lhágrimas d'un nino. Sorbiemos las moncas, angolhiemos ls suspiros i quando caíemos, alhebantabamos-mos i seguiemos deixando scorrir l sangre de la coca. Todos eramos mui ambergonhados, i habie garotos que cun miedo se scuondien adonde naide ls achasse pa nun teneren que ir a scola. La porsora nun tenie pacéncia de mos ansinar i se acaso beniesse a falar cun ls pais, nada se componie, porque lhebabamos baradas d'un lhado i de l'outro.

Fuora de la scola, siempre que pudimos, era cun la jolda que stabamos, porque juntos nada se ponie delante. La fuorça era juntos que la teniemos. Chegabamos a roubabar mortones ou melones a las scuondidas, alhá pa la huortas de la ribeira de Tortulhas, que repartiemos uns cun ls outros. Chubíamos als uolmos, guardabamos bacas i fazíamos todos ls mandados sien resmungar l mais debrebe que podíamos. Pouca folga mos daban. Apuis de benir de las bacas, íbamos a la fonte, ou poníamos un sachu na mano a guiar l'auga de ls suocos na hourta.

Bien antes de antrar pa la scola yá habie ninos pastores que nun eran mais altos que ua canhona. Esses quaije nun chegaban a ir a scola ls pais acupaban-los a ajudar an muita cousa.

Se ls cerrados quedassen pal lhado de la ribeira, daprendíamos a nadar uns cun ls outros.

Fazíamos cabanhas de piedra adonde aparabamos l'auga ne l ambierno. De berano caçábamos paixaros cun costielhas que a las bezes fazíamos ou mercabamos na feira. L que mais habie eran ranas que caçabamos a mano.

La scola tirabamos muita lhiberdade mas tenie que ser!

La porsora era nuoba i andaba siempre mui pimpona. Mie mai daba-se cun eilha, l que me deixaba menos amedrontada.

Nua de las paredes de la scola habie un quadro çpindurado que representaba l mapa de Pertual i mos serbie pa daprender, las cidades, ls çtritos, ls rius i ls caminhos de fierro.

Mais arriba staba Nuosso Senhor nua cruç cun crabos a pegar nels braços i nels pies, armanico al que staba na capielha. Habie l retrato de l Senhor Presidente de la República, Américo Tomaç, nun sério que metie miedo.

Ampecei la scola nel die 7 de Outubro de 1963. Acomporado a agora, stabamos nua era an que era custoso alhebantar cabeça.

Ls nuossos pais i las nuossas mais trabalhaban la tierra zde l nascer al streponer de l sol. Poucos sabien ler i ls que sabien nun tenien bagar, nien sabien ajudar ls filhos. Cumo se todo mundo naciesse ansinado i ls libros antrassen na cabeça a fuorça. La lhetra tamien nun daba pan, nascie-se cun arado na mano, ou cun canhonas pa guardar. L sustento

benie de la tierra, mas tamien habie outros ouficios: sapateiro, lhatoneiro, i todo mundo tenie que fazer por la vida. Quando la vida nun rigolaba, habie quien responsasse para tirar ls malos oulhados. Habie pessonas que andaban ambruxadas i ls reponsos tiraban las maleitas.

La tierra daba pouco sustento i l trabalho era un trabalho de negro. Todo era feito a mano, cun la fuorça de l cuerpo. Ls ambiernos eran frius, mui frius, i las casas çarandas adonde l'aire s'anfurascaba cumo querie.

La pormeira scola fui an casa cun mie mai. Fazie letras nua pedriçca ou zenhaba números ne l puolo de l chano. Ua lhuita de to ls dies pa nun trocar las lhetras i decorar ls numeros.

Fui mui custoso. A tropeçar na mie mimório, un nuobielho trocaba las lhetras sien anmenda. Pouco serbien ls lambefes. Dromie cun las lhetras a fazeren ruodas na cachimónia i, soutro die, quando mie mai me ponie l lhibrico na mano, açarandaba todo outra beç, ls nomes, las palabras i las lhetras. Naide habie oubido amentar an zeleixie, i pa mie mai era cumo se you faziesse caçoada deilha a nun querer saber de las lhetras.

Mie mai salbou-me. Sien l sou anteimar, tenerie sido amputada de la scola a pontapie.

Ampeçabamos la scola a cantar l hino a la naçon, de pie i dreiticos. De ls mais pequeinhos als mais grandes, stabamos todos misturados. Todos tembrabamos que l aparato de la caneta nun deixasse cair un borron i se spaporrasse ne l cadernico adonde teniemos que fazer todo porfeitico. La bara staba siempre dreita pa bater nel que calhasse. La tabuada era pa daprender a las dreitas ou al robeç. Ls reis i las rainhas eran pa saber, mas l pior de todo era l ditado. Cada gralha sue barada i muitos iban calientes pa casa.

Ampecei la scola an Augas Bibas adonde se falaba mirandés, mas cumo mie mai nun era dalhá, tamien falaba grabe. Fumos a passar de classe an Dues Eigreijas.

Mie mai era ua tie mui spierta, mui pimpona i nun agradaba a todos. Ls que nun gostaban deilha, mirában-la de sguelha zbirando ls uolhos acaras al cielo, batendo cun la mano nel peito i rogando pragas chordas scontra eilha. Ls garotos lhebaban pa la rue l que oubien en casa i bien pequinha sentie que ser çfrente fazie nacer rius d'ambeija.

La muorte nun era florida, mas cruda cun todo l que lhebaba i l que deixaba. Andaba you al chin de mie mai, yá assistie a las rezas delante de ls cuerpos frius deitados nun caixon.

Ansinei-me a la muorte, porque mie mai fazie las bezes de cura, cun tantas ouraçones que dezie. You gostaba de la oubir porque era todo ambersado i eilha fazie ua prática que metie admiraçon. Mas esse mundo era pequinho demais i ls trabalhos de la tierra nun se le daban.

La rabelha de l'arado fazie-le burras i las spigas curtadas als ancuntronos, berdascaban-le l róstio. Ua fuice que zafiaba l tiempo.

Abalha pa un mundo que la spera i deixa todo pa trás. Ua vida adonde nun hai alas pa bolar, chena de montes i de cardos floridos. Las pessonas andan atadas cun lúrias as a las outras sien se zataren, mas eilha cobra ls nuolos i bai a saber desse mundo çconhecido.

Solos quedamos mie bó, miu pai, you, i mius armanos. Abalha cun ua fardelica adonde lhiba la mocidade, la sperância i la suidade. Acá deixa l mundo que conheciu i quando l miedo la ambuolbe, deixa correr las lhágrimas pa zabafar.

L mundo pa mi deixa de ser l miesmo. Outra tierra, outra scola, outra porsora i outra lhéngua. Mudan-me pa Uba, ua tierra que me agarrou mas adonde you nun querie quedar.

Na tierra de mie mai i cun mie bó, bou-me ansinando a esse outro mundo adonde todo ye nuobo. Mie mai nun me sperta a la purmanhana pa ir a scola, nien me calece l'auga al lhume pa me lhabar, nien me peina ls grifos. Esta será la mie scola.

Staba noutra tierra adonde naide falaba la mesma lhéngua que you. Las personas respeitaban, mas ls garotos fazien çaçoada. Mie bó era bielha i manca, mas todo mundo la querie bien i als poucos, fui-me afazendo a esse lhugar adonde mie mai nun staba.

Daprendiemos muita cousa, mas nun sabiémos nada de l mundo nien que l mundo era taludo.

Ls recreios eran pa jogar: uns al stá queto, outros als reis i a las rainhas, outros al barqueiro, a la cunca, a las necras, a la bilharda ou a saltar la cuorda. Las lhuitas nun eran eiqui que se fazien, porque naide se abienturaba a que la porsora se porcatasse.

Ne ls dies que l doutor benie pa mos dar las bacinas, iba quedando siempre pa l final de la fileira, na sperância que la mie beç nunca chegasse. Eiqui tamien naide podie fugir i l doutor agarrabamos la chicha sien duolo.

Naide tenie reloijo i quando nun habie sol ou chobie, podiemos seguir la risquita que faziemos na parede pa ir bendo la hora. La hora de la scola era dada pul toque de l sino de la capielha. Ernesto bibie al pie de la casa de la scola i staba mandado pa tocar l sino que mos chamaba a scola.

Éramos muitos na scola i cada final de l'anho, mercabamos un galho que atábamos nun carrico de madeira que anfeitabamos cun fitas i muitas, muitas froles. Passabamos por las rues adonde l chano era un tapete de froles, squecendo que d'ambiente habie lhodo por to l lhado. Era ua fiesta, nun se passaba nada, mas cantabamos i habie muita, muita alegrie. Esse era l nuosso mundo. Habie probes, habie ricos, mas éramos todos armanos i na scola cumo no réstio, todos se daban ua mano.

Naciesse probe i pa zombar de la bida, habie que passar la roncha pa l'outro lhado. La scola ansinábamos a ler mas cun la bida daprendiemos ls ansinamientos que mos dában an casa.

Íbamos a la Bila a passar la quarta classe. Era longe i l tiempo rendie muito. Anriba de un macho ou nua mula, alhá íbamos, sien saber al que íbamos. Antes de passar l eisame, angulhiemos l miedo cun la cuçpinha que nacie na boca sien ser capaç de abaixar. Apuis, mirabamos cumo paçpalhazes pa ls çonhecidos bestidos a la fidalga, mas debrebe nacién jogos adonde todos antrabamos, quememos ua merendica que lhebabamos nua fardelica i birabamos pa l nuosso nial. Saber ler nels anhos 60, trazie outros mundos als que nun sabien ua letra. Ua carta que chegaba de Frância, de la Argentina, ou de l Brasil, mataba las suidades a quien eiqui bibie:

—Marie fai fabor de me leres esta carta de l miu Zé!

Las cartas quedaban siempre nel miesmo sitio adonde las íbamos a buscar.

Tie Generosa sacaba la carta debaixo de l chambre, cumo se fuora un cordon d'ouro, i l sonalho de l bolso de l mandil.

Parei-me que las cartas eran todas armanas:

“Mie querida mai, muito spero que esta carta bos bá achar an perfeita salude, que you quedo bien graças a Dios. Achei un home que me apreitou i que me mata la fame todos ls dies...”

Las nites al serano a la lhuç de la candeia serbien tamien pa ler las stórias de la bíblia. A nun ser l lhibro de la scola, solo habie la bíblia. La stória de José do Egipto era la que mais gostaba, cumo mie mai sabie ler, fui ua de las que daprendie pormeiro.

Ls dies passaban nua alegrie i la scola era l modo de bermos i daprendermos ls continentes, ls mares i ls suonhos que benien a la par.

Las nites eran chenas de miedos i até ls lhampiones se apagaban cun l sopro de las bruxas ou de ls spritos que bolaban an cuorpos de paixaros. Nel charagon de palha, amouchados cun las mantas de lhana a ronchar la cara, l suonho tardaba an benir. Nun habie lhuç i se un tubiesse de se lhebantar de nuite, solo ua çrilha podie acender la candeia de l'azeite, mas inda era se l'aire que passaba por la frincha de la puorta nun la apagasse.

Amostrabamos todos la fuorça que nun teníamos, mas cantabamos por adonde fusse pa spantar ls papones.

La scola fizo-me medrar i nunca apagou la alegrie que çpejabamos en todo l que fazíamos. Las penas bolórun i nun se me lhembra de nada a nun ser, ls abraços i ls ímpados de mie bó, quando tube que abalhar de Uba i ir a Bragância cun la senhora porsora fazer l exame.

MI EXPERIENCIA DOCENTE EN EL INSTITUTO RURAL DE BANDE

María Castaño Martínez
(Bande, Ourense)

“Dios en la distancia mira con benevolencia al maestro amable”: esta es la dedicatoria de un libro que me entregaron dos antiguos alumnos. Era junio de 2024, en fechas muy cercanas a mi jubilación como profesora de Secundaria en la especialidad de latín y directora del instituto durante ocho años en Albacete. Mi jubilación tendría lugar el último día de ese mes de junio. Estos exalumnos ya habían terminado la carrera y les había impartido clase de lengua y latín en la ESO y en Bachillerato. Los dos alumnos se presentaron por sorpresa una mañana en el instituto y me entregaron un buen libro de Gabriel García Márquez que era una autobiografía de sus primeros años de juventud, con esta dedicatoria de mis alumnos en la primera página. Fue una sorpresa tan inesperada como agradable.

Tras mi primer año de jubilación, he aquí que me encuentro escribiendo sobre mi experiencia docente, después de 40 años dedicada a ello y queriendo dejar por escrito algunas reflexiones, acumuladas a lo largo de estos años, sobre la práctica docente en secundaria, para que pueda servir de inspiración a otras personas. Los últimos ocho años los desempeñé como directora del instituto de Secundaria de la ciudad de Albacete. Otra gran experiencia para mí, en la que aprendí mucho sobre el funcionamiento de un centro, visto desde dentro.

Pero me voy a centrar en los recuerdos de mi práctica docente al principio de mi trayectoria, que tuvo lugar en una zona rural gallega lejana y desconocida para mí.

LOS COMIENZOS

Nacida en Yecla, provincia de Murcia, estudié Filología Clásica y Filología Hispánica en Valencia. Aprobé las oposiciones de la especialidad de Latín para Enseñanza Secundaria en Galicia en 1988. Obtuve en 1991 mi primer destino definitivo en una zona rural llamada Bande, perteneciente a la provincia de Ourense. En 1994 obtuve plaza en un Instituto de Albacete por concurso de traslados y desde esa fecha resido en Albacete.

Al principio de mi carrera docente con adolescentes, me preocupaba mucho equivocarme al impartir las clases, cometer errores de expresión o de conceptos, me preocupaba también mantener la autoridad en el aula y una condición indispensable era dominar la materia y el contenido de lo que se imparte, lo que conllevaba preparar bien mis clases con antelación. Esto lo he llevado a cabo desde el principio y, por eso, tener una formación continuada me parece muy necesario para ser un buen docente.

Yo llevaba en mi cabeza “la teoría” de lo aprendido en la carrera, pero sabía muy poco o nada de la didáctica con adolescentes, sin embargo, al llegar a la realidad del aula... me di cuenta enseguida de que tenía que esforzarme por motivar al alumnado y exponer los contenidos de forma amena o estaba destinada a fracasar como profesora.

Aprendí del profesorado que tenía alrededor, observando su forma de trabajar, conversando con ellos e interesándome por lo que hacían en clase. Me sentía con la responsabilidad de tener que enseñar bien mi materia de Latín.

La juventud y la inexperiencia, junto con querer hacerlo bien, me llevaba a ser rigurosa y a dedicar mucho tiempo a preparar las clases. Pronto me di cuenta de que mis expectativas eran muy altas, y poco realistas. Aprendí a adaptarme al contexto de mis alumnos, urbano la mayoría de las veces, y rural en otra ocasión. Voy a relatar esta única y enriquecedora experiencia docente en el ámbito rural, fue a comienzos de mi primer destino definitivo en 1991 a 1994.

Cuando aprobé las oposiciones a Enseñanza Secundaria en 1988 y después de dos cursos con destino provisional en un IES de Ourense, obtuve mi destino definitivo en 1991 en un IES de una zona rural de Galicia: el Instituto de Educación Secundaria y Formación Profesional de Grado Básico Familia: Administración y Gestión Informática y Comunicaciones de Bande en la provincia de Ourense.

El pueblo de Bande pertenece a la Comarca de La Baja Limia, de la que la localidad de Bande es también su capital. Cuenta con una población de 1.473 habitantes (Instituto Nacional de Estadística, 2024). A 728 m de altitud. Desde Ourense se toma la N-540 en dirección a Portugal. Está situado a 42 Km de la capital provincial. Ourense es la única provincia gallega de interior, es decir, que no posee costa. Pronto descubrí que Ourense es tierra de producción de vino. Su cocina es más labriega que marinera, apareciendo platos como el pote gallego.

Yo residía en Ourense y para llegar a Bande diariamente hacía este trayecto en coche. La mayoría de mis compañeros vivían en el propio pueblo o en poblaciones cercanas como Celanova. Por lo que no había posibilidad de hacer rueda para ir turnándonos al volante. Me tuve que sacar el carnet de conducir necesariamente y para mí era una aventura llegar cada mañana al centro por aquellas carreteras llenas de curvas y muchas veces con nieve en invierno. Permanecí en este centro cuatro cursos hasta 1994. En la década de los 90, se instauró la LOGSE (Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema Educativo). Aprobada en 1990, esta ley fue innovadora para su tiempo, aunque tuvo una duración de 16 años. En 2006, fue reemplazada por la LOE (Ley Orgánica de Educación). Lo que primero me llamó la atención fue el emplazamiento del centro, encaramado en lo alto de la carretera, en medio del campo, retirado de las casas del pueblo, que se localizaban más abajo. La tranquilidad del paraje era absoluta.

El pueblo de Bande me pareció pequeño, destartado y triste para ir allí a vivir. Por lo que decidí seguir viviendo en Ourense, aunque eso supusiera desplazarme en coche diariamente y por supuesto, sacarme el carnet de conducir a toda prisa. Cuando llegué al IES todos los profesores y el alumnado hablaban gallego. Me chocó mucho porque yo había vivido dos años en Ourense capital y los alumnos hablaban normalmente en castellano. Los profesores cuando se dirigían a mí, casi siempre me hablaban en castellano, lo cual yo agradecía enormemente. Los alumnos estaban acostumbrados al gallego y salvo excepciones, me hablaban en gallego. Así que fue una oportunidad para mí para aprender gallego. Hice un curso de iniciación y otro de perfeccionamiento de lengua gallega. Lo cual me proporcionó puntos para un posible traslado y así terminé entendiendo perfectamente y amando esta preciosa lengua.

EL ALUMNADO

La mayoría del alumnado del IES cursaba el Grado Básico de FP. Un grupo minoritario estudiaba Bachillerato. Las aulas eran pequeñas y con poco alumnado.

El desarrollo de las clases con los alumnos era un tanto peculiar, pues yo les explicaba en castellano, las traducciones las hacían del latín al castellano, pero en el diálogo de intercambio cotidiano hablaban en gallego. Nos entendíamos.

Por otro lado, me sorprendía mucho que los chicos conocieran tan bien el vocabulario latino, tenían mucha facilidad para aprenderlo, hasta que descubrí que el gallego, como lengua romance proveniente del latín, está más cerca del latín en sus raíces que el castellano, pues éste está más evolucionado que el gallego. En aquellos años, el Latín se impartía como materia troncal en 2º de BUP y como optativa en 3º de BUP y COU en el itinerario de Humanidades.

El libro de texto de Latín que utilizaba en 2º de BUP estaba escrito en gallego: *Latín de onte a boxe II BUP* editorial Xerais de Galicia. 2ª edición corregida. Era un buen libro de texto. Aún lo conservo hoy. Las clases eran poco numerosas, entre 12-15 alumnos en 2º de BUP y 6-8 alumnos en 3º y COU. Por lo que el trato era familiar y cercano.

Mis expectativas docentes bajaron a una realidad sin precedentes. Estos alumnos no hacían los deberes en su mayoría, no estudiaban cuando se iban a casa. Así que las clases eran muy prácticas, trabajaban las actividades en clase.

Empecé a usar comics en latín, fáciles de entender y relacionados con la vida cotidiana, explicaciones muy dosificadas y poco a poco empecé a utilizar libro de texto.

El nivel académico era bajo. Muchos de aquellos alumnos y alumnas eran muy inteligentes, con una inteligencia natural y sensibilidad notables, pero estaban desmotivados o no creían en su potencial. No tenía problemas disciplinarios, en absoluto. Al contrario, era un alumnado muy cercano, respetuoso y con sentido del humor. Estos alumnos provenían de diferentes agrupaciones de pequeñas poblaciones o parroquias. La gran mayoría de alumnado venía en un autobús que los iba recogiendo por las distintas pedanías. Muchos de ellos se levantaban a las 6:00 horas para poder llegar al instituto a las 8:30. Al terminar las clases a las 14:00 también se iban en el mismo autobús.

Por casualidad, una de mis alumnas que vivía en Bande, me dijo que sus padres en el pueblo tenían un restaurante y que fuera algún día a comer. Así fue, me presenté un día a la familia y me acogieron tan bien, que cuando tenía clases por la tarde, casi siempre iba a comer a este bar. Allí saboreé la cocina gallega: el lacón con grelos, la empanada gallega, los filetes de ternera, el pote gallego, la tarta de Santiago, etc. Esta alumna, cuyos padres tenían el bar, sí era una alumna con interés por aprender y quería estudiar en la universidad. Pasado el tiempo, estudió Derecho. Me emocioné mucho y me sentí muy orgullosa cuando, hace unos diez años, la vi y escuché hablar en televisión en un programa de noticias, hablaba como diputada de un partido político. En ocasiones la he vuelto a ver en televisión como diputada, enfocada en un plano general. No puedo dejar de revivir aquellos primeros momentos, en los que ni se me pasó por la mente que ella llegaría tan lejos.

TALLER DE TEATRO

Recuerdo que íbamos al centro dos tardes a la semana. Teníamos clases por la tarde y esos dos días me quedaba a comer en el pueblo. Entonces, aprovechaba y daba un taller de teatro a los alumnos que querían, una hora antes de empezar las clases de la tarde.

Montamos varias representaciones de comedias, eran obras de Jardiel Poncela y Miguel Mihura *Melocotón en almíbar*. Le llamábamos al grupo "Farándula". A los chicos les gustaba muchísimo esta actividad. Se aprendían los papeles fácilmente y se esforzaron mucho. No habían hecho nunca teatro. Las representaciones las hacíamos en la biblioteca y fueron muy bien acogidas por el resto del alumnado y profesorado. Era curioso porque las representaciones eran en castellano, pero los chicos lo hacían con un gran acento gallego. Esta actividad me aportó mucha cercanía con los alumnos y guardo un grato recuerdo de

esos años. Aprendí que la teatralización motivaba mucho a los adolescentes. A partir de este momento, he utilizado en mi docencia, siempre que he podido, este recurso teatral.

LAS FAMILIAS

Las familias de estos alumnos/as, en su mayoría, cuidaban del ganado, sobre todo vacas y, también trabajaban la tierra. Los chicos, en general, no tenían otras aspiraciones que mantener la economía familiar y ayudar en estas tareas agrícolas. Supe por los alumnos que algunos padres tenían problemas con la justicia, pues estaban en la cárcel por problemas de contrabando con Portugal.

No recuerdo recibir ninguna consulta ni entrevista con padres de aquellos chicos o chicas, interesándose en el rendimiento de sus hijos. No podían, no tenían tiempo o no era una prioridad para ellos.

EL PROFESORADO

El equipo directivo lo conformaban tres profesores de la rama de FP. Recuerdo que se comportaban de forma amable y cercana conmigo. El ambiente entre el profesorado era cordial y amigable. El claustro lo conformábamos unos 12 profesores. Compartíamos la sala de profesores, donde teníamos nuestros correspondientes casilleros. No teníamos despachos o departamentos. Había otra profesora de Griego con la que compartía alumnado. Ella era gallega y vivía en Celanova, fue de gran ayuda.

Entre el profesorado se celebraban comidas o cenas al terminar el trimestre. Algunas veces se organizaban comidas en primavera en el campo, y participaba también el alumnado que quería. Descubrí en ellas que a los gallegos les gustaba mucho cantar sus canciones tradicionales después de las comidas, haciendo largas tertulias. También aprendí a hacer quemadas y sus conjuros, que formaban parte de este esparcimiento.

Participé en alguna excursión por los alrededores. Por estas tierras, bañadas por el Limia, no solo pasaron diferentes civilizaciones, sino que algunas dejaron tesoros patrimoniales que hoy siguen en pie. Uno de ellos, Santa Comba de Bande, es la primera iglesia de la provincia declarada monumento nacional. Fue en 1921. Además, su riqueza termal lo ha convertido en lugar de descanso no solo para sus vecinos sino para muchos portugueses que cruzan la frontera para sumergirse en sus templadas aguas.

Esta experiencia fue muy enriquecedora por encontrarme en una autonomía muy distinta a la zona del Levante, en la que yo había vivido. Tuve que descubrir y adaptarme al clima lluvioso, al carácter gallego, a su forma de vida, su historia, su lengua y costumbres. Terminé amando la tierra gallega. Aprendí de su diplomacia y mano izquierda, a no hacer preguntas directas, descubrí su sagacidad para tratar los temas y en especial, aprendí de la fortaleza de carácter de sus mujeres.

Tras varios años para conseguir puntos, en 1994 participé en el concurso de traslado nacional y obtuve una plaza en Castilla-La Mancha, en un instituto de Secundaria de Albacete. Ciudad poco conocida para mí y, sin embargo, en ella eché mis raíces hasta el presente.

LA VIDA DE LA ESCUELA EN LA ESCUELA DE LA VIDA EN MANZANAL DEL BARCO

Eutimio Contra Galván
Manzanal del Barco (Zamora)

Comenzaré, previo al relato, con mi presentación como autor. Mi nacimiento es en Manzanal del Barco, el 2 de noviembre de 1957, en el seno de una familia humilde de labradores, padres Eutimio y Nemesia. Conformamos la familia cuatro hermanos. Nuestra economía era la básica de subsistencia, no más de 10 ha. de secano (la mitad en renta), cultivándose año y vez, dos huertas pequeñas para el consumo casero, un puñado de ovejas, dos cabras, dos cerdas de cría y un cebón. Compensaba, mi padre, la economía doméstica, con los jornales que salían por el lugar, esquilando ovejas, de obrero en los silos de trigo o arreglando alguna carretera. Estuve en la escuela de Manzanal desde los 6 hasta los 14 años. En el año 1972 me concedieron una beca con la que pude estudiar en la Universidad Laboral de Zamora, primero Oficialía Industrial, más tarde un curso específico que se denominaba PRECOU, y COU. Estando cursando Oficialía, rama Ajustador, sentí la vocación de maestro y al finalizar COU, cursé Magisterio como profesor de EGB, en la rama de Ciencias, en la Escuela de Formación del Profesorado de EGB de Zamora, dependiente de la Universidad de Salamanca.

Finalizados los estudios, vuelvo como educador becario a la Universidad Laboral. A continuación, ejerzo de maestro en la “mili”, en el Cuartel de Movilización y Prácticas de Ferrocarriles de Fuencarral (Madrid). Finalizado el servicio militar, regreso a la Universidad Laboral, como educador interino. Posteriormente apruebo las oposiciones para universidades laborales, como profesor de prácticas y actividades, permaneciendo en este puesto en la Universidad Laboral de Zamora, desde 1984 hasta 2002. Por nombramiento, desde 2002 hasta 2022 (fecha de mi jubilación), ejerzo de gerente territorial de Servicios Sociales de la Junta de Castilla y León, en Zamora.

En 1984 contraigo matrimonio con Valentina Vecino, natural de Villanueva del Campo, y hemos tenido tres hijos. Todos ellos han cursado estudios universitarios, Ingeniería de Telecomunicaciones, Juan; Ingeniería Industrial Mecánica, Miguel y el pequeño, Javier, Magisterio. He participado en la vida política, siendo alcalde de Manzanal, elegido en dos ocasiones por mayoría absoluta, 1991 y 1995. También fui elegido procurador en las Cortes de Castilla y León, en la legislatura de 1999 a 2003.

Durante 15 años, junto a mi mujer, formamos parte de la Asociación Cultural “El Tiburio” de Manzanal del Barco, y en la Federación de Asociaciones Culturales de Aliste, Tábara y Alba. Fui responsable de la revista de la Federación, titulada *El Jaral* y colaborador de la revista *Espadaña*, dirigida por el historiador de Manzanal, Manuel Gómez Ríos.

Una vez presentado, a modo de introducción, ubicaremos a Manzanal en el mapa geográfico zamorano y en los aspectos que se derivan. Mi pueblo pertenece a la comarca del Gran Aliste, dentro de la subcomarca de Tierra de Alba, en las mismas estribaciones sobre el embalse de Ricobayo, cuyas fuentes hídricas alimentan al gran río Esla. En este contexto, nuestra habla, costumbres y tradiciones, son común denominador con pequeñas variantes por su occidentalidad, las mismas o parecidas de Aliste. Hasta que la globalización nos ha uniformado, el habla era una derivación del viejo dialecto leonés, con acento

alistanos más suavizado. Conformaban la urdimbre de la vida del pueblo, el Ayuntamiento, la Cámara Agraria de Labradores y Ganaderos, la Iglesia en su amplitud, con la cabeza visible del párroco, el médico en lo tocante a la salud, la escuela, así como el alma colectiva del pueblo donde las costumbres eran leyes y cuyo norte estaba regentado por el santoral, el calendario, e incluso las fases lunares.

Trataremos la escuela, en su devenir histórico, desde las primeras referencias en 1790 hasta 1976, donde desaparece de Manzanal por traslado de niños y maestros al Colegio Comarcal de Carbajales de Alba —“Ignacio Sardá”—. Según recoge Manuel Gómez Ríos, en su libro sobre “Las Vicarías de Alba y Aliste”, el sínodo de 1612 ordena a los sacristanes: “Han de saber cantar, leer y escribir y enseñarlo a los muchachos de sus lugares, pagándosele con estipendio moderado”. Con fecha 2 de noviembre de 2012, Manuel Gómez Ríos, M^a Elisa González Moro-Zincke y quien suscribe, Eutimio Contra Galván, publicamos un libro titulado *Manzanal del Barco y el Sino del Esla*. En las páginas 113, 114, 115 y 116, de forma sucinta recogemos la historia de la escuela en Manzanal del Barco. En el año 1790 el corregidor de Zamora, pidió informes a la provincia sobre la enseñanza. Las respuestas son deprimentes. En el partido de Carbajales sólo dos alcaldes pudieron firmar las respuestas, los restantes no sabían, y únicamente dos pueblos tenían escuela con escasísima asistencia: Carbajales, 13 niños y Manzanal, 15 o 16. La respuesta de Manzanal al corregidor destaca: la asistencia es libre, los padres de los niños asistentes pagan al maestro, inhibición del concejo y buena calidad del maestro que ejercía de sacristán.

En 1850, según Madoz, Manzanal tenía “escuela de primeras letras dotada con 500 reales a la que asistían 40 niños”. En el censo de población de España de 1860, el pueblo contaba con 466 habitantes: 236 varones y 230 mujeres. Sabían solamente leer y escribir 117 varones y 2 mujeres. En el año 1884 había “para la enseñanza dos Escuelas públicas, una para cada sexo”. En 1904 la enseñanza estaba muy abandonada, el libro de actas del Ayuntamiento dice: “el local se encuentra peor que una cuadra de cerdos”, “los niños tienen que llevar cada uno su brasero por la frialdad del local”. El 4 de octubre de 1908 se acordó reparar la casa-escuela. Tomó posesión como maestro don Benito Calvo Portela y mejoró la situación. La enseñanza en Manzanal, en torno a 1910, según información proporcionada el 17 de agosto de 1987 por el Sr. Manuel López Galván, de 87 años, quien asistió como alumno a la escuela de 1905 a 1911, se caracterizaba por la masificación, la escasez de medios y la dura disciplina para mantener el orden. A la escuela asistían 83 niños, que abandonaban a los 12 años, sabiendo leer, escribir y las cuatro reglas. Los niños no asistían todos los días, pues en primavera tenían que ir con las vacas y en invierno con las ovejas. Escribían en pizarras con pizarrines y en papeles con plumas de ave, recitaban todos los días la tabla de multiplicar y tenían un libro general con nociones de Gramática, Historia y Aritmética. Don Benito Calvo Portela realizaba una labor muy eficaz, además, era muy religioso, pues todos los domingos reunía a los niños en la escuela y al primero que llegaba le hacía llevar la cruz, gesto de reconocimiento. También fomentaba el estudio del catecismo y en Cuaresma el viacrucis por la calle hasta el Calvario. Cuando el comportamiento de los niños no era bueno, pegaba con una vara, o los dejaba encerrados en la escuela sin comer.

En una entrevista que le pude hacer a mi tío Nicolás Galván, para la revista *Espadaña* n^o 29 de Manzanal, le preguntaba por los recuerdos de su niñez en la escuela (primera década del siglo XX). Ésta fue su respuesta: “me acuerdo cuando mi padre me llevó a la escuela mixta del pueblo en Fuente Amada. Estaba de maestro D. Benito Calvo Portela, habíamos muchos niños. También recuerdo los curas de esos años, D. Mateo y D. Higinio. Me viene a la memoria de ir con mi padre a Mombuey, en burro, a comprar hilaza para tejer. Dormíamos en el mesón del “Empalme”. Allí probé por primera vez el pulpo. De

regreso hicimos noche en Sarracín. El 3 de enero de 1925, el Ayuntamiento acordó “construir un nuevo local de Escuela, Casa Consistorial y frontón”. El presupuesto se fijó en 4450 ptas. Se presentaron dos pliegos cerrados, el primero de D. Lorenzo Ratón Mezquita por la cantidad de 4.449 ptas., y el segundo de D. Domingo Rodrigo Miguel que no reunía condiciones. Se adjudicó al primero. De la madera se encargaron Domingo Rodrigo Miguel y Manuel Gómez Vicente”. Hasta aquí lo recogido en el libro.

Según la revista *España* n° 25, el 7 de marzo de 1927, la escuela nacional de niños ya estaba terminada, sin haber recibido subvención alguna del Estado. En sesión extraordinaria del Ayuntamiento de 9 de marzo de ese año, este pide una subvención a la Diputación para equipar la escuela, por carecer de recursos los vecinos y el Ayuntamiento. La nueva edificación se construyó sobre las eras comunales del pueblo. Fue inaugurada el 17 de mayo de 1927, a su vez, el Ayuntamiento por unanimidad, acordó el nombre de Su Majestad el Rey Alfonso XIII para la nueva plaza de la población, situada en la explanada de las citadas eras, siendo alcalde don Damián González. Posteriormente, en ese mismo año, en octubre, es nombrado alcalde por el gobernador, don Federico Fidalgo Álvarez. Un poco más tarde, en noviembre, el alcalde solicita una escuela para las niñas. Las niñas asistirán a la escuela de Fuente Amada hasta la construcción de las nuevas escuelas, que entrarían en funcionamiento en 1958. No parece natural que siendo la edificación de nueva construcción de las escuelas de la plaza, que entren en ruina a mediados de 1950. Esto originó el mayor contratiempo para la escuela del pasado siglo. Hasta aquí la información de la revista *España*. El informante, vecino del pueblo, Avelino Pérez Anta, manifiesta que esta ruina fue también ruina para los niños en el aspecto formativo. Tanto es así, que los niños de 1956 a 1958 estuvieron sin escuela oficial y sin maestros. Para poder asistir a clase, lo hacían en días alternos en las casas particulares de José Terrón y de Felipe Mezquita, con la maestra Josefina Ríos o con alumnos aventajados, José Gago y Manolo Requejo. Estas clases particulares eran costeadas por los padres de los niños que asistían. De los restos de las antiguas escuelas, solamente quedó en pie el frontón hasta finales de 1980. Posteriormente fue derribado, quedando una plaza diáfana. Se remodeló en dos niveles con una pista de múltiples usos, teniendo el que está escribiendo, como alcalde, la oportunidad de haberla construido nueva.

Como ya dijimos anteriormente, en 1976 los niños se fueron para Carbajales. Las dos escuelas de niños y niñas, de finales de los 50, fueron reformadas para centro Cultural de amplios usos, y también tuve la suerte como alcalde de poder realizar estas obras, que tanto servicio han prestado y siguen prestando al pueblo de Manzanal. Plaza, centro cultural y Ayuntamiento reformado, fueron inaugurados en los primeros años de la década de los 90. En paralelo a la construcción de las escuelas nuevas, se construyeron, también, dos modernas casas para los maestros, en las afueras del pueblo, Camino de Fuente los Piojos. Recordada una historia de la vida de las letras-escuela en Manzanal del Barco, paso al relato en primera persona, en la experiencia vivida como escolar.

Quiero recordar la prisa que mi madre tenía porque yo alcanzara a los cristales de la escuela, aunque fuera con una pelota. También quiero manifestar que, siendo mi bisabuela maestra, Ana María, que ejerció en Samir de los Caños más de tres décadas en los primeros años del siglo XX, a mi abuela Manuela no la enseñó a leer y escribir. Se rompió la cadena... Otra anécdota que me trae la memoria tiene que ver con mi primer contacto con la escuela. Todos entrábamos a la escuela al cumplir seis años, como yo era el más pequeño de mis amigos, fui el último en entrar. Iba a celebrar el recreo con mi gente. Acabado el recreo, lógicamente me quedaba fuera. Con un muelle de los somieres de los antiguos catres, con el hierro en punta del muelle me entretuve haciendo un pequeño cono en los macizos ladrillos de la escuela. Salió el maestro don Santos y sin mediar

palabra me dio un tortazo que no supe de dónde me venía... Por fin entré en la escuela, cumplí seis años en noviembre. Estuve escolarizado en Manzanal hasta los 14 años, siendo mi maestro don Vidal Herrero Araujo, ejemplar maestro y ejemplar persona.

Había dos escuelas, una para niños y otra para niñas. Adyacentes y simétricas, dotadas de un porche (la mitad cubierto). Dentro de la escuela había un pasillo de entrada con un cuarto al fondo para las banderas y otros enseres. El cuerpo de la escuela era diáfano, con cinco ventanales, techumbres de moderada altura, una vera perimetral verde y el resto de color blanco. Constituían los enseres de la escuela cuatro filas de pupitres dobles, un armario al lateral izquierdo para libros y material didáctico. La mesa del maestro era de madera con dos cajoneras. Una mesa alargada y corrida en la parte trasera. Al frente en lo alto y centrado, el crucifijo, y Franco y José Antonio a cada lado. Por debajo, en la parte frontal, un amplio encerado. Para calentar la escuela en el invierno, al principio teníamos estufa de leña y posteriormente de gas, situadas en la parte delantera, lado derecho.

Como todos los pupitres estaban ocupados, mi primer lugar en la escuela estuvo situado en aquella inmensa mesa alargada, fría y para mí solitaria. Los muchachos estaban de adelante para atrás de acuerdo a la edad, de menores a mayores. Tenía a mis primos en los últimos pupitres y a hurtadillas me acercaba a ellos para que me ayudaran en las pequeñas tareas escolares que el maestro me asignaba. Allí me encontraba solo entre asustado y perdido en la novedad escolar. Como todos sabemos, el sistema pedagógico era básico y sencillo a la vez. Para aprender a leer teníamos cartillas, como aquella que llamábamos “el tomate”, y otras similares más básicas y superiores, hasta pasar a *El Parvulito*. Posteriormente las *Enciclopedias Álvarez* de Primero, Segundo y Tercer Grado, eran los tratados básicos de aprendizaje. En lo referido a la Geografía, tanto ríos, cordilleras, cabos y golfos de España, el maestro nos lo daba a través de apuntes que dictaba y obligatoriamente todos teníamos que memorizar.

Paralela a esta escuela reglada, ejercíamos la autóctona de los juegos, donde había amplia variedad. Algunos como la peonza, temporalizado en la Cuaresma. El juego de los “chapetes” (tapas metálicas de bebidas refrescantes, que aplastábamos). Consistía en introducir los chapetes en un hoyo hecho a mano sobre el suelo de pizarra. El “chito”, especie de cilindro de canto rodado que a una distancia había que darle con una tajueta (piedra plana de pizarra). El cinto escondido, guiados por caliente o frío, previamente era escondido en el derribo de las escuelas viejas y el que lo encontraba sacudía con el mismo a los que se retrasaban en llegar al lugar de seguridad. La “pelapelahierba”, era un juego un poco asqueroso sobre la hierba, donde maliciosamente se enterraban excrementos, se iba arrancando la hierba y piojitos a volar... La “maya”, al atardecer era un juego de escondite en los albores del otoño. Se decía “levanto la maya por...” y a correr. El juego de las vistas, era de los cartones de las cajas de cerillas, con figuras de caballos, de pájaros, de flores. Se recortaban los cartoncillos y se ponía en una circunferencia uno encima de otro, y con una tajueta había que sacarlos de la circunferencia. Las “buyacas” (canicas). Como las canicas de cerámica y de cristal escaseaban, jugábamos con las agallas de los robles que imitaban la madera. El juego era del “gua” y otros varios. También jugábamos a otros muchos, el de la luz, el *esconderite*, el aro, el clavo, el castro, la comba para las chicas con sus peculiares cantos, los toros, al oeste. Las tabas era un juego de indicación femenina, es un juego ancestral de griegos y romanos. Se juega con cinco tabas y los puntos se suman con las cuatro posiciones: hoyos, panza, picos y rey. También jugábamos al juego del taco. Consistía en cortar un trozo de madera de cañilero (saúco). Como es hueco por dentro, se taponaba a ambos lados con estopa húmeda y al apretar por un lado con un palo hecho a propósito, hacía saltar la estopa por compresión, haciendo un sonido pare-

cido al abrir una botella de champán. A la edad de párvulos, formábamos trenes con latas de sardinas unidas con cuerdas. También jugábamos a pastores con *buyacos* y *buyacas* (agallas de los robles), simulando que fueran ovejas y corderos.

Retomando el hilo conductor de la escuela, con nuestro ejemplar maestro don Vidal, podemos afirmar que practicaba una educación integral, en valores, educación para la salud, etc. Algunas personas abusaban de su disposición social y le llevaban las quejas de lo que ocurría fuera de la escuela, a decir verdad, de nuestras travesuras que eran muchas y variadas. Ciertamente don Vidal nos preparaba, si estábamos dispuestos, en profundidad, en materias para el devenir de la vida, tanto en Matemáticas, Lengua, Historia General, Historia Sagrada, y como antes apuntamos, en la Geografía Española. Además, nuestro querido maestro daba clases particulares al acabar la escuela, a los niños que salían para estudiar en colegios e institutos. También preparó a muchos mozos para la Guardia Civil y la Policía Armada. Creo que aprobaron todos los que se interesaron. Para nosotros, la escuela suponía la conexión con otros mundos que no conocíamos, aunque fueran cercanos. Recuerdo que mi primer viaje a Zamora fue cuando mis padres me compraron el traje de la Primera Comunión.

Comenzábamos diariamente la escuela a las 10 de la mañana, con la oración de entrada: “Iluminar Señor nuestro entendimiento...”, a continuación, cantábamos el “Cara al Sol” o “Himno Nacional” o “Prietas las Filas”, y posteriormente izábamos la bandera de España en el exterior de la Escuela. La clase era hasta las 12, salíamos media hora de recreo, a correr y a comer un trozo de pan de trigo candeal. A las 13 horas se acababa la jornada de la mañana, íbamos a comer, comenzando en la tarde a las 15 horas. Terminábamos a las 17 horas y recitábamos la oración “Os damos gracias Señor...”. Los primeros años teníamos libres las tardes de los jueves, después los sábados por la tarde, y al final de los años 60, los sábados libres. En el mes de junio las clases sólo eran por la mañana. Portábamos cada niño para la escuela una cartera en múltiples formas y tamaños, donde la artesanía de las madres se notaba. Otros llevaban un cabás. Dentro de la cartera llevábamos la pizarra, enciclopedia, estuche, cuadernos, el pan del recreo y el vaso para la leche en polvo. En las personas mayores estaba asentada aquella pedagogía de filosofía ancestral: “la letra con sangre entra”, o “despacio y buena letra”, que transmitían al maestro con especial énfasis.

El material didáctico de la escuela eran las medidas de peso, capacidad, longitud, la esfera, los mapas, el diccionario, *El Quijote* y unos pocos libros de lectura. Como nuestro maestro era pionero en la escuela, introdujo los libros de Anaya en el curso 1968-69, así como un proyector de filminas, cuadernos “Rubio” de problemas y de caligrafía. En alguna ocasión teatralizamos la Historia Sagrada. Don Vidal no era muy partidario de excursiones, a los niños nos encantaban. Hicimos algunas al castro de San Martín, donde se han encontrado monedas de la época de Tiberio César, también al viaducto Martín Gil (puente de Los Cabriles), o a los valles de “El Espinacal” o de “Piértiga”. En algún momento se tuvo que cerrar la escuela temporalmente por reacción a la vacuna de la viruela, que nos pusieron en el pie, siendo médico don Felipe. Al escribir este relato, me vienen a la memoria multitud de recuerdos, siempre con el afán de superación y de ser mayor, estábamos deseando pasar del lapicero y la goma al bolígrafo.

En la época de los años 1960, la emigración iba creando sus bajas, tanto de familias como de niños. Generalmente los padres de los niños que se dirigían a Alemania, los dejaban con los abuelos. Todos los niños teníamos asignado un apodo, la mayor parte de herencia familiar. El mío era Toranzo, en relación al cura que me bautizó, don Servando Herrero Toranzo. Fui el primero que bautizó en el pueblo y también heredé Servando como nombre de pila en la iglesia. La iglesia formaba parte intrínseca con la escuela, que

a los niños envolvían. Todos asistíamos a misa los domingos y fiestas de guardar. También a novenarios, como el de las ánimas, a doctrina los domingos y en especial para la comunión. Los que éramos monaguillos, asistíamos diariamente a ayudar a misa y a cuantos novenarios y vísperas festivas de relevada importancia. A falta de sacristán, el párroco se valió de mi persona para compartir aquellos oficios de misas de difuntos cantadas en latín y también para los entierros. De forma especial en las festividades del Corpus y de La Octava, los niños éramos invitados por los mayordomos entrantes. En el día de “Corpicos” u “Octavica” (segundos días). Por la tarde nos daban un trozo de pan y bebíamos vino por una jarra con la correspondiente algarabía. Los primeros viernes de cada mes, tanto niñas como niños, acudíamos a misa acompañados por los maestros y comulgábamos. Celebrábamos con alegría cuando al pueblo se acercaban titiriteros, el mago Sr. Andreu o cuando nos echaban una película de cine por personal ambulante en el salón de baile. Comprábamos con las propinas aquel inacabable chicle de marca “Bazoka” o pipas “La Pilarica”. La televisión iba tomando auge, en las tabernas o contadas casas familiares. Veíamos los toros, *Cesta y Puntos*, *Bonanza*, *Rin Tin Tin* o la obra de *D. Juan Tenorio* por Los Santos. Con los toros, algunos, los de la voz cantante, ya se las apañaban para hacer segregaciones, dependiendo los que éramos del “populacho” (El Cordobés) o los más “finos” de El Viti o Paco Camino.

Siguiendo en la escuela de la vida, me quedan por destacar otras dos vertientes: la de las actividades varias de obligado cumplimiento, dentro de las tareas familiares, y la otra de libre albedrío, “travesuras”. Las matanzas familiares constituían uno de los mayores atractivos. Además de transportar el “cesto de los sesos” para los más ignorantes (cesto cargado de adobes), los juegos de cartas de “el burro”, la brisca, los trabalenguas (algunos maliciosos), cuento de “El lobo y los tocinos”, así como “La zorra sardinera”, eran el mayor divertimento, aunque todos los años se repitieran. Contamos el trabalenguas del señor Sebastián Velasco: “Una pega, mega, aldola, aldilla, patituerta, coja y sorda, tenía unos pegos, megos, aldolos, aldillos, patituertos, cojos y sordos”. Todo dicho muy aprisa.

Dependiendo de la época del año, enfocábamos nuestras andanzas. En invierno, al anochecer, tocábamos a las puertas de las casas y corríamos con botes de brasas y goma ardiendo. Poníamos garlitos (pajarreras) para cazar gorriones. Ya en la primavera, los nidos eran nuestra mayor afición. Los pájaros tenían sus nombres que rara vez coincidían con el nombre oficial del diccionario. Al alcaudón real lo llamábamos “picanza”, al pinzón “pincho”, al buitre “avantón”, a los vencejos “mirlos”, a la cojugada “correccarril”, al verderón “cañamina”, al ruiseñor “folleca”, etc. Salvo la golondrina y la cigüeña, el resto de pájaros no gozaba de bula. Se decía “ave que vuela a la cazuela”. Cierta es que escaseaba la ingesta de proteínas animales. Gozábamos de dos arroyos circundantes al pueblo, la de “Valconiero” y la del “Monte”, bañando el pueblo el embalse por la zona sur. Pescábamos con cañas rudimentarias. A una pértiga de caña, le atábamos un sedal con un corcho y un anzuelo y ya estábamos dispuestos para pescar sardas, bogas, escallos, etc. Otras veces sacábamos *nalsas* (nasas) de algún vecino para cogerle los peces. También utilizábamos unas artes de pesca que llamábamos “cuerdas”. Eran hilos de fibra con anzuelos laterales a los que le poníamos una sarda, las tirábamos al anochecer al embalse para por la mañana sacarlas con barbos principalmente. También en los arroyos, a mano o con sacos de yute, pescábamos multitud de sardas. Los cangrejos eran especie preferida para nosotros. Los pescábamos a mano levantando piedras, o *en caqueras* del arroyo. Después los asábamos y los comíamos. Los tirachinas y el adelantado escopetín (escopeta de aire comprimido) fue un avance para nuestras cacerías. Había a veces necesidad, cogíamos de los huertos manzanas sin madurar, almendras verdes, guisantes y otros productos. El campo nos proporcionaba frutos naturales como *carnizuelos* (cornezuelos) de hierbas o *agríchones* (bulbos

dulces) con un tallo y una flor de color blanco. No confundir con los nabos del diablo del arroyo que son venenosos. Participábamos de los carnavales toreando la vaquilla, que salía el martes de carnaval. Aún no está reconocida como mascarada. En el entierro de la sardina, Miércoles de Ceniza, nos ataviábamos con multitud de cencerros para acompañar al pellejo de vino viejo, que portaban los mozos, en un varal, ardiendo, en la plaza, dirigiéndonos hacia los espacios de las aserrerías del señor Jaime y del señor Ricardo. Los perros nos temían, ya pretendían esconderse lo suficiente en el momento del celo. A pesar de nuestras aventuras campestres, afirmamos que no fuimos nosotros los que han menguado el medio ambiente actual. Hasta aquí un poco del libre albedrío.

En cada familia nuestra tarea como muchachos, era imprescindible y necesaria. Diariamente acarreábamos paja, acudíamos a las fuentes públicas a buscar agua, limpiábamos pocilgas y echábamos las cabras a la *cabriada*. En la época de poda, apañábamos vides, y *excavábamos* las viñas. En el invierno íbamos al campo con las ovejas o, en otras épocas, de ayuda a los pastores. También íbamos al pasto en la primavera y verano con las vacas y las mulas. En verano regábamos los huertos. A veces, en las tareas domésticas, vigilábamos el puchero de la lumbre para que no se quedara sin agua. Traíamos leña del cabañal cercano. Las madres nos encomendaban realizar encargos del pan, azúcar y aceite. Para los hombres, en general, los muchachos éramos los encargados de ir a buscar el tabaco. Otra tarea familiar era la de cuidar a los hermanos más pequeños. Los veranos eran especialmente duros. A partir de cumplir diez años, junto a la familia, nos dirigíamos a la siega de la mies. Comenzábamos agavillando y poco a poco aprendíamos a segar. Participábamos en todas las tareas de la era, trillando y en la limpia del grano con *biendo*. Recogíamos alubias y participábamos arrancando los garbanzos cuando las matas estaban ya maduras. En el otoño apañábamos bellotas para el ganado doméstico en el Monte, poblado de robles, la Galvanera y en la Dehesa de Mázares (dehesas particulares y comunales del pueblo). Ya dentro de la escuela encendíamos la estufa de leña, la barríamos y hacíamos la leche en polvo por turnos.

En las familias teníamos una alimentación sana, pero básica. La matanza era despensa para el año. La leche provenía de las cabras y, cuando faltaba, tomábamos sopas de ajo. El cocido era básico y diario. Las alubias, las patatas y los productos de la huerta con sus variadas verduras, constituían otra parte de la alimentación, junto a los huevos caseros y algún pollo muy de vez en cuando. Los corderos sólo se sacrificaban en la Fiesta (San Torcuato y San Isidro) y en las Cofradías del Corpus y de La Octava. El pan era de trigo candeal, en hogazas de 2 kg. de la panadería del pueblo, hogaza que se consumía diariamente en una casa de cinco o seis personas.

Volviendo a la escuela, en el mes de mayo, en la parte delantera de la misma, lado derecho, teníamos un altar con La Inmaculada. Cada día los niños acudíamos a coger flores silvestres. Al acabar la escuela, rezábamos y cantábamos las flores, con la canción: “Venid y vamos todos con flores a María...” También recitábamos poesías. Aquella primera y más simple era: “Amapolas, amapolas, amapolas encarnadas, mi madre me dio un ramito para Ti Virgen amada”. Cuando salíamos de la Escuela (finalizados los estudios primarios), se nos entregaba un Certificado de Estudios Primarios, que nos habilitaba para trabajos en las fuerzas de seguridad, fuerzas armadas y otras escalas básicas de la Administración.

Don Bosco, maestro de maestros para los jóvenes, precursor del Método Preventivo, decía que la educación es cosa del corazón. Debo una parte importante como persona a mi maestro don Vidal, para él mi reconocimiento y mi agradecimiento. Siendo alcalde de Manzanal, junto a mi pueblo, en ese reconocimiento y agradecimiento, le dedicamos el primer parque infantil del pueblo, el 7 de agosto de 1993.

Para finalizar quiero tener presentes a las cuatro últimas maestras que ejercieron en el pueblo: doña Marisol, doña Manolita, doña Marisa y doña Lumi. Como últimos maestros fueron don Manuel, don José Casares, don Santos y don Vidal. ¡¡Viva la escuela de Manzanal, sus niños y sus maestros!!



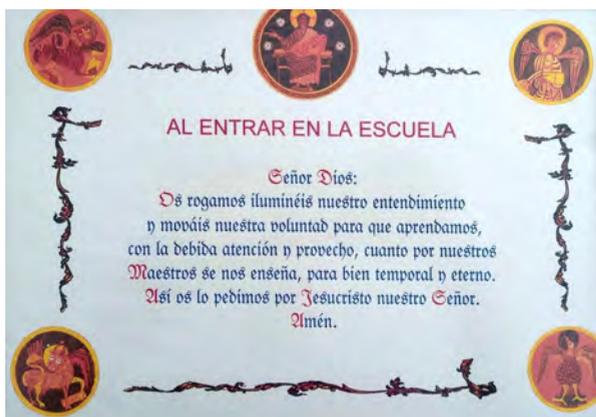
Primitiva escuela de “Fuente Amada” y casa del maestro (siglo XIX).



El maestro don Benito Calvo Portela y los escolares (1908).



Reja de la escuela (1925).



Oración de entrada a la escuela (hasta 1970).



Escolares hermanos Manuela y Eutimio Contra Galván (1964).



Escolares hermanos Eutimio, Guillermo y Rosalía Contra Galván (1969).



Inauguración del parque infantil dedicado al maestro don Vidal (alcalde: Eutimio, redentorista: Manuel Gómez Ríos, y sacerdotes: don Servando y don Ángel Argüello) (7 de agosto de 1993).

LA SCOLA DE MALHADAS. TEMPRA DE GERAÇÕES

Aníbal Fernandes
(Malhadas, Miranda de l Douro)

Bien n'l amprecípio de ls anhos sessenta de l seclo XX, l lhugar de Malhadas, no coração de l Praino i acerca de Miranda de l Douro, inda bibie chafurgada no duro ram ram dun Pertual rural, adonde l tiempo parecie correr bagaroso. Nesses anhos, andar na scola purmaira era un zafio diário pals ninos, marcados pula penúria, pul friu i pula resiliência a que la bida los oubrigaba zde mui cedo.

La scola, probe i de cunstruçõn cenzielha, era talbeç la única casa adonde s'ajuntában todos ls ninos de l lhugar. Nun habie eiletricidade – las aulas éran a la lhuç natural i ls dies más scuros éran un berdadeiro eisame a la pacência i a la bista. L'auga ancanhada inda nun habie chegado a las casas i la scola nun tenie retretes. Las necidades éran feitas an cagadeiros mui toscos, sien asseio i mui mal cheirosos ou, muita beç, atrás de las paredes. An casa, las famílias stában sujeitas a l'auga de poços i fontes pal abastecimiento i ls banhos éran feitos an alguidares quando l friu deixaba. Ls Eimbiernos an Malhadas éran mui brabos. A menudo, las temperaturas abaixában para balores abaizo de zero i las geladas ancubrien ls campos até meia manhana. Ls ninos, mal agasalhados, fazien frente al friu cun coraige. Para se calcéren andrento de la scola, lhebában de casa ua lhata cun brasas bibas que ponien ambaixo las carteiras. Esta era ua moda corriqueira, anque peligrosa, mas eissencial para aguantar l friu que se sentie andrento de las salas znudas de qualquiera sistema de calcer. Ls pies, tanta beç deloridos de l friu, stában calçados cun tamancos de madeira feitos a mano puls próprios pais. Ls ninos daprendien zde mui cedo l balor de l trabalho i de la suobrebibência. Las roupas passában de ls armanos más bielhos pals más nuobos i, anque sien meios, habie siempre campo para jogos, risas i ua alegrie berdadeira.

Ls brinquedos éran artesanales, fruto de l'eimaginaçõn i l'albelidade de ls próprios ninos. Ls piones, feitos de madeira torneada, éran moldados an casa cun ajudas de la faquita palaçoula. Ls ninos jogában a la bola cun bexigas de cochino chenas d'aire, corrien atrás de corres de fierro i ourganizában jogos de ruga cumo la bigarda, mesmo cun temperaturas negatibas. La niebe, quando caíe, nun amposseblitaba ls jogos; solo les daba outro cenário, quaije que mágico i por isso inda más zafiador.

Un de ls dies más guardados de l anho era la tracional Fiesta de l Galho. Esta celebraçõn, anraizada nas tradições locales, era ua maneira de agradecer a la porsora – figura respeitada i quaije mai para muitos alunos. Ls studantes lhebában un galho bibo nua cesta de brime, junto cun dalguns uobos frescos. La oufierta era antregue cun soledade i acumpanhada por bersos recitados puls próprios garotos, screbidos an fuolhas de papel cun lhinhas i decoradas cun froles pintadas cun lhápezes de quelores. Un de ls bersos de que inda dou fé, rezaba assi: “sou pequerrico mas de ls balientes, botai acá l galho que l quiero arrincar ls dientes!”. An troca, la porsora daba arrebuçados, bolaixas, fatilas de bolho i outras pequenhas guloseimas que, para muitos, éran un berdadeiro luxo. Esse die era bibido cun muita animaçõn i deixaba mimórias doces i inesquecibles mesmo antiempos tan ousteros.

Las quemunicaçones inda éram mui scassas. Las stradas éran de macadame – xeixos suoltos batidos, cun muita polareda no berano, muita lhama i mui resbaladiça no eimbierno. Solo nesse tiempo ye que ampeçórun a botar l alcatran na strada prancial de Malhadas a Miranda de l Douro, permetindo ua lhigaçon más stable, mesmo que eirregular, cun l mundo sterior. Fui tamien nesse tiempo que ampeçórun ls trabalhos d'eiletreficaçon de ls lhugares, un porcesso bagaroso mas que ampeçaba a traier dalgua sprância de melhorar las cundiçones de vida.

La vida era dura, si, mas temperaba un sprito fuerte. Ls ninos desse tiempo, hoije yá na terceira eidade, dan fé cun soudade ls tiempos custosos, nó tanto pula dureza, mas puls lhaços de quemunidade, pula partilha, pula capacidade de se fazer tanto cun tan pouco. La scola purmaira de Malhadas desse tiempo fui, más do que un sítio d'ansino, un berdadeiro centro de formaçon houmana – adonde se daprendie a ler, a screbir i a cuntar noutra lhéngua que nó la nuossa, mas tamien a rejistir, a cuidar, a sonhar. Antre l friu de las manhanas, la calor de las brasas scundidas ambaixo la carteira i ls bersos einocentes de la Fiesta de l Galho, fraugou-se ua geraçon de ninos que daprendiu, zde mui cedo, l balor de la cenzelheç i de la gratidon.

RECUERDOS ESCOLARES DE MI VIDA RURAL

Manuel Fernández de la Cueva Villalba
(Corral de Almaguer, Toledo)

La vida y, me atrevo a decir también la felicidad, en mi pueblo eran las que eran; las de aquella época. Entonces nuestro mundo comenzaba y acababa en sus calles y en el único parque que tenía el pueblo. No se nos ocurría que pudiera haber tanto mundo más allá de aquellas casas manchegas.

Todos los niños teníamos el mismo símbolo y emblema: el de los bolsillos vacíos. A nosotros todo nos parecía inmenso: el cielo, la noche, el horizonte, los aviones, el salto de una orilla a la otra del río y el deseo por conocer la magia de los sueños. Las calles estaban llenas de niños que, maravillados por la vida, descubríamos nuestros inocentes secretos. Era otra época y eran otros tiempos. ¡Qué cosas tenía aquella infancia! En aquel entonces no hacía falta la luz porque no conocíamos más colores que el blanco y el negro. No hacían falta los poemas porque conocíamos muy pocos sentimientos. El ser era la nada y la nada era el ser. Todos los conceptos estaban escondidos detrás de la sombra gris de un día gris. Sin embargo, éramos felices. Yo era feliz.

Mi colegio estaba muy cerca de mi casa. Se construyó sobre un antiguo cementerio y se llamaba, bueno se llama, el Colegio Público Ntra. Sra. de la Muela. Cerca de él había un edificio del mismo estilo arquitectónico que era la casa de los profesores. Yo allí entraba y salía cuando quería porque el hijo de D. Carlos era amigo mío —luego hablaré de ellos—.

Mi padre trabajaba con un camión, mi madre criaba cuatro hijos; yo el mayor de ellos. La verdad es que a mí me gustaba el colegio porque estaba con mis amigos. De hecho mi abuelo, no sé cómo se las ingenió, fue capaz de atarme el lapicero con una cuerda lo suficientemente larga a la hebilla. El motivo es que no se me olvidara aunque no es que se me olvidara sino que no quería llevarlo. Voy a ser sincero y es que yo era incapaz de estar quieto. Para mí la escuela era un lugar de cambio y contrabando de jilgueros, canicas y secretos que no eran otros que saber dónde habían hecho los pájaros nidos nuevos, dónde había serpientes en el río, etc.

—*Te cambio un jilguero por dos canarios.*

—*Vale pero este año criamos juntos.* Y ésta era nuestra conversación y lo que hacíamos todos los días. De libros: nada de nada.

Para contar mi experiencia escolar rural solo voy a contar tres historias vinculadas a mis tres profesores; porque material tengo para escribir un libro.

Todos hemos oído el refrán de que “la letra con sangre entra” y a mí me entró pero bien; pero no porque fuera torpe sino porque no hacía ni caso a doña Josefina —que en paz descansa—.

—*¡Manolito, tú otra vez!*

Y me daba un tortazo con las dos manos que sonaba al unísono. La bofetada la conocíamos como “tocar los platillos”. ¿Cuántas veces se habrá enfadado conmigo? Pues no sabría decir. Yo creo que todos los días le liaba alguna. Y, aunque “tocaba los platillos” en mi cara tampoco me hacía mucho daño. Pues bien, con el paso tiempo, aquel niño díscolo e indisciplinado, acabó estudiando filosofía y siendo doctor en esta materia. Nunca la he guardado rencor. Todo lo contrario. Debo decir que, cada vez que volvía al pueblo,

iba a visitarla. La recuerdo sentada en un sillón, siempre con una manta sobre sus piernas —aunque fuera verano—. Al verme me decía:

—¡Manolito! ¡Te has hecho un hombre! ¡Parece mentira! ¿Quién lo diría?

Ella se alegraba de mis visitas. Me decía que le parecía increíble que estudiara filosofía y que yo no era “torpe” sino inquieto. Siempre, antes de marcharme, acababa recordándome que me portaba muy mal —como si quisiera justificar la de veces que en mi cara “tocó los platillos”—. Y yo le decía que las personas cambian, que aprendí mucho de ella y de su forma de tomarse en serio la vida, etc.

Sinceramente, no sé el motivo pero siempre tuve hacia ella una estima especial porque me impactaba su seriedad, su carácter estricto, la buena letra que hacía en la pizarra, su puntualidad al entrar a clase, su impecable forma de vestir y decirnos que nos pusiéramos de pie para rezar.



Todavía recuerdo el día de esta foto. No sé qué hice mal ni qué tiré pero recuerdo que tuve que pasar por las manos musicales de doña Josefina.

De mi infancia solo tengo cuatro o cinco fotos. No como ahora que tienen miles. Dos de ellas fueron hechas en la era contigua al colegio jugando con mi amigo y otra que me hicieron para la cartilla escolar. Menciono esto porque en “la era” hacía mi vida. Allí jugábamos al fútbol, cogíamos lagartijas, poníamos liga para cazar jilgueros, etc. En esta



foto estoy con mi amigo Javier Sánchez-Roldán. Él con el balón y yo con la bicicleta. En La Mancha muchos de los apellidos son compuestos. El mío, que no me he presentado, es Fernández de la Cueva y de segundo Villalba.

El segundo profesor del que quiero hablar se llama D. Miguel. Mi comportamiento no mejoró mucho. Si debo ser sincero yo creo que, tal vez, empeoró. En aquella época los profesores podían fumar en clase y a mí, como no me aguantaba, me mandaba al estanco de mi tía abuela a comprarle un paquete de tabaco Rex. Recuerdo que sobre la letra “x” tenía una corona y en la imagen de la cajetilla venía una hoja marrón como si estuviera seca. El estanco estaba a dos minutos pero yo creo que me tiraba cincuenta para perder tiempo. Mis fechorías fueron muchas y muy numerosas. Él tenía un palo barnizado de medio metro. Era de grisáceo tirando a color piedra. Cuando se enfadaba nos decía que pusiéramos la mano. Si al darnos la quitábamos nos daba otra vez. Yo nunca la quité y tampoco le guardo ningún rencor. Aún vive pero hace años que no lo visito porque creo que lleva una vida muy solitaria y no quiere salir de casa. Mis andanzas con él fueron miles. Solo voy a contar tres.

Una vez tenía un frasco de cristal lleno de lagartijas. Lo saqué para enseñárselo a mis amigos y lo puse sobre la mesa. Le dije a mi compañera Eugenia que se estuviera quieta. Ella al ver las lagartijas se asustó. Separó la mesa, el frasco se cayó y se rompió porque era de cristal. ¡Claro!, se escaparon las lagartijas y en clase todo el mundo dando voces. El final mejor no lo cuento.



Como he dicho, para no aburrir, solo voy a contar dos anécdotas más. Una es que dejaba la cartera con los libros en la era, porque con ellas hacíamos el poste de las porterías, y al día siguiente tenía que ir a buscarla antes de entrar al colegio. Una de las veces don Miguel me pidió la tarea y le di el libro que estaba helado —no se habían mojado las hojas porque estaba dentro de la cartera de cuero—, y recuerdo que me dijo:

—*¿Has tenido el libro en el congelador?*

Y yo le contesté sin pensármelo dos veces.

—*No que han dormido al raso.*

Él sentenció:

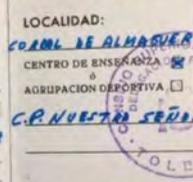
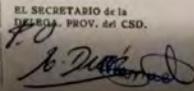
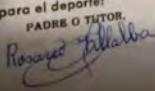
—*No traes ningún día la tarea hecha ni por equivocación.*

La segunda anécdota tiene que ver con el “destape”, ver en revistas los primeros “topless”. Resulta que los padres de mi mejor amigo de la infancia, Alberto Martínez, tenían una imprenta papelería en el pueblo. Aún sigue abierta. Allí se vendían revistas y allí cogimos una en la que alguna chica hacía “topless”. Nos la llevamos al colegio y no sabemos cómo; pero que esa misma tarde nos dijo don Miguel que nos quedásemos al finalizar la clase. Alberto y yo sabíamos perfectamente el motivo. Nos dijo que le diéramos la revista y se la dimos. No hicimos ni siquiera un amago de mentir. Los dos de pie en frente de él y don Miguel viendo la revista, pasaba las páginas una a una, al mismo tiempo que nos decía que aquello no se hacía, que estaba mal, etc. Los dos nos mirábamos, estábamos flipando. La revista se la quedó él y no nos pidió que pusiéramos la mano. Cosa que nos sorprendió. Nos dijo que hablaría con nuestros padres pero creo que también se le olvidó porque a mí no me dijeron nada. (El relato lo terminaré con una nota curiosa para los que, como yo, crean que la vida es un pañuelo)

Mi relación con don Miguel no acabó en el colegio. Una de las veces que fue al bar de mi padre —porque mi padre dejó el camión y abrió un bar en el pueblo—, me dijo que era un chico inteligente y que mi vida sería distinta si utilizara la inteligencia para el bien y no para el mal. Yo la verdad que, en aquel momento, no supe lo que significaba aquello. Yo era y soy feliz. Me sonaron bien sus palabras y le di las gracias. Luego pasaron los años y don Miguel supo de mi trayectoria profesional e intelectual y, cada vez que nos veíamos, me daba un abrazo y me decía como doña Josefina: ¡Ay, Manolito!

El tercero de los recuerdos que quiero contar es el de mi profesor de gimnasia: don Carlos Fuertes. Los otros dos maestros eran del pueblo; este no. Era de Toledo y tuvo este destino durante muchos años y luego acabó yéndose a su y mi ciudad.

Yo era muy amigo de su hijo, que también se llamaba Carlos. Este profesor me enseñó lo importante que es confiar en los alumnos y darles confianza, animarnos y sacar lo mejor de nosotros mismos. Me decía que tenía buenas dotes deportivas. Yo destacaba en atletismo y en fútbol sala. Debo dale las gracias porque mi primera medalla la gané agracias a él. Quedaban 100 metros para llegar a la meta. Yo iba en segundo lugar, muy cerca del que iba primero, y oí su voz.

ALUMNO		PROVINCIA: TOLEDO	
1.º APELLIDO	HERNANDEZ DE LA CUEVA	LOCALIDAD:	SOBRADO ALBUQUERQUE
2.º APELLIDO	VILLALBA	CENTRO DE ENSEÑANZA:	C.P. NUESTRO SEÑOR DE LA MUJER
NOMBRE	MANUEL	AGRUPACION DEPORTIVA	<input type="checkbox"/>
Nacido en	TOLEDO		
Provincia de	"		
Fecha nacimiento	24 de FEBRERO de 1994		
Domicilio: Ciudad	SOBRADO ALBUQUERQUE	Cornet expedido: El ___ de ___ de 19___	
Calle	EVINDALES n.º 2	EL SECRETARIO de la DELEG. PROV. del CSD. INTERESADO.	
Telf.	D. N. I.		
Grupo sanguíneo	<input type="checkbox"/> Rh <input type="checkbox"/>	Reconocido y apto para el deporte: PADRE O TUTOR, EL MEDICO.	
		Categoría N.º	

—*Vamos, Manolo, ¡vamos que lo tienes!* (don Carlos era el único que me llamaba “Manolo” porque en el pueblo, empezando por mi familia, todos me llamaban y me llaman “Manolito”).

Y así fue, me esforcé, adelanté al que iba primero —no era de mi colegio— y gané. Después vinieron otras medallas tanto de fútbol como de atletismo. Debo decir que en aquella época solo se daban medallas a los tres primeros. Él me sacó el carnet para competir en Castilla-La Mancha y, la verdad, tampoco fui a muchas competiciones porque mi padre trabajaba en el bar y no me podía llevar.

Don Carlos y su mujer doña Pilar, que también era maestra, aún viven. De su hijo, mi amigo, no sé nada porque se marcharon del pueblo. Me dijeron que estudiaba Medicina pero no estoy seguro. Viven en Toledo y tengo una cuenta pendiente; ir a verles para llevarles un ejemplar de uno de mis libros: *Manual de ética. Para el ciudadano, el político y el científico*.

Mi vida cambió el día en el que vino un fraile o cura franciscano de Palencia. Nos dio una charla de la que yo no me acuerdo de nada. Al finalizar nos dijo que si teníamos alguna pregunta. El único que levantó la mano fui yo.

—*¿Y allí se juega al fútbol?* Y él, sonriendo, me contestó que sí, que todos los días, que tenían un campo de tierra y que era obligatorio bajar a jugar.

Yo le dije esto a mis padres. Les comenté que quería irme a Palencia no para ser fraile sino para jugar al fútbol. Mis padres, evidentemente, no me hicieron ni caso. Pero mi madre, o mi padre, no sé cuál de ellos, le comentaron mis intenciones a un tío abuelo que estudió en el seminario muchos años, estaba soltero y llegó a ser alcalde de mi pueblo (Corral de Almaguer, Toledo). Yo recuerdo que estaba en el bar con mi padre y le dijo mi tío abuelo, don Antonio Mancheño Santiago, que me dejara ir.

—*Aquí en el pueblo ya sabes lo que hay. Déjale que se vaya un año. Si no quiere o no vale para estudiar se vuelve pero dale la oportunidad.*

Mi padre no, fue mi tío abuelo el que arregló todos los papeles para llevarme a las convivencias del Seminario Menor de Toledo. Allí estuve una semana. Volví al pueblo encantado y no pasaron 15 días cuando recibí la carta de que había sido admitido. Y allí me fui en 6º de EGB. En el Seminario descubrí la belleza de la lectura y todo fue gracias a don Arturo Vallejo Linares, un sacerdote de León, que sorprendido me dijo:

—*Pero ¡si no sabes leer! Silabeas.*

Me recomendó que leyera todos los días de pie en frente de una pared durante unos 15 minutos. Fue este uno de los mejores consejos que me han dado en mi vida. Me saqué el carnet de la biblioteca del Seminario Menor de Toledo y allí empezó mi nueva vida.

En 7º de EGB. ya estudiaba latín y sacaba sobresaliente. Fue este profesor el que en 8º de EGB. me puso un 20 en un examen. Teníamos que aprendernos los “ciento no sé cuántos” verbos irregulares en latín pero según el orden del libro. Así los estudié, así los aprendí y así conseguí el 20.

Para finalizar solo me queda contar dos anécdotas. Una es que los curas de Toledo en 2º de BUP. me quisieron llevar a estudiar a Salamanca. Son los Padres Operarios; congregación fundada por el beato Manuel Domingo y Sol. El colegio mayor está en Salamanca, en la calle Fonseca. Es el Colegio Maestro Ávila. Allí estuve una semana para conocer y probar. No me quedé porque me obligaban a estudiar letras mixtas y yo, en cambio, quería hacer letras puras. Ese fue el único motivo. Pues fue allí, en la calle Fonseca donde mi mejor amigo de la infancia, Alberto Martínez, el de la revista, no sé cuántos años después abrió la clínica dental Vitaldent —hoy clínica Urbina—. Cuando me lo dijo, yo alucinaba. La vida es un pañuelo. Bueno, de hecho, mi amigo sigue viviendo en Salamanca.

La segunda cuestión con la que me quiero despedir es dando las gracias a mis maestros y profesores. Han sabido comprenderme, han sabido conocerme, han sabido enseñarme, han sabido ayudarme y todo desde una profunda convicción: la vocación del que deja su vida en el aula para aportar su granito de arena en esta tarea que es conseguir una humanidad mejor. Gracias de corazón.

DE MIS MEMORIAS. POR TIERRAS DE ALISTE

Andrés García Mangas
(Valer de Aliste, Zamora)

Era tiempo de otoño, tiempo de los primeros fríos; ya los castaños habían perdido sus hojas y corrían las riberas. Olía a jara y tomillo, ese olor, tan de la Sierra de la Culebra. Sentía la respiración de la tierra a través de sus plantas. Recuerdo vagamente que llovía. Valer era un pueblo arrimado a las aguas del río Frío, casas de piedra y tejados de pizarra se mezclaban entre las de nueva construcción; de calles estrechas, y entonces llenas de barro, que el verano transformaría en polvo. Olor a heno y a hojas de chopo recién caídas. ¡Extraña evocación de los olores! Cada pueblo tiene sus aromas y los pueblos alistanos no podían ser menos.

Llegué ya caída la tarde cuando comenzaban a humear las chimeneas. Me presenté al alcalde: el señor Domingo, era el alcalde pedáneo del pueblo, un hombre pequeño de mirada huidiza pero muy viva. Me fue a enseñar la casa del maestro y después las escuelas. Al ver la casa del maestro, descarté el quedarme a vivir allí; posiblemente influenciado por mi experiencia en San Hilario —comprendí que no me convenía vivir solo— de todos modos, la casa no reunía las mínimas condiciones de habitabilidad. Era pequeña, mal orientada y con escasas ventanas a la calle. Decidí buscar una patrona y tuve la suerte de que me cogieran como pupilo la señora Maximina y el señor Jerónimo, una pareja de jubilados venidos de Burgos donde habían tenido un bar en el barrio de Gamonal. Era un matrimonio sencillo y muy acogedor. Me trataron como de la familia.

Las escuelas estaban en un alto fuera del casco urbano y desde sus amplios ventanales veías todo el pueblo. Era un edificio de la época de Primo de Rivera, todo él de piedra, con fachada mirando al este y con una buena distribución. Simétrico, con una parte dedicada a los pequeños y otra a los mayores. Un pequeño porche nos protegía del agua los días de lluvia y del sol los de canícula en junio. Las dos aulas eran idénticas: grandes, con suelo de baldosas y amplios ventanales de madera. Tenían luz eléctrica, pero de intensidad tan pobre, que no valía la pena dar la luz las tardes oscuras de invierno. En las noches, estaban rodeadas de soledad y silencio porque al ayuntamiento no le sobraba dinero para alumbrar zonas fuera del casco urbano. Les faltaba algo tan vital como el agua corriente, lo que suponía un problema para niños y maestros. Si me preguntan cómo nos arreglábamos para resolver los esenciales servicios higiénicos, por pudor, me reservo la respuesta.

En aquel entonces, era para aquellos pueblos, un lujo fuera de su alcance tener un simple wáter en sus viviendas ¡como para reclamar algo tan esencial para las escuelas! Habían llevado a sus casas el agua corriente hacía poco tiempo; el cuarto de baño era para ellos cosa de la capital. Al Ministerio no se le podían pedir cosas fuera del material fungible. Para calentar la clase, disponíamos de una estufa de butano y cuando se acababa la bombona había que esperar la llegada del servicio de reparto que venía de la Villa. La Villa, por supuesto era Alcañices, centro de la comarca y corazón de Aliste.

La matrícula era numerosa, más de veinticinco en el grupo de mayores y otros tantos en el de los pequeños. Bajó muy poco ese número en los siete años que estuve allí. ¿Cómo eran esos niños de los que tanto aprendí? Resulta difícil resumir en unas líneas el carácter noble y sencillo de aquellos alumnos, que, careciendo de lujos, sabían disfrutar de lo que

tenían a su alcance con una alegría contagiosa. En todo el tiempo que estuve allí, no conocí una sola pelea ni un mal insulto entre ellos. Un detalle: siempre se llamaban por el nombre, no existían los moteos. Muchos ayudaban a sus padres en las tareas agrícolas y atendían el ganado cuando se lo pedían. A pesar de estar atareados en sus casas, no dejaban de hacer los deberes que les mandábamos.

Los padres trabajaban a partir de septiembre fuera del pueblo, la mayoría en la construcción. Habían aprendido unos de otros el oficio de encofradores y solían ir a las mismas obras formando equipos. A las mujeres les tocaba bregar con los trabajos caseros, atender a hijos y hacienda. Los que no se movían del pueblo eran los pastores. Algunos dormían con sus ovejas en las majadas, lloviera o nevara; solo en el verano se trasladaban con sus ganados a las sierras de la Alta Sanabria. Eran los famosos “churreros alistanos” que abrieron a la trashumancia rutas que casi habían desaparecido enterradas en la dejadez y el olvido. Ahora, van a honrar con la famosa capa alistana a un pastor de aquellos, que con su sacrificio fueron fieles al noble oficio heredado de sus antepasados. Demasiado tarde.

Las mujeres eran el alma de cada casa. Las veía lavar ropa en los días más crudos del invierno en los remansos del río Frío, manejar con la misma habilidad que los hombres los carros tirados por esas nobles vacas alistanas, arar los huertos guiando a la pareja de vacas con la maestría de haberlo hecho muchas veces, y atender a los cochinos o las vacas cuando el marido estaba trabajando en las obras. En fin, no conocían el descanso la mayor parte de las horas del día y casi todos los días del año. Vestían desde muy jóvenes ropa negra. Al parecer, los señores feudales propietarios de aquellas tierras, les habían prohibido usar ropa de colores llamativos. Era todo un espectáculo acudir a cualquier oficio religioso en los meses fríos, y ver a las mujeres, todas con sus toquillas negras, ocupando la parte delantera del templo y a los hombres en los bancos de la última fila con sus trajes de pana.

La mayoría de los pueblos de esta zona habían sido repoblados por gente del norte, de ahí sus topónimos: Gallegos, Bercianos... pero la tierra perteneció en su mayor parte a los marqueses de Tábara o Alcañices, fueron tierras de señorío. ¿Será esa la causa de su pasiva resignación ante la marginación histórica a la que se han visto sometidos?

Esta gente nunca tuvo fiestas ni verdadero descanso, consumiendo los días en rutinas de siempre, sin aspiración alguna de aventuras; pues bastante tienen con esos constantes quehaceres que solo la falta de salud puede impedirlos. A pesar de todo, poseen esperanza en su trabajo realizado con toda ilusión con el fin de superar la cosecha anterior para mejorar la sencilla economía familiar tratando de dejar a sus hijos en mejor posición de la que tuvieron ellos.

LOS TRABAJOS...

La estampa típica que veías era la de mujeres vestidas de negro y hombres con pantalón de pana y boina, moviéndose de un lugar a otro tirando del ramal de una burra o sobre ella.

Había un solo tractor en el pueblo, el de Paco. Las labores de las tierras se hacían con la pareja de vacas, el que las tenía, y el que no, con un par de burras. El arado lo manejaban con igual maestría hombres y mujeres.

Antes de llegar los fríos, se repartían entre los vecinos los quñones de leña para que no faltara algo que quemar en cada casa. No se dejaba apoderar al monte de jaras ni escobas.

Cuando llegaba la primavera comenzaba la siega de los prados y la recogida de la hierba; se veían carros cargados de hierba por las calles del pueblo. Y en las tardes se daba

suelta a las vacas de todos los vecinos en las praderas comunales junto al río. Era un verdadero placer ver al ganado entre el herbazal. Al oscurecer, cada animal volvía a su casa con ese paso cadencioso casi místico de las vacas alistanas. La vaca, para el alitano es un animal sagrado, casi familiar. He visto llorar a alguno, cuando vendía una que había sido criada en su casa. Hasta esos extremos era la unión entre el hombre y el animal.

Los trabajos del verano eran tan duros que al final de septiembre se veía a hombres y mujeres fibrosos sin una gota de grasa en el cuerpo. Se segaba con hoz, y en las eras del pueblo se hacía la trilla y la limpia. El grano se guardaba en costales en el *sobrao* y la paja iba al pajar. Ante la dureza del trabajo, nunca conocí a ninguno quejarse. ¿Era la resignación o la costumbre? Será porque el que tiene amarrada la manquera, poco temor tiene al fracaso. El sembrador, tiene siempre un pie en el presente y el otro en el futuro. En eso reside su grandeza. De esa gente podemos esperar algo, nuestro futuro está en sus manos. Pena de que ya vayan quedando cada vez menos.

...Y LOS DÍAS

Se escuchaba desde el amanecer hasta que el sol se iba los trinos y gorjeos de los gorriones que anidaban en las paredes de las casas y en sus tejados. Como el río Frío y el Aliste estaban separados tan solo por una loma, muchas cigüeñas al llegar la primavera hacían sus nidos en los negrillaos de sus riveras. Tampoco faltaban las perdices y conejos en los valles y en el llano pegado a la Sierra de la Culebra. La pesca de sardas, escallós y bogas abundaba cuando los ríos iban con suficiente caudal, porque en el verano solo se veía un hilo de agua en su cauce. Cangrejos había, y muchos, en aquel tiempo; en cierta ocasión me invitaron Antolín y Ceferino a ir a pescarlos al río Aliste, ya casi anochecido. Pusimos los reteles con cebo y en poco tiempo llenamos casi medio saco de ellos. Claro, fui con dos expertos.

Mi principal actividad fuera de la escuela era el estudio y preparar las clases del día siguiente. Al salir de clase por la tarde, al calor de la lumbre que preparaba el señor Jerónimo, sacaba mis libros y dedicaba cada día un par de horas a estudiar. Muchos de mis libros conservan aún el olor a humo de jara de aquella época.

¡Cuánto se preocupó la señora Maximina de hacerme grata la estancia en su casa! Cuando el frío apretaba y necesitaba aislarme para hacer mis trabajos, ella me preparaba un brasero con los rescoldos de la lumbre y me lo ponía en una mesa-camilla que tenía en mi habitación. Era una mujer menuda que ya entonces vestía de negro, tenía más de sesenta años, piel morena y muy curtida, un cuerpo hecho al trabajo. Nunca le oí una queja ni un desfallecimiento en todo lo que hacía. Madrugaba, y se acostaba la última en la casa. De una esmerada prudencia. La inteligencia natural la manifestaba su mirada y la precisión con la que contaba cualquier detalle de su larga vida. Había una cosa que siempre me maravilló de ella, era su fina observación. No perdía detalle de lo que pasaba a su alrededor. Si salía al mediodía a comprar a la plaza, cuando caía por allí algún vendedor ambulante, al regresar, me informaba de todo lo que había pasado en el pueblo con pelos y señales. Los informes más precisos de cualquiera del pueblo, me los daba ella. Ninguno de los escritores que yo había leído, describía con más acierto cómo eran los personajes de los que me hablaba. Siempre la admiré y sentí dejarla.

El señor Jerónimo era un buen hombre, sometido voluntariamente a la voluntad de su mujer. Solía decir: ¡Ay las mujeres, cuando saben que hay un hombre que las quiere! Creo que ese era su caso. Su bondad se apreciaba en su cansada mirada; los viejos y los niños son lo que dicen sus ojos. Tenía una cojera de dejadez; al parecer hacía muchos

años había tenido una luxación de cadera que dejó evolucionar hasta que el fémur se fusionó con la pelvis de forma irreversible; era hombre de pocas palabras y muchas sentencias; solía contar la misma cosa muchas veces. Una de las anécdotas que contaba, era la del portugués que fue a pedir la mano de una moza y, para congraciarse con el padre, comenzó a darse unas cuantas alabanzas. Decía: yo no fumo, yo no bebo, y no me gustan las mujeres. El padre de la moza, que al parecer no estaba por la labor, le contestó: Home fumador es decente, home bebedor es valente y si no te gustan las mulleres, a qué vienes a pretender la mano de mi hija. Cuando terminaba de contar la historia soltaba una leve sonrisa entre pícara e inocente. Era el encargado de mantener el fuego del hogar. ¡Qué placer las tardes de invierno, sentarse al calor de la lumbre en aquel escaño mientras asábamos unas castañas!

Era un matrimonio muy compenetrado y solo pensaban en su hija y sus nietos de Burgos. El señor Jerónimo murió, estando yo en Villafáfila, fui a su entierro. La señora Maximina murió muchos años después y ni siquiera me enteré. ¡Cuánto sentí no poder despedirme de ella! Noche del labrador. Noche sin final. Esa canción define el final de una vida dedicada a la noble tarea de arañar a la madre tierra para que dé su fruto. Enterramos al señor Jerónimo un frío día de noviembre. Los oficios se hacían en la iglesia. Jesús, el cura, aprovechaba el momento para recordarnos a todos que estábamos de paso en una vida fugaz. ¡Cómo si no lo supiéramos! Después se trasladaba a hombros el féretro hasta el cementerio distante a más de un kilómetro. La comitiva iba en silencio por las calles embarradas; los hombres con la cabeza descubierta por respeto, y las mujeres tapadas con sus negras toquillas. El momento de depositar el féretro en la tierra era el más duro para los familiares. Sentir sobre la caja las paladas de tierra era sobrecogedor. Se daba el pésame a los familiares, y al final, el mayordomo pasaba lista a los presentes, porque era obligatoria la asistencia de todos los cofrades en la despedida de uno de los suyos. Si alguno faltaba, se le ponía una multa simbólica.

Al volver a casa, no pude contener mis sombríos pensamientos. Muchos, ajenos a su tiempo, aguardan a la posteridad parapetados en sus cuarteles de invierno, dando la espalda a las vanidades de este mundo, mientras deshojan la margarita de la duda en sus momentos lúcidos preguntándose si su actitud es cobardía, prudencia... o sabiduría ancestral. Para ellos parecen escritas las gélidas palabras del Eclesiastés: “vanidad de vanidades... el sabio tiene los ojos en la frente y el necio anda en tinieblas, pero una es la suerte que aguarda a ambos”. Sé que vivimos para el olvido, sin saberlo. Nuestras humildes historias quedarán sepultadas en el frío devenir del tiempo. Nadie recuerda su historia de antes de nacer, y de su fugaz paso por la vida, no se llevará ni siquiera los recuerdos. Decía Virgilio: feliz el hombre que ha pisoteado todos sus temores y puede reír ante la proximidad de la muerte que todo lo vence.

MIRANDO A LA SIERRA DE LA CULEBRA

Recuerdo mis diarios y largos paseos por el campo. Los paisajes eran espectaculares en todas las estaciones, pero la llegada de la primavera hacía florecer la jara y las escobas, dando un color especial a su oscuro suelo de pizarra. Serían la envidia de los mismísimos jardines de Aranjuez. Era el jardín natural de las tierras humildes. Es posible que los campesinos no sean capaces de apreciar lo que tienen en sus manos, porque la costumbre y la dureza de su vida les haga ignorar la belleza que les rodea. Nunca lo llegaré a saber.

Los que hemos vivido en las ciudades sabemos muy bien lo que echamos en falta. Cuando voy a una gran ciudad, aprecio en los rostros tristes de sus gentes, ese desarraigo

del hombre urbano respecto de la naturaleza. Como pobres plantas desenraizadas, caminan de un lado a otro, añorando sus orígenes. La ciudad no es de nadie, ese es su trágico destino. Todas las ciudades modernas son iguales, todas han pagado el progreso con la pérdida de identidad. Para comprender la esencia de un país, hay que salir a sus campos y charlar con las gentes de sus pueblos y dejar de lado sus grandes urbes. En las ciudades nadie aprecia el horizonte, y en las noches nadie puede ver las estrellas. Sin referencias, el hombre se convierte en un pobre náufrago. Por eso, la soledad en las grandes urbes es tan insoportable.

En medio de la naturaleza nunca me he sentido solo. Mirar el correr de las aguas de un arroyo, el vuelo pausado de un milano, los sones lejanos de las cencerros de un rebaño o sentir el viento en mi piel fueron siempre motivo para sentirme feliz y no pedir nada más a la vida. No puedo decir en qué época me gustaba más pasear por esas tierras al pie de la sierra. Cada época tenía su belleza. En invierno la nieve teñía de blanco las cumbres y en verano la luz lo inundaba todo. El otoño era tiempo de hojas caídas y la primavera la explosión de las flores de la jara y las escobas. Camino en silencio por una senda entre robles y jaras, por esos maravillosos rincones de nuestra Sierra de la Culebra; atento al canto de una alondra que se confunde con el ocre de las tierras de labor. Medito, en medio de esa profunda paz, sobre los múltiples caminos que existen para elegir nuestro destino. ¿Quién guiará nuestros pasos por la misteriosa senda de la vida? Algunos días me acompañó en mis paseos Jesús, el cura; era un hombre de fe, regordete, sonrosado y con unos deseos de hacer el bien que he conocido en pocas personas. Con sus manos arregló la iglesia y la casa parroquial, hablaba con todo el mundo e hizo mucho por personas que acudieron a él pidiéndole favores.

En cierta ocasión, ya de noche, llevamos al curandero de San Cristóbal a un niño del pueblo que se había caído de la bicicleta. Era muy normal que cuando ocurría algún tipo de accidente, la gente recurriera a él o a mí. Cuando lo vi, no hice preguntas, pero por los síntomas supuse que tenía un esguince en el tobillo. Entonces estudiaba yo tercero de medicina y algo sabía del asunto. Sugerí llevarlo al médico, pero Jesús, más conocedor de las costumbres de los alistanos, dijo que no, que al curandero. Con mi Seat 127 fuimos hasta San Cristóbal de Aliste. Nos recibió Simón, el curandero, con su ropa de trabajo. Creo que venía de atender el ganado. Era un hombre muy particular; ya de unos sesenta y pico años, una talla mediana, sonriente y con un tic nervioso en sus ojos. Sentamos al niño en un camastro de lo que era su sala de consulta y comenzó a explorar su tobillo.

“¡Hay que ponerle un parche!” dijo Simón muy seguro. El muchacho, que oyó lo del parche, soltó muy serio: “¡me caí de la bicicleta, pero no me pinché!”. Me faltó poco para soltar una carcajada. Al final, le puso el parche y una venda y el niño quedó tan feliz; claro, que al día siguiente lo tuvieron que traer al Hospital de Zamora porque el tobillo estaba muy hinchado y dolorido. La consulta era gratuita y se le daba al curandero la voluntad. Pero Simón el curandero, tenía un poder especial: tomando solamente el pulso a la persona era capaz de detectar el mal que padecía. Jesús quiso probar, y Simón le tomó el pulso en la muñeca y le diagnosticó un mal en sus riñones. No sé si acertó o no.

Cuando quiso hacer lo mismo conmigo, me negué en redondo. Pensé en un dicho de mi madre: “Es como el hijo del doctor Galeno, al que no estaba malo lo ponía bueno” y preferí seguir creyendo en la medicina y los médicos, que, al fin y al cabo, aunque saben poco de los males del hombre, suelen saber un poco más que los demás. Pero movido por la curiosidad le pregunté el cómo y el porqué de sus extraordinarias facultades. El hombre era muy llano, y buena gente, y me lo contó con toda su sinceridad; algo debió de influir la presencia de Jesús el cura. Según él, un día bailando con una moza, sintió

como una molestia en la parte baja del vientre y le soltó a bocajarro: ¿No estarás con la regla? La chica le contestó roja como un tomate, que sí. Muy asombrada le preguntó cómo lo había notado. Simón le contestó que había sentido al tocarla una sensación extraña en la zona baja de su vientre. Ese era todo su misterio. Después con el tiempo lo comprobó con otras personas. Cuando les tomaba el pulso, sentía un cosquilleo en el órgano de su propio cuerpo correspondiente al que su paciente tenía dañado. Otra cosa era el ponerle remedio. Yo había leído algo sobre eso, y marché asombrado de un caso que si no lo veo no lo creo.

En Aliste, la gente tiene una fe ciega en los curanderos. Simón era toda una institución. Y a mi entender, hizo mucho bien a la gente sin muchos recursos. Para los médicos los curanderos eran unos farsantes. Simón, aparte de sus diagnósticos sorprendentes, tenía una gran habilidad reponiendo huesos y tratando lo que llamaban por allí “manqueras”. Otro curandero había en el pueblo, era Domingo, padre de mi amigo César. Era más técnico y conocía tratamientos más cercanos a la medicina tradicional. Rafael, de Trabazos, fue otro curandero famoso años después. Llegó a ganar mucho dinero con un brebaje que según él curaba el cáncer. Pasaban a diario por su casa decenas de personas venidas de todos los rincones de España, empujados por la desesperación, a beber esa pócima milagrosa. No sé al final qué sería de él y su milagroso remedio para tan cruel enfermedad.

COMPAÑEROS

Había entonces un hilo profesional que nos unía a los maestros que ejercíamos en aquellas tierras. La mayoría éramos jóvenes y con nuevas ideas. Destacaba un grupo muy progresista cuyo líder era Jesús, el maestro de Bercianos de Aliste. Un hombre muy inteligente y con ideas sociales afines a la escuela de Giner de los Ríos. Gran apasionado de la mecánica, su afición le llevaba en sus ratos libres, a desmontar el motor de su coche, un Seat 127, pieza a pieza y volverlo a montar... todo por entretenerse. Amante de la música y consumado folclorista, solía hacer bien todo lo que se proponía. Tuve con él y con su grupo muchos debates filosóficos. Valía la pena escucharle. Tenía una voz pausada y suave; nunca le vi alterado por muy tensa que fuera la polémica. No logré convencerle con mis ideas ni él me convenció con las suyas, pero le reconozco un hombre intelectualmente congruente y consecuente con lo que pensaba, algo no muy común en los tiempos de pensamiento único. Aún conservo con él una gran amistad.

Las maestras del grupo eran más combativas en sus ideas; feministas a ultranza y luchadoras. Eran progresistas a su manera y querían sacar a esos niños de su medio con ideas de la capital. Pero, si pensamos con un cierto grado de honradez, todos pretendíamos algo parecido. Nos parecía muy bonito ese mundo rural, en el que éramos unos privilegiados, pero nos costaba asumir lo doloroso de su punto de partida a la hora de competir con los que disponían de mejores medios.

Ahora, pasados los años, me viene a la memoria el poema “El niño yuntero” de Miguel Hernández y su conclusión final, tantas veces leído en las escuelas: “¿Quién sacará a ese chiquillo menor que un grano de avena? / ¿De dónde saldrá el martillo verdugo de esa cadena? / Que salga del corazón de los hombres jornaleros / Que antes de ser hombres son y han sido niños yunteros”.

Mirando atrás no puedo decir que hayamos resuelto el problema de aquellos niños, que ahora son hombres, cuando recorro con nostalgia aquellos pueblos antes llenos de vida y ahora muertos y sin futuro. Las escuelas comarcales, que pretendieron resolver el

problema de la desigualdad entre el mundo rural y el urbano, no lo lograron. Facilitaron a unos pocos una formación que les ayudó a buscar trabajo en las ciudades, pero a la mayoría les alejaron de su mundo para siempre. Ahora da un poco de pena ver comarcales como la de Fonfría, Mahíde o Alcañices con aulas vacías y solitarias.

Nuestras reuniones acababan en una fraternal merienda en Casa Fidel de San Vitero, con canciones de la tierra y contando cada uno sus experiencias escolares. A veces terminábamos la reunión al calor de la lumbre en casa de Pilar o Mari Carmen, hablando de lo divino y lo humano. Comentábamos los libros que cada uno estaba leyendo. Entonces estaba muy de moda *El lobo estepario* de Hermann Hesse y las experiencias pedagógicas de la Escuela de Barbiana. Las horas pasaban sin sentir, en tan agradable compañía. A pesar de tener cada uno de nosotros ideas muy diferentes se respiraba respeto y tolerancia en el grupo. Fueron bonitos tiempos y experiencias que nunca olvidaré.

Cuando se abrió la comarcal de Fonfría suprimieron mi unidad y quedé como maestro provisional por escuela suprimida, lo que suponía un cambio de destino. Fue doloroso, cuando finalizado el curso, recogí mi equipaje y puse rumbo a Zamora. Sabía que no volvería por aquellas tierras, porque el pasado nunca vuelve. No quise mirar hacia atrás, porque hacerlo, suponía echar alguna lágrima. ¿Había pensado permanecer siempre en el mismo destino? Sinceramente, creo que sí. Soy conservador por naturaleza y no me gustaron los cambios. Creí que llegaría a mi jubilación siendo maestro en Valer y el destino no lo quiso.

El íntimo deseo que nada cambie, de detener el eterno flujo del tiempo, esa es la luz que los humanos percibimos con la vana ilusión de que sea la inmortalidad. Pero la esencia de cuanto nos rodea es el cambio, la sucesión infinita de la muerte y la vida. Juego que nuestra voluntad no puede cambiar y ante lo que solo le queda el consuelo de la resignación. Cuando has pasado media vida, te das cuenta de que no has ido donde querías, que has estado rodeado de fuerzas que te han movido caprichosamente sin tú saberlo. La misma vida y la sociedad en la que vives, son voluntades que te empujan a su capricho. Somos hojas secas expuestas a todos los vientos.

Después de un viaje por esas tierras, escribí:

El tiempo nos va llevando, y con él van nuestras pequeñas cosas, esas, que inconscientemente dieron sentido a nuestra vida. Aquella, mi pequeña escuela en un escondido pueblo de Aliste, ya no es la misma; no lo son sus puertas ni sus ventanas —aunque permanecen tal como las dejé— porque las circunstancias lo han variado todo en mí. Aunque ella me mire inmutable desde su silencio, el aire no es el mismo, los niños que le daban vida ya no están... y yo, que la miro desde esa invisible distancia que marca el tiempo, tan solo soy una sombra que vaga por donde antes habitó un sueño. Pero son especialmente emotivos, los recuerdos de aquel lejano tiempo de invernada, cuando desde los ventanales se sentía el latir de la lluvia y el viento, en los días próximos a la Navidad.

Nunca me gustó volver a los lugares, donde un día fui feliz. Siento, un profundo desasosiego, un miedo a profanar los recuerdos que misteriosamente se encierran en ellos, sobre todo, los que me unieron a esa gente sencilla en medio de la cual, sentí ese tibio calor que dan siempre los humildes. De esa buena gente, aprendí a apreciar la grandeza de las pequeñas cosas, de los leves gestos, y a valorar la serenidad que da la paz y la resignación en los perdedores.

Cosas, que en estos tiempos ya son historia, y que creo que hacen al hombre más humano, y a la vida más amable. Las escuelas se han convertido en consultorios médicos al que acuden seres envejecidos y dolientes o en el peor de los casos velatorios para su último viaje.

Miré con nostalgia un mundo en agónica lucha; me asaltaron los recuerdos y cerré los ojos para no ver un mundo que se iba, o ya se había ido, ante la indiferencia de los que un día pudieron impedir su triste final.

DE LA RURALIDAD A LA INTERNACIONALIDAD

Sebastián Gómez Monge

(Cabezas Rubias, Montes de San Benito y Villanueva de las Cruces.
Calañas, El Almendro y El Granada, Huelva)

Me atrevo con este relato autobiográfico para describir mi historia profesional, como docente rural oriundo de un pequeño pueblo llamado Calañas situado en el Andévalo onubense, educado siempre conectado a la ruralidad. Unas veces lo haré en singular, personalizando, pero muchas veces lo haré en plural; destacando que las historias nunca se hacen desde el individualismo, pues las experiencias pedagógicas y humanas durante cuatro décadas, como maestro en el medio rural, es el resultado de la interacción con muchas personas, diversidad de entes y entornos marcadores de vida.

Empezaré mi aventura autobiográfica en Madrid. En un principio parece incongruente y extraño, pero ya concretizaré y descubriré en el porqué desde la capital podemos llegar a los orígenes de la ruralidad de mi docencia y las bases casuísticas, que me llevaron a la objetivos y finalidades educativas más allá de nuestras fronteras nacionales.

Me fui a hacer el servicio militar a Colmenar Viejo, con mis oposiciones aprobadas en 1984, por lo que podía haberlo evitado, pero consideré que no sería la mejor opción en aquel momento. La idea era conocer mundos diferentes, pues por razones socio-económicas, no había salido de la provincia, salvo algún esporádico viaje de ida y vuelta a Sevilla. Desde pequeño había estado muy conectado a las tareas agrícolas y ganaderas de mi familia y no pude permitirme el lujo de viajar, salvo a Huelva para estudiar y visitar en otras ocasiones a parte de mi familia emigrante.

Una vez allí, después de doce horas en mi primer tren de largo recorrido, descargué mi petate verde y comencé mi período de instrucciones. En cuanto conocieron mi situación de funcionario del Estado, quisieron eximirme de determinadas funciones de todo recluta, a lo que me negué, pues no quería tener privilegios. Eso sí, al término de la jura de bandera, me enviaron provisionalmente a la Capitanía Militar de la calle Mayor, teniendo mis aposentos durante el mes de diciembre y primeros días de enero en dependencias aledañas al edificio del Senado. Todo era descubrir por primera vez las entrañas de la vida de una ciudad grande, desde la esencia patrimonial e histórica del Madrid de los Austrias.

Cuando empezó el segundo trimestre, me enviaron a impartir clases en un centro educativo para personas adultas que había en la carretera de Extremadura, en medio de muchos cuarteles de la zona de Campamento. Mi alumnado fueron hijos de la Guardia Real y otros cuerpos del ejército, que estudiaban para conseguir el graduado escolar. Allí participé en mi primer claustro con otros siete maestros, con los que vivía en un piso de alquiler, y un director del centro educativo, que era un capitán del ejército. Me pagué la casa alquilada con clases particulares en mis ratos libres a hijos de altos mandos.

Nada más llegar, al enterarme de la necesidad, me ofrecí para preparar a tres soldados-alumnos más por las tardes, que estaban cuidando el ganado, que entonces tenía el ejército en la base aérea de Cuatro Vientos. Provenían como yo del medio rural, recuerdo que eran de pequeños pueblos agrícolas de las provincias de Salamanca y de Zamora. De-seaban prepararse los exámenes para las pruebas del graduado escolar, pues en sus respectivos pueblos no pudieron terminar la EGB. Recuerdo que cogía tres veces a la semana

la línea de autobuses que iban a Alcorcón, que atravesaba zonas deshabitadas por entonces, y volvía en el último, ya casi de noche. El objetivo se consiguió, aprobaron los tres, lo cual me alegró mucho como docente, y me permitió, de una forma diferente, estar conectado con la educación en el medio rural, pues era como dar clases en una escuela unitaria en medio del campo. También descubrí la necesidad de muchos niños de pequeños pueblos, que no terminaban los estudios por la poca motivación y oportunidades educativas que le ofrecían.

Cuando terminé mi periplo militar, regresé a Huelva un 20 de noviembre de 1985 y me pasé por la Delegación de Educación en Huelva al día siguiente. Allí, la funcionaria administrativa, Rosa, que organizaba los repartos de puestos de trabajo, me aconsejó esperar unos días porque seguro iban a salir puestos de trabajo cerca de mi pueblo o en la capital, pues en esos momentos solo tenía una vacante en un lugar llamado Minas de Isabel y Cantinas, pedanías de El Almendro, en la misma frontera con Portugal. Ella pensaba dársela al interino de turno con poca puntuación en el baremo de adjudicación, según listas de docentes. Entonces, yo le dije esta frase: “Esos niños necesitan un maestro, pues yo voy sin problemas”. Sin saber muchos más detalles sobre el lugar y las características del centro, me lancé al abismo del desconocimiento, para alegría de Rosa, que ya estaba teniendo problemas para cubrir esa vacante.

El viernes 22 de noviembre del 1985, en la furgoneta de apoyo a la escuela rural que tenía asignada la Consejería de Educación para la comarca, me llevaron a ver el lugar. El maestro que la conducía, mi amigo Domingo, oriundo de un pueblo cercano, me ayudó a comprar una bombona de butano y comida, hablar con el alcalde para facilitarme las llaves de una casa que sería mi alojamiento, llevarme hasta el pueblo y conocer la escuela. Fueron 18 kilómetros de carril lleno de baches y barro propio del otoño para llegar a mi primer destino, donde me esperaban dos pequeñas aldeas con cinco familias, tres de origen portugués y dos españolas; contabilizando ocho niños escolarizados de 6 a 11 años. Exploré un poco el entorno y acordé con madres y padres, que al lunes siguiente se reanudarían las clases. Llevaban varios días sin maestro, pues nadie había tenido la osadía de coger el puesto, como me dijeron más tarde en Delegación. Tuve la osadía de preguntar si alguna familia podía hacerme de comer los primeros días hasta que me ubicase de forma más completa. Por supuesto, yo le pagaría el menú de cada día. Nadie podía comprometerse, según comentaron. Una de las familias, agregó que tenía una hija en edad mocita y no se podía confiar de un maestro nuevo y extraño por el momento. Así, que me hice la idea que desde el primer día tendría que hacerme de comer.

El entorno rural era idílico, pero no exento de problemas. No había restauración ni supermercado, solo una furgoneta-tienda que llegaba los jueves con infinidad de artículos imprescindibles de alimentación y de otras índoles. Lo que no compraras ese día, debías esperar a otra semana, ir de compras al pueblo más cercano que es El Granado a 12 km de pista forestal o compartir lo que tienes con el resto de los vecinos. Teníamos un teléfono público en la casa de una de las familias, que hacía de operadora, pero que era complicado funcionar todos los días. Sería años más tardes en uno de los últimos lugares de España en digitalizarse, en quitar el servicio de telefonía de forma tradicional, que conectaba las llamadas de forma manual.

Nada de transporte público, solo era algo más transitado por cazadores que venían en la época correspondiente de veda abierta y por la Guardia Civil que se acercaba todos los días a la frontera. Por cierto, desde aquí mi mayor agradecimiento a la benemérita, pues me hizo de transporte escolar-docente algunos viernes y lunes, hasta que me compré mi coche en Navidad y comencé el segundo trimestre a padecer la aventura de un carril de barro y piedras en mi coche nuevo. Solo dos familias tenían coche allí para las tareas

del campo y el resto se desplazaban en moto o en animales de carga, burros y caballos. A partir de enero seríamos tres vehículos, para posibles emergencias o lo que hiciese falta.

La escuela unitaria tenía un edificio de reciente construcción, sin luz y sin agua, en medio del campo, como queriendo sembrar un halo de esperanza de vida para un futuro incierto. Tenía un aula grande, dos servicios, un pequeño almacén y un despacho para dirección, todos de dimensiones reducidas. Los patios eran los cercados de alrededores, conectado todo con el campo abierto. Por cierto, lo mismo me encontraré en colegios de Dinamarca y Finlandia que en décadas posteriores visitaré. Parece que nos copian a la escuela rural, lo de patios abiertos sin vallas.

Para solucionar el problema del agua, íbamos a un pozo que estaba a unos 200 metros, cada vez que la necesitábamos. Cada uno con sus dos botellas y yo una más grande, como una actividad más de clase, incluida en el horario semanal. A veces, puntualmente, nos la traían las familias. Me gustaba aprovechar los días soleados para leer sentado cerca del mismo, con las ranas y pajarillos como sinfonía de fondo, y darle la importancia que tiene el agua para la vida.

En cuanto a la luz, nunca funcionó el grupo de gasolina, que estaba montado allí para generar electricidad, nunca un técnico fue a verlo. Cuando no había suficiente luz nos íbamos a mi casa, que sí tenía, salvo los días de tormenta o mucha lluvia que se cortaba el suministro y nos arreglábamos con velas. Imprescindible tenerlas para emergencias, junto con alguna linterna de petaca. Los días de más frío, nos acercaban las madres una estufa (copa) de carbón de encina (cisco) a la escuela o simplemente nos íbamos a la chimenea de mi casa, convirtiéndose muchas veces en aula principal.

Los libros eran todos de segunda mano, pero en buen estado, supuse que los anteriores docentes o el apoyo a la escuela rural los habían facilitado. Las copias para trabajar, las hacía con papel de calca negro o las escribía a mano dos o tres veces antes de dárselas. Aún no habían llegado por allí las máquinas de escribir, por lo que me llevé la mía personal en cuanto pude. El material escolar, lo compraba en mi pueblo con antelación, si se olvidaba algo, se improvisaba y con imaginación se reprogramaba la didáctica prevista. Por supuesto, la limpieza del edificio era otra tarea del alumnado y mía, en ocasiones nos ayudaba alguna madre.

Mi inspectora de referencia, Azulina, oriunda de Madrid, me vino a visitar en diciembre, me recogió y me llevó a una reunión de directores y directoras de la comarca para que me coordinara con ellos y no me sintiera aislado. Mi primer “claustró en ejercicio” dentro de la educación compensatoria, programa institucional que se estaba organizando en la zona para que los especialistas impartieran docencia por diferentes pueblos y mejorar así la oferta educativa de las zonas rurales más aisladas.

Me comentaba por el camino, entre salto y salto, que hiciera la programación como mejor pudiera, los horarios ajustados a las circunstancias y las especialidades las impartiera todas, que rellenara la burocracia mínima exigida y más adelante ya veríamos cómo mejorar la situación de este alumnado. Es verdad que siempre decía que antepusiera la felicidad del alumnado y fuéramos empáticos con ellos. Es de agradecer que me simplificara la burocracia, pues al final era maestro y además director de una escuela. Es cierto, que mi primera programación la presenté escrita a mano, igual que toda la documentación propia de un centro educativo de aquella época.

Como dije antes, en enero cambió algo la situación de aislamiento, pues me compré en las Navidades un coche con la ayuda de mi familia; mejorando mi autonomía, aunque no era conveniente recorrer los carriles de acceso, muchas veces, menos aun en invierno. Así, que rara vez salía de las pedanías salvo los fines de semana o alguna reunión de coordinación de la zona educativa de compensatoria rural.

Me encontré con alumnos que apenas hablaban el castellano y aprendí con ellos algo de portugués, mi primer intento bilingüe. Había alumnado muy puesto en tareas agrícolas y ganaderas y aprendí a cuidar y amar a la naturaleza que nos da de comer. Tenía familias que me contaban historias de sus familiares en pueblos cercanos, por lo que no me importó hacer de taxista en varias ocasiones y los llevé con mi coche, pues intuía se veían poco, siendo solidario y empático con su aislamiento geográfico. Tuve que hacer de ambulancia para llevar a Lidia, una madre y sus dos hijos, pues se puso con dolores de parto y su marido estaba lejos cuidando las cabras. Creándome una nueva función de maestro-técnico en ambulancias. Aún recuerdo sus quejas en mi coche: “maestro, no corras que parece que se sale el bebé”. No es que pudiera correr más, pero no veía la manera de sortear baches para llegar lo antes posible al centro de salud de El Granada. Al final, todo salió bien y fue madre de una niña rubia preciosa.

Hice muchas noches de cocinero para mi alumnado, pues se venían a mi casa y teníamos tertulias pedagógicas junto a la chimenea hasta la hora de dormir. Me enseñaron el uso de plantas del campo que desconocía; para ellos era un disfrute enseñar al maestro. Les llevé comestibles que nunca habían visto, como el cacao para untar el pan, algunos tipos de conservas, comidas precocinadas, pan de molde... Buscábamos setas en el campo y después las cocinábamos, confiando yo en su saber aprendido de sus familias.

A finales de enero, me visitó el sacerdote de La Puebla de Guzmán, Santiago, para organizar la comunión de los mayores. No nos conocíamos, hasta ese momento, que llegó a media mañana a la puerta de la escuela. Al ver las condiciones de los carriles de acceso y su coche lleno de barro, me pidió los preparara para el sacramento de la comunión, a lo cual accedí gustosamente. Solo me pidió que supieran rezar bien el Padrenuestro y el Credo, además de conocer lo esencial de la vida de Jesús. Al final, también fui maestro rural aprendiz de catequista.

En febrero hice mi primer proyecto para obtener subvenciones, con un objetivo prioritario sencillo: “Visitar la playa”, y de camino salir del entorno y conocer otros mundos para aprender sus características. Situación de aprendizaje y de vida, pues ninguno había visto el mar, a pesar de encontramos a tan solo 40 kilómetros de la costa. Unos meses después, llegó la buena noticia, nos lo aprobó la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Huelva con 75.000 pesetas de las de aquella época, casi un sueldo mensual de maestro. Un gran logro y una oportunidad inmensa, para viajar y comprar recursos didácticos y lúdicos para mi alumnado.

Costó convencer a las familias, ahora que recuerdo, todo fue autorizado de palabra sin justificantes escritos y firmados. Conseguí llevarlos en el coche particular del maestro de compensatoria, Domingo, y en el mío, a primeros de junio, a los ocho alumnos a la playa de El Portil, buscando el pinar donde hay menos olas para minimizar peligros. Conocieron lo que era una carta y un menú, comieron en un restaurante pescado fresco, disfrutaron de la arena, del sentir de la sal marina, saltaron entre las olas, usaron sombrillas y protector solar, de desarrollaron en un medio diferente y novedoso para ellos. Conocer, aprender y disfrutar.

El curso terminó un sábado, con una misa donde participó toda la comunidad educativa, la residente y los familiares que nos visitaron para celebrar la Primera comunión el día de San Antonio de Padua, que por lo visto era la imagen que presidía la pequeña capilla existente desde época minera de la zona. Decían que hacía tiempo que no veían tanta gente en el pueblo, a lo cual no estaban acostumbrado. Tanto, que en los momentos del rezo titubearon en el rezo y en las respuestas al sacerdote, Santiago. Me puse nervioso hasta yo, porque la responsabilidad era de su maestro, no solo como preparador de ellos, sino también por los vínculos humanos que habíamos creado durante el curso escolar.

Fue una celebración por todo lo alto, con la invitación a productos caseros de las cuatro familias y de allegados que vinieron a pasar el fin de semana.

Fue una experiencia inolvidable, se puede considerar un encuentro rural e internacional, pues llegaron familiares desde la vecina Pomarão (Portugal) a donde se podía llegar a través de una pista forestal, que después se usaría para la construcción del embalse compartido del Chanza.

Entre lágrimas de despedidas terminamos la semana siguiente el curso, pues, aunque hubiese querido yo, todo el mundo sabía que no podría volver en septiembre próximo por razones normativas del concurso de traslados. Había concluido una experiencia inolvidable y unos aprendizajes que marcan a cualquier docente, pues fueron dos años de contrastes muy grandes, desde el centro de Madrid hasta un lugar rural de Minas de Isabel y Cantinas, que era complicado encontrar en los mapas usuales del tiempo. Ahí es donde me di cuenta que tenía que seguir trabajando por y para la escuela rural. Todo ello me llevó a priorizar escuelas rurales en mi solicitud del concurso de traslados y la suerte estaba de mi parte al adjudicarme al colegio rural de Cabezas Rubias (Huelva) para el curso 1986-1987.

Este pueblo era muy conocido para mí, no por recorrer sus calles, sino porque tenía una panadería en el bordo de la carretera y todos los lunes, en mi trayecto desde Calañas a la escuela de Minas Isabel y Cantinas, compraba un pan grande de kilo que me tenía que durar hasta el viernes, cuando volvía a mi casa. Paqui, su dueña, ya me conocía como el maestro de la Mina y me lo tenía preparado cada lunes por la mañana, de esos que hacía en el horno de leña.

Ese mismo otoño, cuando ya estaba en mi nueva escuela, conocí una nueva normativa andaluza que permitía asociarse diferentes localidades cercanas y formar una agrupación rural, con un solo equipo directivo, maestros compartidos, especialistas itinerantes y alumnado en cada pueblo agrupados en aulas mixtas. Me involucré y trabajé para que este proyecto saliera adelante, pues siempre pensé que juntos los pequeños núcleos de población, aunando esfuerzos en el mundo rural se llegaría más lejos. El proyecto fue aprobado y al curso siguiente empezamos a funcionar como Colegio Público Rural Agrupado ADERAN I (Asociación de Escuelas Rurales del Andévalo), integrando las localidades de Villanueva de las Cruces, Montes de San Benito y Cabezas Rubias.

Tan cómodo me encontraba que no me importó desde el principio participar como coordinador de ciclo y dos años después de jefe de estudios, con el objetivo de trabajar por y para la educación en el mundo rural, comprometido con las funciones directivas, implicado en el desarrollo educativo de esta tipología de centros con una ubicación geográfica muy específica. Intuía que no iba a ser fácil el camino, pero sí muy enriquecedor, ilusionante y gratificante.

Muy pronto, comencé a participar en grupos de trabajo con el resto de las diez agrupaciones rurales que se crearon en la provincia, junto con la coordinación del Programa de Compensación Educativa que se desarrollaba a nivel provincial. Establecimos por primera vez las llamadas reuniones provinciales periódicas, en las llamadas tardes blancas de los miércoles. Desde entonces y hasta la actualidad, seguimos reuniéndonos varias veces al año para coordinar proyectos comunes, reivindicar el valor de la educación en los CPR, promover mejoras en las condiciones de trabajo, potenciar la visibilidad regional y nacional de esta tipología de centros y evitar la sensación de aislamiento geográfico, social y económico.

Sin duda, resumir el nuevo periplo como docente en la mi agrupación rural, CPR ADERAN I, es complicado, pues daría para una novela de aventuras pedagógicas, de retos educativos, de implicación docente, de vivencias profesionales y personales, de cambios

didácticos y normativos continuo. Me atrevo a dar unas pinceladas que marcaron mi trayectoria como maestro rural y que al final me llevó uno de mis objetivos, diversificar los caminos educativos y potenciar uno muy ambicioso, que sería la internacionalización de la educación desde esta tipología de centro.

Nuestros pasillos se empezaron a medir por kilómetros. Al principio, disponíamos de una furgoneta grande de apoyo a la escuela rural (Renault Traffic). En ella, los especialistas recorríamos las distancias entre nuestros tres pueblos, en trayectos que aún no disponían de asfalto. Se desplazaban materiales e incluso a los maestros para reuniones de claustros y consejo escolar. Hubo momentos que viajó alumnado para hacer actividades conjuntas con sus compañeros de los demás pueblos de nuestra Agrupación Rural. Con el tiempo, duró unos 10 años, se la llevaron al desguace y a partir de ahí, tenemos que usar nuestros vehículos particulares, poniéndolos a disposición de la administración.

En mi primer curso escolar en el colegio, me propuse dar a conocer otros entornos al alumnado, a diversificar los horizontes educativos y geográficos, partiendo siempre desde las potencialidades que tiene el mundo rural. Por entonces, se desarrollaba desde el Ministerio de Educación el proyecto de Escuelas viajeras por España. Presenté proyecto en ese mismo curso 1986-1987 y nos lo concedieron. Viajamos en tren a Murcia quince alumnos de 7º y 8º de Primaria, que salían por primera vez de la provincia de Huelva, y allí desarrollamos el programa con otros dos centros españoles durante una semana.

El reto fue convencer a las familias para que lo hicieran conmigo, maestro nuevo en el centro y demasiado joven, como me comentaron algunas madres y padres, difícil aún definir su poca confianza en mí. El programa recogía que solo viajaba un maestro y allí, en el destino, nos recibían monitores durante toda la estancia, para desarrollar el programa de actividades y visitas. En las propuestas de mejora, que nos pedía la evaluación anual del proyecto, siempre solicitábamos que viajaran dos docentes como mínimo, lo cual lo conseguimos y se modificó dos años después desde el Ministerio de Educación y Ciencia.

A partir de ahí, durante los siguientes doce años del programa, nos aprobaron las Escuelas Viajeras en años alternos, viajando a Asturias, Cantabria, Toledo, Canarias, Valencia y Zaragoza. Algunos cursos intermedios, participamos también en las Aulas Viajeras por Andalucía, programa similar, que propuso la Consejería de Educación de nuestra comunidad autónoma. Recorriendo las diferentes provincias y su rico patrimonio cultural. Aquí se hacía cierto lo de viajar es aprender, para después enseñar.

Animados por algunos padres que trabajaban en labores del INFOCA por entonces, preparé a mi alumnado para participar en el programa del Ministerio de Medioambiente llamado "EL Cortafuegos". En la década de los años 90, fuimos tres veces a la final del juego al CENEAM (Segovia) y fuimos campeones de España dos veces. También fuimos una vez primer premio de dibujo y otra de eslogan para la campaña de prevención de incendios forestales. Además, me lancé a confeccionar una unidad didáctica: "Conocer para Prevenir los Incendios", que fue publicada por la Consejería de Medioambiente y premiada por el Ministerio. Con todo ello, el Ministerio de Medioambiente nos concedió al colegio el Batefuego de Oro en año 2004.

En mi mente seguía la idea de potenciar el entorno natural y social donde nos ubicamos y desde ahí traspasar fronteras, llevando nuestro potencial más allá de los límites nacionales. Era un reto complejo, pero en el año 1999, ya era por entonces el director del colegio, se nos abrió la puerta, estimulados por el Centro de Profesorado de Aracena, para participar en el programa internacional de Ecoescuela, propuesta que nos llegó desde la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía, que conectaba con ADEAC (Madrid)

y con la FEEE (Europa). Fuimos el primer centro público rural de España que nos inscribimos en el proyecto y por supuesto me atreví a ser el coordinador del mismo.

Desde ese momento, el ideario del colegio cambió, modificando el plan de centro y las finalidades educativas. La educación ambiental se convirtió en el eje vertebrador de nuestra agrupación rural. Encajaba en la tipología de centro, en su interesante entorno natural y social, orientaba los esfuerzos educativos de toda la comunidad educativa y permitía la participación activa de nuestros tres ayuntamientos. Se hizo claro el lema que desde colegios pequeños se pueden hacer cosas grandes.

Como coordinador del proyecto llevo siéndolo veintiséis años seguidos y tal fue y es el impacto del programa de Ecoescuelas que en los dos años siguientes nos invitaron al I Congreso de Educación Ambiental para niños en Santander (2001), III Congreso Andaluz de Educación Ambiental Córdoba (2003) al Congreso Internacional de Ecoescuelas en Madrid (2004)... Todo un historial que he intentado recogerlo en la página web del colegio, para recuerdo y guía de la trayectoria de un centro educativo pequeño en dimensión, pero activo, versátil y dinámico en todos los sentidos de la pedagogía del corazón.

En medio de todo ello, nos concedieron la primera Bandera Verde en el año 2002, éxito de toda la comunidad educativa, encabezada por el comité ambiental. Este galardón, nos puso en el camino de la visibilidad internacional, pues fue el primer centro de estas características en conseguirlo. Actualmente tenemos cinco Banderas Verdes de la FEEE (Environmental Education Foundation).

Fue el programa de Ecoescuelas el que nos abrió el camino para nuestra visibilidad internacional y a partir de esa red, nos lanzamos a presentar un Comenius en el año mismo que conseguimos la primera Bandera Verde de Ecoescuelas, en el 2002; el cual fue aprobado y comenzamos así nuestro periplo para internacionalizar mi escuela rural, a través de estos proyectos europeos.

Se empezaba a hacer realidad mi reto inicial, mi sueño pedagógico. Así, como un docente más del centro, como coordinador de una Eco-School Rural, como director de la agrupación de tres localidades pequeñas, con la ayuda de toda la comunidad educativa, aderezado por la ilusión del alumnado; conseguí llegar al objetivo educativo que tanto empeño puse desde el principio en mi periplo como docente.

Desde ese curso escolar 2002 hasta la actualidad 2025, he dirigido en mi centro multitud de proyectos Comenius antes y Erasmus después. Concretamente hemos realizado movilizaciones a 23 países, en ocasiones más de una vez; nuestro alumnado ha participado en estancias educativas en 14 países y nos han visitado alumnado y profesorado de 13 países diferentes. Fuimos el primer colegio público rural de España en ser acreditado por Erasmus en el año 2020.

Durante estos veintitrés años se han desarrollado proyectos muy interesantes que van desde la educación ambiental conectada con Ecoescuela, hasta la integración e inclusión del alumnado, pasando por el mundo de las emociones, la mitigación del acoso escolar y bullying, el uso adecuado de las redes sociales, el patrimonio social, cultural y gastronómico, el desarrollo de las tecnologías; todo dentro de la idea global de potenciar el uso del inglés diversificando las oportunidades de nuestro alumnado rural. Además, nos han publicado buenas prácticas del mundo rural en la red eTwinning de Erasmus e incluso he tenido que dar conferencias de las buenas prácticas de los colegios rurales fuera de nuestro país.

Mi ilusión por superar el valor intrínseco de la ruralidad, me ha dado lugar a disfrutar con mi alumnado, docentes y familias en experiencias únicas como: manipular figuras en el país de los Legos; montar en trineo en la región norte de los lagos fineses; recoger tulipanes neerlandeses y trasplantarlos a nuestro huerto escolar; ser los primeros españoles

en visitar y recorrer una base de disuasión de la OTAN en Letonia; representar un teatro de títeres con alumnado de Asolo; sensibilizarnos aún más de la conservación de la naturaleza en los CSOD Eslovenia... y lo más importante, recibirlos, darnos a conocer y compartir momentos educativos inolvidables en nuestros pequeños núcleos de población. Abrir la escuela a la internacionalización, siempre importante para el futuro de nuestro alumnado.

Las ideas se sueñan, después en la meditación se piensan, en cuanto tienes la oportunidad las ejecutas y al final las puedes disfrutar; es como dar a luz a un hijo, que en este caso ha estado mucho tiempo dentro de la cabeza, justo en mis mejores rincones de la imaginación pedagógica humana.

Es un sueño hecho realidad, que tuve de pequeño en mi pueblo Calañas, cuando aún era un niño, ya por entonces era el primero en colaborar en las tareas agrícolas de mi entorno familiar, como decía mi padre, de sol a sol. Por entonces poca televisión veía; pero lo poco que iba conociendo, me orientaba hacia un mundo más global, que se empezaba a formar desde la ruralidad de mi entorno. El cambio, lo tenía claro, vendría desde la educación, desde la escuela rural, por ello me orienté hacia los estudios de magisterio.

Toda esta historia sería imposible sin la interacción con el entorno, las personas que se han cruzado en mi periplo docente, sin la colaboración y el empeño por cambiar la historia del mundo rural y dar un paso más desde su potencial humano y didáctico, para internacionalizar la educación desde el aporte y la suma de una tipología de centro educativo muy particular y con un alumnado apegado a sus pueblos. Las ilusiones de estas comunidades educativas nunca deberán ser truncadas por la realidad que les rodea. Al final, creo que conseguí, una docencia añadida, saltar desde la ruralidad hasta la internacionalidad a través de la educación y el valor del entorno y sus personas.



El autor junto a la escuela de Minas e Isabel y Cantina, hoy cerrada.



Grupo de maestros en el bar de enfrente de la escuela de adultos del Ejército en la carretera de Extremadura, 1985.



Alumnado del colegio de Montes de San Benito, entrada al colegio, 1989.

ABRAZANDO A MI NIÑO HERIDO

Ana Belén Goyanes Vázquez
(Amoeiro, Ourense)

Me llamo Ana Belén y estudié en los años 80 en un colegio rural llamado Ramón Otero Pedrayo ubicado en Amoeiro, un pequeño ayuntamiento próximo a Ourense. En aquella época se llamaba párvulos y la mayoría de los niños comenzaban a los cuatro años pero yo no tenía autobús para ir al colegio que quedaba a un kilómetro de mi casa y entonces tenía que ir caminando. Por eso comencé más tarde y me acompañaba todos los días mi abuela. Mis padres eran emigrantes y yo vivía con mis abuelos maternos y con mi tía.

Me adapté bien al colegio. Allí íbamos todos los niños de las diferentes parroquias que conformaban el ayuntamiento, con lo cual comencé a relacionarme más con gente de mi misma edad. Recuerdo que usábamos el típico mandilón azul a rayas. Después hacíamos primero, segundo y tercero de EGB (Educación Secundaria Obligatoria). Nos solían asignar un profesor para este ciclo y era solo uno. Después pasabas a sexto y ya la cosa cambiaba, eras “mayor” había varios profesores. Uno de Lengua, otro de Matemáticas, otro de Gallego... y comenzabas a estudiar un idioma extranjero, que en mi caso era el Francés. Incluso nos daba clases el director, que se llamaba don Fausto. En mi colegio se trataba a todos los profesores de “don”. Y había una profesora de lengua que era de Amoeiro, que se llamaba doña Pilar. Mi abuela le solía preguntar cómo iba en el colegio. Los demás profesores venían de Ourense.

En aquella época había muchos alumnos en el colegio y allí estudiábamos hasta los 13 años, a los 14 ya había que desplazarse a Ourense. Otra cosa que me llamó mucho la atención fue cuando el profesor don José, que nos daba clases de matemáticas y ciencias, nos separaba por notas. Primero los de malas y siguiendo hasta el sobresaliente. En estos años las notas eran: suspenso, suficiente, bien, notable y sobresaliente.

En francés cantábamos a menudo la canción: “les petits poissons sont dans l’eau, nagent, nagent, nagent...”. Era una sensación que yo vivía como algo importante: el conocer un idioma foráneo. Es verdad que en mi caso teníamos gallego puesto que en nuestra Comunidad Autónoma tenemos lengua propia pero es diferente, era como ser más universal. Unido a que la mayoría de los niños hablábamos gallego que era lo que conversábamos en casa con nuestros familiares.

El colegio, como comentaba anteriormente, era grande y tenía unos patios todo alrededor. Incluso en la parte de abajo había una zona con pinos. Había gimnasio y recuerdo que a mí no me gustaba saltar al potro. Se puede decir que el colegio estaba bien acondicionado y tenía un buen tamaño. Además había un laboratorio donde lo más destacable era un esqueleto, que nos llamaba bastante la atención.

Las calificaciones escolares nos las daban por evaluaciones y nos entregaban unas papeletas que teníamos que entregar en casa para que nos la firmaran nuestros padres o tutores.

En cuanto al material con el que estudiábamos algunos eran libros de la editorial Santillana, recuerdo algunos que tenían unos círculos de colores en la portada. Y también me acuerdo de uno de lectura que se llamaba “Senda”. Había pizarras en las que se escribía con tiza y teníamos todos pupitres individuales en buen estado.

El colegio de Amoeiro era grande. Teníamos un aula por curso y una zona interior con plantas que daba las clases de 5º y 6º. Un aparcamiento arriba donde llegaban los

autobuses y bajando el colegio. Además, había un amplio comedor porque todos comíamos allí. En el comedor había dos cocineras. Estábamos organizados en mesas de seis y siempre había un encargado q era un alumno de los cursos más elevados. Otros alumnos a partir de sexto de EGB también se encargaban de servir las mesas por periodos semanales. Igualmente había q recorrer cada clase preguntando cuántos niños había para el comedor a primera hora y llevarle esa nota a las cocineras. Éramos muchos alumnos, pero la comida estaba muy rica y era variada. Cuando tomábamos un papel activo nos sentíamos con responsabilidad e importantes. Los profesores eran los encargados de vigilar que nos portáramos bien en el comedor.

En el colegio de Amoeiro en aquellos años eran frecuentes los insultos entre los niños. Yo creo que era influenciado también porque en el pueblo se estilaba mucho el que los adultos tuvieran apodos y fueran conocidos por ellos. Además, había un grupo que gozaba con ello. Recuerdos del colegio siempre tenemos, ¡cómo no!, puesto que es una etapa que nos marca mucho y que se debería cuidar con mimo pero en aquellos años no siempre era así. Y más en los colegios del ámbito rural, bueno, hablo por mi experiencia personal.

Se estilaba el castigo físico, a veces te atizaban con una regla o te tiraban de los orejas. Mi recuerdo más marcado en este aspecto fue un día que un profesor en sexto de EGB le dio tal tortazo a un niño que le tiró las gafas en la mesa. Yo he sido víctima de lo que hoy se llama hoy día acoso escolar o *bullying*. En aquella época simplemente se normalizaba, era algo que pasaba y ahí estaba. Yo soporté que me llamaran Quevedo porque un libro de lengua castellana tenía en la portada un retrato de ese escritor y físicamente era parecida a él en esos años. Tenía el pelo media melena ondulado y llevaba unas gafas redondas. También me llamaban “mimos” y “enchufada”.

A partir de sexto cuando el profesor dejaba un momento el aula por tener que ir a hacer algo encargaba a alguien de que no habláramos y éste anotaba a los que lo habían hecho en su ausencia. Ello conllevaba el castigo de recoger los papeles que se echaran al suelo en uno de los varios patios del colegio. Recuerdo perfectamente cómo me castigaron una vez sin haber hablado y me pasé el recreo recogiendo basura.

También había un profesor que nos castigaba escribiendo varias veces una frase en una libreta: 100 veces o así. Era un castigo tonto que no valía para nada porque no sacabas nada de provecho.

En concreto de este profesor no tengo buenos recuerdos por estas actitudes de tortazos o de comentarios como uno que me hizo un día: “si eres tan lista vete para un colegio donde solo haya niños como tú” (yo tenía once años).

Siendo fiel a la realidad de nuestra evolución como adultos los mejores alumnos del colegio hemos sido los que después hemos destacado más en nuestra formación posterior. En conclusión, he de decir que para mí fue mi primer acercamiento a la formación académica. No dejó un buen poso en mi ser por las vivencias personales de *bullying*. Los niños pueden ser muy crueles y eso te deja marcado cuando eres adulto porque cuando se está formando tu personalidad un atentado de tal índole contra tu autoestima hace mucho daño. De hecho, yo estaba deseando dejar el colegio e irme a estudiar a Ourense porque sí, siempre me gustó estudiar. Y sí, en mi caso todo cambió y pude hacerlo tranquila sin que me molestaran más ni me calificaran por mi apariencia física.

Una vez una persona me dijo que qué suerte haber estudiado en un colegio rural. Yo respeto todas las opiniones porque supongo que habrá multitud de vivencias y algunas serán maravillosas, pero en mi caso no ha sido así. Como buena gallega y orensana adoro mi tierra, pero he de reconocer que esta etapa me marcó para mal. El escribir este relato me ha servido de catarsis ya que el año pasado lo tuve en mi mesa y no fui capaz de hacerlo. Cada vez que lo intentaba algo se me atragantaba y no, no pude redactarlo.

LA ESCUELA DE MI INFANCIA EN PAREDES DE NAVA

María Gutiérrez Antolín
(Paredes de Nava, Palencia)

Iniciaré este relato con la emoción y sensibilidad que me produce recordar tantas historias, tantos momentos únicos de aquellos años... Nací en 1963, soy mujer, mi colegio estaba en Paredes de Nava y se llamaba La Villa. Comencé mi etapa de párvulos con 4 años y, a los 6 inicié la segunda etapa que terminé a los catorce. En esta segunda los niños y niñas estábamos separados; nosotras en la planta de arriba y ellos en la de abajo. Recuerdo que nuestros padres no intervenían demasiado en el colegio, de hecho, no existía una asociación de madres y padres de alumnos, lo que llamamos ahora AMPA. Ninguno de ellos nos acompañaba al colegio ya que esa función la asumían nuestros hermanos mayores si los tenías, y si no, ibas solo o con algún amigo o conocido. Bastante tenían nuestros padres con ir a cuidar de los animales o trabajar el campo, unas labores que entonces exigían de mucho tiempo y trabajo debido a la escasa mecanización de aquellos tiempos.

Además, para entender lo que después voy a contar hay que tener en cuenta que la religión y el respeto al profesor eran ejes vertebradores de nuestro día a día. Cuando nos dirigíamos a los maestros les tratábamos de usted, siempre con el “don” o “doña” por delante de su nombre y si en algún momento nos tenían que castigar, la reprimenda física era una de las más utilizadas. No se tenía en cuenta si tenías algún problema de conducta o si la causa era congénita, daba igual que te costara comunicarte o no... en el colegio no existían los niños con TDAH ni autistas. Los únicos que existían eran los que socialmente se comportaban de manera desafiante, los contestones o vengativos. En definitiva, estos comportamientos no eran estudiados con medios adecuados para conseguir atenderlos o actuar en consecuencia, sino que en aquellos años los alumnos éramos buenos, malos o brutos.

¿Pero cómo era una jornada escolar en mi época? Cada mañana desayunábamos al calor de la lumbre, o lo que nosotros llamamos trébede, un prisma rectangular alto, construido con ladrillos macizos y cemento, sujetado por hierros con un hueco por debajo donde se introducían manojos, troncos más gruesos y paja que ayudaban a su rápida combustión. Cubriendo las baldosas superiores de la trébede se ponía un cobertor, por el que salía un calorillo que calentaba toda la habitación. Y esta era la “calefacción” que teníamos en las casas durante los inviernos recios de los pueblos de la provincia de Palencia.

Después de desayunar junto a mi hermano, cinco años mayor que yo, asistía de su mano al colegio. He de decir que me resulta muy grato hablar de este momento, a la vez que añoro su presencia, pues ya hace treinta años que no se encuentra con nosotros. Recuerdo que durante aquellos inviernos el frío era bastante perceptible, pues por el camino se podían apreciar chupiteles o carámbanos colgados de los tejados de las casas o de las fuentes heladas... mi hermano siempre probaba puntería con una piedra tirando hacia ellos para ver si los rompía. Y menos mal que íbamos abrigados con katiuskas, o *cachuscas*, como las llamamos nosotros, porque el camino a veces se hacía complicado por el barro que había en las calles de entonces. Mi hermano me agarraba fuerte de la mano para que no me cayera excepto cuando me soltaba para saltar algún charco. Eso sí, supervisando que yo no lo hiciera, pues él podía permitirse el lujo por ser el mayor, pero yo no porque solo tenía cuatro años y debía cuidarme.

Con la puntualidad que nos caracterizaba llegábamos al edificio llamado “la Villa”, nuestro cole. Accedíamos por una de sus entradas, unas puertas de madera altas con grandes banzos de piedra y, allí, mi hermano se despedía de mí porque él accedía por la puerta de enfrente hacia las aulas de los chicos, que se situaban en la planta baja, donde cursaba primaria. Yo en cambio, subía por unas escaleras a mano derecha que conducían a las clases de párvulos que daban a la parte delantera del Ayuntamiento, en el piso superior. Las de primaria femeninas estaban subiendo por estas mismas escaleras, pero se situaban al otro lado del edificio donde hoy se encuentra ubicado el Centro de Artes Escénicas Jorge Manrique.

En nuestra zona de estudio había pasillos con grandes ventanas, suelos de madera de los que hoy en día se conserva su estructura. Y era en estos pasillos donde nos colocábamos en fila al lado de la puerta para esperar a nuestra profesora doña Rafi que cada día se trasladaba desde Frechilla para impartir las clases. Y digo profesora porque para las chicas era así, al igual que para los chicos eran profesores los que les daban clase. Todos residían en Paredes de Nava excepto mi profesora.

Como comenté al principio, la etapa de párvulos transcurría de los cuatro a los seis años y los materiales que utilizábamos eran pizarras, pizarrines, y lapiceros para hacer garabatos y aprender las primeras letras madurando hacia la preescritura, prelectura y el precálculo (según el nivel que íbamos adquiriendo). A las 10 de la mañana empezaban las clases rezando lo que cada uno sabía del Padre Nuestro, dando paso después a las tareas asignadas a nuestra corta edad y se terminaba a la una de la tarde para, una vez comido, volver de nuevo de tres a cinco.

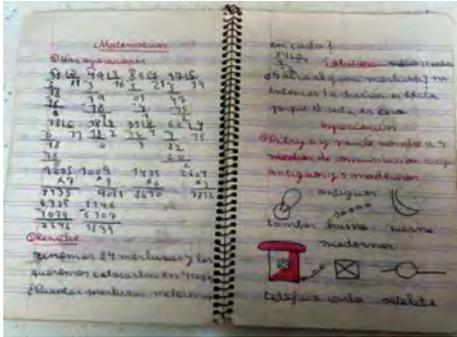
Respecto a Primaria, recuerdo que las aulas eran grandes y también contaban con ventanales muy amplios y pasillos muy largos. Aún recuerdo el día en el que una de estas cristaleras fue cubierta por nuestra maestra para que fuéramos testigos de un eclipse de sol sin ser deslumbrados.

Además, en sus paredes había colgados: un crucifijo, los mapas para dar geografía, la pizarra grande y de color negro, y durante los primeros años, un cuadro con la foto de Franco. Cuando la maestra, que en primer curso fue doña Tere, nos abría la puerta y accedíamos al aula, nos colocábamos en unos pupitres de madera para dos personas. Nos quedábamos de pie y, todas esperábamos en absoluto silencio hasta que empezábamos a rezar el Padre Nuestro, tal y como hacíamos cuando éramos más pequeñas, aunque a diferencia de los años anteriores, ya nos sabíamos la Oración. Después de esto, dos alumnas nos encargábamos de limpiar la estufa de hierro negra que había en cada clase para calentar el aula. Sacábamos el carbón quemado y metíamos más, para que la profesora pudiera poner calor ese día y, terminada la tarea, nos íbamos al baño a lavar las manos con el agua tan fría que salía de aquel grifo. De vuelta a clase trabajábamos las materias asignadas a nuestra edad.

Una de ellas era Gramática. Lo que ahora es Lengua Castellana y Literatura, en la que, para aprender a leer utilizábamos la llamada cartilla. Durante los primeros años trabajábamos mucho la caligrafía y nuestra profesora insistía en que hiciéramos la letra redondita, ya que se le daba mucha importancia a la escritura. Ella siempre decía que escribir claro y bien era básico para que se entendiera lo que escribíamos. En Aritmética, lo que conocemos hoy día como Matemáticas, aprendíamos a sumar, restar, multiplicar memorizando las tablas por repetición y casi cantando, y a dividir. Como en cada curso escolar, esta asignatura a unos se nos daba mejor que a otros.

También cursábamos Religión Católica, llamada oficialmente “Formación Religiosa” que junto a la Historia y Geografía se estudiaba todo en el mismo libro. Los ejercicios se realizaban en un solo cuaderno para todas las materias poniendo un poco de cada asignatura detrás de lo trabajado anteriormente.

En la materia de manualidades las niñas aprendíamos a coser recortando trozos de tela en el que hacíamos vainicas, crucetilla y todo tipo de trabajos de costura que pegábamos en una cartulina que luego decorábamos para formar libros.



Cuaderno de todas las materias
de 3º de María Gutiérrez Antolín



Cuaderno de 5º curso de labores
de María Gutiérrez Antolín.
Materia manualidades

En todas las asignaturas los materiales que más utilizábamos eran lapiceros, bolígrafos de la marca “Bic”, pinturillas “Alpino”, gomas de borrar con olor a nata, reglas, cartabones de madera, y un estuche de este mismo material donde guardábamos todo.

Si tuviera que resumir lo que de verdad importaba antaño, diría que era aprender a leer, el cálculo de las operaciones básicas y la doctrina cristiana. Las notas no eran tan cruciales, pues había un elevado índice de analfabetismo que se venía arrastrando de generaciones pasadas. Es más, se ignoraba al alumnado que faltaba a clase, ya que era muy común sobre todo en aquellos niños que tenían que ayudar a sus padres en sus oficios. Ya fueran: ganaderos, agricultores, tenderos, etc. Tampoco se justificaban las faltas como ahora, pero cuando se iba, nos lo tomábamos muy en serio para aprender cuanto antes a leer, escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir, ya que no sabíamos si al día siguiente podríamos volver a clase o si por el contrario nuestros padres necesitarían de nuestra ayuda en las tareas agrícolas, o en la labor que tuviera cada familia. Incluso había días que debíamos quedarnos al cuidado de hermanos pequeños.

Otro hecho que sucedía en el colegio es que a media mañana, en la hora del recreo, las cocineras salían con grandes ollas para ofrecernos un vaso de leche. Nos decían que era muy importante para nuestros huesos. Después de beberla, nos íbamos a jugar, eso sí, cada uno en su zona: los niños en el patio a la peonza, platillos de los tapones de bebidas, canicas; y las niñas en la planta de arriba a juegos con la goma, la rayuela, comba y el corro de la patata. Todos los juegos eran acompañados por canciones.

Lo normal durante este descanso era que hubiera alguna que otra pelea por las trampas de los más pillos o porque a nadie le gustaba perder, pero al entrar en el aula, si la bronca había subido de tono el maestro tenía suficiente poder como para arreglar el problema con premura e imponer el castigo que hiciera falta. Y estos eran muy duros. Tanto, como poner al niño de rodillas con los brazos en cruz durante la clase, dar alguna bofetada que otra, tirones de orejas y los temidos reglazos, que consistían en juntar los dedos de las manos en forma de pinza y dar con la regla de madera sobre ellos. Y si alguno retiraba la mano o se libraba del castigo por sus reflejos... el profesor insistía en ello hasta conseguir su objetivo. También he de decir que estos eran los menos habituales ya que, como he explicado, se utilizaban como última opción y en caso extremo.

Por estos y otros motivos, los niños de aquella época estaban mentalizados en respetar las normas básicas de conducta y en cumplirlas tanto en el colegio, como en la calle o dentro de nuestras casas. Así, uno de los valores o normas de más peso era el respeto, y por eso algunas de las figuras más importantes y valoradas en la sociedad de la época eran los maestros, el cura, la guardia civil, el médico y la familia. Siempre que nos encontrábamos con ellos los saludábamos.

Y muy en esta línea, se encaminaban nuestras otras obligaciones: asistir de manera asidua a catequesis, ir cada semana a confesarnos y acudir todos los domingos a misa. Eran “tareas morales” que no podíamos obviar ya que en aquellos años el sentimiento religioso estaba presente tanto en el colegio como en nuestro día a día.

También teníamos otras alternativas dentro del horario lectivo. Estas se producían cuando llegaba el buen tiempo, momento en el que algunas tardes los profesores nos llevaban a pasar la tarde a la era a jugar. Salíamos del colegio de dos en dos y en fila india. Una vez allí, cada uno hacía lo que quería. Teníamos una gran superficie, extensa y verde en la que jugábamos a rodar por la hierba, coger flores que llevábamos a casa para hacer ramos o collares y pulseras de flores. Éstas últimas las hacíamos con las mallas y claveles, pasando una aguja con hilo por el medio de la flor; También hacíamos una cosa curiosa: nos poníamos en corro, tumbados, procurábamos guardar silencio y, los niños que se les daba muy bien tiraban de unas hierbas que llamábamos “ajos píos” y cuando las sacaban se las comían. Para que estas salieran era importante estar callados si no, no salían, o eso era lo que nos hacían creer los mayores...

Recuerdo también otra “costumbre” que nunca faltaba: el día que venía el obispo a visitarnos para confirmar a los niños del pueblo. Todos hacíamos un pasillo a un lado y otro de la plaza con banderines con la bandera de España que agitábamos sin parar. Así le esperábamos para darle la bienvenida. Después de marchar el “señor obispo”, regresábamos al colegio todo contentos para irnos a casa hasta el día siguiente, pues pasábamos la mañana completa con esta actividad.



Primera foto en el nuevo colegio comarcal “Alonso Berruguete” de Paredes de Nava. Nuestro patio individual de aula. En el medio nuestra profesora y a su izquierda estoy yo, María Gutiérrez Antolín.

Llegó cuarto curso y tuvimos muchos cambios. En Paredes de Nava se terminó la construcción de un nuevo colegio que sería comarcal llamado “Alonso Berruguete”. Allí nos trasladaron para continuar la etapa de Primaria, esta vez niños y niñas juntos. En el nuevo edificio las clases eran más pequeñas, había calefacción, un gimnasio muy grande, y cada aula tenía su propio patio para los recreos (ver ilustración 4). Cada curso contaba con tres aulas “A”, “B” y “C”, y para ubicarnos estábamos colocados por orden alfabético,

a excepción de nuestra promoción, que por falta de profesorado decidieron juntar al curso de cuarto con los de tercero, o eso se dijo entonces. Una vez allí, chicos y chicas compartíamos clase y, además, teníamos compañeros de diferentes pueblos cercanos como Berceril, Villaumbrales, Cascón de la Nava, Perales, etc. Todos los días los niños que estaban en edad escolar venían a Paredes en autobús al colegio. Fue una aventura bonita e hicimos grandes amigos, hasta el punto de pedir a nuestros padres durante la adolescencia que nos acercaran a las fiestas de sus pueblos para pasar un rato con ellos y saludarlos. El horario era el mismo que en la escuela de “La Villa”, de diez a una de la mañana y de tres a cinco de la tarde.

En esta etapa también hubo muchos cambios a nivel académico: teníamos un tutor de clase y un maestro para cada asignatura, además nos daban clase tanto profesores como profesoras y muchos de ellos residían en otros pueblos o en Palencia.



Uno de los libros y cuadernos de la materia de lengua extranjera.

Una de las nuevas asignaturas que tuvimos fue inglés, llamada “Lengua extranjera”; con libro, cuaderno, fichas y diccionario. Recuerdo que lo más trabajado con el profesor era el verbo “to be”. Lo repetíamos una y otra vez para practicar la pronunciación y su aprendizaje. ¡Qué difícil era aguantar la risa en sus clases! En ocasiones don José se daba la vuelta, miraba por la ventana o se echaba las manos a la cabeza mientras intentaba guardar la compostura porque era casi misión imposible no reírse cuando intentábamos pronunciar las palabras conjugando el verbo y, al mismo tiempo, nosotros nos reíamos de ver que no dábamos una. Entre nosotros nos decíamos que había que pronunciar con guasa el I ammm, Iu arrrr... en fin un cachondeo. Pero poco a poco fuimos mentalizándonos con el aprendizaje de dicha lengua.

También empezamos a hacer “Educación Física y Deportes”. Lo que nosotros llamábamos gimnasia con nuestro profesor don Ismael que era alto, delgado y disfrutaba mucho con todo lo relacionado con el deporte. Practicábamos la voltereta, el pino, el salto al potro, las carreras dando vueltas al patio contabilizando el tiempo para que cada uno pudiera mejorar sin tener en cuenta la condición física. La vestimenta era pantalón corto azul marino, “niki” blanco y zapatillas de deporte blancas estilo “Victoria”. Recuerdo en

una de sus clases que teníamos que hacer el pino puente y el profesor nos ponía la mano en la espalda para ayudarnos a hacer el puente y luego impulsarnos para levantar nuestra espalda. O el día que hicimos el pino, que lo ensayábamos de cara a la pared, de uno en uno, y al que tenía miedo le hacía poner las manos en el suelo y él le ayudaba levantándole los pies hasta llegar a la pared.

En cuanto a Naturales y Sociales, en nuestra época se llamaban “Ciencias de la Naturaleza y “Atención Social y Cultural”. Fueron materias que dábamos por separado. Cada una tenía un libro con sus fichas y durante ellas el docente nos explicaba la lección y después nosotros hacíamos la ficha correspondiente. Al finalizar el tema, realizábamos un examen que suponía la mayor parte de la nota.

En la asignatura “Educación Estética y Pretecnología”, que nosotros llamábamos “trabajos manuales”, empezamos a utilizar materiales nuevos como el carboncillo, difuminadores, acuarelas, un bloc de dibujo en el que practicábamos los animales y las figuras geométricas con tinta, regla y compás. La buena calificación de los trabajos se basaba en la originalidad y la limpieza. En mi caso estas clases me parecían muy divertidas, como le ocurría a la mayoría de mis compañeros, y en ellas desarrollábamos mucho la creatividad.



Algunos de mis primeros trabajos hechos con carboncillo, y acuarela.

Algo similar pasó con las materias de lengua y matemáticas. “Lengua española” nos la daba nuestro profesor don Elpidio, al que le gustaba mucho hacernos preguntas durante la clase para ver si nos quedábamos con sus explicaciones. Para él, la participación en clase era muy importante.

Las profesoras de “Matemáticas” durante esta etapa fueron doña Soledad (muy recta y exigente), doña Rosita (de la que guardo mucho cariño) y doña Juli. A ésta última, no la importaba repetir varias veces la explicación para aquellos que les costaba más aprender.

Y por último, don José Luis, con su negro bigote y que siempre pillaba alguna chuleta con extrema facilidad en séptimo y octavo, donde comenzábamos a ser conscientes de la importancia de la nota. Cuando descubría a algún alumno simulaba una tos para avisar que los había visto y si no la recogía el siguiente paso era acercarse y suspenderle el examen. En esta asignatura comenzamos a utilizar el diccionario, la regla, la escuadra y el cartabón de plástico a diferencia de las de madera de los años anteriores. Y los estuches eran ya de cremallera con bolígrafos de varios colores, pinturas, rotuladores y acuarelas con los que decorar las actividades que hacíamos. “Música” fue otra de las novedades, con nuestra flauta y el cuaderno correspondiente. De esta asignatura tengo el recuerdo

La etapa de la escuela primaria obligatoria era hasta los catorce años, octavo curso, si no habías repetido y si las calificaciones eran satisfactorias. Cuando esto tenía lugar, conseguías el título de Graduado Escolar. Era muy probable que los niños de la escuela rural dejaran ésta por ayudar a sus padres y por tanto no obtenían dicho título, pero sí adquirirían el Certificado de Estudios Primarios.

Aquellos cuyos padres consideraban que sus hijos eran válidos para estudiar elegían entre dos opciones: a unos, los matriculaban en internados continuando sus estudios de Bachillerato, el sacerdocio o se matriculaban en el instituto de alguna capital, que, en nuestro caso, la más cercana era Palencia.

A otros, los matriculaban en FP y BUP. Aquellos que elegían la Formación Profesional eran los que querían acercarse al mundo laboral más rápidamente y para ello solo necesitaban el certificado de escolaridad o lo que es lo mismo, el de Estudios Primarios. Ésta tenía dos niveles: de primer grado (FP I) con una duración de dos años en la que los alumnos obtenían el título de Técnico Auxiliar; y la otra opción era FP II, cuyo objetivo era conseguir el título de Técnico Especialista con tres cursos de duración. De estos centros salían electricistas, mecánicos, etc. y básicamente se aprendía un oficio preparándose para la vida profesional. Incluso te llevaban a realizar prácticas a empresas donde muchos de ellos se quedaban contratados si eran buenos trabajadores. El único inconveniente era que en aquellos años las empresas no colaboraban tanto como ahora para que los alumnos realizaran las prácticas en ellas.

Respecto a BUP, constaba de tres cursos, de 14 a 16 años, y si lo terminabas con éxito podías hacer el Curso de Orientación Universitaria, el llamado COU, que permitía al alumno la entrada en la Universidad. Una vez allí podías cursar carreras de tres años como ingenierías técnicas y diplomaturas. Ejemplo de ello eran Magisterio y Enfermería; o carreras de cinco años como licenciaturas e ingenierías superiores, entre las que se encontraban Derecho, Farmacia, etc. Todo ello estaba condicionado por el nivel socioeconómico de las familias.

Hoy día todo esto ha cambiado mucho, el profesor se enfrenta a unas aulas muy diversas, con mucha menos autoridad y distintas etnias fruto del mundo globalizado en el que vivimos. El absentismo de ahora suele ser debido a causas diferentes a las de aquellos años ya que las circunstancias son distintas. En mi opinión, la enseñanza de cada época ha tenido y tiene aspectos positivos y negativos, siendo muchos los condicionantes que afectan a la educación que recibe cada persona.

En mi caso estoy conforme con la educación que he recibido, mis recuerdos así lo atestiguan, y ha sido un placer evocar aquellos tiempos que ahora son un poco lejanos, y con mucha carga emocional. Agradezco, por tanto, esta oportunidad que se me ha brindado para rememorarlo a través de este escrito.

Además, y antes de finalizar, quiero compartir las imágenes de los cuadernos de mi hermano por el tesón que tuvo aquel profesor, don José. Al tratar cada día de buscar que sus alumnos embellecieran sus trabajos como si fueran obras de arte. Con ello pudo alcanzar en su oficio, la satisfacción de sus clientes, pues esa ilusión por la perfección años después dio sus frutos. Como testimonio de ello y, ya que vivir en un pueblo hace que nos conozcamos todos, puedo corroborar que de esas enseñanzas salieron muchos y buenos profesionales, haciendo de sus trabajos obras maestras de carpintería o construcción, como es el caso del hermano de quien les escribe esta memoria.

Estoy segura de que, esa educación que recibimos, basada en la excelencia, hizo en nosotros ser y querer alcanzar la perfección en todo lo que realizábamos. Resumiendo, en todas las épocas surgen situaciones difíciles pero el profesor es el mago que descubre el tesoro que el niño lleva dentro.

CRECIENDO COMO UN ALBARDÍN

Carolina Lapeña Gállego
(Letux, Belchite, El Burgo de Ebro
y Fuentes de Ebro, Zaragoza)

Aprendí a crecer en un lugar donde el viento arrastra las palabras y la tierra se agrieta bajo el sol. Allí, donde la escuela era pequeña y los sueños, inmensos, comenzó mi historia. No sé muy bien cómo comenzar a escribir este relato. Es curioso, porque siempre me ha resultado sencillo empezar a escribir ficción: imaginar una situación mágica, extravagante o terrorífica, dar vida a personajes impostados y pasar rápidamente a lo siguiente. Pero hablar de mí misma, de mi experiencia vital, cuesta. Es mucho más fácil ponerse la careta y convertirse en quien no eres. Quizás, justamente, soy así gracias a mi propia historia. ¿Cómo nos convertimos en las personas que somos? A través de las vivencias que nos acompañan desde pequeños. ¿Y dónde empezamos a forjar una identidad propia, distinta de la de nuestra familia? En la escuela. Soy quien soy por el lugar donde me tocó crecer, por donde comenzó mi educación. Y, en mi caso, le debo todo a la escuela rural. O, más bien, a mis escuelas rurales, porque fueron varias y de perfiles muy distintos. Para bien o para mal, nuestras experiencias son las que terminan marcándonos el camino.

Pero antes de seguir, me presento. Me llamo Carolina, aunque nadie me llama así. He sido Caro para mis padres y Carol para mis amigos desde que tengo uso de razón. Ya me presento directamente como Carol: es más fácil, más corto, más intuitivo... Soy profesora de Lengua y Literatura en la etapa de secundaria. Y sí, soy docente en un instituto rural (por lo menos durante este año y el anterior; he cerrado así un pequeño ciclo, aunque no quiero adelantar acontecimientos).

Nací en Zaragoza en 1992. Mis padres eran de dos pueblos diferentes, y su historia tampoco tiene demasiada importancia aquí. Se conocieron, se casaron y siguieron los estándares que marcaba la época: tener descendencia rápidamente. Mi familia paterna proviene de Letux, un pequeño pueblo del Campo de Belchite. Cuando yo nací, había 480 habitantes censados; hoy esa cifra ha bajado a 356, con una población claramente envejecida. Es un pueblo que se muere, igual que su escuela. Ahí fue donde comenzó mi andadura.

La temida separación de la casa familiar se da en infantil. El comienzo de una etapa de tu vida que parece nunca terminar. La escuela a la que fui pertenece a un CRA, siglas que repetía incansablemente pero que no tenía ni idea de lo que significaban. Ahora, de mayor, lo comprendo: Colegios Rurales Agrupados. Porque entre todos no hacen uno. Era el CRA L'Albardin y el nombre representa muy bien a la escuela. En ese momento tampoco sabía cómo pronunciarlo así que durante toda mi vida estuve yendo al "Ele coma Albardín". Para los que leáis este relato y no sepáis lo que es el albardín, es el nombre que recibe en Aragón una planta silvestre, muy resistente, que crece en terrenos secos y pobres, sobre todo en zonas semiáridas. Como Letux y el Campo de Belchite, que es un terreno seco y pobre, con una estepa. Básicamente un desierto. Es una planta parecida al esparto, con hojas largas, finas y muy duras, que antiguamente también se usaba para hacer cuerdas, cestas, esteras y otros utensilios rurales. No es muy alta, pero forma matas densas y adaptadas a la falta de agua. Y nosotros crecimos como el albardín, aferrados a una tierra seca y dura que apenas ofrecía sombra ni tregua. Allí, donde el agua era escasa y el viento

azotaba sin pedir permiso, uno aprendía a resistir o a quebrarse. Igual que esa planta fibrosa que hunde sus raíces profundas en busca de vida bajo un suelo árido, nosotros también aprendimos a crecer hacia adentro: a ser fuertes, discretos, adaptables. A protegernos del sol inclemente con silencios y a encontrar belleza en la sencillez. La personalidad que se forja en un lugar así no es exuberante ni ruidosa: es firme, sobria, y, sobre todo, resistente.

En el 92 ocurrió algo que no se repetiría jamás en el pueblo: nacimos tres niños. Tres, ni más ni menos. A ello se sumaba una más que comenzaba también en la escuela. Aun así, no era una escuela vibrante, llena de vida, sino más bien un espacio reducido, casi cerrado, donde las risas eran pocas y las voces, aún menos. No llegamos a ser nunca más de diez alumnos, de todas las edades.

Mi primer maestro fue don Rafael. Un hombre serio, moreno, con gafas, que rara vez mostraba una sonrisa. En ese entonces, aún tratábamos a los profesores con ese “don” y “doña” como un signo de respeto, que ahora parece tan distante. Las clases de infantil se mezclan con niebla en mi memoria, tal vez porque es ahí, en esos primeros años, cuando uno empieza a tomar conciencia de sí mismo, cuando se empieza a distinguir, con los años, qué de lo que vemos es real y qué es solo reflejo de lo que nos enseñan.

Sin embargo, lo que realmente queda claro son los recreos, momentos donde la escuela cobraba vida. Había una canasta de baloncesto que no utilizábamos mucho, y un campo de fútbol en el que las horas pasaban como si fueran segundos. Pero el juego estrella, la verdadera diversión en los pueblos de Aragón, era el “juego de las vacas”: una versión del pilla-pilla donde el que “la lleva” es la vaca y los demás huimos a trepar por cualquier saliente o a escondernos en las alturas, fuera del alcance del animal. En los semimuros que rodeaban el espacio de recreo había salientes ideales para subir, perfectos para el niño ágil, veloz, siempre en busca de un refugio seguro.

¿Y a qué viene todo esto, te preguntarás, querido lector? Pues a que de don Rafael no guardo más que unas pocas imágenes borrosas. No parecía ser muy aficionado a enseñar a niños tan pequeños. Quizás no se sentía cómodo, no lo sé. El caso es que él nos prestaba poca atención (o al menos eso recuerdo yo). Hasta que un día, durante el recreo, decidió unirse al juego. Nos retó a las vacas, como si en un momento decidiera unirse a nuestra libertad, a nuestro caos. En su intento de escapar de nosotros, no calculó bien y se estampó contra la pared del colegio. Se rompió la nariz y las gafas, y a partir de ese momento ya no volvió a jugar con nosotros. No fue don Rafael el peor profesor que tuve en ese centro, por mucho que lo recuerde como alguien un poco ajeno a todo.

El patio tenía otra zona de juegos, con columpios típicos de los noventa: estructuras de hierro, toboganes altos y balancines sin protección. Eran duros, pesados y peligrosos, pero también emocionantes. En verano se calentaban tanto que podías quemarte al sentarte, y un mal golpe con el hierro te dejaba aturdido o con un corte. Las cadenas sonaban fuerte al moverse, y todo el conjunto parecía más un reto de supervivencia que un espacio para niños. Aun así, volar por los aires en esos columpios era una sensación inolvidable.

Mi primer acercamiento a la muerte ocurrió en uno de esos columpios. O, mejor dicho, en el tobogán del patio, dentro del horario escolar. Jugar a las vacas era lo más divertido en esa época (y sigue siendo un clásico en los pueblos), y, como en toda buena tradición de niños, a veces innovábamos con nuevos materiales. ¿Qué llevan los mansos en el cuello? Un esquilo. ¿Qué había en el colegio que podría parecer un esquilo? Los zancos que usábamos en Educación Física: unos botes de plástico con cuerdas que nos atábamos al cuello. ¿Por dónde salen los mansos del camión? Por una rampa de hierro. ¿Y qué tiene el patio del colegio parecido a una rampa de hierro? El tobogán. Así que,

con toda la lógica de la infancia, decidimos tirarnos todos por esa rampa. Yo, por mala suerte, me quedé enganchada en los hierros del tobogán, justo donde hay una barandilla para evitar caídas. Me asfixiaba. No podía respirar. Recuerdo cómo mis compañeros salieron corriendo a avisar a las maestras, que en ese momento estaban dentro del recinto, disfrutando de un cigarro, como era normal en esa época, algo que hoy sería impensable en una escuela. Tardaron en llegar, en quitarme la cuerda, y me quedó una marca en el cuello, como la de los ahorcados en las películas del oeste. Mis padres intentaron denunciar la situación por negligencia, pero al final lo que consiguieron fue que se prohibiera el uso de los columpios durante el recreo. ¿Y sabes qué? Me culparon a mí. No a las profesoras que no vigilaban el patio mientras charlaban y fumaban, no. A la niña de cuatro años que, obviamente, no sabía que algo tan sencillo como un juego podía tener consecuencias tan graves. Pero esa experiencia, como muchas otras en mi infancia, me enseñó algo que aún hoy es parte de mi vida: lo que vives de pequeña te marca, te forma, te hace más fuerte. A mí, sin duda, esas experiencias me ayudaron a ser quien soy.

De pequeña aprendí a leer muy rápido, a pesar de que mi familia no era precisamente lectora. Jamás vi a mis padres abrir un libro en casa, pero yo le cogí el gusto a las palabras. Y, en ese pequeño pueblo, eso también trajo consecuencias. Las madres de los otros niños me acusaron de aprenderme los cuentos de memoria y recitarlos sin tener que leerlos. Me pusieron en una habitación llena de adultos para leerles un libro “para mayores” y así demostrar que sabía leer y no me limitaba a recitar lo aprendido. Casi como si tuviera que justificar algo tan simple como saber leer. Y lo hice. Ahí empecé a gestionar mis propias batallas, porque nadie las va a luchar por ti.

Soy hija única, y por tanto, estoy acostumbrada a la soledad. Pero esa soledad, a veces, no era solo algo inevitable; estas situaciones que tuve que vivir a una tan corta edad me convertían, además, en una paria social. Las niñas más mayores no querían jugar conmigo porque era una cría, los de mi edad tampoco, porque por mi culpa no podían jugar en el tobogán. Era algo que no podía entender en ese momento, pero que ahora, mirando atrás, me hace pensar que tal vez, esas situaciones me hicieron ser diferente. No tener a nadie con quien compartir mis juegos o mis pensamientos me obligó a aprender a divertirme por mí misma.

Fue ahí, en esa soledad impuesta, donde comencé a crear historias. Me inventaba mundos, situaciones, personajes que no existían en mi entorno, pero que me daban compañía. En mi mente, podía ser quien quisiera ser: valiente, fuerte, imaginativa, libre. Y esas historias no solo me mantenían ocupada, me daban un espacio donde existía algo más allá de la rutina diaria, donde podía escapar de la etiqueta de “paria social” que me habían puesto sin yo querer. Crear me permitió llenar esos vacíos, buscar compañía en la fantasía, y lo más importante: aprender a ser yo misma en mi propio mundo. En el colegio cogía lombrices de la tierra y les contaba historias. Me inventaba una vida para cada una de ellas. Igual con los caracoles, los pájaros... con cualquier cosa que tuviera a mí alrededor. Saltaba a la comba y recitaba lecciones de geografía, cualquier cosa me valía. Cuando estás solo, cualquier cosa te tiene que valer.

Al ser tan pocos alumnos, uno aprendía a fijarse en las pequeñas cosas. La atención que los maestros podían prestarnos a cada uno de nosotros me permitió desarrollar muchas de mis inquietudes con rapidez. En las representaciones escolares de Navidad, por ejemplo, terminaba haciendo papeles largos, de esos que normalmente recaían en los más grandes. Ahí, en esos pequeños escenarios improvisados, comenzó mi amor por el teatro, una pasión que me acompaña hasta el día de hoy. La emoción de estar frente a todos, de dar vida a un personaje, me hizo sentir que realmente podía ser alguien más, y ese poder sobre el escenario fue lo que me enganchó para siempre.

También aprendí cosas que, en otros lugares, no eran tan inmediatas. Recuerdo cómo nos enseñaron a tocar la flauta dulce, algo que, por ejemplo, amigas mías de la ciudad no aprendieron hasta más adelante en la vida. La flauta se convirtió en una herramienta de expresión, en un lenguaje nuevo que, aunque sencillo, me permitía decir mucho más de lo que las palabras podían expresar. Y lo mejor de todo era que todo ocurría de manera espontánea, sin prisa, disfrutando cada momento, como una pequeña joya escondida en medio de la rutina escolar.

No recuerdo mi etapa en este colegio como algo extremadamente malo, pero tampoco como algo increíblemente bueno. Fue una mezcla de momentos. Leía mucho. Jugaba mucho. Dibujaba. Me reía. Lloraba. Como cualquier niño, supongo. La escuela no fue un lugar de grandes aventuras, pero tampoco de grandes tragedias. Era simplemente... mi lugar, con sus luces y sombras.

No sé si mi experiencia habría sido diferente en otro colegio, en uno donde hubiera más de diez niños. Tal vez allí habría podido encontrar mi lugar más fácilmente, tal vez hubiera encajado con algún grupo. Pero, desde luego, mi caso no fue ese. En mi colegio, mi lugar era limitado, y solo contaban conmigo para ciertos momentos. Por ejemplo, cuando jugábamos a los Power Rangers y necesitaban a alguien que hiciera del Ranger amarillo (porque, claro, en esa época un chico no podía ser el Ranger amarillo). O cuando nos convertíamos en Spiderman y sus amigos (y yo, como única fémina, era Estrella de Fuego). Era como si mi identidad solo encajara en esos papeles específicos, esos papeles “femeninos”, los que siempre eran asignados a las chicas, sin darme opción a ser otro. Papeles secundarios pero que me permitían integrarme, aunque fuera por una tarde. Esa fue mi experiencia con los demás. No tanto un rechazo directo, pero sí una constante sensación de estar un paso fuera de lo que era el núcleo del grupo. Aun así, esas pequeñas interacciones me dieron las herramientas para sobrevivir en mi propio mundo, para aprender que la mejor compañía muchas veces es la que tú mismo te creas.

Tampoco me lo puso fácil la vida, en general. Un día me diagnosticaron problemas de visión: una diplopía, o lo que es lo mismo, ver doble. Me pusieron “gafas de culo de vaso” y un parche en el ojo. Una nueva forma de ser diferente, como si las otras cosas no fueran suficientes. Además, soy torpe. Muy torpe. La psicomotricidad nunca fue lo mío; me caía mucho, me chocaba contra todo. Y, claro, como veía doble (sin saberlo, en ese momento), escribía en la mesa. Lo curioso es que me comía broncas por ello, sin poder hacer nada para evitarlo, sin entender por qué no lograba escribir correctamente. No era pereza ni desinterés, era que el mundo que veía no era el mismo que los demás. La combinación de todos esos factores me convirtió en alguien que estaba siempre en la periferia de las experiencias comunes, de las cosas sencillas que otros daban por sentadas. Pero, en un lugar donde había pocos niños, aprendí a hacer frente a todo, a ser paciente conmigo misma y, de alguna forma, a no rendirme ante lo que parecía más una batalla personal que una simple dificultad física.

Estuve en Letux hasta 4º de primaria y nos tuvimos que ir. No culpo a Letux de mis desgracias, si ahora me preguntas “¿de dónde eres?” siempre nombraré Letux. Es el pueblo que me hizo ser quien soy, que me hizo darme cuenta de muchas cosas, que me vio crecer. Donde encontré mi lugar, solo mío y de nadie más. A pesar de todo, fue en Letux donde construí las bases de mi identidad, ese lugar que marcó un antes y un después, que definió quién era y quién quería ser. Mi padre, como tantos otros en esas tierras baldías, perdió su trabajo y tuvimos que marcharnos. Si le preguntas a él te dirá que se arrepiente de no haber podido mantenerse en ese lugar. Nos mudamos al pueblo de mi madre, de mi familia materna. Y aquí la cosa cambió.

El pueblo de mi madre es El Burgo de Ebro, a 40 kilómetros de Letux, lo que parece un mundo entero. Es más grande, más cosmopolita y está más cerca de la ciudad. Llegué allí en el verano de 2002, ya habíamos cruzado el umbral del nuevo siglo. Por ponerlo en contexto, querido lector, en ese momento, El Burgo tenía 1.682 habitantes. Hoy en día somos 2.704. Han aumentado en mil los habitantes y, como en todos los lugares, tiene sus cosas buenas y sus cosas malas. Pero cuando estás en un pueblo más grande, y ese pueblo sigue creciendo, algo inevitablemente cambia: la gente termina deshumanizándose. Y es una pena, porque una de las grandes virtudes del mundo rural es precisamente eso, la cercanía de la gente, la protección que sientes, el saber que todos se conocen y se cuidan.

Sin embargo, cuando un pueblo empieza a llenarse de “señoritos” de ciudad, esa esencia se diluye. El Burgo se transforma en algo más bien funcional: un cortijo, una ciudad dormitorio donde la gente no se conecta realmente. La queja se convierte en el deporte nacional, pero las soluciones, esas, parecen ir desapareciendo con el paso del tiempo. La autenticidad de la vida rural, esa que te enseña a valorar lo cercano, lo sencillo, queda opacada por la rutina impersonal de los que llegan y solo buscan una zona de paso y no una vida. En un pueblo así, o entras muy bien, o entras muy mal. En mi caso, ni siquiera eso. Mi llegada fue todo menos discreta. El ambiente cambió, como si algo se hubiese roto, y el pueblo pareció volverse más gris. Si fuera una película, habría truenos y música inquietante. Ya me conocían: era la niña rara con gafas enormes que venía los fines de semana y lloraba por todo. Las chicas del pueblo se burlaban: “¡la no lloro, solo lloro!” Yo intentaba disimular, pero con los ojos hinchados y la nariz roja no colaba. Con el tiempo aprendí a esconder las lágrimas. A todo se aprende, ¿no?

Aquí llegué con 10 años y aquí sigo con 32. No está mal, ¿verdad? Encontré mi lugar en un sitio que, en un principio, no me aceptaba del todo. Encontré a mis verdaderos amigos, que con el tiempo se convirtieron en mi familia. Exploté mi amor por el teatro en el grupo local de aquel entonces, y también mi amor por la música. Lo primero que hice nada más llegar fue apuntarme a la banda de música y elegir a mi fiel compañera, la trompa, que sigue conmigo desde ese momento.

Esto no ayudó mucho en la escuela. Si ya eres la rarita con gafas de culo de vaso (o de botella, que aquí eran más creativos), con el pelo rizado como si lo hubiese peinado un tornado, descubren que ves doble (lo cual, claro, te separa aún más del “ganado”), y encima, empiezas a desmayarte sin explicación alguna... Llegas nueva, pero no eres nueva del todo. Tu padre es obrero y tu madre limpiadora. Vives en la casa reformada de tus bisabuelos, no en un chalet ni en un unifamiliar nuevo, tus padres conducen un Renault Clio y no un todoterreno, y encima, decides que lo que más te atrae es tocar un instrumento raro en la banda municipal... Pues sí, ese fue el principio del fin.

Aquí también estudié en un CRA, el Moliner, llamado así por María Moliner (aunque, para qué negarlo, no eran tan simbólicos en la elección del nombre). Lo componían otros dos pueblos con los que compartíamos actividades y excursiones y en las clases había dos cursos, no todo el mundo revuelto como un cóctel explosivo de edades. En mi caso estudié allí 5º y 6º. No tuve muchos amigos en el colegio, pero sí los suficientes para dejar de sentir esa sensación de soledad perpetua. Lo que sí se multiplicó, de manera desafortunada, fue el acoso. Los insultos, las bromas, las risas, pero nunca a favor mío, siempre en mi contra. Sientes que sobras y que deberías quitarte de en medio. Pero no pasa nada. Sobrevives. A duras penas, pero sobrevives. A veces incluso te permiten sentarte en el banco de piedra con las “guays” y sientes que todo puede ir a mejor. Claro, pero solo son excusas para burlarse de ti. Encuentran cualquier motivo para desplazarte, para recordarte que, aunque en apariencia puedas estar allí, sigues siendo la que no encaja. Pero no pasa nada, te acostumbras. Al final, todo eso pasa a ser parte del

paisaje, como el sol que quema a media tarde o el viento que siempre te golpea en la cara. Y sobrevives, aunque nunca de la misma forma en que llegaste.

El instituto también fue rural. En el pueblo de al lado, Fuentes de Ebro. Pasé seis años de mi vida allí. Sobreviví. Primero, en soledad. Luego, con un grupo de amigas. Es curioso cómo suele pasar: terminan juntándose las parias sociales de cada uno de los pueblos que se agrupan en el IES. Fue allí donde le puse nombre a lo que quería estudiar, donde meforcé a darme una meta clara, que, aunque me ha costado, finalmente logré alcanzar. Pero en ese instituto, también sufrí acoso escolar. Si estuve seis años, los seis tuve que aguantar insultos, escupitajos, golpes, desprecio y, aunque esta vez más compartida, la soledad. Tuve que soportar cómo se proponía la opción más fácil: vete, huye a la ciudad, empieza de nuevo. Pero, ¿por qué castigar a la víctima y no al victimario? Esa reflexión me marcó más de lo que ninguna otra cosa pudo marcarme.



Primera foto escolar en 1995, Letux.

Con 14 años, decidí que iba a ser profesora de Lengua y Literatura. Me comprometí con ese sueño, aunque me costara, y estudié el Grado en Filología Hispánica y el Máster en Educación, todo en Zaragoza. Allí, hice nuevos amigos, en esa época me enamoré, pero también tuve que aguantar el desprecio de algunos profesores universitarios hacia el mundo rural en mis trabajos (porque se debían pensar que aún íbamos montados en burros o algo por el estilo). Pero la meta estuvo siempre clara: trabajar en el mundo rural, demostrar que las cosas pueden mejorar, y, sobre todo, evitar que ningún niño o adolescente tuviera que pasar por lo que yo viví. Y decía al comienzo de la historia que había conseguido cerrar ciclos: mi primer destino como profesora en la pública (después de un breve paso por la escuela concertada en Zaragoza) fue el IES Benjamín Jarnés, en Fuentes de Ebro. Y es raro volver a tu instituto como profesora. Es raro pasearse por esos pasillos desde otra perspectiva. Es raro ver a otros jugar donde tú jugabas, estudiar donde tú lo hacías, con la mente perdida y muchos sueños por cumplir.

Es raro sentirte una extraña. Volver a sentirte como cuando tenías 14 años, perdida y sin rumbo fijo, pero con la misma intención de hacer de este mundo un lugar mejor. Al igual que mi primer año de estudiante, no terminé el curso con muchos amigos ni una gran experiencia social. Me sentí muy sola, muy perdida. Pero, como siempre, salí adelante.

Esas vallas verdes me transformaron en más de una ocasión. Primero, como preadolescente llena de sueños. Luego, como estudiante universitaria de prácticas, tratando de llevar el teatro al aula. Y, finalmente, como profesora novata, intentando hacer de este mundo un lugar mejor. No sé si lo conseguí, pero quiero pensar que, al menos, se lo facilité a algunos estudiantes.

Al año siguiente, cerré otro ciclo: fui destinada a la sección de Belchite, en pleno Campo de Belchite. Volvía así a la tierra seca de mis raíces, a los campos donde la vida late despacio, donde los pueblos se mueren en silencio a ritmo rápido y donde, aun así, aún queda belleza para quien sabe mirar. En el instituto de Belchite volví a ver las heridas invisibles que conozco tan bien: el acoso que se desliza entre las rendijas, la tristeza callada, la falta de oportunidades. Pero vi también la dignidad, la fuerza silenciosa, la magia extraña de crecer en un lugar donde el viento nunca deja de soplar. Mi experiencia escolar no fue idílica. No fue fácil. Pero me hizo ser quien soy. Y no lo cambiaría por nada en el mundo.

Soy Carolina. Soy Carol. Soy profesora de Lengua y Literatura. Soy hija del albardín, esa planta que crece donde otras se marchitan. Soy, y seguiré siendo, parte de esta tierra que me enseñó a resistir.

¿Y qué será de mí mañana? No lo sé.

Pero sé que no me imagino lejos de aquí: de mis pueblos, de mis campos resecos, de los amigos que eligieron quedarse, de la familia que resistió pese a las dificultades del camino.

De mis raíces.



Grupo de teatro Destormar, año 2007.

LECCIONES QUE DEJAN HUELLA

Antonio Lorenzo Martín
(Arcillera, Zamora)

Allá por los años 50 del pasado siglo, en Arcillera de Aliste, un bonito pueblo próximo a Portugal, marcado como muchos de toda la provincia por la despoblación, en el que hoy apenas hay 50 habitantes, yo, un niño como otro cualquiera, tenía que empezar a ir a la escuela, pero un contratiempo hizo que unos meses de mi infancia próximos a comenzarla no fueran tan fáciles. Un mes antes de empezar el curso estuve muy enfermo y tras la visita de un médico que no supo qué era lo que tenía, un practicante de un pueblo cercano advirtió a mis padres que era necesario ponerme unas inyecciones de penicilina, una medicina que se había descubierto poco tiempo atrás, y que se tuvo que ir a buscar a Portugal, pese a no poderse cruzar la frontera en aquella época.

Esto es solamente una introducción a mi historia pero que marcó mi infancia significativamente, ya que el primer recuerdo que tengo de mi asistencia a la escuela es que, aunque esta estaba cerca, necesitaba la ayuda de mis padres y los niños del pueblo para llegar, ya que había perdido la capacidad de andar. Esto marcó que a diferencia de muchos niños hoy, yo me sentía contento de ir a la escuela y de poco a poco ver que podía valerme yo solo para ir, y tener esa ilusión de saber que si me esforzaba podría tener un trabajo en el futuro, ya que las condiciones de vida del agricultor eran muy duras, cosa que me recordaban mis padres todos los días. En la escuela, pronto empecé a escuchar el nombre del señor Álvarez, ya que estudiamos siempre con estos libros y con esta editorial. Una gran obra que desde luego hizo que generaciones enteras nos educáramos gracias a sus enseñanzas. Las clases eran de lunes a sábado, de diez de la mañana a una de la tarde y de las dos de la tarde a las cinco, entre la una y las dos teníamos esa hora para ir a nuestras casas a comer. También teníamos un recreo de media hora, en los que jugábamos en la calle, enfrente de la escuela. También hacíamos excursiones con nuestra maestra, ya que, a diferencia de hoy, antiguamente las únicas excursiones que se hacían eran las de ir a trabajar al campo, no a dar un paseo.

La maestra nos llevaba a veces a La Canda, una zona del pueblo próxima a Portugal donde se controlaba el paso en la frontera, a la representativa edificación del pueblo: la Chimenea de la Máquina, donde antiguamente se fundía el estaño de la mina que hubo en el pueblo y donde en las inmediaciones nos bañábamos en una poza en la ribera que por allí pasa, donde había una presa y, por lo tanto, el baño era completamente seguro. Esto nos proporcionaba una ducha para ya estar limpios para toda la semana, ya que aquí nadie se duchaba en la bañera, ni con champú. También, naturalmente, visitábamos la mina del pueblo, para observar las excavaciones y a la vez para ayudar a nuestras familias, ya que, en estas excursiones, los más espabilados, nos dedicábamos a recoger trozos de estaño del suelo que luego vendíamos, ya que conocíamos bien este material, por la cuenta que nos traía. A veces, si volvíamos a casa con mucha cantidad, nos dejaban una parte para ir a comprar unos dulces a una señora del pueblo, eso sí, siempre había alguno que, al venir de una familia más pobre, sabía buscarlo hasta debajo de piedras.

Todo esto sucedía en la época en la que las temperaturas eran adecuadas, frecuentemente después del invierno, cuando podíamos ir a bañarnos a la ribera, ya que bajaba más agua. El invierno era muy duro, sobre todo en la calle, pero teníamos la suerte de

que nuestros padres nos daban a cada uno, para poder quitar el frío, un brasero que hacían con una lata de escabeche a la que le ponían un asa de alambre y que, con brasas dentro, nos duraba todo el día.

En esto se puede notar la situación de miseria presente en España en aquella época. También lo vemos en un acontecimiento que no olvidaré nunca, que fue cuando procedente de América, (formaba parte del llamando Plan Marshall) recibimos leche en polvo y mantequilla que se nos daba a los niños por las mañanas, y que agradecíamos como si nos hubiesen dado oro. Las diferencias más significativas, aparte de todas las anteriores, con respecto a la escuela de hoy en día eran que hasta el año 1952 no había ni notas ni exámenes, sino que te valoraban el trabajo que hacías a diario. Otra diferencia era la estructura de la escuela, en la que, al no haber tecnología, usábamos unos mapamundis que solían estar colgados en alguna pared de la clase y que solían ilustrar tanto el mundo entero como el relieve, los ríos y las regiones de España. Aparte de los mapas había una cruz también colgada en la pared, ya que todos los días al empezar la clase rezábamos.

Los castigos eran mucho más radicales que ahora. Solamente con no saberte la lección te castigaban poniéndote de rodillas, pegándote con un palo e incluso te dejaban sin comer. A mí una vez también me pasó que la maestra me dejó sin comer, encerrado en la escuela, mientras ella se fue a su casa a comer. Por lo que aproveché el momento, abrí la ventana y salté a la calle. Comí casi atragantándome y me dio tiempo a volver sin que ella se enterase. Acudí largos otoños, primaveras, veranos e inviernos a clase, primero con la maestra a la que he hecho referencia y luego con un fraile que había dejado de ejercer, esta vez de las ocho de la tarde a las diez de la noche, un horario bastante complicado, pero que me mereció la pena ya que me fue de gran ayuda.



Arcillera, 1949.
María y Antonio Lorenzo Martín.



Arcillera, 1951.
María y Antonio Lorenzo Martín.

Todo ello compaginando el trabajo en la escuela con el trabajo físico ayudando a mis padres, ya que en aquellos tiempos los niños trabajaban casi igual que los adultos, tanto que recuerdo muchas veces tener que ir a dormir al monte con las ovejas después de salir de la clase del fraile, o ir a cosechar después de haber tenido clase toda la mañana y parte de la tarde. Pero mereció la pena, y toda la vida he estado agradecido al autor que con tanto esfuerzo y dedicación sacó adelante a cientos de niños al haber confeccionado la *Enciclopedia Alvarez*, enciclopedia que nos ilustró a los alistanos y que sin ella estoy seguro de que no hubiéramos sido nadie.

EL VIAJE

Antonio Marca Izquierdo
(Huércanos, La Rioja)

Yo nací en un pequeño pueblo a las riberas del río Yalde, separado de la capital por un Alto, el de San Antón, que conformaba entonces un horizonte de laderas donde parecía acabar el mundo. En mi pueblo teníamos una iglesia con una torre poblada de cigüeñas y un río que a cada recodo cambiaba de color. Era un pueblo lleno de fuentes que manaban en los sombríos y de calles que, en verano cada tarde, se llenaban de vencejos presumiendo de acrobacias en el aire. En los días de invierno conocíamos el sabor del barro y de la sangre en los labios, así como el rastro que deja la escarcha en las yemas de los dedos. Era en los meses de verano, sin embargo, cuando la vida surgía del fondo de la tierra como un torbellino cargado de rabia largo tiempo contenida. Y era entonces, de repente, cuando la tierra se llenaba de hierba, el agua de cucharones y el aire sabía a pámpano y a flor.

La primera vez que, siendo niño, mis padres me bajaron del pueblo a la capital por circunstancias que ahora no sabría precisar, recuerdo que sentí una sensación cercana a viajar de un golpe a través del espacio y del tiempo. La noche que precedió a aquel día fue tan larga que por un momento temí que los astros se hubieran confabulado en mi contra para hacer que no llegara el amanecer y frustrar así la arriesgada aventura que, sin duda, me aguardaba.

No fue tal. El día amaneció en el pueblo por donde siempre solía hacerlo, es decir, por los altos del Cerro Rivarrey. El autobús, al que todos entonces llamábamos coche de carreras confundiendo el tamaño con la velocidad, llegó aquella mañana, como siempre, majestuoso y haciéndose esperar como corresponde a un hecho de tan relevante importancia para la vida del pueblo. Recuerdo que subí ligero la escalerilla y me acurruqué para no perder detalle en un asiento delantero, junto a la ventanilla del costado derecho, al lado de mi madre. Contemplar los paisajes a través de los sucios cristales de aquel autobús era lo más parecido a ver una cinta como las que echaba el cura los domingos en la sacristía de la iglesia. La diferencia fundamental era que aquí yo no era mero espectador sino un actor destacado de todo lo que fuera a acontecer.

Tras un par de gruñidos malhumorados, el autobús emprendió la marcha sobre el suelo pedregoso de la carretera que llevaba a la capital. Esta era entonces una pista maltrecha, sin asfaltar y llena de baches sobre los que rebotaban las ruedas que hacían crujir sus ya dolientes ballestas. Dejamos el pueblo atrás y enfilamos la subida que en el pueblo llamábamos el Pecho del Monte. Era este un paraje agreste poblado de encinas y carrascos que como espectros asomaban sus ramas por encima de los *cantarrales*.

Yo conocía bien esos altos pues muchas veces había subido hasta allí con mi madre a escardar o vendimiar las cepas de un majuelo de garnachas retorcidas que mi padre tenía en aquellos pagos. Sin embargo, por más que eran sabidos para mis ojos, aquellos paisajes me supieron entonces, desde el otro lado del cristal del autobús, a nunca vistos. Y es que no es lo mismo ver la vida a lomos de una burra de pasos vacilantes que hacerlo embarcado en un autobús como aquel que entonces me transportaba. La vida, desde aquel asiento privilegiado en el que me encontraba, no había que salir a buscarla, salía al encuentro de

mi mirada en cada paso, en cada curva, en cada horizonte que se mostraba en el aire de manera fugaz y temblorosa.

Unos kilómetros después, cuando el autobús encumbró el Alto de la Grajera mi madre me urgió, con un codazo en el costado, a que contemplara las aguas quietas del pantano que se vislumbraban abajo en el valle:

—¡Mira! ¡Es lo más parecido al mar! —me dijo ella que aún no había llegado a contemplarlo.

Mi madre era una mujer culta y de buena conversación a pesar de que aprendiera a leer a edad tardía con los cuadernos de caligrafía que a mí me daban en la escuela como deberes.

Una vez me contó que, siendo apenas una niña, un día le pidió a su padre que la mandara a la escuela.

—¿Para qué? —le respondió el padre.

—¡Para aprender las letras, padre, y saber leer! —le dijo ella.

—¿No sabes leer? —preguntó su padre.

—¡No! —dijo ella.

—¡No te preocupes! ¡Las ovejas del corral tampoco saben! —le respondió.

Don Isidoro, que era ya por entonces un hombre de pensares revenidos, llegó en cierta ocasión a decir que “ser mujer era, a su entender, el peor oficio del mundo”.

Yo no entendí entonces el sentido de sus palabras, pero la frase quedó grabada para siempre en el barro fresco de mi memoria. Tuvieron que pasar años para que llegara a entender el significado certero y amargo de aquella escueta frase.

Las aguas del pantano se mostraban, desde la altura de La Grajera, pintadas de un azul intenso que contrastaba con el verde oscuro de los pinos y junqueras que crecían en los márgenes de sus riberas. Eran estas unas aguas mansas acariciadas por una leve brisa y que brillaban bajo los rayos del sol reflejando, cual espejo, la imagen del mismo cielo.

A lo lejos, una ciudad inabarcable para la vista parecía dormitar recostada sobre la tierra llana de un valle acunado por montañas que parecían velar su sueño. Se trataba de construcciones irregulares de ladrillo rojizo y de tejados sembrados de antenas despeinadas. Por encima de los edificios destacaba la presencia de dos torres gemelas levantadas sobre las piedras labradas de lo que parecía ser una gran catedral. Desde la distancia se podían contemplar sus campanarios, así como las altas agujas que desde su altura parecían querer arañar el cielo.

Alzando la mirada adiviné el horizonte de una sierra de piedras azules y blancas que se erguía majestuosa hasta confundirse con el cielo. Las rocas parecían ser restos fosilizados de lo que en un tiempo remoto pudo ser el airado oleaje de un mar de espumas.

—¡Esa es la Sierra de Cantabria! —recuerdo que dijo don Isidoro en voz alta— ¡Se trata de una cordillera montañosa levantada para detener los vientos fríos que llegan del norte!

Don Isidoro era por entonces un maestro cegato y malhumorado al que los mayores en la escuela dirigían todo tipo de maldades. Estas iban desde prender fuego a los pupitres en invierno con las ascuas de la estufa, meterle culebras en el cajón de su mesa o escapar por la ventana a robar fruta que luego él subastaba entre los alumnos más pequeños.

Cuando yo conocí al maestro éste era ya un hombre cansado de pelear en vano contra los fantasmas de la ignorancia que por todos lados le acechaban. Hubo un tiempo sin embargo en el que llegó a creer que la enseñanza y la cultura eran un arma con las que se podría llegar a cambiar el mundo. Lo creyó y se afanó con todo su empeño en llevarlo a cabo a través de la Institución Libre de Enseñanza que, en tiempos de la República, se instauró con fuerza y determinación en las escuelas. Sin embargo, visto el devenir que los

acontecimientos tomaron tras el fin de la guerra, bastante hizo el hombre con preservar la vida y no morir con los ojos vendados frente a la tapia de algún cementerio.

Cuando le dije al maestro que había faltado el día anterior a la escuela porque había ido a la capital con mis padres, él me dijo que escribiera en casa una redacción sobre el viaje para el día siguiente. Yo la escribí y él la leyó en público para vergüenza mía. Al terminar de leerla me dijo que la próxima vez que fuera a la capital me fijara con detenimiento en lo más alto de la Sierra de Cantabria. Que allí, me dijo, en lo más alto de la montaña puede contemplarse recostado sobre las rocas la figura de un león dormido. Todos celebramos con una sonora carcajada aquella ocurrencia sinsentido fruto sin duda de los achaques de su maltrecha cabeza.

A los pies de aquella imponente Sierra se intuía, entre riberas cubiertas de chopos y cañaverales, el manso discurrir de un río. Parecía, sin embargo, desde la distancia, como si la ciudad entera quisiera dar la espalda al curso de aquellas aguas ocreas y malolientes.

Aquellas aguas, me dijo mi padre, eran utilizadas, sobre todo, como vertedero a donde iban a parar los desechos de las reses que se sacrificaban en el matadero que había apostado en uno de los márgenes del río. Un escalofrío recorrió mi espalda al imaginar los monstruos borrachos de sangre que podrían llegar a morar bajo aquellas sucias aguas.

El autobús entró en la ciudad por una calle de amplias aceras sembradas de plataneros y escaparates que resplandecían en el aire como queriendo llamar la atención de nuestros ojos. En las calles no había ningún rastro de barro, ni de humedades en los sombríos. Todo se mostraba limpio y cuidado como si hubiera sido estrenado aquella misma mañana. Cuando el autobús cambió de dirección y tomó una calle más estrecha, el cielo se empequeñeció de repente y se convirtió en un resquicio de luz filtrada a través de las balconadas y los aleros de los tejados que asomaban de las altas fachadas.

Todos los que caminaban por las aceras parecían estar concentrados en sus pensadas y en el discurrir de sus pies por el suelo en un afán, pensé yo, de no tropezar y rodar por los suelos. Al cruzar frente a una plaza en la que había representada la figura forjada en metal de un labrador, mi padre me dijo con una sonrisa en los labios:

—¡Mira, le han puesto la cabeza pequeña y el azadón bien grande en el hombro!

—¿Sí? —dije yo sin entender.

—¡Se ve que por aquí nos conocen bien! —me contestó.

—¡Ya!

Bajé del autobús aturrido por los vaivenes del viaje y por el intenso olor a humo y gasoil que emanaba de los tubos de escape de los vehículos que estaban estacionados en el andén bajo una marquesina de uralita.

Ya fuera de la estación contemplé con curiosidad el discurrir de la gente que se cruzaba con nosotros en la acera. Me extrañaron sobre manera dos cosas: la primera era que nadie nos saludara al encontrarse con nosotros frente a frente en la calle, como sucedía en el pueblo, y la otra que, siendo día de diario como era aquel, todos allí fueran vestidos de mudado. Por ello sería que yo decidí que un día viviría en aquella ciudad. No por nada en especial, que a mí siempre me gustó el pueblo, sino porque allí, pensaba yo, todos los días eran fiesta dado que todos iban siempre de mudado. En mi casa, y en la de todos por entonces en el pueblo, las madres nos ponían la ropa de diario para ir a la escuela y la ropa de mudado para ir los domingos a misa.

Mis pasos se detuvieron de repente ante una plaza enorme abierta al cielo sobre la que revoloteaban palomas y gorriones extrañamente despreocupados de que nadie pretendiera echarles una lazada. Era aquel un espacio inmenso presidido por un escenario en forma de concha donde, imaginé, tocarían los músicos en las fiestas patronales de la ciudad. Se trataba de una plaza rodeada de abetos, plataneros y bancos donde reposaban

las miradas y los pasos de las gentes que por allí rondaban con escasa ocupación. En el centro, una gran fuente lanzaba generosos chorros de agua al aire de manera incesante y poderosa. El rumor húmedo que generaba el agua al romperse en el aire, y luego precipitarse en la superficie convertía aquel lugar en un oasis de quietud y recogimiento. Sobre los chorros de agua que manaban en el aire, sobre un gran pedestal, se erguía la figura en bronce de un militar a caballo. Se trataba de un hombre de gesto adusto que parecía retar al horizonte con su altiva mirada.

El caballo en cuestión se mostraba mucho más elegante y vigoroso que la mula torda que mi padre guardaba en la cuadra, es verdad. Sin embargo, pensé yo, de seguro que aquel presumido caballo no llegaría a mostrar ni la mitad de nobleza y tesón del que “la torda” llevaba a cabo cada día tirando del “borracho” entre los pedregales de Juncales.

A los pies de la estatua se encontraban apostadas las figuras en piedra de cuatro leones que parecían contemplar con desgana el discurrir de las personas que paseaban frente a la estatua del militar.

En un extremo de la plaza había también unas pérgolas de hierros pintados de verde por las que medraban espinadas ramas de lo que parecían ser rosales. Imaginé que en primavera aquellas ramas, entonces desnudas, estarían vestidas de hermosas rosas rojas y amarillas. Sin embargo, lo que más atrajo mi mirada fue la presencia, en un extremo de la plaza, de una pequeña caseta de piedra con tejadillo de madera, rodeada de mesas y sillas donde la gente parecía estar ociosa.

En los costados y en el frontal de dicha caseta había pequeños ventanales de cristal por los que asomaban periódicos, tebeos y revistas de vivos colores. Recuerdo que miré a mi madre sin atreverme a decir palabra. Ella, que era más lista que el hambre, adivinó mis pensadas y me dijo:

—¿Cuál quieres?

Yo miré los tebeos que estaban allí expuestos con la ansiedad del que tiene que tomar una decisión fundamental para el resto de sus días.

—¡Éste! —dije yo poniendo el dedo en la espada que el *Capitán Trueno* blandía sobre las cabezas de una turba de infieles con turbante.

Al atardecer retornamos a la Estación de Autobuses donde nos esperaba complaciente el mismo autobús que nos había traído por la mañana. Con el morro apostado frente a la pared del andén parecía estar abrevando sobre el pilón repleto de murmullos de la acera.

Al acercarnos a donde estaba aparcado pareció por un instante como si levantara la mirada del suelo para contemplar con interés nuestra llegada. Yo sentí entonces como si un guiño resbalara por el cristal de su parabrisas delantero al percatarse de que, apretado contra mi pecho, llevaba un tebeo del Capitán Trueno.

En el viaje de vuelta me senté en el mismo asiento que había ocupado en la ida. El atardecer fue apagando poco a poco los reflejos que llegaban del exterior y tan solo rescollos cubiertos de ceniza llegaron a mis ojos tras dejar atrás las luces de la ciudad. El viaje así se redujo al rugido airado del motor y al traqueteo de las ruedas sobre los numerosos baches de los que estaba sembrada la carretera. Cuando el autobús ascendió el Alto de La Grajera, el pantano era ya una mancha gris cubierta de bruma. Ante el ruido del motor del autobús, los pinos y las junqueras parecían haberse escabullido entre las sombras.

Yo no lograba entender cómo la vida podía haber cambiado tanto en apenas unas horas de diferencia. Y es que, lo que por la mañana era cielo y horizonte había quedado reducido, en un instante ante mis ojos, al discurrir del trazado de una cuneta cubierta de

matorrales bajo la luz temblorosa de los faros del autobús. Todo a mi alrededor se mostraba siniestro y esquivo. De la oscuridad surgía de improviso la silueta encendida de algún enorme pino apostado en el borde de la carretera como un alma en pena buscando amparo. Su figura semejaba a la de un fantasma que acudiera a nuestro encuentro agitando sus ramas con la intención de abrazarnos y hacernos suyos en las sombras.

Llegamos al alto del Pecho del Monte cuando ya la noche cubría los ribazos y los *cantarrales* que abrazaban con sus piedras las viñas y las encinas que allí moraban. Abajo en el fondo del valle pude intuir el latido leve de unas luces que parpadeaban en la oscuridad como queriendo dar cuenta a las sombras de su existencia. Aquellos destellos trajeron a mi memoria las angustiadas bocanadas sin aire que provocan los peces cuando quedan atrapados en un charco tras la crecida del río. Aquel era mi pueblo, pensé; era el pueblo en el que había nacido, el pueblo donde estaban enterrados todos mis muertos.

Afortunadamente, pensé, entre mis manos guardaba el cofre de un tesoro que, de seguro al abrirlo, cual lámpara maravillosa, llegaría a hacerme vivir aventuras y experiencias esforzadas en países lejanos, pelear por la custodia del Santo Grial o simplemente liberar a pueblos oprimidos de la tiranía de algún villano opresor. Este cofre preciado no era otro que el tebeo del *Capitán Trueno* que mi madre me había comprado y que apretaba celosamente contra mi pecho. En la portada del mismo aparecía el Capitán Trueno vestido de cruzado, espada en alto a lomos de un negro corcel, escoltado por la fuerza descomunal de Goliath, el agudo ingenio de Crispín y, sobre todo, por el amor incondicional de su amada Sigrid.

El día siguiente, ya en el pueblo, amaneció el sol por donde siempre solía hacerlo, es decir, por el Cerro Rivarrey. Mi madre me despertó y me sacó la ropa de diario para que me vistiera y me fuera a la escuela como siempre. Recuerdo que llegué a la escuela con la sensación de que hubieran pasado cien años desde la última vez que formé la fila, brazo en alto, bajo la bandera desteñida que presidía el frontal de la escuela. Ya en el interior de la misma, mientras todos cantaban la canción “Prietas las filas” de manera desentonada, y con las ventanas bien abiertas para que todos en el pueblo la escuchara, yo imaginé que en la capital todos irían de mudado por la calle y que por tanto también sería día festivo.

EL MAESTRO A QUIEN DEBO TODO LO QUE SOY Y LO QUE TENGO

José Martín Barrigós
(Almeida de Sayago, Zamora)

A lo largo de mis viajes profesionales por todas las regiones de España, he tenido ocasión de conversar con multitud de personas que elogiaban a las maestras y maestros zamoranos de los que tuvieron la fortuna de ser alumnos. Gentes que, gracias a la encomiable labor pedagógica de éstos en la Enseñanza Primaria, alcanzaron en su devenir biográfico metas profesionales y humanas de relevante trascendencia. Mujeres y hombres que manifestaban con vehemencia y rendida gratitud a sus educadores, reconociendo que ellos labraron con su celo y entrega los valores que fundamentaron su personalidad y el progreso de sus vidas.

En concreto en Almeida de Sayago (Zamora), pueblo en el que tuve la fortuna de venir al mundo, así fue desde muy antiguo, como lo aseveraba la siguiente reseña de la prensa de la capital ya en diciembre de 1918: “En este pueblo (...) los maestros se exceden en el cumplimiento de su deber e inculcan a diario en los espíritus infantiles las ideas del estudio que es madre de la cultura, haciéndoles ver que éste es la brújula de orientación que puede llevarlos contra todos los vientos pasionales, salvando los escollos y burlándose de todos los inconvenientes que puedan presentarse en el navegar de la vida, desde la alegría del bautismo hasta la tristeza del epitafio”¹.

En mi caso, también ha sido así. A un maestro zamorano, natural de Peñausende, don Juan Antonio Casanueva Sogo (1910-1998), debo en gran medida lo que soy y lo que tengo. Era don Juan Antonio, de robusta complexión, un jayán con ademanes un tanto rudos y voz potente, para luego... Luego, nada. “Una hermanita de la caridad”, un “travestido de la bondad”, dicho con todo respeto. Mucho más grande su corazón que sus hechuras de hotentote. Siempre con su traje negro y su sombrero de paño fino, resaltando su prestancia natural y su amable trato. ¡Y no digamos cuando los días festivos lucía su capa española, con vueltas de terciopelo verde y carmesí...! A mí me encantaba acercarme a desearle “buenos días tenga usted”, cuadrado frente a él, con los brazos cruzados y reverente porte, como mandaba el ritual establecido para los maestros y para el señor cura párroco.

Titulado en la Escuela Normal de Maestros de Zamora en 1927, con la calificación de “Matrícula de Honor en los exámenes de junio”. Dedicado a su escuela en cuerpo y alma, se entregaba con apasionado ardor a enseñar y empeñaba con vehemencia su mucha energía vital en hacer aprender a sus alumnos. Quisiéranlo o no, los afectados.

Parecía a veces que deseara trepanar la caja craneal de alguno para embutir en su cerebro la regla de tres o los afluentes del Duero por la derecha. Pero, como había de contentarse con un simple ademán punitivo, se le veía consumirse de impotencia y rabia contenida. Su rostro congestionado, no sé si por su superlativo afán docente o de puro

¹ “Impresiones de Almeida. En pro de la cultura”, *Heraldo de Zamora*, 13 de diciembre de 1918, pág. 2. (N.A.).

genio, se mostraba terrible cuando machacaba hasta desgañitarse para con incansable empeño alfabetizar a los más zotes. Era consciente de que sin cultura no hay libertad y la dignidad humana se resiente.

En las escuelas graduadas “Federico Requejo” de Almeida, chicos y chicas en edificios separados, había tres grados con sus respectivos enseñantes en cada uno de ellos. Además de las enseñanzas que para cada grado estaban establecidas, para los de segundo y tercer grado, las lecciones de la *Enciclopedia Álvarez* del nivel correspondiente, don Juan Antonio tomó la iniciativa de programar algunas clases de geología, botánica, zoología, labores agrícolas, etc. al aire libre, en el campo y en pleno contacto con la naturaleza. Y aún más, se ocupaba de instruirnos en algunas normas de comportamiento contenidas en las a la sazón denominadas “reglas de urbanidad”: respeto a las autoridades, a los mayores, a los padres y familiares; a los bienes ajenos, a la religión y a sus ministros, a la palabra dada, a la madre naturaleza, a los compañeros; el aseo personal, la cortesía y el buen trato... Es decir, no solo instruía, también educaba.

Los inviernos en Sayago, en los años de posguerra, eran crudos y largos. En las aulas de aquellas escuelas no había calefacción alguna. En las manos de los escolares era frecuente la aparición de sabañones (*eritema pernio*). Efecto del intenso frío padecido, al punto de no poder servirse de ellas para manejar los pizarrines con los que teníamos que escribir o “hacer cuentas” en las negras pizarras, el sustituto económico de los cuadernos, por permitir el borrado y su reutilización.

Atento a salvar todo impedimento que perturbara el aprovechamiento de sus alumnos, el buen maestro adquirió una estufa de leña que pagó con dinero propio, asumiendo el riesgo de no conseguir su reembolso posterior por parte del organismo concernido. Los alumnos, ya libres de tener que traer de casa una especie de braseros en viejas latas de conservas, disfrutamos del regalo sin preocuparnos por si lo consiguió o tuvo él que asumir el gasto. Nuestra aportación fue en lo sucesivo de trozos de troncos de encina para nuestra estufa, de la que presumíamos de lo lindo.

Recientemente he tenido ocasión de visitar la centenaria casa familiar del educador, en Almeida. En ella guarda su hija un legado de sumo interés: documentos, cuadernos, cartas, etc. de su padre. De esta documentación me han interesado algunos cuadernos que recogen anotaciones referidas a cursillos de perfeccionamiento pedagógico en diferentes épocas. Lo que quiere decir que mi buen maestro no dejó de esforzarse por mejorar y actualizar su trascendental tarea de educar; buscando siempre hallar la mejor forma de interesar a los alumnos por la materia a explicar. Observo que el método predominante con insistencia es el de obtener la participación activa del alumno.

Un ejemplo: en un cuaderno de 1932, bajo el título de “Preparación de lecciones del cursillista”, dejó escrito:

“Lectura explicada. Anunciando el trabajo de la clase y en espera de algunos minutos diré a los niños: Voy a escribir en el encerado tres palabras, a ver de vosotros quien las lee. Escribiré despacio y claro: Juan Ramón Jiménez.

Después que varios niños hayan tenido deseos de hablar y hayan terminado todos de leerlo, le mandaré leer a uno en voz alta.

Después diré yo: J. R. J. es el nombre de una persona, de un hombre. ¿Alguno de vosotros sabe quién es J. R. J. ¿Y sabe lo que ha hecho?

Pues, si ellos no contestan, diré: Es un hombre que trabaja en escribir libros. Vosotros sabéis que todas las personas trabajan en algo. Varias preguntas a los niños con respecto a sus padres.

El libro más bonito de todos los que ha escrito está aquí (lo abro a la vista de todos). ¿Cómo se llama? Se llama... ¿A ver quién va a leer el nombre de este libro? Lo voy a escribir. Voy a la pizarra y lo escribo (J.R.J.)-Platero y yo.

Pregunto: ¿Hay algún niño que me pueda explicar algo de lo que quieren decirnos esas palabras?

Ahora escribid todos en vuestro cuaderno lo que está en la pizarra.

¿Sabéis quién es Platero? Si ellos no contestan, les diré que Platero es un burro, etc., etc.

Después les leeré un párrafo del libro invitándoles a que presten atención, para luego decirme lo que hemos leído.

Así por ejemplo el párrafo de la página 17.

Luego invitar a que todos los que lo hayan entendido se levanten, y si es necesario lo vuelvo a repetir.

Inmediatamente haré varias preguntas; cogiendo el yeso voy a la pizarra y digo: Vamos a escribir lo que habéis entendido de Platero, lo que han dicho esos niños. Les diré que dibujen el burro que será Platero e igualmente que ellos haré yo. Después comentaremos aquellas palabras que nos parezcan más a propósito, por ejemplo: Por qué se dirá que es peludo. Así seguiría en toda la lectura.

León - 4 - abril - 1932”.

A un grupo escogido, nos preparó para estudiar como alumnos libres los tres primeros cursos del bachiller de entonces, en el Instituto “Claudio Moyano” de Zamora. Éramos diez, seis chicos y cuatro chicas, y todos obtuvimos muy buenas notas en los exámenes finales. Pero, el tercer año tuvo que ser el último. El latín y el francés, que ya se incluían en el plan de estudios vigente, excedían el bagaje de sus conocimientos, razón por la cual en ese punto hubo de poner fin a su docencia.

En uno de mis libros he dejado escrito: “De entre las muchas y buenas cosas que debo agradecer a este mi maestro, en primer lugar, sitúo yo la afición a la lectura. Libros infantiles de ida y vuelta, editados por Afrodisio Aguado, llenos de aventuras y emocionantes relatos. *La Odisea* y la *Iliada*, Julio Verne, *Fábulas* de Esopo, Samaniego e Iriarte, el *Quijote*, *Ivanhoe*, *Tartarin de Tarascón*, *La isla del tesoro*, etc. Paisajes y mundos ignotos donde ocurrían lances sorprendentes y no había lugar para la monotonía y el aburrimiento. ¡Benditos aquellos humildes libros escolares que despertaron en mí la curiosidad por todo y el ansia de conocer y saber más! Sin esta semilla en mi infancia, mi vida se habría quedado al margen de muchos y grandes goces intelectuales”².



Diploma de los exámenes de junio de 1927 con la calificación de Matrícula de Honor.



Título de Maestro de Primera Enseñanza en 1928.

² Martín Barrigós, J. *Mítico Sayago*. Madrid: Bubok 2008, p. 44. (N.A.)

Para muchos, todo esto no era entonces comprensible, pero después, el tiempo nos lo hizo patente. Justo es que hagamos pública su tan ferviente entrega, blasón de la plausible misión de aquellos heroicos maestros zamoranos de pueblo. Para ellos la gratitud que merecen y los honores que le son debidos.



El autor de este relato con su hermana en 1950.
Típica foto de recuerdo escolar. Álbum familiar.



Una página del “Cuaderno de preparación de lecciones del cursillista (1932)” que se menciona en el texto.



Don Juan Antonio Casanueva Sogo.

EL PUPITRE CON TINTERO Y MIS EXÁMENES DE LENGUA

Moisés Martínez Quintana
(Almedina, Ciudad Real)

Los que ya peinamos canas teníamos una abuela, al visitar la que fue su casa recordamos esos años en los que a su lado fuimos felices, en ella mi cabeza se llena de recuerdos. Estos siguen vivos pues se grabaron a fuego en nuestras mentes infantiles y como suele pasar con los de la niñez de una forma imborrable.

No sé si a vosotros que leéis este escrito os pasará igual, pues muchos vivisteis conmigo aquellos días, sobre todo sus tardes, que eran largas, como si esos días no tuviesen fin. Solo regresaba con la abuela para pedirle mi tableta de chocolate con una buena porción de ese pan oloroso y sabroso de aquellos días.

Parecía que no terminaban nunca, las horas nos cundían más y cuando pensábamos en hacernos mayores lo veíamos tan lejano que nos parecía inalcanzable.

Cada día llegábamos al cole con nuestras carteras de cuero y aquellos plumieres de madera que se abrían corriendo su tapa hacia un lado. Los lápices de colores “Alpino”. Si cuando escribo estas líneas respiro fuerte, aún puedo distinguir su aroma como si los tuviese delante, junto a ellos el sacapuntas metálico y aquellas gomas de borrar “Milán” de las que sin ningún esfuerzo recuerdo su textura.

En el aula hacía frío en invierno, pues la estufa solo calentaba al maestro. Pero no nos importaba, nuestras madres nos mandaban bien provistos de gorros de lana y guantes, incluso las abuelas hacían la última revisión antes de que saliéramos a la calle.

Porque lo que era ir íbamos solos, por lo menos en los pueblos, formábamos una pandilla que se iba acrecentando conforme nos acercábamos al cole, las carreras, pescozones y juegos ponían música a aquellas mañanas. Por desgracia hoy esa música ya cesó, los pocos chicos que quedan en los pueblos pequeños los acercan las madres o padres con sus coches, mientras ellos no levantan la mirada de sus pequeñas pantallas.

Uno de mis más profundos recuerdos grabados a fuego en mi memoria fue el día en que pasé del *Parvulito* a la *Enciclopedia Álvarez* de Primer Grado, era mas gruesa que el antiguo libro y con las cubiertas duras y brillantes, aquel niño leyendo bajo el árbol, fue muy importante para mí, cuando mi madre me la entregó, para mí fue un pequeño tesoro, no paraba de ojearla y leerla, eso sí con el cuidado del que tiene en sus manos algo muy importante.

En aquellos días no era como ahora que las casas están llenas de libros y revistas y además se pueden conseguir en cualquier sitio. En casa solo podíamos leer los calendarios que a veces venían con leyendas traseras y el *Promotor*, revista mensual que recibía mi abuela María y que trataba de temas religiosos e historias que me parecían muy interesantes, por lo menos daba para llenar nuestra falta de prensa y libros; alguna vez también mi abuelo me traía de no sé de dónde algún *ABC* un poco atrasado, pero a mí me sabía a gloria.

Otro de los grandes hitos de aquellos días fue cuando en una tienda de la plaza paso algo para mi alegría. Por cierto, parecía una de esas tiendas que salen en las películas del Oeste americano, lo mismo te vendía unas zapatillas marca “La Tórtola” que te ofrecía

una tarrina de mantequilla tres colores, de un sabor tan inconfundible que por muchas que he comido ya a lo largo de mi dilatada vida, nunca conseguí una que se le acercara a aquel especial sabor que aun mis papilas recuerdan.

Lo que quería decir de esta tienda después del inciso explicativo es que en un momento comenzó a traer tebeos del *Capitán Trueno*, *El Jabato* o de otros héroes que se promocionaban en aquel tiempo como *Tintin*. La tienda por cierto la llamábamos la de los “Pajarillos” pero no nos vendía los tebeos, eso estaba quizás lejos de nuestras escuálidas economías de críos, nos los alquilaba por cincuenta céntimos (de peseta), por lo que la ansiedad crecía cuando sabíamos que estaban a punto de llegar los nuevos, estos pasaban de mano en mano, luego como si de una tertulia se tratase comentábamos las aventuras de tan excelentes héroes.

¡Qué pena! ¡Es como si a los pueblos les hubiesen robado parte de su alma más viva! Pero sigo recordando y mi mente me lleva a aquellos pupitres de madera con las sillas adosadas en una pieza, ya en mis tiempos teníamos lápices y comenzaban los bolígrafos, pero aquellos pupitres que vieron muchas generaciones de peques antes que yo, aún tenían un hueco donde iría el tintero, en mayor o menor medida todos estaban manchados de regueros de tinta ya negra por el tiempo.

El maestro, que en este caso se llamaba don José Antonio, monótonamente nos relataba los ríos de la península y sus afluentes por la derecha y por la izquierda. Pero donde más inflexible y duro era en cuanto a la lengua y a la ortografía, decía que la lengua con sangre entra, recuerdo que no pasaba ni una pues en un examen de lengua de los que nos ponía no podía fallar ni una sola tilde, cuando dictaba con voz queda y alta quería que cada palabra la plasmáramos en el papel sin el más mínimo fallo ni tachón.

Mientras con una fina varita de olivo se entretenía en estrellarla en una de sus palmas, eso sí suavemente, cuando alguno cometíamos una falta de las que él consideraba imperdonables o no sabíamos una respuesta que deberíamos conocer, nos llamaba y sin levantarse de su sillón nos pedía que le enseñáramos las palmas, a veces el recuerdo del dolor que producía nos hacía retirarlas antes de tiempo, entonces los varetazos eran dobles.

Aún recuerdo regresar al asiento con un escozor que hacía que las lágrimas fluyeran, eso sí, sin un solo gemido: “Los hombres no lloran”. Luego los alegres recreos llenos de trompos y canicas, las guerrillas entre bandos y la exploración de las dependencias que nos estaban vedadas, aventuras que suponían que nuestros jóvenes corazones se aceleraran.

¡Y las chicas! Eso estaba tan regulado y estricto que las clases estaban separadas, de hecho, dos para chicos y dos para chicas cada pareja de aulas con sus pasillos independientes. Los recreos los celebrábamos separados y si alguno de nosotros se acercaba demasiado y charlaba con alguna de las chicas allí estaba doña Marce para con suavidad, pero con firmeza hacernos volver al redil de nuestros juegos de chicos solos.

Ni en los cánticos comunes que celebrábamos juntos las tardes de mayo —Lo llamábamos flores a María dedicados a la imagen que previamente habíamos ataviado para la ocasión con flores, tomillos y alguna mariposa grandota que quedaba prendida en su manto—. Aunque ahora sí juntos, el sacerdote, nuestros maestros y las costumbres hacían una barrera psicológica entre los dos sexos.

Menos mal que teníamos nuestro campo de fútbol a la espalda de una de las aulas, dos piedras para cada portería y un balón a veces mejor y otras peor dependiendo de quien lo aportara; por supuesto para ver si era gol y calcular la altura eso se hacía a ojo y primaba el criterio de la mayoría.

La fuente quedaba lejos y jugar daba sed, menos mal que enfrente estaba la casa de la abuela Adora y siempre con una sonrisa en los labios nos daba un vaso de agua cuando lo necesitábamos.

¡Qué tiempos! Todavía quedaba mucho de la España todavía bajo la Dictadura, recuerdo que ciertos días nos hacían formar como pequeños guerreros al pie de la bandera y cantar el “cara al sol”, cuando preguntábamos en casa que significaba eso, todo eran evasivas y salidas del atolladero, el miedo tan cercano de unos días de dolor y brutal venganza tenía los corazones de los míos (hijos de *rojos*) llenos de un miedo que les atenazaba como una amarga mordaza.

Tendrían que pasar muchos años todavía para que mi abuela me contase con solemnidad que mi abuelo pasó ocho años en campos de concentración y trabajos forzados ¡No hace tanto, solo han pasado unas décadas! Todavía nadie me hablaba del hambre de mi abuela, mi padre y hermanos cuando sin ninguna razón les arrebataron a quien más querían.

Aun así, sobrevivimos y a nuestra manera disfrutamos de aquella niñez que pasamos en la calle, donde jugábamos sin cansarnos, siempre con las rodillas llenas de heridas y el moquillo colgando.

No teníamos apenas nada, pero nuestra imaginación creaba lo que no estaba a nuestro alcance, cualquier árbol caído era un potente avión o cualquier caja de madera un coche deportivo. Quedan muy atrás aquellos años sesenta, el recuerdo de la tiza sobre el raído encerado quedó prendido en un tiempo que ya no volverá, pero que siempre estará en nuestros corazones.



Antiguo colegio de Nuestra Señora del Rosario.



Uno de los libros que conservo.



Cartilla que conservo.



El autor, Moisés Martínez,
en los primeros años 60.

LS GAMBUSINOS DE FURMINO

Alcides Meirinhos
(Cicuiro, Miranda de l Douro)

L sol d'eimbierno, inda meio ambergonhado, ampeçaba a spreguiçar-se al antrar pulas bidraças biradas a naciente. Na sala, arriba, un quadro negro i un cruçficio colgado na parede al lhado de la mesa de la porsora. Na parede an zlhado, dous retratos bien colgados i a la muostra para que naide sequecira que tamien eilhi chegában las manos i l peso de Lisboua. Ls mapas nessa parede amostrában l que sobrou de l ampério i adonde se daprendien ls rius, las sierras, las porbíncias d'acá i d'alhá de l mar. Na parede de baixo, a la dreita de la puorta d'antrada, l almairo de las medidas, cun pesos, balança, prumo, régua i outros aparatos de medir i que studar. Las carteiras de madeira, cun banco i cuostas, dában para dous que a la beç íban molhando las canetas de palo cun bico de lhata no tin-teiro cerámico al meio.

Mal se sentie cerrar la casa de la porsora, l ritual de l ampeço era sagrado: todo mundo s'alhebantaba i, an siléncio, quedaba al lhado de la carteira a spera de la doutrina na ladainha deseando ua lharga bida als dous persistentes que todo ouserbában atrás de l bidro de ls relicários ancaixelhados. Un deilhes, passado uns tiempos diç que apanhou tamanha chimpa dua cadeira que, pul que cúntan, nunca más fui persona para dezir chite nien chote.

Donde an onde, nas eiras delante la scola i no absedo de las paredes de ls cortineiros, inda sobrában buonos cembones de niebe cisqueira de la nebada atrasada, l que daba inda más claréncia a l'ancarambinada manhana que a todos deixaba ancalhadicos, a tembrar cun friu i de dientes a tocar la matraca. Apuis de mandar sintar a todo mundo, la porsora Céu apunta la braseira inda chena de cinza de la biespera, bira-se para mi i para Manuol i bota cun boç de mando: "hoje vão os dois buscar as brasas!".

Um palo atrabessaba las argolas de la braseira para nun mos queimar, cada un pegaba an sue punta i ála! l çtino era la buolta al lhugar, ua buolta para demorar arrimado a meia hora, a pedir brasas a quien tubisse bun lhume para apuis mos podermos calcer na scola. Batiemos a las puortas que mos parecia i a las bezes mandában-mos antrar: "beni a calcer-bos mius ninos, anda que dalgua brasica si haberá". Milagre que antrássemos, la calor nun queimaba i ls pinganielhos colgados de ls telhados tamien nun éran morgados. Nos paralelos de la ruga de l'eigreja las cholicas no sou *trac trac* de caminhar, parecien castanhuolas de palo d'amieiro que miu pai mandara fazer eilhi pa la Moimenta. Tiu Juan Picaruto apregonaba la bantaige de las cholas suobre las botas de suola i bezerro: "nada cumo la madeira ambaixo ls pies, nun se repássan nien passa la friura canielhas arriba!".

A la punta de baixo de l lhugar moraba Furmino, un nino zorro de sous uito anhos, i sue mai Tie Sabel Xistra, nua casica al absedo cun puorta i boucin, sien jinelas nien bidraça que deixasse passar la lhuç. Anriba de la troça de madeira de carbalho, la pequinha parede era cruzada por ua parreira de rei, agora znuda. Mui amperrunhadico, dezien que passaba fames cumo nites d'eimbierno mas era l único que se podie ajuntar a la mocidade sien pagar l bino.

Tornábamos yá pa la scola, ruga arriba quando Manuol me sal cun esta: "Sabes que ls lhobos quaije que comírun a Furmino trasdonte a la nuite?".

Quedei acagaçadico de todo. Falar dessa maneira ne “ls lhobos?!” até mos ponie ls pelos de punta. “Sí” diç el, “ls moços trasdonte a la nuite lhebórun-lo para apanhar gambusinos eilhi pa ls Lhameirones”.

Esse sítio de l termo queda a scassos dous bolos de paçpalhaç de la Raia i de ls pinhos spanholes. “I sabes que más?” diç Manuol mui spantado, “lhebórun-lo eilhi pal pie de la silbeira a la punta de baixo de la tierra de Tiu Abelino i deixórun-lo de zinolhos na niebe ancarambinada c’ua saca abierta a spera que ls gambusinos antráran. Quedou solico i al friu porque le dezírun que la mocidade iba a xotá-los para el los apanhar, mas scapórun-se pal lhume que tenien no terreiro! Nun passou alhá toda la nuite porque ls moços, yá mui tarde, resolbírun tornar a saber del. Quando chegórun al pie, diç que inda staba no mesmo sítio, geladico por anteiro, mudo i a acenhar pa la Raia. Ls lhobos habien andado al redor de la silbeira porque la niebe staba todica pateada deilhes, i Furmino a pensar que éran gambusinos. Diç que tubo suerte porque nun amostrou miedo pensando que era dalgun gambusino par’acaçar, quando nó éran bien capazes de lo haber matado i comido. Apuis ye que lo traírun pal lhume para se calcer ye que Juan Ferreiro fui por ua tabafeia i un carolo para que comira algo”.

Chegados a la scola, la cumbersa cun Manuol fui-se derretindo nas brasas que lhebábamos para que todos cunseguíssen zangaranhir las manos, quando nó nien canetas nien lhápeç de piedra darie cuenta de las letras i de ls números que la porsora Céu mandasse fazer.

Puosta la braseira an sou strado de madeira al pie de la porsora, dous a dous de cada beç alhá mos íbamos calcendo.

LA FRINCHA PAPA-RÉGUAS

Júlio Meirinhos
(San Martino, Miranda de l Douro)

Quejírun las bidas de mius Pais Mirandeses que fura feito i nacido na Adalhuzie Spanhola. Cun seis anhos bi pula purmeira beç Tierra Pertuesa i traie cumo riqueza la lhéngua spanhola daqueilha caliente Region.

Os prazos de lei para ampeçar la bida de estudante no lhugar Mirandés de San Martino nun deixában que llebasse pa la sala de aula la lhéngua pertuesa cilha sola. Era ua ambul-tura de Adalhuç cerrado i Mirandés sorbido an scassos meses no meio familiar de mius abós i gentes de l lhugar. Fácele de cumprir la alcunha de “l spanhol” cumo passei a ser tratado. Más custoso de cumprir fui l trato que parecia ser questume de la manha pedagógica, de ansinos físicos dados pula Porsora c’ua régua na palma de la mano quando la mie spresson tubisse dalgun resquício de amboltura lhenguística spanhola/mirandesa.

Ancunformado, fui fácele cumbinar cul miu cumpanheiro de carteira, Tino Rauta, tamien çtino de las reguadas professorales, cumo a bien dezir todos ls alunos, menos dous, filhos de Guardas Fiscales, an fazer zaparcer ditoso strumiento de lheinha, cun sucos quadros por todo el i que mos deixaba la palma de las manos bien mal tratada.

La Scola tenie un alçapon de meio metro de alto de ampossibile antrada por un pequeinho boucin de la parede de l lhado de fuora para que aquel amadeiramento nun to-passe na tierra i ser cunsiderado para calcer ls pies.



Scola de San Martino.



Ambaixo rapazes, anriba rapazas.

L suolo an madeira, ou pula eidade, rataria bária ou por obra de outras ancunformadas bítimas de las reguadas, tenie l que percisábamos: dalguas frinchas que podien deixar passar las malfadadas réguas i cun isso quedarmos lhibles de la perséncia na scola de l strumimiento maçucador. La ouperaçon cumbinada cun Tino resultou bien por dues bezes, tornando a aparecer régua nuoba, por obra de la Porsora, passadas poucas semanas de l zaparcimiento. Reinou cúrtia alegrie na sala de aula, porque la medrunca Porsora demudou l sou antigo modo de coça pul sipar d’ourelhas. Mesmo assi, habie balido la pena i nun deixou de repersentar para todos ua pequeinha bitória.

La eimigraçon llebou a mius pais para Tierras de Fráncia i durante la scola purmaira bibi cun mius abós. Miu abó carpinteiro, combatiente na Purmeira Grande Guerra, feito

prisioneiro an La Lys, tornou seis meses apuis de la guerra, sendo un afamado i popular carpinteiro tenendo sue fama chegado a ls oubidos de la Porsora, ua senhora fidalga de fuora de l Lhugar. Ne l meío de la aula, recibo, spantado la boç amperatiba de la Porsora: l abó de Júlio ye carpinteiro i el bai-le a dezir para fazer ua régua cun agarradeiro! Nun me ancreditaba que miu abó sabendo para que era l anstrumiento aquel aceitasse fazer ditosa obra. Sabie, tamien, que se la régua nun fusse feita sufrerie castigo.

La régua fui feita por miu abó cumbencido de que se trataba, por mie splicaçon, de un anstrumiento para jogar a la bigarda a la moda de Sebilha. Anraibado, fui a antregar la régua no amprecípio de la aula. Nun me deixou sintar i nun de ls sfregantes más penosos i houmildantes que bibi, sien cumprir, dá-me ua fuerte reguada an cada mano, solo porque sí. L ambiente pidesco i bufo tan próprio de l regime político nesse tiempo, habrien sido l bastante para ser eidenteficado cumo l antoante de l zaparcimiento daqueilhas dues réguas.

Stábamos a poucos dies de las férias grandes de berano, la Porsora fui mudada para ua scola fuora de l cunceilho i cun l nuobo anho chegou la frescura, l'alegrie, l ampeçar de la aula cun cantigas antressacadas cun ginástica i l deseio firme de ir pa la scola porque nun habie castigos. La Porsora Dona Branca de Bergância, inda biba, ua referéncia para mi i para muitas dezenas de ninos.

Na década de sessenta tamien habie Pedagogos cun coraige i de eilite. Por isso eilha stubo tan pouco tiempo no ansino.

DON TINO

Juan Muñoz González
(La Isla, Asturias)

No puedo presumir de empaparme desde la tierna infancia de los saberes que encierran los libros. En mi casa no había ninguno. En la salita de estar —no llegaba a la categoría de salón— los anaqueles brillaban por su ausencia. Las paredes estaban recubiertas de un papel pintado florido y mareante, y como únicos muebles había una mesa camilla redonda como una hogaza de pan donde nos rebujamos toda la familia para acercar los pies al brasero que se ocultaba debajo del faldón. Allí no se debatía sobre si era mejor García Márquez o Vargas Llosa, si Camus tenía más razón que Sartre. Las conversaciones oscilaban entre los sinsabores de la vida y los chistes verdes con sobreentendidos para ocultar a la prole su significado. También era una escuela para aprender refranes que los mayores recitaban como autos de fe aunque se contradijeran entre sí: *Al que madruga Dios le ayuda* y, sin embargo, *no por mucho madrugar amanece más temprano*.

Pero empecemos por el principio. Me llamo Juan Muñoz y mi infancia transcurre en un pueblo que se llama La Isla, en la costa asturiana. El maestro se llamaba don Tino. Siempre pensé que se llamaba Don y se apellidaba Tino porque las dos palabras aparecían pegadas como una lapa. Don Tino llegaba a La Isla en bicicleta, con el cuerpo bien erigido, huyendo de la postura aerodinámica que frecuentaban algunos ciclistas. Me tuvo dos años en su escuela como a un refugiado sin papeles. Tenía cuatro años cuando empecé y la edad oficial eran seis. Había una razón. Por las mañanas, veía con envidia cómo otros niños mayores pasaban con el cabás a la escuela mientras yo me quedaba en casa. Mi madre le pidió al maestro si podía ir para calmar el empeño que yo ponía. Él le dijo que sí, que enseguida se me pasaría el antojo. No se me pasó. Al contrario. Era el primero en llegar y el último en salir. Don Tino pedía voluntarios todos los días a primera hora para ir a recoger leña y encender la estufa. Todos se apuntaban menos yo. Empezaba mis tareas nada más bajar el asiento del pupitre. Aprender las letras, por ejemplo, la *m*, a base de leer repetidamente *mi mama me ama*; aprender a escribir, a transformar los sonidos en letras escritas con aquellas plumillas de tinta china que se hundían en el papel. Sumar cuatro más tres a base de poner los palotes en fila, contarlos todos, y descubrir que eran siete. Todo tenía un sentido mágico para mí. Yo escribía muy concentrado, apretando la plumilla con toda la fuerza de mis dedos, con la lengua asomando por los labios entreabiertos. Además, entender las letras era sentirte un poco más cerca de los mayores, y eso, para el benjamín de la clase, era muy importante. Cuando llegaba la hora de volver a nuestras casas, mis compañeros salían a la carrera con el mismo alboroto que si se declarara un incendio. Menos yo, que seguía a lo mío, ajeno a que para el maestro también acababa su jornada laboral. Lejos de echarme, se sentaba a mi lado para corregir mis deberes durante un buen rato. Recuerdo de aquellos años el placer del descubrimiento, el aprendizaje de aquellos signos que antes habían permanecido ocultos.

Si yo era el más pequeño, Elías, con 18 años, era el mayor. Tenía un trastorno mental severo a causa de una caída que había sufrido de pequeño desde el corredor de su casa. Era capaz de reconocer todas las letras y silabear perfectamente. Sin embargo, no podía hilvanarlas y pronunciar la palabra completa. Había desarrollado un truco que le permitía ocultar su limitación, y consistía en mirar la imagen que aparecía en el libro, encima de las

letras, y que ilustraba el texto. Así, pronunciaba la sílaba escrita, *me*, después la que aparecía a continuación, *sa*, miraba el dibujo, y pronunciaba correctamente la palabra completa: *mesa*. Su engaño se vino al traste cuando, después de leer correctamente *ra* y después, *na*, miró el dibujo y dijo muy orgulloso: *sapo*.

Cuando me fui de La Isla a Cangas de Onís, con ocho años, don Tino me regaló un libro. No era la *Enciclopedia Álvarez*, que todos conocíamos, con aquellas tapas tan duras y que trataba de cosas bien diferentes. Este hablaba de lo mismo en todas las páginas. Era una novela. Se titulaba *La vuelta al mundo en ochenta días* y lo había escrito Julio Verne. Empecé a leerla por curiosidad, sin muchas esperanzas de acabarla. ¡Qué equivocado estaba! Me enganché de tal manera a las aventuras de Phileas Fogg que por primera vez en mi vida llegaba a clase, ya en Cangas de Onís, con los deberes sin hacer. Aposté con el protagonista que era posible dar la vuelta al mundo en ochenta días viajando en trenes y barcos, en elefantes y trineos. Padecía con él los inconvenientes que iban surgiendo y celebré al final que hubiera llegado a tiempo más que un cumpleaños.

Cuando acabé mis estudios universitarios me enteré de la muerte de don Tino. Siempre tuve en la cabeza la intención de visitarle, de agradecerle desde la conciencia de un adulto lo que había significado en mi vida, la información que me había dado sobre las becas para poder seguir estudiando, la oportunidad de vivir otras vidas a través de la lectura. Pero no lo hice. A veces nos acordamos tarde de algunos deberes que tenemos con las personas que más nos influyeron, cuando ya no tiene remedio.

NUNCA ARRANCARÉ ESTAS RAÍCES

María del Pilar Pérez Núñez
(Sotillo de Cabrera, León)

Aunque asistí muy poco tiempo a la escuela de mi pueblo, guardo muy gratos recuerdos de mis maestras. Porque, con el esfuerzo de mis padres, todavía no tenía diez años y ya me encontraba interna en un colegio de religiosas. Allí cursé mis estudios de bachiller superior. Podía haber elegido otros pero ya, desde aquellos primeros años, supe que lo mío era la enseñanza, y no cualquiera, aspiré siempre a la mejor: ser maestra de un pueblecito.

Así es que, terminados mis estudios, a comienzos de la década de los años 70, accedí a una, luego otra y, en mi tercer destino, llegué al pueblo más pequeño y encantador de todos, en La Cabrera leonesa. Mi primera impresión fue de alarma, no por sus queridas y maravillosas gentes, no por los niños y niñas, dieciocho, que me tocaron por gran suerte, sino por las circunstancias que les rodeaban... se trataba de escolares de todas las edades y cursos, desde infantil a octavo de EGB, y varios estaban fuertemente condicionados por las obligaciones familiares. La escuela era muy, muy rústica, tanto que consistía en una desvencijada casa con corredor por donde teníamos que pasar para llegar al fondo a una estancia sin apenas luz natural; solo un pequeño ventanuco. Para acceder, íbamos pasando por ese pasillo que tenía, como vecinas y compañeras, a unas ovejas y, debajo, con sus mugidos y calor, que se agradecía, unas vacas. Allí las visitaba yo cuando alguna necesidad fisiológica me apremiaba y, siempre, mirándolas de reojo. Ahora que lo pienso y, salvando las distancias, encuentro cierta similitud con el entrañable portal de Belén. Cuando hacía viento fuerte, salíamos de la escuela a la calle, porque parecía cimbreada la estructura y había un robusto árbol que golpeaba sus maltrechas paredes. Durante los recreos, les encantaba jugar al balón, que poco nos duraba, por lo escarpado del terreno. En sus pendientes y desniveles perdimos más de uno...

En el pueblo me recibieron con alegría y respeto. Sin embargo, al repasar la lista de niños y niñas escolarizados, me faltaban algunos. Me informé dónde vivían y mi primera labor fue ir a sus casas:

—Soy la maestra y he comprobado que su hijo no ha ido a la escuela.

—Ah, señorita, es que está cuidando las vacas en el campo —me decía.

—Mire, señor, si su hijo hoy no va a la escuela, mañana, cuando se le mueran las vacas o tenga que venderlas, no sabrá comprar ni vender. ¿Cree que eso es lo que usted quiere para su hijo? Busque, por favor, una solución que seguro encontrará y que vaya a la escuela.

Por suerte, fue el primer logro, ya que acudió desde el día siguiente. Después, tocaba visitar la casa de una niña más mayor. De nuevo:

—Buenos días, soy la nueva maestra. Por favor, ¿por qué no ha ido a la escuela su hija?

—Es que mire, señorita, tengo una niña muy pequeñita y tiene que cuidarla para que yo vaya al campo —me replicaba.

—Señora, si usted quiere, yo puedo permitirle que lleve a su hermanita con ella a la escuela y así, otra alumna más —les decía.

En algún caso, era difícil conseguir su asistencia, porque había canteras de pizarra donde los niños de catorce años podían ganarse un buen jornal.

Y ahora, la enseñanza...

Era la época de hacer fichas, gruesos tomos de papel. Si las hacían en sus casas, había que corregirlas en la presencia de cada alumno/a pues, si no, no tenían sentido.

Las horas de clase pasaban y yo quería explicar y trabajar para conseguir los objetivos de cada nivel. ¡Qué difícil! Hablé con nuestra inspectora y le dije que, si le parecía bien, íbamos a prescindir de tales bloques de papel porque, además había fichas, la mayoría, que a las niñas y niños no les decían nada. Por ejemplo, unas escaleras mecánicas con un perrito tachado. ¡Pero si había niños que nunca habían tenido la oportunidad de verlas!

La convencí de tal propuesta: "Mire, cada uno de estos niños es un mundo; si me lo permite, voy a prescindir de ese material y prepararé diariamente uno apropiado e individualizado, según el objetivo a conseguir". Este trabajo ocupaba todo mi tiempo libre, en mi casa de un pueblo a diecisiete kilómetros, donde vivía con mi madre viuda. Luché, pensé, trabajé sin denuedo, imaginé... Fui muy creativa y feliz. Con aquellas fichas y algunos libros de lectura adecuados, mis alumnos y alumnas prosperaban. Decidí que, de todas las metodologías pedagógicas que había leído y estudiado en la escuela de magisterio, las hermanas Montessori eran las que más me servían (María Montessori). Crear la necesidad de aprender para resolver los problemas de la vida. "La escuela por y para la vida". De este modo, preparé mi programación, con dificultad progresiva y creciente, sobre cuatro centros de interés: la escuela en primavera, en verano, en otoño y en invierno. Todo versaba sobre lo conocido en el pueblo: la labranza, el ganado, la matanza del cerdo, las canteras de pizarra, cálculo de superficies y coste del metro cuadrado de pizarra para cubrir tejados, la elaboración del vino, las castañas, la caza, los frutales, etc. Cuando se trabajaba una figura geométrica, los pequeños hacían el puzle correspondiente, otros lo dibujaban, lo recortaban, los mayores calculaban su superficie, perímetro, etc. Tanto trabajé, que la inspección me felicitó y pidió que diese charlas a compañeros y compañeras. Les interesó mucho mi método, incluso las fichas para refuerzo de la ortografía, utilizando dibujos para retentiva visual.

El modo de desplazarme diariamente, desde casa de mi madre hasta la escuela, era más bien una yincana. Sorteaba desde casa primero una carretera ora asfalto bacheada, ora camino de tierra y, llegada a un punto sombrío, se tornaba muy difícil puesto que, la tierra junto a la humedad, se convertían en una variable según el clima o, mejor dicho, la estación del año y el capricho del tiempo. En invierno, la zona de umbría era una pista de hielo. No llegaba a medio kilómetro, pero mi coche se negaba a subir sin poner cadenas; cadenas de las de antes... En una ocasión, faltaban solo unos veinte metros para llegar a la zona soleada, cuando mi coche empezó a patinar ¡y yo dentro! Pensé, tienes que calzar tu coche y, sin dudarle, abrí la puerta y puse un pie sobre el hielo, resbalé y caí sentada en tan dura superficie, alejándome en pendiente unos dos metros, que luego me costaron remontar, para llegar al coche de nuevo. Pensé en un cojín redondo de lana que llevaba, para llegar al maletero y, pisándolo y alternando, primero un pie y luego el otro y, adelantando cada vez el cojín, llegué al maletero para coger el gato y elevar el coche, con el fin de poner las cadenas. Rodó el cojín, como si estuviese vivo, y ya, sin la colaboración de mi lanzado y huidizo ayudante, tuve que dejarme deslizar, agarrándome a unos pequeños arbustos hasta donde él había frenado. Una vez recuperado tan poco amigable compañero, y siguiendo el mismo sistema anteriormente utilizado, recuperé el gato y las cadenas y, como pude, llegué a las ruedas delanteras de mi coche, intenté colocar el gato, pero también resbalaba en la capa de hielo y no era posible. Decidí que tendría que cavarlo, para llegar a la tierra con un agujero que me permitiese asentar aquella infernal herramienta elevadora y puse la rueda izquierda; luego, con ayuda del mismo cojín y la experiencia adquirida, giré con gato y cojín agarrada a la defensa delantera, para llegar a la rueda derecha

y allí coloqué de igual modo las cadenas. Temiendo que cayera por tercera vez, entré con el gato y mi cojín, por la puerta derecha hasta mi sitio de conducción. Arranqué, di gracias a Dios y, al rato, ya estaba en zona de sol, sin hielo y había que quitar las cadenas... Al llegar a unas curvas flanqueadas por castaños y viñedos, vi que venía un grupo de gente por la carretera, vamos, por aquel camino infranqueable de crestas de arroyos de agua de barro y yo frené en seco. Eran mis alumnos, que venían a buscarme alarmados por mi tardanza:

—No os preocupéis —les tranquilicé—, es que tuve un problema con el coche.

—¡Ay, señorita, qué susto, que no llegaba usted a la escuela, por Dios, qué susto! —me dijeron.

Paré el coche, bajé y abracé a aquellos niños y niñas que, a pesar del frío, habían ido a buscar a su perdida maestra. Les di las gracias, pero “¿sabe alguien en el pueblo que habéis venido por el camino solos?” No me contestaron y dije: “bueno, ahora tenemos que ir a la escuela”.

Estábamos a unos cinco kilómetros del pueblo y yo con dieciocho niños en la calle. Llevaba un seiscientos de segunda mano y fui subiendo a los niños; primero, los más pequeños con uno mayor, para que me los cuidara. Di tres o cuatro viajes para llevarlos a todos y, cuando llegamos a la puerta de la escuela, que era la hora del recreo, volví a abrazarlos, les di las gracias y dije “bueno corred un poco que lo tenéis merecido, ya ha pasado el susto, gracias a Dios no nos ha pasado nada y luego volveremos a entrar a clase; bueno, entraremos a clase que aún no lo hemos hecho. De todas maneras, ya hemos realizado la clase de educación física. Habéis caminado para buscarme”. Lo cuento así, y me están cayendo lágrimas de agradecimiento, añoranza y alegría por lo que nos queríamos.

Cuando, cumplido aquel día en mi querida escuela, me dejé llevar por mi valiente coche, llegué al taller mecánico como casi todos los días, me vio entrar aquel buen señor, se acercó sonriente y me dijo: “¿Aquella pista de patinaje la hiciste tú con el coche? ¡Madre mía!”. Allí esperaba mi turno hasta que lo revisaran para tenerlo listo para el día siguiente.

En días de lluvia, el barro de la pista de acceso a la escuela era modelado por el peso de las carrocerías cargadas de lastrón de pizarra que, cual gigantes deformes y tumbados, excavaban una cresta central semejante a un dinosaurio reptante, y canales laterales producidos por las ruedas profundas, discurriendo el agua por las pendientes y deteniéndose, formando lagos por los llanos. Pues bien, allí quedaba mi coche colgado por la mitad sin poder circular, pues las ruedas no tocaban el suelo...

Tal era la dificultad para subir, que decidí solicitar mi traslado de ida y vuelta con un empresario de las canteras de pizarra que subía a las 7:00 h de la mañana con un grupo de trabajadores, para comenzar a las 8:00h en sus respectivos tajos, y pasaban por el pueblo al ir y al volver a bajar. Para esto, tenía que dejar mi coche aparcado todo el día en la población anterior y subir al todoterreno con mi cartera, la comida y una bolsa de agua caliente. En el trayecto, podía ver en algún alto cuatro o seis faros brillantes, que, en las noches de crudo invierno, eran ojos de lobos que nos miraban. En el pueblo tenía alquilada, en una acogedora casa de un matrimonio que tampoco olvidaré, una habitación y, como faltaban todavía dos horas para la clase, metía la bolsa de agua caliente en la cama y me acostaba porque, esperar en la escuela de noche y con heladas, era insostenible. También en esa confortable casa, comía mis viandas a su hora y en la grata y cariñosa compañía de sus dueños.

Yo nunca contaba a mi madre, ni le había querido mostrar, dónde tenía que ir y cómo, por no preocuparla; pero un vecino que sí conocía el lugar, le dijo: “¿Tú sabes cómo y dónde está tu hija?”. Cuando mi pobre madre me dijo que tenía que llevarla a verlo, porque ese vecino se lo había comentado, mi respuesta fue “Mamá, no te preocupes,

es que él es mayor y no sabe conducir.” Sin embargo, llegó un día en que un tío sacerdote que nos visitaba con frecuencia y pasaba con nosotras unos días, quiso ir conmigo y no pude negarme. Para esas fechas, ya próximo el verano, podía llevar mi coche. Cuando visitó la escuela, mi escuela querida, dijo: “Tu, hija, no eres una maestra ahí, eres una misionera”. En otra ocasión, llegó nuestra inspectora en taxi, porque no podía subir, y, viendo en qué condiciones trabajaba, me dijo: “Si tú quieres, cierra la escuela, entrégame la llave y queda en tu casa hasta que tengas otro local en mejores condiciones”. Nunca lo hice, no podía ser, pero luché y conseguí una mejor ubicación, tampoco buena, pero mejor que la primera. Después, una tercera y, cuando ya disponíamos de una escuela mejor acondicionada, llegó la fecha de mi boda.

Fui, poco a poco, contándoles que me iría. Coincidió dicho evento con los exámenes en un Instituto de los niños y niñas mayores y, como yo no podía llevarlos, autorizaron a una compañera de otra localidad para que los trasladase a examinarse con los suyos. Aprobamos todos con nota, sin biblioteca ni laboratorio y escaso material, pero con amor y dedicación por ambas partes.

Luego, pasados unos años, asistimos a la boda de algunos alumnos, varios fueron universitarios y finalizaron sus carreras, y una alumna, a la que yo animaba a que desarrollara su gran potencial para escribir, pues redactaba muy bien, hoy publica libros.

Os cuento algo de mi experiencia como maestra, gran título, que me marcó y siempre recuerdo con enorme cariño. Parece mentira, pero tengo que deciros que, en mis años de ejercicio, nunca fui tan feliz como en mi escuela de aquella montaña. Mis recuerdos, hermosos recuerdos, son el papel brillante con lazo ancho de mi gran regalo como joven maestra; un regalazo envuelto con la amabilidad y cariño mutuos de sus gentes, alumnas y alumnos. Hoy, con muchos de ellos, ya padres y con pelo cano, recordamos y nos fotografiamos así, abrazando hermosos recuerdos. Hoy, ese precioso pueblo de La Cabrera, restaurado totalmente con ilusión por sus habitantes, es ejemplo de exquisita conservación y gozo visitable. Inmenso orgullo también para mí.



Foto de la alumna Mª del Pilar Pérez Núñez en la Escuela Nacional de Quereño (Ourense).



Pizarra de mano de dicha alumna.

LA SEÑORITA

Raquel de Prado García
(Villalquite de Rueda, Matachana, Riaño,
Lorenzana y Puente Almuey, León)

—Mamá, ¿tú por qué te hiciste maestra?

—Pues... porque ya desde pequeña lo tenía bastante claro. Jugaba a ser la profe con mis amigas.

—Claro mamá, yo también quiero ser maestra, como tú. Porque lo sabes todo.

—Ya me gustaría hija. Pero no siempre es fácil este trabajo. Has de saber que algunos días llegarás a casa tan cansada como si hubieras estado trabajando en la mina. Otros días vendrás decepcionada y abatida; y algún otro muy preocupada, tanto, que esa noche tal vez apenas duermas.

—Entonces, ¿ya no te gusta tu trabajo?

—Sí me gusta, puesto que otras veces te sientes feliz porque uno de tus alumnos por fin lee, otro te ha dicho lo mucho que le gusta tu clase, que te quiere mucho o que te va a echar de menos en vacaciones. Y todas esas pequeñas cosas compensan todo lo demás.

Esta conversación con mi hija me hace pensar. Y automáticamente hago un viaje en mi memoria unos cuarenta años atrás. Me voy a la escuela de mi pueblo y una gran sonrisa se dibuja en mi cara al pensar en ella; la señorita. Seguramente la culpable de mi vocación.

Aunque muchas veces olvido la lista de la compra encima de la mesa después de haber apuntado concienzudamente todo lo necesario o confundo el nombre de mis alumnos, recuerdo con bastante exactitud aquellos días de escuela. Caprichos del subconsciente.

Y aprovechando mi memoria selectiva voy a empezar por el principio...

Fui a la escuela de mi pueblo, Villalquite de Rueda, que está situado en la nacional 630 que une Mansilla de las Mulas con Cistierna, a unos 30 kilómetros de León.

Pertenezco a las últimas generaciones de los que estudiaron EGB, sí, de esos a los que hoy llaman generación X. Creo que la generación más afortunada por la época que nos ha tocado vivir en este país. Sin guerra ni posguerra, con democracia, sin hambre, pero sin lujos innecesarios y si además, como en mi caso, con la gran suerte de criarme en un pueblo con lo que ello conlleva pues diré que tuve una infancia maravillosa. Con sus luces y sombras, por supuesto, pero no la cambiaría por ninguna otra.

Pues bien, recuerdo mi primer día de clase. Era septiembre, el día nublado. Estaba comiendo lentejas tranquilamente en casa con mi familia y llamaron a la puerta. Eran dos niños de la escuela que informaron a mi madre de que yo tenía que ir a clase con mis hermanos mayores. Lo había dicho la maestra, que por mi edad ya me tocaba ese año. Sí, así fue. Sin papeleos ni matrícula oficial. La maestra era la que llevaba el control de ese tema, y los padres, descuidados, se dejaban guiar.

Terminé rápido de comer y me fui con mis hermanos muy contenta y nerviosa. Ya estaba cansada de ser la pequeña y estar siempre en casa. De ese día ya no recuerdo más. Solo ese momento que acabo de relatar, pero con mucha claridad. Al igual que el último día de escuela, en el que la cerraron definitivamente. Pero eso ya lo explicaré más adelante.

El edificio de la escuela está en la parte baja del pueblo. Hoy en día se conserva muy bien porque lo han reformado y mantenido en buen estado. Ha sido consultorio médico y actualmente se usa para reuniones y concejos. En aquella época el suelo era de madera. Las sillas y las mesas también de madera, estas últimas dobles con un gran cajonero. La maestra nos colocaba por parejas en función de nuestra edad o afinidad con los compañeros y nos cambiaba de sitio para buscar un orden y armonía que siempre conseguía. Había una parte más alta donde estaba su mesa con un par de escalones para acceder hasta allí. En las paredes, como era típico en aquellos años, un cuadro con la foto de los reyes eméritos y un cristo crucificado a los que guardábamos un gran respeto. En invierno usábamos una estufa de gas que la maestra encendía cada mañana.

Al lado hay un parque infantil que, obviamente, también ha sido reformado a lo largo de los años, pues en aquella época la seguridad brillaba por su ausencia. Los columpios, tobogán y balancines eran de hierro pintado y despintado por el uso. El suelo era de tierra y piedra, con sus correspondientes boquetes hechos con nuestros pies al impulsarnos o frenarnos. Sobra mencionar los múltiples golpes, caídas y coscorriones que nos dimos con aquellos metales pero sin grandes traumas posteriores.

Hacíamos las filas en la puerta de entrada, los niños a la derecha y las niñas a la izquierda. La profe llegaba con su marido, don Justo, que era veterinario en la zona. Él nos abría la puerta de madera, no sin esfuerzo y unos cuantos empujones. Luego se iba y regresaba a la hora de comer. Era un hombre serio, creo que nunca nos decía nada a los chavales, pero cumplía muy bien con su misión que era traernos a nuestra maestra y abrir la puerta.

Y ahora me voy a centrar en ella porque, como ya he dicho antes, era la esencia de la escuela y la recuerdo con mucha precisión. Se llamaba María de los Ángeles, para nosotros doña Gelines o “la Señorita”. Pues bien, algo especial tenía la señorita que a todos nos tenía embelesados.

Solía vestir falda oscura, por debajo de la rodilla y camisas estampadas con los picos del cuello bastante afilados. Nunca olvidaba un pañuelo fino anudado al cuello y zapatos de tacón, que, con mucha atención y sigilo, calibrábamos si acabarían metidos en un agujero que había situado estratégicamente en el suelo de madera. Pero no sucedió. Una vez entró el tacón en el agujero y la profe no cayó, solo se tambaleó. No es que la deseáramos ningún mal, pero como niños que éramos nos gustaba la acción.

Olía siempre a limpio. Sus dedos eran fríos y algo huesudos. Pero eran gloria bendita cuando nos masajeaba el cuello diciendo nuestro nombre y alabando nuestras tareas o incluso dándonos un pequeño tirón de pelo sutil por nuestro mal comportamiento. Y nosotros, como sumisos gatitos, nos quedábamos quietos esperando que se parara el tiempo porque en ese preciso momento nos sentíamos la persona más afortunada del mundo.

Cuando se sentaba en su mesa después de habernos dado tarea a todos, comenzaba la ronda de correcciones. Hacíamos cola para que, con su bolígrafo mágico y unas palabras de aliento, nos diera la fórmula para seguir trabajando.

Y vaya si lo hacía. Aprendimos el conteo con alubias y garbanzos. Usamos una zapatilla de madera con un cordón para saber atarnos los zapatos. Los libros que usamos en preescolar eran la primera y segunda cartilla. Aprendimos las letras y las sílabas relacionadas siempre con imágenes. Algunas de ellas impensables en nuestros días. Por ejemplo, la “ce”, “ci” con el dibujo de un cenicero y un cigarro o “pi” con una pipa de fumar. Por otro lado, estaba “ni” con un nido, y las eternas “ma” y “pa” para mamá y papá. Luego, en los cursos superiores recuerdo los libros usados de nuestros hermanos que conservábamos con sumo cuidado. Las asignaturas que yo recuerdo eran lengua, matemáticas, sociales, naturales y religión.

Los recreos eran sinónimo de total libertad, parecían eternos. Los pasábamos en el parque situado al lado de la escuela o bien en un pequeño y frondoso sendero situado en una ladera con ciertos peligros para los más osados en cuya parte baja se situaba un riachuelo con muy poco cauce al que llamábamos “Janguis”. Sin rechistar todos corríamos a la fila cuando oíamos las palmadas de doña Gelines, que sonaban a música celestial, al grito de “vamos chicos, para adentro”.

En las tardes ya cercanas al verano salíamos al campo, allí, muy cerca de la escuela. Pero lo vivíamos con tanta emoción como si estuviéramos inmersos en un documental de Félix Rodríguez de la Fuente. Doña Gelines nos explicaba cosas de la naturaleza. Los chicos buscaban nidos de pájaros y las niñas, más refinadas, no nos separábamos de ella. Solo para coger flores silvestres y adornar la escuela.

En el mes de mayo celebrábamos con mucho entusiasmo el mes de la Virgen y el mes de las flores. En la escuela había una estantería con una Virgen de escayola muy respetada por todos. La profe formaba grupos con nosotros y cada semana de mayo un grupo se encargaba de llevarle flores a la Virgen, hacerle un mural y una poesía que mostrábamos a los compañeros con mucha ilusión. Para ello nos proveía de una cartulina a cada grupo que en aquella época suponía un gran lujo y nosotros la decorábamos con mucho entusiasmo.

Por otro lado, estaban las familias, siempre muy respetuosas con la maestra. Lo que ella dijera iba a misa y su palabra prevalecía por encima de todo lo demás. Recuerdo el cariño y admiración que mi madre le profesaba. Prueba de ello era los obsequios que le hacía. Sí, de vez en cuando le regalaba un pollo o un conejo bien limpio y despiezado. Eran regalos de puro agradecimiento. Yo pensaba que si todas las madres le regalaban cosas no tendría que ir a la tienda. Pero la maestra era muy discreta, nunca vi ningún otro regalo de otras familias que seguro también recibía.

Así pasaron mis primeros años de escuela, inmersa en un mundo feliz, sin preocupaciones propias de una niña de mi edad. Pero como todo se acaba también llegó el fin para la escuela de mi pueblo. Fue el año en que yo cursé segundo de EGB y ya en mayo nos dijeron que se cerraba la escuela del pueblo para siempre porque quedábamos menos de ocho niños. También de este último día de escuela tengo un claro recuerdo. Nos fuimos a un lugar cerca de la escuela e hicimos una hoguera con la señorita para quemar papeles y cartones viejos. Ella nos regaló una libreta y un bolígrafo que guardé por varios años. Lloramos mucho ese día, sobre todo las niñas. Nos despedimos de la maestra con muchos besos y abrazos. Sentí que nunca tendría una maestra igual y así fue.

Al año siguiente nos tocó subir al autobús e ir al colegio comarcal en Mansilla de las Mulas. Y no es que allí lo pasara mal. Hice nuevos amigos y también tuve maestros para recordar. Algunos por muy buenos, otros por peculiares que darían para un par de relatos más. Pero la magia de la escuela del pueblo se perdió y nuestra particular “Mary Poppins”, aunque también estaba en nuestro nuevo cole, atendía a otros niños y ya no parecía la misma. Luego, a los pocos años, pasó a ser la directora del centro y por último desapareció de nuestras vidas.

Miento. Nunca desapareció. Al menos de mi vida. Ahora que lo pienso, siempre ha estado muy presente. De alguna manera marcó una parte de mi infancia. Y como dicen que la infancia influye en gran medida en el resto de nuestra vida puedo concluir con mi teoría de que gran parte de mi vocación viene forjada por el hechizo de esta peculiar hada de cuento. Tal vez fuera por la época, tal vez por las circunstancias, por la idealización de todo en la infancia, pero tengo muy, muy claro que fue mi mejor maestra.

Pasaron los años y me convertí en una persona adulta. Pasé por el colegio mencionado, fui al instituto en León capital y luego estudié Magisterio en la Facultad de Educación.

Llevo bastantes años siendo maestra de Educación Primaria en diferentes colegios. Como he sido interina durante mucho tiempo he podido trabajar en lugares muy diversos de la provincia de León principalmente y, por supuesto, destacan aquí las escuelas de pueblo. Hoy se llaman CRA (colegio rural agrupado) pues se suelen agrupar diferentes pueblos pequeños bajo una cabecera con un equipo directivo común y organización más efectiva compartiendo especialistas de las diferentes áreas.

Trabajé en el CRA de Riaño, el de Hospital de Órbigo, en Puente Almuey, el CRA de Matachana (escuelas de San Román de Bembibre y Congosto) y CRA de Lorenzana (escuela de Carbajal de la Legua). Seguro que alguno he olvidado mencionar.

Recuerdo especialmente el de Congosto, un pueblo situado en una colina cerca de Ponferrada, al lado del embalse de Bárcena. Estuve solo tres meses, pero fui muy feliz durante aquel tiempo pues me hizo volver de algún modo la escuela de mi pueblo. Solo tenía cuatro alumnos. Dos de ellos de tercero de primaria y otros dos de Educación Infantil. Trabajé muy bien con ellos, haciendo un montón de cosas. En carnaval nos disfrazamos de señales de tráfico y dimos una vuelta por el pueblo saludando a los señores y señoras que encontrábamos en las calles compartiendo con ellos charlas típicas entre niños y adultos. Como era primavera cuando trabajé allí, algunos días, con la profe de Educación Física salíamos todos a dar una vuelta hasta el pantano y tomar allí la merienda del recreo. Aquello fue para mí volver un poquito a mi infancia. Sin ataduras de horarios, sin currículo estricto y papeleo burocrático innecesario. Simplemente disfrutar de la naturaleza al aire libre un día de primavera.



“Jangis” mayo de 2025. Lugar cercano a la escuela donde nos escondíamos en los recreos.



Escuela y parque de Villalquite en la actualidad. Mayo de 2025.

Hoy en día la escuela rural dista bastante de lo que fue hace cuarenta años puesto que la sociedad también ha cambiado y sobre todo las diferentes leyes educativas que se han ido sucediendo con las que se busca adaptar las escuelas y colegios a los cambios constantes de dicha sociedad, pero no siempre con éxito, ya que, a mi parecer, se ha perdido un aspecto clave en la educación que no es otro que el respeto a la figura del maestro.

Yo, por mi parte, intentaré volver a trabajar en alguna escuela rural para sentir de nuevo esa especie de libertad y autenticidad en la educación y sembrar una semillita de conocimiento en los niños inspirándome siempre en la que fue mi gran maestra del pueblo, “la señorita”.

MI QUERIDA ESCUELA

Sara Rodríguez Vega
(Villanueva del Valrojo, Zamora)

MI PUEBLO, MI ESCUELA

Escuela unitaria, así llamada, que hoy parecería de nuevas tendencias y saldría en las noticias y entonces creíamos que era tan anacrónica, rancia y vieja. Seguro que las de Zamora eran mejores y no digamos las de Madrid. Después hemos ido aprendiendo que lo bueno y lo malo se reparte por todos los lados y más en educación y que en nuestra pequeña escuela de Villanueva de Valrojo tuvimos una racha de suerte a finales de los 60 y todos los 70.

DÍAS DE FRÍO

Corriendo a prender la estufa de butano para que la escuela, nuestra aula, con techos de cuatro metros se caldeara antes de que llegara el resto de los chavales: misión imposible. La primera hora, que solía ser de matemáticas, estábamos todos muertos de frío con el abrigo puesto y muy despiertos, dispuestos a aprender. La estufa estaba al lado del maestro don Cipriano y del encerado verde —sí ya teníamos los verdes—. Yo al menos estaba siempre dispuesta a salir al encerado a explicar, a hacer algún problema de la lección o de los deberes para estar cerca de la estufa, si no el calor no me llegaba ni de casualidad ya que me sentaba en la última fila.

DÍAS DE PRIMAVERA

Jueves o viernes por la tarde, caminando por las “Canterotas” para ir a hacer gimnasia a “Llama Lluenga”. ¡Que calor! Carreras de verdad, de 100 m, de 200 m y de relevos. Calentamientos de manual, que no los hacen ni los de real Madrid y que nos dejaban con agujetas durante dos o tres días. Todavía con las camisetas de invierno de felpa, las blancas, las que ahora llaman térmicas. ¡Qué calor, Dios mío! Volvíamos con la cara roja como un pimiento, cansados quizá, pero felices y todavía corriendo por el camino abajo, gastándonos bromas y formando una algarabía de risas, gritos y conversaciones cruzadas.

DÍAS DE APRENDER UNOS DE OTROS

Problemas de matemáticas e historia eran, según el maestro comunes, todos podían acceder al mismo temario, él solo lo explicaba una vez y después ayudaba a los que no lo habían entendido. Tenían que ir a su mesa o los alumnos más mayores o los más aventajados en cada materia podían ser los maestros de sus compañeros. No hay mejor manera de aprender que enseñando. Qué sentimiento de satisfacción infantil conseguir resolver un problema del temario de octavo cuando tú estabas en quinto o sexto. El “no puedo”, no existía. Si no sabías, le preguntabas a alguien, copiabas de alguien o te callabas, en ese orden. Recuerdo un día que la profesora de las niñas, doña Teresa, estaba enferma y don Cipriano nos juntó a todos detrás de la escuela en una praderita que había. Hizo grupos circulares con capitanes de octavo. Era una competición de preguntas de todos los niveles y de cultura general. Yo era muy pequeña, todavía estaba en la escuela de las niñas, y contribuí a darle un punto a mi equipo que estaba liderado por Emilio porque sabía el nombre del Papa que organizó el Concilio Vaticano II: sí, Juan XXIII.

DÍAS DE LECTURA

Las tres cartillas y el *Parvulito* también, pero yo aprendí a leer con *Los Tres Cerditos*. Libros grandes con tapas duras e ilustraciones a todo color. Tendría cinco años. Es cuando te das cuenta de que estás entendiendo lo que lees, que hay una narrativa y tú como lector eres parte de ella. Como cuando estas aprendiendo un idioma y te sorprendes entendiendo lo que dicen en la televisión. Un año después vendrían las obras completas de Andersen, un libro con un lomo considerable y contadas ilustraciones, pero lo devoré. *La Cerillera*, muerta de frío el 24 de diciembre. El frío es un tema recurrente en mi vida. *La Sirenita*, su amor, su dolor y su trágico final que no se parece para nada a la de Disney. *El Patito Feo* que es el más positivo de todos los cuentos de Andersen. Leía y leía todo lo que había en la escuela y en el entonces llamado teleclub con ediciones de clásicos editados por RTVE. Los clásicos de Bruguera, algunos de ellos resumidos e ilustrados en páginas alternas. Así leí la historia de Moisés y *20.000 leguas de viaje submarino* de Julio Verne. Mis primas de Madrid, Begoña y Angelines, me traían tebeos y la saga de *Los Cinco* y de *Los Siete Secretos* de Enid Blyton. Qué panzadas a leer. Era como una droga. Recuerdo alguna vez en las tardes de verano de coger un libro e irme a San Pelayo a leer, medio a escondidas o con la excusa de ir a regar. Me sentaba a la sombra y no volvía hasta que terminara el libro. Mi prima Angelines me dejó *Cumbres Borrascosas*, que creo que he leído como 20 veces. Ya con 11 o 12 años me empecé a interesar por los clásicos rusos. Quizá era demasiado joven para ese tipo de lectura, pero mis recuerdos de aquella época los tengo claros y mi criterio no ha cambiado tanto. Hará como unos 10 años que volví a leer *Ana Karenina* y me siguió pareciendo una gran novela con un personaje principal insufrible. *Los hermanos Karamazov* me impresionaron y no sé cómo pude con la novela a esas edades porque era contundente, a doble columna con papel fino como una biblia. La *Biblia* también la intenté leer, pero no pasé del *Génesis*; eso sí, soy experta en el *Génesis*.

LA ESCUELA DE LAS NIÑAS Y DESPUÉS DE LOS PEQUEÑOS

Doña Teresa fue mi primera maestra, muy clásica, de la que recuerdo su peinado cardado y voluminoso en 3D. Seguramente que se lo hacía una vez a la semana en Zamora a donde iba a pasar el fin de semana, el resto del tiempo vivía en la casa de la maestra en el pueblo. También recuerdo que le ayudó a mi madre a dar los últimos retoques a mi vestido de la primera comunión. Mi madre era modista, pero pensó que el estilo de la maestra era más moderno que el suyo. Después llegaron Pili la de Garrapatas e Inmaculada la de Ferreras de Abajo. Con ellas llegó un nuevo mobiliario con mesas pequeñas y sillitas para sentarnos alrededor y sustituir así a los pupitres tradicionales. Con ellas también llegó una forma nueva de entender la educación en la que jugábamos, cantábamos y aprendíamos y en la que no había jerarquías de listos y tontos. En la que no había castigos físicos y en la que salíamos a la calle y al campo para clases de ciencias naturales y conocimiento del medio. Eran finales de los 60 y principios de los 70. ¡Quién lo hubiera dicho, todavía estaba vivo Franco! Eran maestras jóvenes, interinas, uno o dos años y ya. Igual que llegaron se fueron.

LA ESCUELA DE LOS MAYORES

Para los últimos cuatro años de EGB. Mantuvo los pupitres tradicionales más tiempo combinados con los marrones de formica. Nos sentábamos de dos en dos. Pienso que elegíamos nosotros el sitio, pero lo teníamos que mantener. Ahora pensando, seguramente el maestro nos indicaba donde sentarnos, aunque nos diera cierta libertad de elección. Después, si no te portabas bien te cambiaba y te sentaba justo donde tú no que-

rías y tú solo. En los años que había más niños no llegaríamos a 20, con una media de cinco por curso. Pero también podría ser que en quinto hubiera siete y en sexto dos alumnos. Aparte de todo lo que aprendimos, don Cipriano nos introdujo a las noticias del día y ciertas explicaciones de la vida política y cultural de otros países. Recuerdo del día que se murió Pompidou, presidente de Francia y de sus explicaciones sobre la República Francesa en comparación con España. Recuerdo una explicación bastante equilibrada, visto desde ahora, del conflicto israelí-palestino en general, pero ahondando en la Guerra de los Seis Días. De películas que daban en TVE como *Westside Story* y *Rebelión en las aulas*, con Sidney Portier y los conflictos raciales en Estados Unidos, aunque sea una película inglesa con temática cultural inglesa. De las obras de teatro en Estudio 1, de fútbol y de tantas y tantas cosas.

LOS RECREOS

Risas, gritos, carreras, sudor en verano con cachetes rojos y jerséis y chaquetas tirados en cualquier sitio, frío intenso en invierno con carámbanos, churros colgando de los tejados, nieve por todos los lados, botas mojadas, sabañones, manoplas empapadas y desaparejadas, la agüilla o mocos, literalmente, cayendo de la nariz. Botas de cuero llenas de tollo. Las calles eran de tierra y piedra. Cuando llovía se llenaba todo de barro, que llamábamos *tollo*. *Tollo* fresco durante el día y reseco por la noche cuando dejábamos las botas cerca del fuego para que se secaran y por la mañana lo separábamos con un porro y quedaban las botas como nuevas. A veces el tollo alcanzaba los bajos del pantalón y seguíamos el mismo procedimiento, frotando los bajos de los pantalones para quitarle el barro pegado. Si tenías dos o tres pares de pantalones te podías cambiar, pero a veces no los tenías y lo de lavar a mano en invierno estaba muy limitado y era muy incómodo. Primavera gloriosas con flores por todos los lados. Recreos de jugar al fútbol, de todos contra todos. De hacer equipos con los capitanes echando a pie y haciendo la elección. Qué triste quedar para los últimos, pura desolación. Partidos mixtos, yo siempre jugué al fútbol con los niños. A contadas niñas nos dejaban, éramos buenas. Jugar con las niñas a matar, lo que ahora se llama “softball” con un balón de goma de Lili, que era una de las mejores jugadoras. Jugar al pañuelo, solo las niñas. Jugar a las chapas con varias modalidades. La que más recuerdo es la del corro. Se tiraba con una suela de zapatilla a arrimar a una pared. En el corro cada jugador ponía su chapa en columna en el centro del corro. Las chapas eran muy codiciadas y valiosas en mi niñez. Los jugadores, acorde a su posición en la pared, posicionaban su zapatilla alrededor del corro, con la estrategia de sacar del corro cuantas más chapas mejor. Era lo que se ganaba. Así, acorde a la cercanía del corro los jugadores iban intentando tirar con su zapatilla a la columna de chapas para sacarlas del corro. Esta también era una actividad mixta, aunque los niños tendían a acaparar las mejores posiciones. Recreos de accidentes como cuando me choqué con Modesto y le partí los dientes frontales con mi cabeza. Como cuando nos caíamos y las postillas de las rodillas nos duraban semanas y cuando ya estaban medio curadas te volvías a caer. Como cuando te torcías un brazo o un pie y te llevaban al *Ti* Marcos para que te lo arreglara. Los niños de aquella época éramos irrompibles. Yo al final me rompí una pierna y estuve tres semanas en el hospital. Eso solo eran gajes del oficio de ser niño y vivir como un niño.

DESPUÉS DE LA ESCUELA

Primaveras gloriosas con flores por todos los lados. En el mes de mayo, mes de la Virgen María, las niñas teníamos un trabajo extra que era ir a recoger flores al campo para después tirárselas a la Virgen por la noche, en el rosario. Las flores de las escobas, las

campanillas, lavanda, las margaritas, pétalos de peonía y de rosa si conseguías alguna de tu huerto, o del huerto del vecino. Las comuniones, que se organizaban desde la escuela con el cura dando la catequesis los sábados por la mañana. Don Manuel, el cura, hacía un poema para los niños que hacían la primera comunión, personalizada a temas o personas de la vida de cada participante. Yo no me acuerdo del mío, pero hay personas de mi época que sí lo recuerdan. Otoño hacendoso. Otoño de recogida de castañas y de cucurrites. Otoño de días grises, pero cálidos. Septiembre de romerías. La Carballeda que esperábamos todo el año. La vendimia, donde el trabajo de los niños era vital para las familias, aunque de cada racimo de uvas la mitad acababa en nuestras bocas. Manos meladas, uvas en los cestos altos, talegones y que nos llevaran en el carro de vacas. Veranos eternos de mucho calor. De trabajos con la hierba primero, luego segar las mieses, el pan, como dicen aquí, acarrearlas y la vida en la era, desde las 11 de la mañana a las 11 de la noche. Los niños teníamos tareas claves. Dar vueltas y vueltas con la pareja de vacas en el trillo, primero como acompañantes y después ya te daban la responsabilidad. No había problema, las vacas se sabían el camino, lo malo eran cuando cagaban si no estabas atento a recogerlo con la pala se iba a la trilla se envolvía con la paja y el grano y era muy difícil de separar y había que hacerlo con las manos. Sombreros de paja enormes que nos daban sombra a todo el cuerpo. Ir a buscar agua a la fuente Valtayas. Veranos de bicicletas donde aprendimos a manejarlas la mitad de los niños del pueblo. Las eras tenían un firme más mullido que los caminos, y caerte te ibas a caer seguro. Competiciones con la bici, con las cartas, jugar a esconderse detrás de los mornales. La comida a la sombra del mornal o debajo del carro, el caldo de fréjoles o de berzas.

LA MERIENDA EN LOS ÁLAMOS DE LAS FORCADAS

De vez en cuando hacíamos días de picnic, no recuerdo si eran días de clase o sábados, pero comíamos en el campo. Hubo alguna al río por la zona del molino de don Federico, paraje que ahora está debajo del agua del embalse del Agavanzal. El que más recuerdo es el de las Forcadas. Fuimos andando y acampamos en la alameda al lado de la fuente. Ya no existe ninguna de las dos cosas. Llevamos carne para asar. Yo me preguntaba cómo lo íbamos a hacer porque no teníamos parrilla. Hicimos la lumbre y de un corral abandonado y caído el maestro nos dijo que cogiéramos unos trozos de teja y ahí fue donde hicimos la carne: “carne a la teja”.

LOS CASTIGOS

Sí, sorpresa, había castigos, algunos más severos que otros y algunos niños recibían más que otros. No recuerdo que yo personalmente recibiera algún castigo físico, salvo una vez que me dio la maestra con la regla en los dedos, tendría cinco o seis años, pero sí que algunos de mis compañeros los recibieron y en abundancia. Con la perspectiva del tiempo y los cambios de como entendemos la educación y los castigos ahora, hasta puedo entender castigos, que no físicos, por mal comportamiento, lo que no entiendo es que se castigara a niños que no entendían o no podían aprender conceptos académicos que, a lo mejor, muy seguramente, tenía que ver con su capacidad cognitiva más que pereza o falta de trabajo, que era lo que los profesores creían: “la letra con la sangre entra”. Los recuerdos son mitad literatura, pero si no los contamos se olvidan y se quedan en nada.

APRENDER ENSEÑANDO

Pilar Ruiz Puente
(Matamorosa, Cantabria)

Si tuviera que expresar mi experiencia docente en dos palabras estas serían *aprender enseñando*. Cuantas vivencias y momentos felices vienen a mi memoria. Anécdotas llenas de emociones que a pesar del tiempo me siguen emocionando y conmoviendo. Me he sentido afortunada de poder estar en esta profesión y también de ser quien realmente soy en cada clase, siendo fiel a mis principios y valores como persona. Estamos ante grandes cambios en la educación, en siglo XXI hemos de dar respuesta a las necesidades de nuestro alumnado en una sociedad cambiante y cada vez más compleja. El paso del tiempo nos deja ver y entender mucho mejor nuestro recorrido para darnos cuenta de cómo hemos ido evolucionado como docentes y como personas. Me considero afortunada porque la docencia apareció en mi vida por casualidad y cuando descubrí esta profesión pensé; “esto es lo que quiero y me apasiona y a esto quiero dedicar mi vida”. Recupero este recuerdo y parece que fue ayer. Detrás de este primer pensamiento surgió otro: “quiero estar a la altura y dar lo mejor de mí hasta el último día cuando llegue mi jubilación”. Creo en el potencial del ser humano y en la educación como transformadora en la vida de las personas, por ello los docentes hemos de asumir la responsabilidad que nos corresponde al acompañar a cada uno de nuestros alumno/as durante un tramo importante de su proceso educativo. Mis primeros años en la escuela me enseñaron cómo llegar a las mentes y a los corazones de los jóvenes. También que la educación es aprendizaje y no solo un resultado numérico en una calificación. La educación impregna lo invisible, pero que llevamos con nosotros a lo largo de la vida y que recordamos con cariño o con dolor, dependiendo de cómo nos sentimos y como nos hicieron sentir.

Aún recuerdo mi primer día en la escuela de Matamorosa, un pueblo del sur de Cantabria. Las sensaciones de estar en un aula con sesenta niñas de diferentes edades sentada en un pupitre con una pizarra y pizarrines. Estar sentada sin moverme fue un gran suplicio, pero estar sin moverme y sin poder hablar fue aún mayor. Con frecuencia estaba castigada por hablar y con la etiqueta de ser una gran charlatana. Aprendí a leer con el *Parvulito* de Álvarez con unas ilustraciones que adivinaban cada palabra. Cada día nos poníamos en una larga fila para leer una o dos páginas con doña Cándida, una maestra con mucho carácter y muy disciplinada. Era un momento de nervios y miedo, pues había que superar la prueba y pasar a la siguiente página, porque si no te llevabas una gran bronca. Pasar a la siguiente página era una liberación, pero se convertía en un castigo para la prueba del día siguiente. El *Parvulito* represento el inicio de aprendizaje formal en una escuela rural diferenciada en la década de los años sesenta. Mi experiencia como alumna no fue buena pues no encajaba en un modelo rígido y poco creativo. En este modelo la disciplina, la obediencia y los resultados académicos marcaban la diferencia entre tontos y listos. Con mucha determinación, trabajo y grandes dosis de amor propio fui superándome para no entrar el grupo de los torpes o tontos. Al mismo tiempo sentía una gran empatía por aquellos que no lo conseguían. Ahora pienso que esta experiencia marco mi futuro como docente.

Mi primera experiencia como docente fue en la Universidad de Cantabria como profesora asociada en Relaciones Laborales y durante ocho años fue un gran aprendizaje

para superar mis miedos e inseguridades. Fue preciso crear una coraza y un personaje que nada tenía que ver conmigo. Durante esta etapa me sentía como en un callejón sin salida pues esta forma de enseñar no encajaba con mi perfil personal. La presión que esto supuso me empujó a probar suerte en las oposiciones de secundaria en la especialidad de FOL con tan buena suerte que desde ese momento accedí a una vacante en esta especialidad. A partir de ese momento fue cuando descubro mi vocación y pasión por la docencia. El transito fue durante el primer año 1998 como profesora de FOL en los ciclos formativos de FP. Durante aquel primer curso comencé a descubrir realmente que era enseñar y también como conseguir que los alumnos aprendan.

Siguiendo la inercia de la Universidad mis primeras clases eran magistrales, pero me encuentro con una cruda realidad. Los alumnos no muestran ningún interés por aprender y muestran indiferencia por aprobar o suspender. Y a todo esto hay que añadir sus malas actitudes y hábitos que generaban muchos conflictos dentro y fuera del aula. En este contexto lo menos importante era aprender. Poco a poco fui tomando conciencia de la realidad a la que me enfrentaba. Buscaba soluciones y preguntaba a mis compañeros con experiencia que podía hacer, pero no encontraba soluciones claras y convincentes.

Durante los primeros trimestres experimenté que la disciplina, la exigencia no funcionaban. Buscaba información, asistía a cursos de formación encontrando una gran separación de la teoría a la práctica. Hasta que llegó un momento que una reflexión marcó un antes y un después. Después de unos pésimos resultados tomé la decisión y me comprometí a “aprender a enseñar”. Desde ese momento comenzó mi especialización en Inteligencia Emocional, Coach Personal y Ejecutivo, PNL, neurociencia metodologías activas y Orientadora en el proceso de Acreditación de Competencias. Esta formación y mi compromiso hizo posible experimentar el método que defino como “aprender enseñando” que hizo que descubriera cómo alcanzar resultados muy satisfactorios cualitativa y cuantitativamente. Durante mi trayectoria he ido descubriendo la importancia de encontrar el equilibrio en el aprendizaje de lo cognitivo con lo emocional, identificando como pilares fundamentales del aprendizaje: el proceso de aprender centrado en alumno, generación de un contexto favorable, conocer al alumnado, identificar sus intereses y motivaciones, utilizar recursos y materiales de calidad, metodologías activas; inteligencia emocional, *coaching* educativo, y otras técnicas, motivación y desarrollo de habilidades personales y sociales, desarrollar la autonomía, responsabilidad y aprender a aprender, formación y actualización constante, y generar herramientas de retroalimentación y evaluación.

Un primer aspecto muy importante es crear un contexto en el aula que favorezca el encuentro alumnado - profesor/a, en el que todos se sientan integrados y aceptados. Se trata de favorecer una buena actitud y una disposición activa para iniciar el proceso de aprendizaje. Dentro de este contexto ha de tenerse en cuenta su entorno personal de aprendizaje. Esto implica conocer bien a cada alumno/a para identificar sus circunstancias personales, intereses y motivaciones recogidos en herramientas que sean ágiles y operativas cuando se precisen. Otro elemento importante es utilizar buenos materiales, combinando diversas metodologías, tecnologías y herramientas TIC. En el proceso ha de mantenerse un equilibrio entre los resultados de aprendizaje y el ritmo que necesita cada grupo atendiendo a las necesidades individuales para que no se produzca una desconexión. Utilizar metodologías activas que favorezcan la autonomía, responsabilidad y la cooperación centrandose siempre el punto de partida del aprendizaje en el alumno/a. Será fundamental llegar motivado a cada clase para transmitir entusiasmo y actitud de aprender, fomentando el descubrimiento y las competencias para “aprender a aprender”. Los profesores/as somos un referente y la coherencia será clave para liderar a nuestro alumnado.

Ante los retos del siglo XXI, ¿cuál será del papel del docente ante la revolución digital y tecnológica? La educación ha de dar respuesta a las necesidades vitales de las personas para crecer, desarrollarse y sentirse en plenitud para vivir, convivir y crear una sociedad más justa y solidaria. En el antiguo escenario el profesor tenía garantizadas la audiencia y la obediencia, mientras que ahora ha de ganarse el respeto y la actitud y para ello necesita nuevas competencias profesionales. Estas competencias incluyen aspectos habituales del aula como: observar atentamente, atraer la atención, sorprender, escuchar activamente, pactar, mediar, negociar, planificar, respetar y hacerse respetar convirtiéndose en un referente a los alumnos. Analizar el aprendizaje y la educación como un proceso centrado exclusivamente en el alumno sería como comprender que una planta da su fruto sin tener en cuenta la energía del sol, la tierra, el agua, la lluvia y los cuidados de quien la cultiva. Las competencias socioemocionales hasta el final del siglo XX eran necesarias para ser un “buen profesor”, actualmente son imprescindibles para ser “profesor”.

Para finalizar viene a mi memoria una anécdota de uno de mis alumnos al que encontré al cabo de más de veinte años desde que fue mi alumno a su paso por la Formación Profesional. Después de tanto tiempo siendo una persona adulta no había olvidado un tiempo muy duro para un adolescente y lo expresó con humildad, gratitud y un gran abrazo sincero. Su historia era una de esas experiencias duras a las que la vida nos enfrenta. Y mi papel como profesora fue acompañarlo con comprensión, respeto, apoyo emocional y mucho afecto. Fue un encuentro entrañable que me hizo ser consciente de la trascendencia de nuestra profesión docente. La cosecha dio su fruto y después de tanto tiempo quedaba gratitud y el afecto sincero.

La docencia es una profesión que requiere un gran compromiso para sembrar el futuro que nuestra sociedad necesita. Nuestros jóvenes representan ese futuro, cuidemos cada semilla para que germine y dé sus mejores frutos.

O RESPIRAR JUVENIL NA ALDEIA DE FONTES BARROSAS, BRAGANÇA

Mónica Salgado
(Fontes Barrosas, Bragança)

A minha infância desenvolveu-se na aldeia de Fontes Barrosas, em Bragança, localizada na Serra da Nogueira. A minha família era composta pelos meus pais, irmã e meu avô paterno. Tempos longínquos, recordados com nostalgia, mas também com tristeza. Se havia dificuldades? Havia, mas sinto que existia mais harmonia e espontaneidade entre todos. A escola primária localizava-se a Noroeste da aldeia, último edifício. Naquela altura, entre 1985 e 1990, apenas estudávamos cinco pessoas e todas do género feminino. Três numa classe e as restantes na classe a seguir. A professora Ofélia, de idade avançada, já há anos que ali dava aulas. Os nossos pais, oriundos da aldeia, contavam histórias de arrepiar. O velho sistema em que a docente podia bater... contavam histórias de arrancar cabelo e, inclusive, de “esgaçar” orelhas ao puxar os brincos. Talvez, eles nos contassem para nos assustar, mas também para nos proteger.

Eu e minha irmã Patrícia morávamos no funco do povo e iniciávamos o dia na deslocação para a casa da professora, onde ela nos aguardava conjuntamente com a neta Estela. Relembro o cheiro do café que nos deliciava sempre que ali chegávamos, feito ao lume e com a brasa... A torradinha também era habitual...

Mas nem sempre íamos ali.

Na deslocação para a escola, percorríamos um caminho estreito, murado pelos dois lados. No verão, sofríamos antecipadamente pelo medo de encontrar cobras. No Inverno, era o frio e a neve que nos faziam vibrar por uma chegada rápida. Mas já não era como no tempo do meu Pai, em que na ida para a escola percorriam todas as casas para recolher brasas usadas depois para se aquecerem. No nosso tempo, já existia um fogareiro.

Na escola existia todo um ritual inicial. Tirávamos o calçado de rua. Usávamos chinelos e cada uma tinha a sua mesinha. Antes de nos sentarmos, rezávamos um Pai Nosso e algumas Avé Marias, não sei precisar. Durante o dia havia tempo para tudo, desde a Matemática ao Português, da Geografia à História.

A escola tinha um aroma particular e o silêncio reinava. Éramos poucas. Qualquer novidade ou acontecimento diferente era vivido com alegria. Quando chegava o veículo com o leite achocolatado corríamos em sua direção. Um momento alto da nossa vida escolar.

A professora Ofélia era rija e, da velha guarda, digamos assim. Conosco (eu, minha irmã, Vera e Isabel) não exercia violência física. Contudo, com a neta Estela a história divergia. Penso que ainda levei uma reguada, mas não mais que isso. Relembro que ela me incentivava muito para a Matemática. Adorava. Sempre adorei. Um dia, jogou os nossos cadernos para o chão. Tivemos que os apanhar. Eram muitas as vezes que nos ameaçava em colocar pimenta na nossa língua, quando nos queixávamos aos pais de algo. Mas, quem sofria realmente, era a neta. Existiu um episódio que jamais vai ser esquecido ou apagado da minha memória. Um dia chamou a minha irmã para ir ao quadro resolver um problema. Não conseguí. Convocou a Estela. Ela já ia a tremer, nervosa. Não resolveu. A professora

pega na vassoura e com o cabo agredi a neta. Na segunda vez, o cabo partiu... A Estela sofreu muito. Digamos que era o nosso Cristo. Estas memórias difíceis.

Não existia parque infantil, apenas uma área delimitada. As nossas brincadeiras eram simples, desde o esconde-esconde e à apanha. Fazíamos bonecas de milho. Na altura do carnaval, juntávamos-mos e íamos mascarados com roupas dos pais ou outro tipo de traje mais abstrato e irregular possível. Alguns pintavam a cara. Percorríamos a aldeia e recebíamos sobretudo rebuçados e doces. Uma alegria. No fim, repartíamos em partes estritamente iguais. O problema era quando o item não chegava para essa partilha. Mas sempre houve solução. Éramos unidos na empreitada da brincadeira.

Aquando da ausência da professora, nós íamos buscar os instrumentos musicais (xilofone, flauta, entre outros) e tocávamos, mesmo sem saber. Ela não nos autorizava a mexer nos mesmos.

A nossa vida escolar era pacata e singela, devido ao número e a pacatez do sítio. Sobressaía uma vida no campo de labor e de silêncios, alegres, mas também sofridos. O tempo chegava e não existiam grandes ambições.

As minhas memórias esvanecem-se nestas palavras. A recordação é ténue e, penso, que satisfatória na medida em que foi uma infância escolar feliz, sem grandes altos e baixos. A nossa professora apesar de rigorosa vive nos nossos corações, porque a vida, o contexto e a própria mentalidade era outra. Hoje jamais seria assim, nem escola existiria e estaríamos na cidade de Bragança, como aqueles que nasceram depois de nós. Fomos os últimos a aprender naquele edifício atualmente abandonado ao tempo e à memória. Há uns anos entrei lá, e parece mágico, o aroma permanece... Será impressão minha ou uma qualquer permanência do tempo de outrora? Real ou imaginário? Na minha verdade, continua a existir porque foi de facto uma infância particular e apraz.

PRIMERA SEPARACIÓN

Lola Sanabria
(Villanueva del Rey, Córdoba)

La víspera de mi primer día de escuela no jugaba en la calle como otros días. Sentada en el umbral, miraba ensimismada la fachada de la casa de enfrente. La cal se veía mate, sin brillo. A la derecha de la puerta, el ventanuco era una boca de lobo hacia la habitación en penumbra que había dentro aquella casa. La tarde estaba desangelada y triste. Anunciaba los primeros fríos y las mujeres que pasaban se cubrían los hombros con rebecas de perlé. El cielo ya no era cárdeno y luminoso, como en el verano que se extinguía, y el azul se había veteado de nubes grises estriadas. Bajó un airecillo de la loma de los Sillones, aquellas piedras que imitaban asientos y cobijaban culebras y víboras, cargado de melancolía. Yo estaba a punto de perder algo. El primer frío me caló por dentro. Encogí mis palillos de piernas y bajé la tela del vestido para cubrir mis rodillas huesudas con costras de las numerosas caídas en las carreras y juegos felices de verano.

Y entonces llegó lo inesperado.

Mi madre venía calle arriba con la ropa recién lavada en el arroyo del Tío Pedro dentro de la gran cesta de mimbre que sostenía sobre el rodete en su cabeza. Conforme se acercaba vi en su cara el agotamiento y en las manos las primeras rojeces de lo que en el invierno que acechaba acabarían en sabañones. No fue un golpe repentino. Una oleada vino no sé de dónde y subió en intensidad conforme llegaba al pecho. Por primera vez la vi desvalida y vulnerable. Sentí una gran pena por ella. No por mí que iba a sufrir la primera separación forzosa de mi madre. Y aquella angustia desplazada me sorprendió y provocó extrañeza. Me levanté y cuando ella dejó la cesta en el umbral, la abracé. ¿Qué tienes, qué te pasa?, me preguntó alarmada al sentir que no deshacía el abrazo, enlazados mis pequeños dedos detrás de su cintura. Lo que más temía mi madre en el mundo era que las enfermedades hincaran los dientes en sus hijas. En cuanto le dije que no quería ir a la escuela, dejó escapar una risita y me acarició la cabeza. No seas tonta, allí vas a aprender mucho, ya verás, intentó consolarme. Luego cogió la cesta y entró en la casa. Yo, detrás de ella.

TRADIÇÃO E MUDANÇA NUMA ESCOLA DOS ANOS 1990

Marta Nunes Silva
(Castainço, Penedono)

PÓS-MEMÓRIA DA ESCOLA PRIMÁRIA DE CASTAINÇO

Entre para a escola primária da minha aldeia em 1991. A escola primária de Castainço – uma aldeia situada no concelho serrano e beirão de Penedono, a norte de Portugal – foi inaugurada no ano seguinte ao do nascimento do meu pai, em 1958. Foi mandada construir pelo Ministério das Obras Públicas, no âmbito da política de expansão da rede escolar de ensino primário (e não só) do Estado Novo que levou à criação de edifícios escolares com arquitetura característica do período da ditadura. Embora, atualmente, grande parte deles já não sirvam o propósito para o qual foram criados, esses edifícios ainda são uma marca na paisagem das aldeias portuguesas.

O meu pai frequentou a nossa escola primária nos anos 1960, quando, em seu redor, à exceção da casa do Rossio – o bonito casarão da influente família da professora e do inspetor escolar da região – e, mais ao longe, do cemitério, a vista se perdia ainda por lameiros, soitos e campos cultivados de centeio, milho e batata, parte propriedade da igreja, parte de proprietários absentistas. O “complexo” escolar, composto por um edifício e um espaço exterior (o recreio), estava dividido em duas alas simétricas onde lecionavam duas professoras, uma residente e permanente e outra externa que geralmente tinha formação de regente escolar. Na ala norte localizava-se a sala de aula dos alunos das duas primeiras classes e o recreio das meninas, onde cresciam carvalhos e um salgueiro, que possivelmente eu ainda vim a conhecer. Do lado sul, o pátio exterior era o recreio dos meninos e a sala de aula das terceira e quarta classes.

A escola tinha sido construída nos arrabaldes da aldeia e vinha substituir uma exígua sala da junta de freguesia situada ao lado da igreja, que acolhia umas 40 crianças de uma população rural que nos anos 1950 atingia o seu pico demográfico. A partir daí, durante o tempo de aulas, pelo menos, as crianças deixavam descansar o adro da igreja para ocuparem os recreios da nova escola. Mas se as janelas da igreja matriz do século XVII ficaram mais salvaguardadas das bolas feitas de farrapos, os quatro metros de caminho que separavam o muro baixo da escola do terreno que ladeava a casa da professora não eram suficientes para proteger a vinha ali plantada. Conta-me o meu pai que, naquele tempo, o Estado presenteou as escolas com bolas de futebol de um material próximo ao cabedal, que os rapazes, mais que as raparigas, chutavam com toda a força. Ao irem recuperar a bola que saltava para a vinha, as crianças não faziam atenção a os pâmpanos das videiras. Como tal, além do comunismo, o esférico passou a ser o novo terror da casa do Rossio. Foi assim que os rapazes passaram a usar o recreio da ala norte e as raparigas foram transferidas para o recreio da ala sul.

Na área mais a poente do espaço escolar existia ainda uma cantina e um edifício que servia para guardar a lenha usada na lareira da mesma. A funcionária que estava encarregada de cozinhar, a Sra. Aristides, contava com a ajuda das crianças na tarefa de partir a lenha e, sempre que possível em lares pobres, eram as suas famílias que ofereciam os alimentos para confeccionar os almoços dos alunos (batatas, cebolas, couves...).

A nascente, já extramuros mas junto ao portão de entrada, repousava a grande amoreira- negra (*Morus nigra*), que ainda hoje é guardiã de memórias muito mais antigas que as minhas. Ela foi provavelmente o lugar favorito, o mais desafiador e o mais doce para todas as crianças que ali passaram desde 1958 até que a escola fechou. Os seus frutos rechonchudos e açucarados, que resistiam até ao início ainda quente do ano escolar, levaram os amigos dos meus pais e os meus a encavalitarem-se por ela acima e a, por isso, receberem grandes ralhetes das professoras.



A escola na atualidade. Do lado esquerdo, ao fundo, pode ver-se o edifício da antiga cantina, 2025.

Nos anos 1970, quando a aldeia estava reduzida a quase metade da população da década de 1950 devido ao êxodo rural, especialmente com a emigração para França, conta-me a minha mãe que as quatro classes já só ocupavam a sala a sul, onde cabiam cerca de 20 alunos dos quais ela fazia parte. O recreio tinha, entretanto, deixado de separar rapazes de raparigas. Nos lameiros em redor continuavam a estacionar famílias de ciganos que regularmente visitavam a aldeia nas suas caravanas, mas a paisagem começava a mudar com a plantação de alguns pomares. Era o prenúncio de muitas mudanças socioculturais, demográficas e políticas que a Revolução do 25 de Abril de 1974 traria.

Foi assim que, nos anos 1990, com seis anos de idade, fui encontrar a minha primeira escola: ao mesmo tempo a mesma escola e uma escola diferente daquela que os meus pais tinham frequentado. A mesma amoreira e a mesma sala de aula, mas uma Sra. Aristides que já não cozinhava, uma professora diferente e a metade dos alunos. Mas mesmo com algumas mudanças, olhando hoje para trás, creio que muitas delas demoraram mais a chegar a aldeias como Castainço.

AS AULAS

A nossa professora também era natural de Castainço e habitava na aldeia. Casou com um professor forasteiro com quem viveu, até à Revolução de 1974, em Angola, de onde vieram com os filhos. Regressou à antiga metrópole, juntamente com milhares de portugueses que retornaram após o fim da ditadura do Estado Novo e do domínio colonial. Recordo bem a fotografia a preto e branco que nos costumava mostrar, a nós e à Sra. Aristides, e a nostalgia e uma certa vaidade com que o fazia: ela e o marido em trajas frescos e elegantes no calor da Baía de Luanda. A professora falava sempre com orgulho dos seus filhos e do seu marido e, por extensão, dos alunos deste, que lecionava numa aldeia próxima. Comparava-nos com eles, por vezes de forma menos simpática, ferindo a nossa vaidade de aprendizes.

Mas o contentamento que usava nos relatos das suas histórias familiares e de Luanda nos intervalos das aulas não se repetia muito nos momentos da aprendizagem. Recordo a professora Conceição como uma instrutora com uma postura geralmente grave, e que me parecia menos dura quando nos dedicávamos aos trabalhos manuais: os desenhos livres ou com carimbos de letras, os picotados, a preparação das máscaras e fatiotas de carnaval ou do presépio e pinheiro natalícios, entre outros. Por vezes, a Sra. Aristides, que assumia a função de auxiliar educativa¹, participava no apoio a algumas tarefas mais artísticas e as crianças apreciavam a bonomia com que o fazia. Recordo-me da sua particular colaboração na elaboração das decorações de natal e na confeção de pequeninas peças têxteis num tear de brincar que levei para a escola.



Peça confeccionada na escola para o Dia das Mães (entre 1991/1995). Objeto exposto no “Museu Rural” de Castainço.



Tear de brincar, proveniente de França (1991-1995). Objeto pessoal da autora.

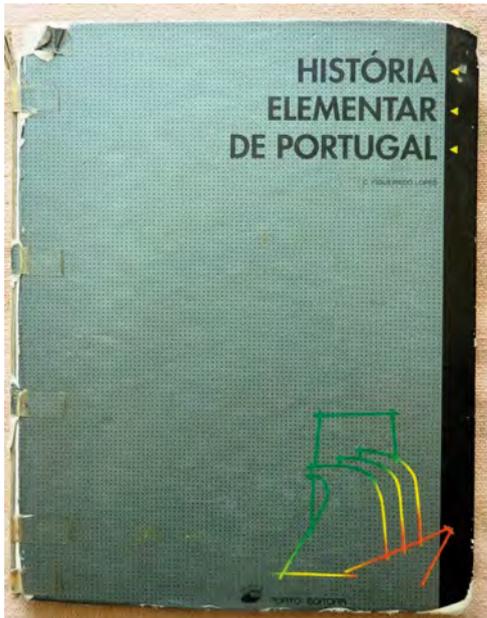
Tinha recebido esse tear de presente de uma tia paterna emigrada em França. Sempre que nos visitava no mês de agosto trazia-me brinquedos novos ou que já tinham servido aos meus primos, mais velhos que eu. Muitas das novidades e inovações que demoravam a chegar à aldeia por outras vias acabaram por me chegar através de familiares emigrados e estabelecidos desde os anos 1960/70 em França, na zona de Lisboa ou no Porto e do meu amigo que, vindo também de França, veio fazer o quarto ano connosco, trazendo com ele o revolucionário *tipp-ex*² e brinquedos *Playmobil*. Foi assim que, através da emigração, a *Mattel* e outras empresas similares entraram na aldeia e na nossa escola. Eu recebia brinquedos e levava alguns deles para a escola, fazendo as delícias de todos: as

¹ No entanto era ela quem todas as manhãs distribuía os pacotinhos de leite e umas sandes que julgo que as escolas recebiam do Estado através das câmaras municipais. (N.A.).

² Um corretor de tinta de caneta que denominávamos pelo nome da marca. (N.A.).

barbies, as casinhas de *polly pockets*, os rádios de cassetes e o tear de brincar. Este entusiasmou a professora e a Sra. Aristides, contemporâneas das famosas tecedeiras da aldeia que outrora confeccionavam em grandes teares as típicas colchas de Castainço – de cor vermelha dominante, e alguns com desenhos em linha preta, bem conhecidas na região, mas que à época já praticamente não se confeccionavam. Eu achava a nossa professora – filha de um alfaiate – muito criativa, com mão para artes e ofícios e parece-me que era uma pessoa preocupada em que algumas das tradições da aldeia pudessem perdurar no tempo através dos seus alunos, dos quais, no final de contas, também se orgulhava.

No entanto, ficava com a impressão que a personalidade da professora se transfigurava quando passávamos para as aulas de matemática. Chegava a sentir um pequeno terror quando a via encaminhar-se para o grande quadro de ardósia preto esperando que dessemos as respostas corretas às operações ali escritas e que trauteássemos sem erro as tabuadas. Era um alívio para mim quando terminava aquela performance severa que parecia ter que envolver a aprendizagem da matemática. Claramente, preferia as aulas de língua portuguesa, ainda que, tal como na matemática, um erro considerado mais grave podia vir a ser punido com uma bofetada ou uma palmada.



Livro de história de Portugal do ano letivo de 1994-1995. Objeto pessoal da autora.

No último ano, as aulas de estudo do meio foram complementadas com algumas lições sobre a história de Portugal. Tínhamos um livro que falava da formação do país, que celebrava ainda os “grandes feitos” e mitos da história nacional e que apresentava cronologicamente as biografias dos reis e rainhas e explicava os “símbolos da Pátria”. Tratava-se de um livro de capa rija e escura, tal como algum do conteúdo que o compunha.

Das aulas de estudo do meio – onde aprendíamos sobre assuntos relacionados com corpo humano, higiene, saúde e segurança, património histórico e cultural e meio ambiente – ficou-me na memória um episódio pouco feliz. Ao contrário da matemática ou até da língua portuguesa, parecia-me que essas aulas eram dadas de forma mais leve e,

por vezes, até mais animada. Nesse dia, aprendíamos as técnicas sobre como caminhar de forma segura na berma da estrada. Estávamos sentados em círculo, num canto da sala onde batia o sol da manhã. Quando respondi erradamente ao que me foi perguntado, a professora, descontraidamente, incentivou as restantes crianças a chamarem-me repetidamente de “burra”, acompanhando as exclamações por palmas, em clima que todos devem ter visto como de brincadeira. Saí da escola e fiz o caminho para ir almoçar a casa completamente revoltada.

OS CORRETIVOS

Recordo-me que quem mais sofreu com as repreensões e punições da professora foram os alunos que tinham mais dificuldade na aprendizagem. As punições, orais mas também físicas, podiam ser aplicadas quando – mais ou menos conscientemente – desobedecíamos à professora ou não fazíamos o que era pedido (os trabalhos de casa, por exemplo), mas também em situações em que alguém não “encarrilhava” com o que se estava a lecionar. Alguns de nós sofreram um pouquinho mais que os outros. Até hoje lembro as recorrentes palmadas que um dos nossos companheiros recebia da professora, cujo caráter tinha mais dificuldade em controlar possivelmente também devido aos problemas domésticos que o pequeno enfrentava.

Um dia, eu e a minha amiga de carteira recebemos um bom par de bofetadas cada uma porque começámos a escrever antes que a professora desse ordem. Quando isso acontecia eu sentia sempre uma vergonha terrível, quase como que humilhação. Felizmente, nunca experimentei o método mais doloroso: a palmatória. A palmatória tinha a forma de uma raquete de pingue-pongue e era feita de madeira maciça. Tenho ideia que, geralmente, não estava à nossa vista, mas, quando aparecia nas mãos ou em cima da secretária da professora, eu tremia internamente de medo. Não era agradável ver os nossos pares a serem batidos com aquele objeto nas palmas das mãos. Dependendo do tamanho do erro ou da asneira, a professora definia o número de palmadas que devíamos receber.

Os castigos físicos, embora menos duros que aqueles que os meus pais me relatam da sua época de escola, faziam parte de um método de ensino, ou punição, que vinha de outros tempos, mas que na nossa comunidade aldeã ainda era tolerado, e por vezes incentivado, por vários encarregados de educação. Acreditava-se ser esse o melhor método de educar, ensinar e controlar os ímpetos infantis considerados menos adequados. Mas a nossa pequena turma de uma dezena de alunos achava, claro, injusto e, em grande parte dos casos, não reconhecia grande legitimidade à atitude da professora. Por isso, impotentes e entregues a nós próprios lá arranjavamos forma de extravasar a nossa revolta. No caminho para casa, entre a amoreira e o adro da igreja, onde nos separávamos, conspirávamos terríveis planos de vingança contra a professora que nunca se concretizaram. Nos anos 1990 já não havia campos de centeio, mas o edifício da junta de freguesia e algumas casas construídas por famílias de emigrantes e retornados, que obrigavam a que as nossas conversas secretas tivessem que ser escancaradas entre casas e no meio da estrada principal de alcatrão que, no tempo quente, quase se desfazia sob os nossos pés.

JOGOS, DESPORTO E BRINCADEIRAS

Eu e os meus companheiros de escola tínhamos origens sociais semelhantes. Éramos filhos de pequenos agricultores, trabalhadores da construção civil, cantoneiros da Câmara Municipal e alguns filhos de emigrantes “económicos” regressados que, em

França, tinham melhorado a suas condições financeiras. Alguns de nós – como eu, que sempre que podia, acompanhava os meus pais nos trabalhos agrícolas e com o rebanho das cabras – conheciam bem o trabalho do campo. Por exemplo, um dos nossos amigos nunca ia para a escola sem, pela manhã, ajudar a mãe a tratar das vacas, outros ajudavam depois da escola, no fim de semana e nas férias.

Todavia, apesar das semelhanças e da camaradagem em momentos difíceis, em algumas brincadeiras podíamos transformar o recreio, ou até mesmo a sala de aula, num campo de batalha. Geralmente, os dois “gangues” rivais em que nos dividíamos formavam-se em torno de duas crianças que por qualquer motivo se tinham incompatibilizado. Cada um escolhia o seu lado, renovando frequentemente alianças antigas, e as duas partes antagonistas iniciavam o conflito. Rapazes e raparigas podiam ir até ao confronto físico, sendo que desde o início ficava estabelecido quem cada um devia enfrentar; habitualmente, rapaz contra rapaz e rapariga contra rapariga, até que, passados uns dias e mediante conversas diplomáticas entre nós, lá fazíamos as pazes sem que os conflitos chegassem ao conhecimento da professora. Muitos desses debates eram tidos em redor da amoreira, para onde corríamos depois do almoço em casa, e ainda antes que a professora chegasse à escola.

Numa das ocasiões, assim que a professora saiu da sala para ir à casa de banho – situada nas traseiras da sala de aula³ – cada um de nós se engalfinhou no respetivo adversário e só parámos quando ouvimos o barulho do autoclismo. Tamanho foi o reboliço que saí de lá com um arranhão que me atravessava as costas e com a ideia de que tinha nocauteada a minha oponente. Mas fomos tão expeditos que a professora não desconfiou do banzé que tínhamos armado nas costas dela.

Num ambiente menos agressivo, mas que estimulava a competição, as brincadeiras do recreio passavam por jogos mais tradicionais: o arco; a bola ao alvo; o pino; o berlinde; o futebol, as corridas normais ou em sacas de lona ou serapilheira, o salto ao eixo, a macaca... A sua prática era também uma preparação para os jogos que juntavam todas as escolas do concelho no âmbito de uma política de desporto escolar. Estas provas realizavam-se no final do ano letivo junto ao Santuário da Santa Eufémia, em Penedono, e tinham como finalidade incentivar a prática de desporto escolar, o *fairplay* e, julgo eu, a interação entre crianças de outros lugares.

Além destes jogos mais estruturados e com regras, também criávamos as nossas próprias brincadeiras, muito inspirados por objetos culturais que nos rodeavam. Na aldeia não tínhamos teatro, cinema ou museus e muitos dos pais não tinham carro próprio para nos levar a Penedono para assistir aos poucos eventos culturais que a Câmara organizava. Em compensação, nos anos 1990 a televisão já se democratizara e as crianças consumiam o que ela oferecia, recriando no recreio da escola alguns dos programas a que todos assistiam. A TV teve um impacto importante nas nossas brincadeiras e na forma como nos relacionávamos nesses momentos.

A telenovela brasileira “Pedra sobre pedra”, não sendo uma produção para um público infantil, ocupou as nossas fantasias durante uma fase. Cada um de nós assumia o papel de um dos personagens da novela, que contava a história de um galã que encantara as mulheres de uma vila brasileira e que, depois de morto, continuava a aparecer-lhes durante a noite depois de consumirem uma flor mágica. Nós copiávamos o essencial de cada personagem, mas recriávamos a história à nossa maneira. Já na área das produções

³ As nossas casas de banho eram um cubículo escuro com uma sanita turca. A Sra. Aristides encarregava-se da sua limpeza e manutenção. (N.A.)

Eu participando na prova de bola ao alvo, no encontro concelhio de desporto escolar com alunos e professoras de outras escolas, junho de 1992. Campo de jogos do Santuário de Santa Eufémia, Penedono.



infantojuvenis, os miúdos do meu recreio foram fãs confessos dos *Power rangers* – uma série americana de super-heróis que lutavam contra monstros. Cada um de nós incorporava um dos personagens e recriávamos lutas incríveis, ao estilo de índios e cowboys.

Numa aldeia pequena, onde todos se conheciam, o convívio da escola prolongava-se para os domingos à tarde, depois da missa e do almoço. Ou para épocas festivas, como era o caso do Entrudo. As nossas máscaras de carnaval eram produzidas na escola, sob orientação da professora. No Domingo Gordo íamos à escola vestir as fatiotas e dali saíamos para percorrer toda a aldeia em grande algazarra carnavalesca. Juntavam-se a nós crianças mais novas, outras que já não frequentavam a escola e crianças cujos pais, sendo naturais de Castainço, não residiam ali habitualmente na aldeia. No final do dia nem todas as máscaras, feitas de material reciclado ou papel, tinham resistido à folia.



Alunos da escola primária de Castainço vestidos de entrudeiros, com trajes confeccionados na escola (chapéu, laço/gravata e máscara de papel), e outras crianças da aldeia. Carnaval de 1993 ou 1994. Fotografia tirada à entrada de uma das casas da povoação.

EDUCAÇÃO RELIGIOSA

A nossa sala de aula tinha cerca de 40 metros quadrados. A secretária da professora ficava ao lado do quadro de ardósia e, em frente, dispunha-se a meia dúzia de mesas que ocupávamos em pares. A sala tornava-se tão espaçosa que, nos meses mais frios em que nevava e gelava, era difícil mantê-la quente. A Sra. Aristides ajudava a aquecer aos pés da professora, já coberta de uma manta, um aquecedor elétrico e, ao lado, colocava um aquecedor a gás onde de vez em quando nos podíamos ir aquecer. Ao fundo da sala, encostados

à parede estavam dispostos alguns armários que guardavam jogos, livros, documentos, os nossos carimbos com letras e desenhos, formas geométricas, mapas e cartas geográficas de Portugal vindos do tempo dos meus pais... Em cima dos armários estava exposto um quadro com a letra do Hino Nacional e uma fotografia do presidente da República Mário Soares. Havia ainda espaço para um pequeno “altar” a Nossa Senhora, à qual rezávamos pela manhã. Creio que a memória não me engana se disser que a encimar o quadro de ardósia tínhamos o crucifixo. A religião ainda estava muito presente na nossa escola.



Planisfério e formas geométricas dos anos 1950/60 utilizados na escola primária. Objetos expostos no “Museu Rural” de Castainço.

Nos meses de maio e junho, sobretudo, parte do nosso tempo letivo era dedicado à preparação dos terços. Além da catequese de domingo, também aprendíamos a rezar o terço na escola e, nesses meses, depois da hora de almoço, éramos nós, com o apoio da professora, quem orientava a sua prática na igreja. Alguns de nós, como crianças, tínhamos dificuldade em desempenhar seriamente essa tarefa e, achando graça a tudo, ríamos durante o rito. Isso deixava a professora furiosa, porque se tratava de um ritual sagrado onde participavam as mulheres mais religiosas e reformadas da aldeia. No regresso à escola, os que tinham rido em surdina levavam a respetiva reprimenda. Da minha experiência, e embora estívéssemos apetrechados de terços de mão, lembro-me de ficar particularmente nervosa com receio de errar o número de avé-marias.

Mas não era apenas o terço. Também participávamos na liturgia dominical, cujas leituras e salmos responsoriais (lidos e não cantados) praticávamos na escola antes de nos apresentarmos à comunidade no dia de missa. Isso ocorreu pelo menos nas primeiras vezes que fomos “ler à igreja”. Recordo-me que, de tanto praticar, sabia a leitura de cor, que papagueava a quem me pedisse para a recitar. Não estou certa – embora talvez houvesse um esforço da professora nesse sentido – de que percebéssemos tudo o que estávamos a ler ou de que essa prática nos tenha trazido grandes ensinamentos. Parece-me que a grande preocupação de todos (nossa, da professora, dos nossos pais, de quem nos ouvia) era que lêssemos tudo certinho, sem erros ou tropeções, o que nem sempre ocorreu. Quando a turma do meu ano inaugurou as leituras dominicais, eu e a minha companheira de carteira lemos as leituras e dois dos nossos amigos leram os salmos. Um deles tropeçou numa palavra e, espontaneamente, apontou o seu erro, o que levou a uma risada geral na igreja. Depois de sairmos da escola primária, a maior parte de nós foi abandonando as leituras de domingo e as idas ao terço, que, para alguns, era quase uma tortura.

A ESCOLA DO NOVO MILÊNIO

Sai da escola primária em 1995, cerca de uma década antes da mesma encerrar devido ao reduzido número de crianças em idade escolar residentes na aldeia, que já não conseguia ultrapassar a dezena. Na década de 2000 as crianças de Castainço passaram a frequentar o Agrupamento de Escolas Álvaro Coutinho – o Magriço, em Penedono. Nesses anos, muitas escolas rurais encerraram pelo mesmo motivo.

Quando a minha irmã entrou na nossa escola em 1996 a sala ainda era a mesma, mas a Sra. Aristides já não trabalhava lá nem havia alguém a substituí-la e a professora mudou dois anos depois. Quando a professora Conceição se reformou, as docentes que se seguiram, vindas de longe, já não eram naturais da aldeia, o que contribuiu, por exemplo, para mudar a relação da escola com as práticas religiosas.

O edifício da escola foi recentemente remodelado e reinventado. O jardim, que na minha época de aluna ocupava o centro do recreio com uma grande sebe de cedros que nos ajudava no jogo das escondidas ou nas nossas guerras infantis, tem agora algumas árvores e o chão ladrilhado. No recreio do lado norte foi criado um espaço com aparelhos desportivos.



Alunos da escola primária de Castainço, em frente ao cedro do jardim, ano letivo de 1994-1995.

À esquerda a auxiliar escolar e à direita a professora.

O edifício da cantina, que me lembro de termos usado uma vez para a nossa festa de despedida da escola, deixou de ter a companhia do canto da lenha, que foi demolido. Os edifícios com as salas de aulas servem agora, na ala norte, de espaço expositivo de objetos antigos (que a Junta de Freguesia denominou de “Museu Rural”) e, na ala sul, de espaço de convívio para realização de atividades de ocupação de tempos livres. Só a amoreira ainda resiste inalterável e imponente, exibindo os seus frutos, ano após ano, a quem por ali passa.

NIEVE ETERNA

Luis Uriarte Montero
(Palazuelo de las Cuevas, Zamora)

Los años sesenta fueron años de miedo: a no llevar los deberes hechos, a que el profesor te diese con la regla, la letra con sangre entra, también en Palazuelo de las Cuevas, era el paradigma de entonces, si ibas a tu casa diciendo que el profesor te había golpeado, tus padres defendían al maestro, diciendo: “algo habrás hecho”; pasaron los años de pantalones cortos, bocadillo de mortadela con pan, y de alguna profesora amable que eran rarezas en la jungla de la represión pasada. La *Enciclopedia Álvarez* y el botijo en las clases durante el verano, era lo que no faltaba por fortuna.

Los juegos y la calle eran nuestro territorio, no había asfaltadas carreteras en muchos casos y los descampados estaban por doquier, el fútbol era nuestra pasión. Yo, entonces tenía un buen amigo que era tartamudo, cuando intentaba responder al profesor, todos se reían de él, menos yo (acabó de músico en el pueblo, tocaba la chirimía), los niños pueden ser muy crueles, me gustaba comer y era gordo, ahora lo llaman con sobrepeso, cualquier tara o defecto para los demás era motivo de acoso, entonces era algo que tomábamos de modo natural, los padres no nos hacían demasiado caso. Cruzar la plaza con nieve era lo que más me gustaba, el colegio estaba alejado de casa y tenía un pequeño patio cerrado que daba a la iglesia; recuerdo el color blanco de la nieve, desde entonces representa el silencio porque los copos no hacen ruido al caer, otros colores tienen otra significación: el azul me recuerda el toque de la campana para llamar a misa, el verde lo asocio con la ribera del río y el negro, con las mujeres ancianas que vestían siempre de negro, como mi abuela Nines. Amante del vino y su cultura, había trabajado con las vides desde niña, nos hablaba de hacer fogatas cerca de ellas para no perder la cosecha, avivar el fuego en septiembres fríos, de la pisada de la uva con pies descalzos, de degustar en familia y charla el vino tinto preferido por sus padres.

La nieve era la belleza, lo asombroso, los días sin colegio porque las calles estaban repletas de nieve, entonces el frío era tremendo en invierno, luego esa nieve se convertía en hielo y era peligroso ir a la escuela, muchas veces suspendían las clases y yo lo relacionaba con la libertad, con una niña que llevaba bufanda y gorro, tenía el pelo lacio y sus ojos verdes eran tan bellos que hacían daño al mirar, esa niña a la que quería deslumbrar, saltando el potro sin el chico que se agachaba y que me llevó a caer de bruces y hacerme una buena raspadura, ella reía, luego me decía que era el tercero de la lista, que le gustaba un chico mayor y yo, sin embargo, seguía jugando con ella al pañuelo o la pájara pinta, donde dos besos me dejaban contento para dormir más feliz.

Una semana más tarde, encontré a su amiga a la salida del colegio, me dijo que se había marchado con sus padres a Valladolid, por un trabajo del padre y que no la volveríamos a ver. El dolor fue un manotazo más duro que el del maestro. Intenté encontrarla tiempo después en las redes sociales, pero con su nombre sólo me es imposible.

Entré en el instituto en los años setenta, eran tiempos de libertad y de compromiso político, dejar el castigo físico fue la norma. Una tarde, cuando bajaba las escaleras del metro, me encontré con la mujer de los ojos verdes del pasado, la paré con la mano y ella no me reconoció, le conté algo del pasado y cayó en mí saber mi nombre. La propuse tomar un café en el Café Central escuchando música de jazz, tenía prisa, su bebé que es-

taba en la guardería la estaba esperando, no la he vuelto a ver. Cuando volví al pueblo, me dijeron que mi amigo el músico había fallecido, me acerqué a su antigua casa por si estuviera ella, ingenuo de mí, lo que sí estaba era la nieve en un sábado de invierno.

He vuelto a mi pueblo, la gente ha ido desapareciendo a la par que las costumbres y hábitos del pasado. Recuerdo un poema que nos leyeron en la escuela del esplendor en la hierba, eso que tal vez ha pasado para no volver. Siento que mis padres no estén, tal vez me dieran consejos de cómo sobrellevar estos tiempos difíciles que, como todos los vividos por el ser humano, nos toca vivir. Murieron en la residencia, mi padre me decía que lo que más echaba en falta era que mamá le dijera: “Te quiero, Marcelo”, había olvidado con su demencia senil las veces que la había maltratado estando yo presente. Me contaron desde la residencia que estaban los dos en el salón social, mi madre se encontraba mal, intentó abrazarle y murió sobre su hombro, en silencio.

Soy vulcanólogo y marcho a Canarias de modo habitual para recoger la actividad sísmica y volcánica de las islas afortunadas, trabajo para el Instituto Geográfico Nacional. Sin embargo, en mi retiro he descubierto que sigo amando la belleza de las pequeñas cosas: ver una bandada de aves en vuelo cerca de un volcán dormido, siguiendo el curso de avanzadilla de las líderes del grupo, observar las nubes que siempre dibujan misterios en sus formas, intentan ver en el ocaso de la luz vespertina el rayo verde, ese momento mágico donde el color de la esperanza aparece por última vez para despedirse de todos nosotros.

He vuelto a contactar con mis amigos de la infancia, han pasado más de cuarenta y cinco años desde que no los veo y por un lado quiero quedar para reencontrarme con ellos, pero también me asusta como habrá roído el tiempo cada uno de sus rostros, el paso del tiempo que es veloz a partir de la madurez, lo roe todo, amigos, amores, etc.; creo que es el gran problema que tenemos los humanos, de niño recuerdo que cada día era eterno, daba tiempo para todo, después toma mucha velocidad, demasiada al paso de las horas. Nos vimos para comer en las Navidades, con una buena botella de vino, hablando del pasado como es habitual, pero estuvimos un tanto incómodos, el devenir de los días había pasado factura, no sabíamos que contar, salvo los recuerdos y la nostalgia de esos primeros tiempos. Había fallecido un antiguo chico del barrio con el que jugábamos, le habían diagnosticado una enfermedad degenerativa que le condujo a silla de ruedas, terminó por tirarse por la ventana. Me llamó la atención que no hubiera contacto entre ellos, las redes sociales y un grupo del barrio con el nombre de “Recuerdos” nos había reunido, alguno de ellos dijeron de volver a vernos para ir de excursión, pero la propuesta se enfrió y nadie la secundó.

No sé nada de ellos desde entonces y ha pasado más de un año, cuando eres niño es muy fácil abrirse a la amistad, con los años cuesta mucho, decía un filósofo que habida cuenta de la dificultad de encontrar amigos, como mucho tendríamos dos a lo largo de nuestra vida. Recuerdo que uno de ellos, con el que de pequeño siempre estaba junto, en su casa o en la mía, tenía un montón de hermanos, la madre había entrado en depresión e intentaba quitarse la vida con amenazas verbales, muchas veces no salía con el resto de niños del barrio porque tenía miedo de dejar a su madre en casa sola, vivía en un tercero y el padre trabajaba en dos lugares de día. Todavía recuerdo cuando al filo de los sesenta años, su padre volvía de currar y cuando entró por la puerta se desplomó en la cocina, intentaron reanimarle, pero fue imposible. Me contó que al llegar su tío, el personal de la funeraria, le pidió ayuda para bajar en una bolsa con cremallera al difunto. Era increíble, no daba crédito, eso hizo y cuando tomó la parte de la cabeza, resbaló al bajar las escaleras y la cabeza se chocó bruscamente con el borde de una de ellas, resonando el golpe en toda la estancia cerrada.

También recuerdo que me encontraba mal y fui al médico, me tomó la tensión y mientras esperaba el resultado me contó que años atrás, tal día como hoy, llegó a urgencias un niño atropellado, cuando intentaba hacer algo, una lágrima cayó por su mejilla y falleció, siempre pensé que un extraño te cuenta algo más personal que un conocido.

No sé porque motivo me acordé de ese momento, tal vez la memoria nos gasta malas pasadas o no podemos controlarla del todo, cuando muchas veces también tergiversa lo ocurrido realmente en ese territorio llamado pasado; ahora quiero seguir viendo la belleza del mundo y por supuesto los volcanes, otro arcano del mismo, el misterio de las vides en territorio canario, entre cenizas, floreciendo ese sabroso vino que amaba Nines y acordarme del paraíso escolar de la infancia, a pesar de todo, los días del esplendor en la hierba siempre estarán con nosotros.

MEMORIAS DE LA ESCUELA

Luisa Vaquero Mateos
(Villavieja de Yeltes, Salamanca)

Siempre que me pongo a recapacitar sobre los primeros años de mi infancia, aparece el comienzo de mi vida escolar, en un pueblo de la provincia de Salamanca: Villavieja de Yeltes, que es donde nací en el año 1943.

INSPECCION DE ENSEÑANZA PRIMARIA

Provincia de _____

Registrado con el número 802
El Inspector jefe,

Angela de Luna

DETALLE DE LAS CALIFICACIONES

Suspenso.....	0 o 1
Aprobado.....	2 y 3
Bueno.....	4, 5 y 6
Notable.....	7 y 8
Sobresaliente.....	9 y 10

ESUELA Escuela Graduada de niños
Localidad Villavieja de Yeltes
Provincia Salamanca

Foto:

Apellido Vaquero Mateos
Nombre Luisa
Fecha de nacimiento 14-03-1943
Nacionalidad Española de Yeltes
Provincia Salamanca
Domicilio Villavieja de Yeltes
Nombre del padre o tutor Bernabé
Profesión campesina
Nombre de la madre Agustina
Fecha de inscripción de la escolaridad 9-12-1943
Fecha de término de la escolaridad _____
Observaciones _____

Cartilla de escolaridad
de Luisa Vaquero Mateos.

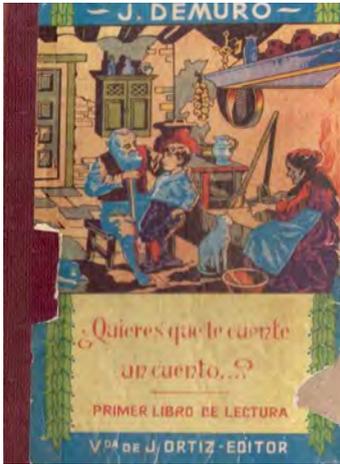
La casa del pueblo contaba en sus aledaños con un consultorio médico que llamábamos el dispensario, un comedor de Auxilio Social, y dentro de ese recinto, destinaron un espacio para escolarizar a niños de cuatro y cinco años, o sea la escuela de párvulos. En mi mente, quedaron impregnados los olores a legumbres que provenían del comedor, al estar tan próximo. La maestra llegó de fuera, en los ratos libres conversaba con la cocinera, que le daba detalles de las características del pueblo en la que iba a realizar su trabajo docente.

Mi primera maestra se llamaba Paquita, de grato recuerdo porque, desde el primer momento, tuvo gran interés por conocer a mis padres e insistió a la señora Inés, que era la cocinera, le facilitara la entrevista. Mi madre, por supuesto, no tardó en visitarla, obsequiándola con media docena de huevos. Esto lo recuerdo como algo entrañable.

La memoria guarda lo vivido, y lo revive con la conciencia clara de que forma parte de nuestro ser. Hay más recuerdos placenteros que guardo de ella. Los jueves por la tarde, nos llevaba al campo, y en mi interior quedaron sonidos, olores y colores, donde nació mi amor a la naturaleza, aunque entonces no fuera consciente de ello. En mi retina guardo la belleza de los sembrados de cereales que, como mares ondulantes, aparecían ante nuestros ojos.

A los seis años, pasamos a las escuelas graduadas, separadas por sexos, en un entorno muy amplio, que está a las afueras del pueblo en una gran extensión de terreno para jugar al corro y a la comba, que acompañábamos con canciones. El patio estaba cercado por una pared, pero no impedía ver el horizonte a gran distancia, que favorecía nuestro bienestar visual.

Mi primer libro de lectura se llamaba *¿Quieres que te cuente un cuento?*, que nosotros lo denominábamos el libro de *Pascualín el embustero*.



Libro de lectura
¿Quieres que te cuente un cuento?

Yo pienso que, de una manera sutil a través de su lectura, iban introduciendo en nosotros actitudes, creencias, valores, prejuicios y un largo etc.

Lo vivido lo guarda nuestra memoria como sedimento y son los materiales que van forjando nuestra identidad y nuestro carácter dando forma a nuestra manera de ser. Según adquiríamos conocimientos, pasábamos de grado y aprendíamos con elementos cada vez más sofisticados. Uno de ellos era el globo terráqueo y, con el buen hacer de la maestra, disfrutábamos, porque despertaba en nosotras el deseo de conocer.

El lugar que ocupa la Tierra en el universo, Europa en la Tierra y España en Europa. Me entusiasmaba el descubrimiento de los movimientos de la Tierra, el paso del día y de la noche, la marcha de las estaciones, y todo ello aumentaba mi imaginación. A través de los distintos mapas colgados en la pared nos enseñaban las montañas, los ríos, donde estaba situado nuestro pueblo dentro de la provincia de Salamanca, los distintos continentes que pueblan la Tierra...

Con los mapas de geografía, física, descriptiva, facilitaban la comprensión del mundo. Con especial hincapié, tengo que destacar la *Enciclopedia Álvarez*, de grado medio, herramienta a nuestro alcance que ayudaba a los docentes en la difícil tarea de enseñar.

En aquella época de precariedad económica en todos los sentidos, en mi casa no teníamos libros y la enciclopedia era el único al que recurríamos cuando mi padre nos inculcaba el hábito de la lectura, todas las noches al calor de la lumbre. En su compañía leíamos las últimas páginas, que trataban de urbanidad.

La escasez de recursos con que contábamos en aquella época hacía que los elementos que necesitábamos para hacer juguetes los adquiriésemos de la propia naturaleza: cañas, sogas, muñecas de trapos usados, las tabas, etc. Pero esa austeridad nos agudizaba el ingenio que, a lo largo de la vida, nos ha ayudado para resolver problemas de cotidianidad, que la abundancia no lo proporciona.

Las estaciones en los pueblos las vivíamos con bastante nitidez y en la escuela lo padecíamos, dado que la única calefacción que disponíamos eran unas brasitas de encina que trasportábamos en una lata de sardinas que habilitábamos para ese fin.

Las maestras que me tocaron en suerte sentían la profesión con bastante vocación, y esto era un aliciente para vencer los obstáculos que le salían al paso. El ánimo que transmitían era de serenidad y paciencia, por los logros que conseguían en la entrega a la en-

señanza. Percibían que la semilla que sembraban en las mentes infantiles germinaba y daba sus frutos.

Después de los años, me he dado cuenta de que despertaron en mí el deseo de aprender, la pasión por el conocimiento y la Cultura. La necesidad que siento por el desarrollo de las capacidades que todo ser humano llevamos dentro y que hay que cultivar. Leíamos, cantábamos, nos asomábamos a mundos lejanos en el tiempo-espacio que ampliaban nuestra imaginación. Tras el descubrimiento de América, el descubrimiento de la circulación de la sangre, la solución de un problema aritmético, la reflexión de un poema, por qué brillan las estrellas, cómo vuelan los aviones la navegación de los barcos, el porqué de tantas y tantas cosas.

Nos transmitieron el deseo de averiguar por nuestra cuenta, las causas de los fenómenos y razones de los hechos históricos, con romances que entonces no discerníamos y que luego he llegado a comprender. Ahora siento que eso echó raíces y se esclarecen, a medida que el calor de los recuerdos lo hacen crecer como algo profundo que queda grabado en la médula del sentimiento. Entonces, alguna vez presentaban concursos de redacción. Recuerdo que estaba en cartelera la película *Marcelino pan y vino* y de ese argumento trataba el trabajo.

La religión estaba muy presente en escuela. La Historia Sagrada la aprendíamos “de pe a pa”. También presentaban concursos que llamaban certamen, acudían los niños de pueblos cercanos para examinarse, los ganadores se desplazaban a Ciudad Rodrigo, que era la diócesis, y el premio lo recibían de parte del señor obispo.

La vida escolar la recuerdo con bastante alegría por sentirme valorada por las maestras de grato recuerdo.

Durante el curso teníamos días sin escuela en fechas señalados para recordar a personajes ilustres que hubieran contribuido en pro de la enseñanza. También contábamos con vacaciones de Navidad, Semana Santa y las de verano, que eran las más largas.



Fotografía de los alumnos de la promoción del 1948 de la Escuela rural de Villavieja de Yeltes. Tomada en 1948.

El escribir el relato me produce sentimiento de placer por significar los años de escuela como los mejores de mi vida. El dejar la escuela supuso para mí un trauma, dado que la realidad de las clases humildes cercenaba la semilla que con buenas raíces prometían

desarrollarse. Los 14 años los cumplí trabajando sin la posibilidad de leer un libro, ni por dinero ni por tiempo, porque estaba dedicado a cubrir las necesidades más primarias empleada en las casas de los más pudientes. Más tarde fue pasando frontera donde, como pájaro en vuelo, aprendí en la universidad de la vida. El cumplir muchos años te da la posibilidad de vivir muchas vidas, al menos yo puedo decirlo. Los problemas económicos lo resolví en Alemania, los de acceso a la cultura vinieron posteriormente, al regreso a Salamanca, en el año 1976. Una ciudad con oportunidades de tu tiempo libre dedicarlo a cultivar la mente. Conferencias, cines, teatros, asociaciones culturales... y a eso me agarré. Donde comprobé que mis inquietudes por el deseo de aprender sembrado en mi escuelita rural no habían muerto, solo estaban marchitas esperando como el “arpa de Becquer” que el alimento le devolviera a la vida. Llevo 30 años en una asociación cultural, en que cada martes, un invitado de cierta relevancia en la ciudad, de una manera altruista, imparte sus conocimientos y expone un tema distinto. Yo la llamo mi “Universidad Popular”. En tantos años son cientos y cientos los temas tratados y, como en vasos comunicantes, sacian mis ansias de saber gracias al empeño de mis primeras maestras que, con ilusión y su buen hacer, sembraron las semillas que aún hoy siguen germinando.

A ellas les dedico esta canción: “Querido maestro, sabio protector, que el cielo os bendiga por vuestra labor / Al dejar la escuela, yo no he de olvidar, que en el pecho mío os alce un altar”.

